

Guillermo Cabrera Infante

---

*La Habana para un infante difunto*

(Parte 2)

## La visión del mirón miope

---

Viviendo en El Vedado, por azar o por designio de dioses irónicos, nos habíamos mudado justamente en la cima de la loma (otra colina habanera) en que culmina la avenida de los Presidentes, junto al monumento que domina los jardines centrales, a cuya augusta altura habíamos ascendido un día para recordar el gibareño Gildo Castro y yo, escalando el pórtico pretencioso, académico, híbrido: clásico en su arcada pero roció en los detalles. Mi primo Gildo, de visita del pueblo a comprar soldadores para su taller, recorrió conmigo los barrios de La Habana y nada le pareció tan inaccesible como este sepulcro blanqueado a la memoria de todos los presidentes muertos. Mi primo Gildo, que era un mago mecánico, había traído consigo una cámara de cine que él mismo había construido y encuadró tomas que nunca vi reveladas. Mi primo Gildo Castro, como todo inventor un ingenuo, dijo del monumento fijado en film: «Es de mármol macizo», aunque añadió al darse -vuelta para admirar la avenida que bajaba hasta el mar a lo lejos, a sus adornos arbóreos: «lodo esto está hecho por el hombre, caray!» -que era el más alto cumplido que podía hacer a la vista, habiendo heredado de Pepe Castro, su padre naturalista y mi mejor influencia infantil, el genio para la mecánica y su admiración mayor por la obra del hombre que para la naturaleza. En esta misma área vivió, vivía todavía Catia Bencomo, vivía Olga Andreu, en el Palace, y frente, en el edificio Chibás, vivía Tomás Alea, conocido como Titón y a quien yo llamaba Tomás Alea Jacta aunque era lo contrario de jactancioso: era gris a fuerza de ser modesto. Fue Néstor Almendros, ya fotógrafo, quien me presentó a Titón y por éste habla conocido a Olga Andreu y, en cadena de conocidas, a Catia. Titón -a quien yo visitaba a menudo en su apartamento amplio, ordenado y burgués- era ahora un amigo que pronto daría un viaje doblemente deseado a estudiar cine en Roma. Todo eso -las visitas del pasado, los viajes al futuro- hacia la zona gratamente glamorosa y aquí habíamos venido a vivir del solar de Zulueta 408 (difícil de abandonar, imposible de olvidar porque había sido no una temporada ni una turné sino una vida entre círculos concéntricos) gracias a un milagro menor propiciado por mi mentor: se iba para Puerto Rico un paisano suyo y nos cedía el apartamento.

Pero seguíamos siendo tan pobres como antes y pronto, con mi padre sin trabajo, seríamos todavía más pobres. Mi hermano continuaba estando, siendo tuberculoso y se pondría peor, con la tisis extendida a los dos pulmones y casi se muere. Así resultaba yo el protagonista de la película de un joven pobre. Después de la aparición de mi abuela, habíamos dejado detrás otro residente del increíblemente elástico cuanto (prácticamente habíamos resuelto el insoluble problema metafísico del número de ángeles que se pueden parar al unísono en la cabeza de un alfiler, al probar que seis personas lograban vivir al mismo tiempo en un cuarto) de Zulueta 408. Mi prima había cautivado con sus ojos verdes a un vecino bueno y (casados, ambos aventureros) se habían ido a vivir al extranjero. Nuestra mudanza fue una fuga y gracias al auxilio (siempre dependiente de la caridad de los amigos) de Carlos Franqui y a una furgoneta del periódico *Mañana* y un camión que no sé de dónde sacó mi padre (tal vez ayuda de Eloy Santos, motorizado todavía, siempre conspirador) nos mudamos furtivamente de noche, como contrabandistas que cruzan una frontera. Con todos los azares del viaje estábamos en un apartamento amueblado, con teléfono y, sobre todo, baño propio, lo que después del colectivismo forzado del solar era un lujo aseado: un baño para nosotros solos. «Y con bidé», completó mi madre el anuncio, añadiendo la palabra bidet a mi vocabulario habanero, aunque no especificó nunca la naturaleza o la historia de su uso. El apartamento todo olía a rosas y era que su antiguo inquilino, químico aficionado, fabricaba perfumes en casa, la que dejó envuelta en esencias. Mi madre se veta más joven ahora, no sólo por el nuevo hábitat sino porque pasó de usar el tinte negro barato que la hacía lucir sombría con tanta negrura alrededor y sus canas prematuras eran un marco adecuado a su cara dura y recta y su cutis oliva. Completó su retrato oval no un Poe del pobre sino nuestro Cocteau, Germán Puig, esteta como siempre, halagador como siempre, que le dijo: «Zoila, ahora eres una rubia platino, como Harlow, mejor que Harlow», y aunque el ideal femenino de mi madre era Joan Crawford y no Jean Harlow, aceptó agradecida que Germán la bautizara La Platinada.

Fue en este nuevo medio, disfrutando la privacidad y la comunicación al mismo tiempo, con una puerta cerrada, raro privilegio, en este edificio -al que se entraba por una alta puerta de madera y cristales y se subía por una escalera de mármol sencilla, con pasamanos de hierro- aunque no tenía más que cuatro pisos (nuestro apartamento quedaba en el último) estaba en la cumbre de la colina del Alto Vedado y dominábamos todos los edificios de la zona y la vista del mar lejano, acariciados por la brisa marina en la mañana, golpeados por el sol directo por las tardes, poniente pero poderoso: nuestro cielo era nuestro infierno. En esa atalaya amorosa por la noche descubrí el arte de mirar.

Debo decir que no fue un verdadero descubrimiento sino que se hizo arte lo que antes era mera afición. Me inicié en su cultivo, en su culto, ya en el segundo año del bachillerato, cuando apenas tenía trece años, gracias a la displi-

cencia (me resisto a creer que fuera un descuido y debo decir que parecía una gracia natural no manía deliberada) de nuestra profesora de anatomía. Era la maestra más joven del plantel. Se llamaba (ojalá que se llame todavía, aunque sea ahora una anciana: siempre tendrá mi mirada) Isabel Miranda o, más respetuoso, la doctora Miranda. En el Instituto los profesores montaban a un estrado (lo que era para mí, viniendo de la informal escuela primaria, de un asombro y de un respeto que dura todavía) que los mantenía a una elevación de más de medio metro por sobre el nivel intelectual de sus alumnos. En el estrado había una mesa y una silla, que aumentaban las distancias, pero la doctora Miranda, disintiendo de sus colegas, se separaba siempre de la mesa y se mantenía sentada a un costado. Allí solía cruzar las piernas y dejar que la falda se le subiera al azar, mostrando no sólo sus piernas completas sino zonas de sus muslos macizos, como el mármol del monumento. Debía de tener entonces unos treinta años, lo que era para todos nosotros una edad abismal, pero ella hacía un puente de carne entre sus años y los nuestros. Ese curso me tocó el aula 2 y, doble suerte, la primera fila, muy temida por todos los alumnos en la clase de álgebra (de allí se subía a la pizarra como al patíbulo matemático), pero deseada por los varones durante la lección de anatomía gracias a la generosidad -¿con su anatomía?- de la doctora Miranda. Ella solía, como las mujeres de su generación, no llevar debajo más que un refajo. A veces los vestidos eran lo suficientemente escotados como para dejar ver algo más que el nacimiento de sus senos, que eran pequeños pero se veían insólitos y sólidos, y cuando tocaba trabajar con el microscopio (que se colocaba en la mesa sobre la que la doctora Miranda, didáctica, se inclinaba para enseñarnos mejor su manejo) atendíamos naturalmente más a la contemplación de sus senos magníficos que a la visión de la vida microbiana magnificada. Entonces sus senos perdían el carácter mítico que tenían desde el pupitre para hacerse asequibles, al alcance de la mano impaciente casi. Pero pronto recobraban su distancia profesoral y la doctora Miranda (con sus espejuelos verdes que ocultaban sus ojos miopes, desde entonces asociados por mí con una sexualidad femenina controlada pero peligrosa por ser capaz de desatarse en cualquier momento: ya los había conocido en el solar de Zulueta 408, en Edith, la muchacha miope que se había enamorado locamente de Arturo Rodríguez, que era de la familia que nos prestó el cuarto cuando vinimos para La Habana, a la que su racista madre mudó del solar, opuesta a su relación con Arturo, Edith jurando que se suicidaría: lo que tranquilamente procedió a hacer a los pocos días de mudada, dándose fuego encerrada en el baño de su nueva casa, cuarto, muerte que Arturo tomó con calma como para que fuera la tragedia de Julieta sola) volvía a hacerse de la materia de los mitos, nombrada en los grupos que hacíamos en los pasillos del plantel, algunos de los estudiantes de anatomía comparada llegando a jurar que la profesora, que sabíamos soltera, era fácil —cuando en realidad era bien difícil. Ninguno de nosotros acertó entonces con su verdadera naturaleza: Isabel Miranda, la doctora Miranda, era admiranda, lo sé ahora, una exhibicionista extraordinaria.

El segundo encuentro con la manía de mirar fue más bien el primero y ocurrió aquel día que subí achacoso a la azotea de Zulueta 408 y mirando aburrido hacia el hotel Pasaje, fachada de cuartos vacíos, descubrí a la muchacha durmiendo desnuda, toda yodo y algo oxígeno, y su sola visión me devolvió la vida. Ella se ve como a través de anteojos invertidos, alejada por el tiempo pero también por la distancia a que dormía desnuda: ésa fue la verdadera lección de anatomía amorosa y no las de la doctora Miranda, mirada de cerca. Paradójicamente, mientras más lejano el cuerpo, más próxima está a la revelación de la carne. En La Habana, donde el voyeurismo era una suerte de pasión nativa, como el canibalismo entre los caribes, no había una palabra local para describir esta ocupación que a veces se hacía arte popular. En La Habana Vieja, con su profusión de balcones abiertos, protegidos solamente por una baranda de hierro forjado, solía haber fijada a la altura de las piernas una tabla —conocida como la tablita- que guardaba los muslos codiciados de la aguda mirada de los mirones, halcones a ras del suelo. Esta protección llegaba al colmo de extenderse hasta la altura de tres y cuatro pisos, donde la visión era si no imposible ciertamente difícil aun para las vistas más certeras. ¿No sería tal vez que las habitantes de esos apartamentos, las visitantes de esos balcones estaban provocando más que evitando el golpe de ojo avizor? Había en el dialecto habanero una palabra para los tocadores, los exploradores carnales tácticos, rascabucheador (una etimología risible la hacía derivar de rascar y de buche, pero prefiero conservar su tenue misterio local que se hace espeso en el extranjero) y esta voz se extendía al mirón, pero era una aplicación inadecuada. La palabra mirón señalaba al que miraba mucho o insistentemente, pero nunca al *voyeur*, eso que en inglés tiene el cómico nombre dos veces legendario de *peeping tom*, y en los manuales de sexología se llama escoptofílico. Pero bajo cualquier nombre existe esa actividad amorosa y fue en el apartamento de la calle 27 y avenida de los Presidentes que me volví un mirón minucioso, activo en mi pasividad.

El edificio de apartamentos justamente enfrente quedaba debajo del nuestro porque estaba en la pendiente y era llamado Santeiro, donde iba a vivir un día y que he descrito en otra parte antes pero no en esta crónica de amores. Muchos balcones se abrían a la parte trasera del edificio que daba a nuestro apartamento del fondo. Ambos edificios, el nuestro y el ajeno, estaban separados por apenas veinte metros de casas de un solo piso. La visión de los apartamentos del Santeiro, aunque inclinada, era completa. De noche solía sentarme en nuestro balcón, como cogiendo fresco, las puertaventanas de la sala cerradas, solo en mi acecho. Curiosamente esto era lo más excitante de la caza visual: aguardar a que se produjera un desnudo, no importaba si parcial o total, ofrecido a la vista, era más excitante que la presencia del cuerpo desnudo. Era esta espera el arte a aprender. Antes los cuerpos desnudos que se me habían hecho propicios -el de Etelvina enfermo, el de la puta negra invisible en la oscuridad, las breves visiones blancas de Xiomara, la más repetida contemplación dorada de Julieta en que yo no me demoraba urgido por la fuerza de la fornicación- y el cuerpo anónimo exhibido inocentemente en el hotel Pasaje, no fueron perseguidos por mí para deleite en su desnudez: no eran un fin sino un principio. Pero ahora yo buscaba expresamente esa exhibición que era,

por supuesto, ignorada por esas mujeres, esas muchachas que yo iba a sorprender en su intimidad sin siquiera sospecharlo, víctimas de la violación visual del voyeur. Creo que de haberse exhibido cualquiera de ellas ex profeso, la visión habría perdido ipso facto todo su encanto. Ésas eran las reglas del juego -mejor dicho, los preceptos del arte de la mirada.

Había fijado mi atención, que era como decir toda mi conciencia, aun mi físico, mi cuerpo, mis ojos en el edificio Santeiro. En el apartamento frente al nuestro vivía una mujer (no puedo decir su edad pero era evidente que no era una muchacha) que a menudo ofrecía grandes griterías, sonatas para la voz sola. Yo esperaba que estos escándalos se produjeran, digamos, en Zulueta 408 pero no en El Vedado, en uno de sus edificios aparentemente más decentes. (En realidad estoy sugiriendo que el edificio no estaba habitado por gente decente cuando sí lo estaba: pude comprobarlo en el tiempo que viví allí años después. También les pido que olviden la frase edificio decente porque es una personificación torpe, pura prosopopeya.) Pero esta mujer hablaba en alta voz, voceaba, daba gritos espantosos en las discusiones de un solo lado que tenía con un hombre siempre silente. Después supe que este marido mudo no era su esposo sino su amante y que era un cómico famoso por su garrulería radial. También se supo que la mujer era una drogómana dura y que muchos de sus ataques de furia se producían cuando le faltaba no mariguana que fumar sino morfina que inyectar. Es curiosa la cantidad de cosas que uno se podía enterar salidas de esos compartimentos aparentemente estancos que eran los grandes edificios del barrio: Santeiro, Palace, Chibás, tan elegantes de arquitectura, tan herméticos de aspecto, tan buenos burgueses de apariencia sus inquilinos. Tal vez influyera el clima, el hecho de que en estos apartamentos se vivía si no con las puertas sí con las ventanas abiertas para mitigar el calor -todavía no se había generalizado el uso del aire acondicionado, aislante. Pero la explicación quizá fuera más histórica que geográfica: no era el trópico sino el carácter cubano que hacía que la gente se explayara, real y metafóricamente. Los mexicanos, por ejemplo, que viven en el mismo clima son mucho más reservados: es que el indio es inescrutable mientras el negro es siempre expansivo, y aunque todas las familias del barrio eran blancas, tenían más de andaluces parleros que de parcos castellanos. Debo señalar que la vecina del frente era tan exhibida físicamente como exhibicionista de sus emociones. No faltaba más que aprovechar el momento adecuado, aunque fuera una presa fácil (es inevitable, creo, usar el lenguaje del cazador), y pronto tendría que aparecer más o menos desvestida, tal vez desnuda. Pero tuve que esperar varias veladas, en que no bien anocheaba, después de comer, me disponía a mi apostadero en el balcón. Esto sucedía, por supuesto, solamente los sábados y los domingos, ya que el resto de la semana seguía trabajando como secretario privado y nocturno y cuando regresaba del trabajo era ya demasiado tarde. Pero en estos dos breves días de fiesta febril el tiempo se estiraba por la espera, mientras que el acecho se convertía en una obsesión, dejados a un lado el cine, las muchachas, los amigos, los congresos culturales, la literatura misma por esta vigilia, palabra que con ironía impensada el diccionario define como labor intelectual que se ejecuta de noche -no a otra hora ejecutaba yo estos trabajos de amor y no podía decir que no fueran intelectuales pues toda mi actividad era puramente mental.

Una noche -no se puede medir la duración del tiempo para el mirón- vi salir a esta mujer del cuarto (entonces creía que cada apartamento del Santeiro tenía muchos cuartos: mi hábito cogido en Zulueta 408 de otorgar más comodidad doméstica al prójimo que a uno mismo -la casa ajena en el ojo propio-, pero cuando me mudé para allí, ya casado, mi apartamento sólo tenía un dormitorio) y entrar a la sala. No llevaba más que una corta bata de casa -lo que se llamaba entonces bobito- transparente, y lo que no pude ver lo adiviné debajo de la gasa (era tal vez una tela menos antigua, el odioso y reciénvenido nylon) y así sus tetas me parecieron paradas, los muslos lisos, la espalda dividida por la canal que es la única ausencia de carne que es más erotizante que la carne misma. Fue nada más que un paseo pero justificó mis horas gastadas observando su casa, aguardando su aparición, deseando su desnudez: no había aparecido desnuda pero para mí fue como si hubiera bailado la danza de los siete velos, Salomé salaz, Herodiándome, y le habría dado no sólo la cabeza del Bautista sino las dos mías. Era mi primera pieza cobrada como mirón dedicado: no había intervenido el azar como cuando la aparición de la muchacha dormida químicamente (tres cuartos yodo, un cuarto oxígeno) en el hotel Pasaje y ella no dejó nunca lugar al mirón -que yo no era todavía. Ahora sí, con este desfile desvestido o a medio vestir de esta noche, me había hecho un adicto incurable de su vicio.

Esperé pacientemente otro momento, parecido. (Sabía que no se daría una ocasión idéntica: no hay dos miradas a una mujer desnuda iguales, no hay dos desnudeces exactas, como no existe la misma ave a cazar, aunque haya sido cazada antes, escapada y vuelta a cazar en el mismo sitio, el momento las hace diferentes.) Ocurrió un fin de semana más tarde (o varios fines de semana después), cuando yo menos lo esperaba. La sala estaba encendida (la vez anterior toda la luz venía del cuarto y después hubo otra fuente de luz en la cocina) y desordenada y vacía. Yo esperaba en el balcón, agachado lo bastante como para no ser visto por mi presa, no tan acurrucado como para despertar sospechas en los vecinos contiguos que solían salir al balcón a coger el fresco. De pronto esta mujer salió del cuarto -completamente desnuda. Mi primera reacción fue de asombro, al producirse lo que había esperado tanto tiempo (o ninguno), también tuve un movimiento reflejo (como lo había tenido años atrás cazando en el monte cercano al pueblo) y me aplasté contra el borde del balcón, que era mi parapeto y mi protección, tratando de hacerme invisible -es decir, inexistente. Pero mis ojos estaban por encima del borde, mirando, mirando. Lo que vi fue una mujer que era muy mayor (para mi edad), con las carnes desbordantes que tanto gustan a los habaneros en la calle pero aquí desprovistas de la contención del vestido, con caderas enormes que se movían a un lado y otro al andar, formando una doble cadera en la terminación de los muslos, y éstos estaban lamentablemente capitonés. (Es ésta una útil palabra que debo a Juan Blanco y designa esas carnes que forman olas, adiposidades que se hacen rajaduras nada vis-

ibles, con las divisiones que abultan como un acolchado.) Sus piernas, que había visto antes con medias, se me revelaron como botellitas (mejor dicho, botellones) varicosas y la espalda carecía de canal por la excesiva gordura y al final las nalgas tendían a caer sobre el comienzo de los muslos, como medios asientos de inodoro hecho de carne grasa. Fue hasta sabe Dios dónde en la casa y regresó, mostrando su vientre que era una barriga y las tetas que caían flácidas hasta cerca del ombligo hondo. Era un espectáculo absolutamente anafrodisíaco, antierótico, y no me expliqué por qué el cómico amante soportaba las rabieta rugientes de aquella mujer que era todo menos mi idea de una querida. Hacía tiempo que no sufría tal decepción.

Pero este fracaso del arte de mirar ante su modelo no me curó del hábito del mirón. Al contrario, no contento con mirar a través de espejuelos oscuros, conseguí con Pino Zitto, que vivía en la calle F, al doblar, que me prestara unos anteojos, poderosos binoculares militares que pasaron a mi poder por tenencia tenaz. Estos anteojos me permitieron acercarse a los vecinos en una proporción de ocho a uno. Así el edificio Palace, que estaba a unos buenos cien metros al otro lado del parque, quedaba ahora a una distancia visual de apenas doce metros -más cerca que el Santeiro con la vista desnuda. Para conformar la topografía que me rodeaba había a la izquierda (cerrando un cuadrado de edificios alrededor de las casas particulares que quedaban debajo, dejando un espacio abierto arriba, que por la derecha limitaba el edificio Chibás -inexplicablemente lejano aunque quedaba frente por frente al Palace-, y en el extremo del campo visual, el deprimente hospital Calixto García, al que nunca se me habría ocurrido examinar con el telescopio) un edificio de tal vez cuatro pisos, por cuyas ventanas no se veían más que sombras, mujeres escurridizas que empezaban a disponerse para ir a la cama a media luz y que invariablemente las apagaban del todo al llegar el momento de desvestirse. Por el parpadeo parecería que se alumbraban con velas. Todo daba al edificio, aunque estaba compuesto por muchos apartamentos diferentes, el aspecto de un convento seglar, donde idénticas monjas o internadas completaban su mismo tocado (o mejor, su ausencia de tocado) para la cama invariablemente a oscuras. (Un examen más prolijo de la situación inmediatamente previa a acostarse, mostró que no todas las mujeres habitantes de este edificio apagaban las luces en el momento de desvestirse, otras simplemente cerraban las ventanas, pero la oscuridad reinante en aquel encierro de fondos de edificios -porque nuestro apartamento, a pesar de su vista al océano y a lo largo de la avenida, era un apartamento interior y el balcón no era otra cosa que la parte trasera del edificio- no permitía ver bien claro lo que pasaba. Hay que considerar también que para observar estos edificios tan próximos había que adoptar la postura de francotirador a que me referí antes.) No quedaba otra alternativa exploratoria que el edificio Palace. Al principio me concentré en los pisos bajos evitando sobre todo las ventanas del séptimo piso porque ahí vivía Olga Andreu y no iba yo a fisgonear el dormitorio de una amiga a quien veía en su sala casi todos los días. También vivía a esa altura Catia Bencomo, al menos vivió todavía ahí por un tiempo y aunque estaba en el piso seis, asequible, nunca me dio por mirar para su apartamento (tal vez para no descubrir al maligno Jacobsen), aunque yo sabía que ella, como Olga, dormía en el cuarto que daba al parque -es decir el que quedaba precisamente a mi alcance visual. (No me pregunten cómo supe en qué cuarto dormía Catia, a quien nunca siquiera visité en su sala. Tal vez lo oyera decir a Olga Andreu, dándome direcciones, pero lo más probable es que fuera una deducción: Olga dormía en el cuarto que daba a la calle y al parque, es decir, el mejor dormitorio del apartamento, y no era difícil inferir que los padres de Catia -buenos padres habaneros- cedieran a su hija única el mejor cuarto para dormir refrescado por la brisa del golfo. Este hábito o política doméstica me permitió tener la más memorable visión de ese tiempo -y de todos los tiempos.) Concentré mis binoculares en el extremo cercano del edificio, en las ventanas bajas, lo que me permitía dominar perfectamente el interior de los apartamentos. Descubrí varias escenas caseras (ninguna tan interesante como las que se revelaron a James Stewart, inválido con un ojo único de largo alcance, en *La ventana indiscreta*, pero tampoco tenía yo una Queen Kelly, Grace under pressure, que viniera a darme un blondo beso lento para distraerme de los diversos espectáculos vistos por las ventanas, y así me pasaba las noches libres ejerciendo mi solitaria afición voyeurista) que podían ser patéticas o dramáticas pero que a esa distancia, sin el auxilio del sonido, resultaban terriblemente aburridas. Aun de haberlas podido oír con oído telescópico, sé que habrían sido diálogos como éstos: «¿Trajiste el pan?». «No, mi amor. Se me olvidó, perdona.» «¡Comemierda! ¿Cuántas veces voy a decirte que debes apuntar los mandados?» «Ya lo sé, mi vida, pero es que con tantas cosas en la cabeza» -que serían otra tanta basura en mi cabeza: neorrealismos, mientras yo buscaba lo extraordinario en la vida cotidiana.

En el mismo borde sur del edificio (cuyas ventanas no daban al parque sino al patio del hospital pero que por la disposición del Palace eran perfectamente visibles desde mi balcón) descubrí, por azar o voluntad, una mujer que volvió a recordarme a Madame de Marelle. Ahora (olvidada la rubia Rosita, rosa de papel pintado) tenía una verdadera versión de Clotilde ahí, ante mi vista, casi al alcance de la mano, cada noche. Consumí muchas veladas observando las idas y venidas de esta Clotilde. A veces estaba mirando por sus ventanas hasta las dos de la mañana: mi Clotilde se acostaba tarde. No me importaba: por ese tiempo no había clases que me obligaran a levantarme temprano, las horas de la Escuela de Periodismo eran de dos a seis de la tarde: bien civilizadas, de hecho, lo único civilizado en aquella escuela de cretinos, para cretinos, por cretinos: verdadera memocracia. Pero ahora es hora de escribir mi versión de Clotilde.

Nada más que había que olvidarse de la moda *fin de siècle* (la que nunca reconstruí porque hubiera sido necesario invocar más a Renoir que recordar a Maupassant) y de la perla que vio Georges Duroy colgando de su oreja con un hilo de oro deslizarse en su cuello como una gota de agua sobre la piel -y ya esa primera visión de la carne es promisorio: *la chair était fraîche, hélas, quand j'ai lu ce livre!* Está la ropa de los finales de los años cuarenta (estábamos ya en 1950, pero esta Clotilde todavía viste atrasada: se ve que no le concede mucha importancia a la

moda, es decir, al vestido: debe pues darle primacía al desvestido: es una promesa de que la veré desvestida, sin vestido, desnuda) y su andar nervioso, también propio de la otra Clotilde. No sé si está casada o no, pues a menudo se ve un hombre menudo en el apartamento que desaparece tarde en la noche. Tal vez sea un marido cansado, que se retira antes que la incansable Clotilde. Ella lleva el pelo a la moda de los años cuarenta, no peinado hacia arriba descubriendo el cuello como Clotilde, sino a la manera de las estrellas del cine mexicano, lo que la acerca a Elvira, la vampiresa vestida de Zulueta 408. La observé durante noches enteras, iluminada como con luz de gas, sentada en su *fauteuil* favorecido o caminando arriba y abajo de la sala (ésta debía ser su forma favorita de ejercicio) o detenida por la conversación con ese hombre que parece visitar más que habitar el apartamento. Intenté verla de cerca (violando las leyes estrictas del voyeurismo, violentando mis propias convicciones de que aquellas mujeres, las que descubriera desde el balcón -como Rodrigo de Triana del palo' de mesana o de la cofa- debieran permanecer vírgenes, quedar siempre lejanas, verdaderas horizontales, como la muchacha dormida del hotel Pasaje: este intento de acercamiento hacia inútil mi precioso instrumento casi científico: mi macroscopio) y muchas veces me fui hasta la entrada del Palace cuando veía que su luz de gas se apagaba, pensando encontrarla al azar forzado. Rondaba las inmediaciones del edificio, arriesgando la especie de peña, más bien roca, de los ruidosos muchachones del barrio que se sentaban y congregaban alrededor del primer banco de la penúltima sección del paseo, el que quedaba a la derecha para quien como yo bajaba de lo alto de la avenida. Comía redundantes queques en el Bakery que era en realidad una reducida cafetería en los bajos de Clotilde, contagiada (la cafetería, no Clotilde) con la epidemia de nombres en inglés que comenzaba a infectar los establecimientos de La Habana y que se hizo verdadera pandemia en los años cincuenta. Pero nunca la vi, quiero decir de cerca, ya que todas las noches estaba a plena vista gracias a mis binoculares. Entonces sufrí una frustración por no haberla visto en primer plano, pero ahora tiendo a pensar que fue mejor así y Clotilde, la reflejada en los prismas de mis anteojos, es tan real como su doble literario.

Si mis espejuelos eran una extensión de mis ojos, los anteojos se volvieron una proyección de mi cuerpo, haciendo la mirada táctil. Podía tocar a las prisioneras de mi mirada y al desnudarse ellas era yo quien les quitaba con mis dedos extendidos la prenda cuya ausencia las convertiría en preciosas. Pero tuve mi merecido en un proceso inverso del intentado con la cuasi Clotilde. Vivía en el edificio Palace un hombre de mediana edad, rubianco, de facciones borrosas, de aspecto nada inteligente, al que para colmo llamaban Comemoco. Pocos sabían su verdadero nombre y nadie lo usaba. Comemoco tenía una mujer que debió de ser bella alguna vez pero ahora la medianía de edad, tal vez la menopausia, había opacado su lustre. La familia se singularizaba por su hija única, que era de una belleza deslumbrante: alta, delgada (pero no como para que los inevitables habaneros que la rodeaban la tildaran de flaca, un insulto nacional), tenía un pelo (al hablar de ella hay que decir inevitablemente cabellera) rubio, que le llegaba más abajo de los hombros, casi a media espalda, que llevaba radiantemente suelto, volando al viento que siempre soplaban en lo alto de la avenida, haciendo de ella su monumento vivo. Ella había heredado algo de la idiotéz del padre o tal vez fuera la lejanía a que le daba derecho su belleza. Lo cierto es que ninguno de los muchachones, todos tan atrevidos de palabras con las mujeres que cruzaban por su zona, osaban acercarse siquiera a ese altivo iceberg en el trópico. Para colmo ella tenía el apropiado nombre de Helena, con su cara capaz de echar al mar mil buques, iniciar una guerra mítica y hacer inmortal a cualquiera de nosotros (aquí tengo que unirme a los muchachones admirantes) con un beso. Conmigo pienso que consiguió ese efecto eterno sin siquiera tener que acercarse a más de cien metros: ésa es la distancia que nos separó a partir de una noche fausta. Es evidente que mis anteojos (que se habían convertido en lorgnettes de teatro, permitiendo observar el comportamiento humano dramatizado) me concedían una cercanía al Palace, una suerte de intimidad que pocos podían gozar. Así no me sorprendí (aunque sí mi corazón dio un vuelco) descubrir que el apartamento de Helena estaba en el octavo piso, enfrentando la avenida: es decir, casi de frente a mi observatorio. La vi conversando con sus padres (estaba en realidad hablando con su padre y presumo que no hablaba mucho con su madre), ella levantándose de su asiento (que yo no alcanzaba a ver) en el justo momento que escrutaba esas ventanas abiertas, su padre ya de pie, los dos casi de la misma estatura. De momento no lo reconocí como el cómico Comemoco, pero cuando ella se puso de espaldas a la ventana, a la noche y a mí, su cabellera (esta palabra no la usa nadie en serio desde los tiempos clásicos, cuando, singularmente, las mujeres solían ser animales maravillosos, preciosos, unicornios de marfil: es precisamente por esto que la uso, que la he usado, que la usaré al hablar de ella) brilló a la luz de la sala y el reconocimiento fue instantáneo: había dado con la casa de Helena: allí fue Troya. Calculando que los padres de ella seguirían la costumbre habanera que había visto originada en casa de Olga Andreu y presumida con Catia, era seguro que la perla de esta ostra casera tuviera el mejor estuche, aquel cuarto cuya ventana daba al aire libre, a la avenida y a la vista del barrio, de la costa y del océano, convertido por ella en mero mar Mediterráneo.

Esa misma noche vi encenderse la luz del dormitorio y luego apareció ella, recorriendo varias veces el recinto, desapareciendo, reapareciendo. Luego debió de ir al baño porque regresó vestida con una bata de noche, que presumo larga, helénica. Debió de colocarse frente al espejo pues comenzó a peinar su memorable cabellera rubia. La peinaba una y otra vez, a todo lo largo, con la mano detrás sobre su espalda, arriba con el cepillo frotando la cabeza, a los lados recorriendo las guedejas que no eran exactamente amarillas sino de un color más claro que la arena pero más oscuro que el trigo, como de miel hiblea: esa rara avis en La Habana, una rubia natural. La cabeza de Helena brillaba bajo la luz a cada golpe de su evidente aunque invisible cepillo, un punto focal en la noche, repitiendo los pases encantatorios una y otra vez y luego se peinaba al revés, bajando la cabeza, dejando que el cabello le cubriera la cara, la cabeza toda cabellera, para erguirse y comenzar a cepillarse de nuevo. Cuando terminó la operación,

que debió de durar muchos minutos (pero que a mí me parecieron sólo segundos), ella se miró bien al espejo y aun a la distancia se veía que estaba contenta con su cabellera, que admiraba su cara, que le gustaba el conjunto, mirándose, regodeándose en la mirada, con un narcisismo que resultaba encantador porque ella era realmente bella y además inocente. Lo que no le habla perdonado a Beba lo celebraba en ella porque no era objeto de mi amor sino sujeto de mi mirada. Luego procedió a bajar la persiana veneciana (esa ciega invención americana -Venetian blinds- que habían adoptado tantos habaneros para dejar entrar el aire en sus habitaciones, guardándose del sol pero también, tal vez, de miradas indiscretas -otra tablita, ésta en La Habana Nueva) y desapareció de mi vista su visión encantadora.

Muchas noches esperé la aparición de Helena, futuro fantasma, aunque a veces ella bajaba las persianas antes de acostarse. Otras ocasiones bajaba las persianas antes del tocado pero no las cerraba y a través de las varillas -barras amarillas para aprisionar este animal mitológico- podía verla frente al espejo, cepillándose incesante, haciéndome componer un verso plagiando a un maestro: «Peinaba al sol Helena sus cabellos», aunque el sol fuera esa bombilla colgando del cielorraso que era de seguro la sola fuente de luz en su habitación. Seguí observando a Helena muchas noches cuanto ella me permitiera ver de su tocado de medianoche, su ritual para embellecer aún más su cabello, punto focal de mi mirada, y las noches se hicieron semanas y las semanas meses, esperando pacientemente un milagro revelador, que me hiciera adorarla. Hubo una noche, una medianoche en que ella dejó las persianas bajas pero permitiendo la visión (después de todo, se preguntaría ella, ¿quién iba a verla a tal altura?) y luego de haberse peinado, cepillado, tratado el pelo hasta transformarlo en su maravillosa cabellera rubia, mientras miraba su cara rodeada por el cabello que le corría a los lados, como un marco dorado, bajó uno de los tirantes de la bata de dormir y dejó el hombro libre, luego repitió la operación en el otro hombro y la bata le cayó a los pies invisibles. Ella, Narciso de noche, se contempló en el espejo desnuda. Su desnudez tenía que imaginarla pues siempre me dio la espalda cuando estuve frente al espejo, viendo su canal dorsal larga, sus hombros modernos (quiero decir que no eran redondeados como los de la falsa Clotilde sino más bien cuadrados, delgados y rectos) y la punta del seno izquierdo, cuya perfección impedía imaginar que el otro que ocultaba su cuerpo fuera idéntico: tan singular era. Cuando terminó de examinarse (sin duda aprobando: yo hubiera aplaudido de no habérmelo impedido mis anteojos espectaculares) en el espejo, desapareció de mi vista y la luz se apagó casi inmediatamente. Puedo imaginar que esa noche la legendaria Helena (por el barrio corrían las más diversas leyendas sobre ella, algunas absurdas, como esa de que su padre estaba locamente enamorado de ella y sufría celos incoercibles: su lejanía de los muchachos no era natural sino impuesta) durmió desnuda.

Sin embargo me quedé a la espera, no contento con una única aparición, observando, en mis manos el telescopio que alcanzaba cuerpos celestes. Cerré los ojos fatigados un momento y los volví a abrir enseguida. Quiero creer que todo fue imaginación o una invención del recuerdo, pero la luz se volvió a encender y me llevé los anteojos a los espejuelos. Helena apareció en el campo visual. Estaba en el extremo opuesto del cuarto y ahora la podía ver entera (menos las piernas), de frente, ocupada en un trajín extraño. No pude notar su seno segundo porque estaba fascinado por la parte inferior de su cuerpo: no usaba pantaloncitos para dormir (lo que era lógico) y sin embargo no podía ver su sexo: llevaba desde más abajo del ombligo un aparato ortopédico, aparentemente de cuero por su color pardo, atado con correas alrededor del talle, que se continuaba hasta cubrirle el monte de Venus como una caparazón, desapareciendo en la entrepierna, protegiendo -¿de qué?, ¿de quién?- su vagina como una costra. Ella lo ajustaba, tirando por los bordes superiores, como una faja, tratando de levantarlo y en un momento que se dio vuelta pude ver que la armazón cubría su culo para terminar poco más arriba de sus nalgas largas. Ahora ella afirmaba las correas, también de cuero, sobre su espalda, como si se ajustara un corset oscuro y demasiado bajo: en su conjunto era una máquina malvada. Después de estas operaciones de ajuste apagó otra vez la luz y de nuevo se fue a la cama, supongo, a dormir de seguro. Pero yo apenas pude hacerlo esa noche pensando en el aparato arcaico que acababa de ver cubriendo y al mismo tiempo mancillando esa versión de la virgen. Tarde en la madrugada soñé que veía a Helena cubierta por una armadura atroz que le llegaba de la barba blanca a la vulva velluda, con correas, amarres y ataduras que impedían cualquier movimiento hasta su carne, aun los propios, no hablemos de los impropios, y, lo que era peor, eclipsaban la contemplación de su desnudez espléndida. Fue entonces que comprendí lo que era este objeto obsoleto contrario al deseo: ¡era el cinturón de castidad diseñado por Goya! Pero fue menos el horror que la gracia que convirtió el espíritu del mirón en pura piedra. No volví nunca más al balcón con mi instrumento fabricado para la guerra, que yo había utilizado para acercar el sueño del amor del mirón y sólo había servido para crear pesadillas. Poco después lo heredó mi padre.

## Falsos amores con una ballerina

---

¿Alguno de ustedes, señoras y señores, ha intentado hacerle el amor (a la francesa) a una ballerina fuera de la escena? Quien haya iniciado esa aproximación habrá descubierto que es un acto virtualmente imposible de consumir, que las ballerinas (no me refiero a las bailarinas: esas resultan, por contraste, fáciles) son en realidad vestales de Terpsícore, casadas con el ballet como las monjas con Cristo, devotas de la danza. «La barra de práctica es su pene», me aseguró Juan Blanco, compositor de música para ballet, de *ballets blancs*. A mí me parecía que ahogaban sus penas de amor en la barra horizontal. He conocido a más de una ballerina (algunas tienen fama internacional ahora, por lo que no puedo nombrarlas: caballerosidad, además de miedo a las leyes contra libelo), jóvenes, simpáticas, aparentemente accesibles -y subrayo *aparentemente*. No hay nada más elusivo, siquiera a una invitación al baile, que una ballerina. Las he tratado con nombre corriente y nombre extraño, y la de nombre común insistía en hacer un *pas de deux* con el espejo, mientras la de nombre exótico afectaba un romanticismo lánguido que hacía de sus ojos lagos de los cisnes. Todas tenían la virginidad por sagrada, no sacra-ílica, y el menor movimiento que atentara alguien (en un cine, por ejemplo) contra su integridad virginal (no, por favor, vaginal) era acusado de obsceno y el autor de la movida en falso y en falta condenado al fin de la función. Esta fatal caída en desgracia me ocurrió varias veces más tarde en mi vida de balletómano, cuando me tuteaba con los tutús. Pero en el tiempo en que todavía era posible la iniciación tuve relaciones que puedo llamar, contradiciendo al título, «Amores con una falsa ballerina». Ella se llamaba Dulce (a quien yo llegué a llamar Rosa) Espina y la conocí en el salón de exposiciones de Nuestro Tiempo, cuando esta sociedad cultural vivía su época heroica en la calle Reina y no se había convertido en la organización pantalla comunista del mismo nombre pero de diferente dirección que tenía su sede en El Vedado -no lejos, apenas dos cuadras, del paseo que se llamaba, tautológicamente, Paseo, avenida que vino a tener una gran importancia en mi vida amorosa y nocturna y que me gustaba porque era una alameda que se extendía sobre sucesivas terrazas naturales hasta el mar. Muchas veces la recorrí con mi falsa ballerina, aproximándome a la posada que queda a una cuadra del final del paseo, tratando de convertir en amante a mi amorcito —carifoso diminutivo habanero cuyo uso debo a mi amigo Calvert Casey, muerto de amor en Roma.

A ella la conocí en Nuestro Tiempo, pero debo decir mejor que la vi en Nuestro Tiempo. Fue en una exposición de cuadros cubanos donde fijé en mi retina romántica a una muchacha delgada (después sabría que era flaca), de senos sobresalientes (luego vería que era toda tetas) y rubia (más tarde descubriría que era una seudorrubia) y una celestina se encargó del resto. Una amiga, Cuca Cumplido (cuentista que derivó hacia la novela rosa radial con previsible facilidad) nos presentó y retuve la visión rubia, tetona, casi teutona -con las connotaciones de su nombre en mente. Dejamos de vernos un tiempo, cuando pasé por una época de extrema tensión sexual (abandonado en mi isla por Julieta, sin Venus Viernes en mi naufragio nocturno) y solía recorrer la avenida de los Presidentes de noche versión joven del viejo con el gabán sucio- vistiendo una capa de agua de nylon verde transparente a la que la oscuridad de la avenida hacía impenetrable, buscando una mujer solitaria sentada en el paseo, una peatona propinqua, una paseante (que yo soñaba con mi misma ansiedad amorosa) que nunca pude encontrar y el recorrido incesante en mi jaula plástica terminaba en masturbaciones móviles bajo el impermeable, que así servía no para guardarme de la lluvia (imaginaria, existente: *season seca*) sino para proteger el pavimento de las poluciones, el esperma escurriéndose por la capa -que siempre acababa por limpiar cuidadosamente, de regreso, en secreto, en el baño privado. Uno de los enigmas de esta época esotérica consiste en saber por qué mi madre, que me veía salir con impermeable en buen tiempo, no se preguntaba la razón de mi comportamiento cuando menos excéntrico -Mornard de medianoche en busca de un Trotsky travestido que penetrar con mi pico febril.

Fue por entonces que completé mi segundo survey, esta vez limitado a la zona de La Habana y sus barrios vecinos, como Marianao, Regla y Guanabacoa, al otro lado del río uno, cruzando la bahía los otros dos. Yendo de puerta en puerta haciendo preguntas políticas (en el survey nacional) o sobre la frecuencia con que se veían ciertos programas de televisión (en el survey local), pude encontrarme con los personajes más perversos, siendo perseguido por perros peligrosos y casi terminando, en Guanabacoa, tarde una tarde, por acostarme con una negra que era una verdadera mujer de Maillol, pero que podía estar o no estar casada con un negro estibador capaz de aparecerse en cualquier momento: fue la figura formidable de este Lotario (como el negro enorme de los muñequitos de Mandrake) lo que me impidió convertirme en Lothario (como se entiende en inglés: el alegre libertino) que fue lo que siempre quise ser. Cuando fui a cobrar el dinero por mi trabajo tenaz casi al final de Galiano, sorprendido me encontré en las oficinas a Dulce (a quien todavía no podía llamar Rosa) Espina: ella también trabajaba para la firma de surveys. Cuando yo entraba ella salía y le dije que me esperara, que no me demoraría nada -todo con una áspera audacia de



mi parte pues apenas la conocía. Ella accedió a mi ruego que fue casi una amenaza y después de completar complicadas transacciones (esa compañía era remisa en pagar, tanto que mis interrogaciones acerca de la audiencia -tengo que usar la palabra para el teatro o la radio, ya que no puedo decir la visión- de la televisión fue mi última labor -resolución que llevé a cabo después de haberlo jurado varias veces- como investigador, a pesar del glamour del oficio, que casi me convertía en una versión verde de Philip Marlowe) pude reunirme con Dulce que estaba leyendo un libro. Creo haber olvidado decir que ella tenía pretensiones literarias: fue esto lo que la hizo amiga de mi amiga, la escritora de cuentos cubanos. Dulce, inevitablemente, quería componer poesía. Leía un tomo de poemas, tal vez las *Veinte canciones de amor* porque cuando dejamos la FE (Firma de Estafadores) y caminamos hasta la calle Galiano, en busca de la guagua (tal vez era yo solo el que necesitaba coger la guagua: después supe que ella vivía en San Lázaro casi esquina a Galiano: a unos pasos de allí), hice una referencia atroz y atrevida a los poemas de Neruda. Entonces yo era lo que se llama opinionado: tenía opiniones contundentes sobre el arte y sobre la literatura y la poesía. «Un poema de amor es una declaración impotente», le dije, y ella me respondió rápida: «Creo que estás equivocado». Se detuvo un momento, tal vez a considerar mi referencia a la impotencia poética y continuó, pasándola por alto o quizás olvidándola (después de todo es posible que no hubiera entendido bien: era pura provocación), «un poema de amor es una proeza de amor». No sé si lo estableció como un reto, provocándome a su vez a que yo (le) escribiera un soneto subido o era una muestra de su inocencia literaria. Sé que casi siguiendo yo los pasos perdedores de Julieta le presté mi ejemplar (entonces yo tenía la noción necesaria de que no habla muchas copias en La Habana) de *El amante de Lady Chatterley* Tengo que confesar que todavía era lector de Lawrence y me leí hasta su falaz *Fantasia del inconciente!* Dulce leyó *Lady Chatterley* (según ella, para mí era *El amante*) y me devolvió la novela toda rayada y llena de anotaciones, como tomando posesión de mi libro. Los subrayados eran ciertamente imprevistos pero no tanto como las notas. Por ejemplo había marcado la frase «Se ponía el sol» y al lado anotó: «Plagio de Horacio Quiroga». Cómo ella había podido conectar a Quiroga con Lawrence, era tan misterioso para mí como evidente la banalidad de la línea que había escogido y señalado como copiada. Pero esta ocurrencia (lo digo en los dos sentidos de la palabra) muestra la clase de relación que tuvimos al principio.

No la traje a casa nunca pero pude llevarla a un sitio que se haría recinto ritual: uno de los night-clubs que habían proliferado en La Habana en la última década y que tenían una función diferente de los cabarets. A estos últimos (sitios como el Zombie Club, el Montmartre, a los que yo no había ido nunca, el Zombie Club muy cerca de Zulueta 408, en la misma calle, el Montmartre no lejos de la avenida de los Presidentes, en lo que luego se conocería como La Rampa, los dos destinados a desaparecer dramáticamente, uno, en los años cuarenta a causa de un incendio, el otro, en los años cincuenta, después de un atentado político) se iba a bailar y a comer y eran lugares limpios, bien alumbrados, espaciosos, con una orquesta que era más bien una banda. Los night-clubs (muy diferentes de otros night-clubs que surgieron después, casi en los sesenta, a los que se iba a oír música y canciones) eran lo que se conoció como mataderos, sitios a los que iban las parejas a matarse, a darse mates, a besarse y algo más: tanto que algunos, como el Turf, tenían asientos pullman en los que uno prácticamente se acostaba y se podían hacer otomanías -menos quedarse completamente en cueros, todo valía. Gracias a Juan Blanco, que era consultor legal del club, conocí las excelencias del Mocambo, que estaba en la calle L, a muy pocas cuerdas de casa. Fue Juan Blanco quien me recomendó que en el Mocambo se lograban «hacer filigranas» (yo no había oído la frase más que como un término de narrador deportivo, hablando de pelota), añadiendo que se podían emplear, en su fraseología, «Todos los órganos sin hueso, menos uno», queriendo decir, según tuvo que explicarme (yo era espeso para mi peso), que te dejaban usar la lengua y no sólo para conversar.

Debería hablar más de Juan Blanco, abogado singular (que me liberó y me apresó: me sacó de la cárcel, sí, pero también me casó), compositor único: la sola composición suya que yo admitía como conocida era su *Canción triste*, que él siempre quería olvidar. Con Juan Blanco iba yo de militante artístico a los conciertos del Auditorium, a reclamar que se tocara más música moderna. También iba al ballet o mejor sería decir danza, ya que yo había comenzado a detestar a la eterna Alicia Alonso (a la que Juan Blanco llamaba «Giselle sin pausa y con menopausa») y en una de las funciones me aparecí llevando una elaborada, larga cachimba checa, mi pipa de la guerra que tenía que sostener con la mano para poder fumar, y desde el balcón en bravata gritábamos: «Ramiro Guerra, el verdadero, no el de las guerras», aludiendo al historiador del mismo nombre que el coreógrafo, entonces creador del colmo de la danza audaz en La Habana, tímido Terpsicore ahora. Fue en una de estas excursiones al Auditorium, de regreso a casa (todavía vivía yo en Zulueta 408), que subió a la guagua en la calle Línea una mujer alta, de pelo claro pero no rubia, con un gran cuerpo y una cara que no era bella pero sí atractiva. Ella vio a Juan Blanco y lo reconoció pero solamente inclinó la cabeza, un poco a la manera de Lauren Bacall en *Tener y no tener*, que no es un saludo muy enfático, nada habanero, y se sentó en la parte delantera. Nosotros (íbamos en un grupo, entre ellos mi hermano) estábamos sentados en el último asiento, que permitía el concurso de varios. «¿Tú la conoces?», le pregunté a Juan Blanco, y éste me dijo: «Sí, vagarosamente». Era evidente por su tono que había una historia detrás de ese adjetivo barroco. «Cuenta, cuenta», dijo alguien, tal vez Roberto Branly. Juan Blanco se mostraba al principio un poco reticente, pero era puro histrionismo, y finalmente dijo: «Tuve que ver con ella». Juan Blanco, todos lo sabíamos, resultaba inexplicablemente atractivo a las mujeres. Pero siguió muy serio y después dijo: «Luego no nos vimos en mucho tiempo. Un día, años más tarde, vino a verme al bufete y, sin decir ni hola, me espetó: “Tengo un problema sentimental”; y sin un compás de silencio añadió», Juan Blanco se detuvo un momento, más serio que nunca: «me dijo: “Dame treinta pesos para un aborto”; y no dijo más». También se calló Juan Blanco pero lo había dicho tan bien,

haciendo las pausas necesarias y sin tregua, sin transición entre problema sentimental y aborto como si la frase y la palabra tuvieran idéntico valor, que soltamos a corro una carcajada que hizo volver a todos los pasajeros -menos la aludida. Pero creo que hasta la extraña viajera se sintió sacudida por nuestro alborozo que movió los muelles del vehículo. Muchas ocurrencias pasaron de la boca de Juan Blanco, no a su papel pautado sino a mi estructura sobre la página en blanco. Pero hay un bon mot que no he citado nunca, entre otras cosas porque tiene que ver con Julieta Estévez y no había hablado de ella antes de ahora. Ya dije que Julieta se convirtió no en nuestra musa de masas sino en la Inicatríz: sería larga la lista de amigos y conocidos que fueron iniciados sexualmente por Julieta, que se acostaron por primera vez (y, tal vez, vez única: algunos escogieron los penes para penas de amor que no cesa de decir su hombre, pero no digo ni siquiera implíco que fue por culpa de Julieta o a resultas del encuentro con ella, Julieta clave de pesadillas) con una mujer lo hicieron con Julieta, unos en parajes tan remotos y exóticos al amor como el laguito del Country Club o las canteras de Cojímar, este lugar, el puerto no la pedrería, puesto de moda en los años cincuenta con *El viejo y el mar*. El otro lugar, el laguito, paraje de una calmada belleza, fue escenario de un notorio doble asesinato político. Pero no quiero hablar ahora de los muertos, justos o injustos pero jóvenes en la calma del Country Club, sino de Julieta, amante de los cementerios y de la naturaleza, real y falsa, de *El Mar* de Debussy y de Van Gogh, que pertenecía ahora a la mitología sexual habanera —quiero decir que ya ella no me pertenece exclusivamente: el mito es de todos, de los muertos y de los vivos, del folklore. Por ello puedo referir este cuento que no es siquiera un cuento, es una frase, una salida (y como Juan Blanco es músico), una salida de pavana. Se hablaba de la belleza de Julieta, de la perfección de su cuerpo, de sus senos sagrados, de sus muslos dorados que encajaban en caderas bien torneadas. «Sí», asintió Juan Blanco a la descripción, «pero abre las piernas y de la vulva le sube un humo verde». Esta visualización de la promiscuidad de Julieta en un infernal humo verde confería a su sexo una calidad de ciénaga, de pantano pútrido, de foresta feral y por lo tanto enemiga de toda vida humana: *Lasciate ogni spelta voi ch'entrate*. Fue una ocurrencia feliz de Juan Blanco, inolvidable, y el humo verde pasó a ser parte de nuestro vocabulario escogido: *cherchez la phrase*.

Este mismo Juan Blanco me recomendó el Mocambo como matadero (no estoy seguro de que él dijera matadero, ya que esta palabra, tan brutalmente habanera, estaba más en uso a finales de los años cincuenta y Juan Blanco había fijado su glosario hacia el fin de los años cuarenta, tanto que su apodo de sus días estudiantiles, cuando campeón de trampolín, era Crema de Hierro, por un refresco popular entonces en La Habana que yo ni siquiera llegué a conocer, alcanzando la caficola, el Ironbeer y la Rootbeer pero no la era de la Crema de Hierro) y él debió decirme una guarida o un cubil o mejor una gruta de Fingal, con sus connotaciones. Con todo él me dio instrucciones precisas sobre el Mocambo (que por otra parte yo no necesitaba, ya que podía haber entrado tan campante como cualquier otro parroquiano: no era un club privado sino el más público de los night-clubs, pero Juan Blanco me consideraba un Joven Verde) y yo invité a Dulce, que se arregló con todos sus alfileres y lucía bastante bien bajo la luz artificial. Ahora debo hacer dos revelaciones, una de las cuales tuvo lugar esa noche, la otra descubierta desde que la vi en las oficinas de esos piratas de encuestas. Ella era blanca de piel, casi lívida, pero se veía que tenía de negro. Su composición racial era indeterminada, pero como Cuba es un país de muchas mezclas tal vez su negro estuviera más lejos que ese abuelo que asoma detrás del árbol genealógico, aunque estaba presente en su pelo, al que el teñido amarillo no llegaba a impedir su tendencia a ser pasa, pese a parecer lacio. Como yo en mis años adolescentes de Zulueta 408, Dulce evitaba dar su dirección precisa. Pero esa noche que la fui a buscar insistí en encontrarla en su casa. Antes la había visto en una esquina o había tenido que mandarme hasta la casa alejada de nuestra amiga escritora, Cuca ahora más Cupido que Cumplido, o simplemente ella me había llamado a casa, y pasé a recogerla a la puerta de un cine: en realidad habíamos salido pocas veces. Al subir ahora la desnuda escalera de su edificio (que no era en modo alguno el fantástico falansterio fatal) me golpeó la similaridad de atmósfera con Zulueta 408. Dulce Espina, la exquisita lectora de poesía, la erudita anotadora de mi novela de D. H. Lawrence, la descubierta en una exposición de pintura, vivía en un solar, como las obsesivas mujeres de mi pasado. No era un gran solar, sin embargo, sino lo que hoy, que se ha puesto de moda el prefijo mini hasta hacer parecer un ministerio como un breve misterio, se llamaría un minisolar. Conocí esa noche a su hermana menor que en un salto atrás, en una regresión racial, se revelaba como una verdadera mulatica, mucho menor que Dulce pero de una belleza polinésica que habría entusiasmado a Gauguin (y que pocos años después, al verla de nuevo, ya una muchacha, me hizo lamentar no haber cultivado la relación con la familia: era una mulata que prometía una pasión habanera), pero nunca llegué a ver a su madre mestiza. En realidad yo no había ido a su casa a establecer lazos familiares sino a buscar a Dulce, la única promesa real. Fue su hermana la que me esperaba en la escalera como un comité de recepción, para decirme que Dulce venta enseñuida. Como hizo efectivamente -media hora después.

Llegamos temprano al Mocambo, que de noche no auspiciaba las tinieblas como de día (ese auspicio ocurrirla una tarde, mucho tiempo después), pero sí ostentaba una media luz si no alcahueta por lo menos complaciente. Nos sentamos (novato que era yo) en una mesa en la parte alta del club, encarando ostensiblemente (o por lo menos visibles) el bar, en una mesa de dos personas enfrentadas y no en las mesas, que luego advertí, en que se podía sentar una pareja uno al lado de la otra, como en un confidente. En vez de la orquesta que yo había esperado estúpido había una vicrola central, tan ostentosa como la que se convirtió en mi objeto de pasión musical en el vestíbulo del teatro Martí, pero era, lamentablemente, mucho más moderna, dejando detrás las formas de volubles volutas, de concha coral, de curvadas capicúas de los primeros años cuarenta para avanzar casi hasta el odioso diseño de gabinete cuadrado, cajón de música, de los cincuenta. Todavía no había, como hubo pocos años después en el Turf, por ejem-

plo, un sistema de escoger los discos desde la mesa por control remoto. Así me tenía que parar para seleccionar lo que queríamos oír (que era casi siempre lo que yo quería oír: Dulce, al revés de Julieta, no tenía oído musical, de lo que me alegré, quiero decir que ella fuera Dulce y no Julieta, pues la última habría insistido en escuchar a Debussy en el Mocambo, y si me fue posible un día oír un fragmento de la obertura de *Lohengrin* en un bar del barrio Colón -Wagner sonando entre las pupilas-, descubierto por Carlos Franqui, amante de la música romántica entre la decadencia de la carne perfumada, estaba seguro de que nunca encontraría en ese club una sola onda expansiva de *El Mar*) y yo, convencido de que todo el universo me observaba por un telescopio invertido, debía caminar entre nuestra mesa y la victrola, reunir el suficiente ánimo para marcar los números que me gustaría oír —que eran en ese tiempo, mayormente, canciones de Olga Guillot. O podría ser Beny Moré, saliendo de la órbita del mambo para lograr el apogeo del bolero (entre los cantantes masculinos, pues la expresión femenina parecía pertenecer por entero a la Guillot, cuyos éxitos contenían letras que eran nuestros refranes satíricos: «Miénteme más, que me hace tu maldad feliz», «Siempre fui llevada por la mala», «Tú serás mi último fracaso», etc.) y aunque ya estábamos en la elipsis del chachachá nadie iba a oír chachachás, con su ritmo compulsivo, en un club donde el objetivo era todo menos bailar. La otra selección ineludible era Nat King Cole, favorito desde los días de mi breve impersonalización (no hay otra palabra posible: yo hacía ver que era capaz de ejercer mi oficio para el que estaba tan capacitado como para cantar torch songs) de un corrector de pruebas, ¡en inglés!, en el periódico *Havana Herald*; cuando estaba de moda *su Mona Lúa*, ilustración sonora que yo encarné brevemente (ése fue el tiempo que duró el trabajo) en una enigmática correctora americana que leía pruebas en silencio a mi lado y que nunca siquiera sonrió, esfinge sin erratas. Ésa debió ser mi selección (un número o todos ellos) que debía esperar su turno de audición en la memoria automática de la victrola, inescrutable en sus designios musicales.

Regresé a la mesa y a Dulce (todavía no Rosa) Espina. Reparé por primera vez en la noche enclaustrada en su maquillaje, que era considerable. Usaba los labios dibujados a la manera de los finales de los años cuarenta, que eran los plenos cuarenta en el cine, y así llevaba otra boca pintada sobre la suya con mucho creyón, los labios falsos agigantados y superpuestos a sus finos labios reales. Si su boca recordaba a Joan Crawford, su nariz (que también estaba maquillada: ella era una de las primeras muchachas muy maquilladas que conocí, excepto por Carmina, que luego elevó su maquillaje a máscara) era casi exacta a la nariz de Marlene Dietrich -lo que no es extraño si se piensa que la nariz de la Dietrich es bastante negroide; muchas narices alemanas lo son, lo que debió molestar no poco a Hitler: arios afroides. Dulce a su vez era una afroide aria. Pero sus ojos muy negros (que no producían asombro porque en Cuba abundan las rubias con ojos negros, pero también serían los de un arquetipo de la rubia pocos años después, de una seudorrubia: pelo pajizo, ojos oscuros: me refiero a Brigitte Bardot, que tuvo en La Habana una doble inolvidable, pero todavía faltaban siete años para encontrar a quien nunca, ay, llegué a conocer carnalmente) tenían una dulce mirada franca: sabían mirar fijo de frente y, a veces, producían un pestañeo que podía ser de falsa modestia o de verdadera timidez y que la hacían parecerse increíblemente a Marlene Dietrich, con ese recato poco auténtico que ella asume a veces en el cine: estoy seguro de que Dulce imitaba a Marlene mímica, que sacaba ventaja de su nariz de aletas abiertas, que los mismos labios que se pintaba exageradamente no seguían el modo de Joan Crawford sino que eran un facsímil del trazado de la boca de la Dietrich.

Pero tal vez me equivoque y Dulce no hiciera más que seguir la moda, es decir, ser esclava de la época.

No recuerdo mucho de qué hablamos (como ven, recuerdo más su aspecto que su conversación, aunque estoy seguro de que Dulce habría querido entonces ser recordada más por su discurso que por su apariencia, ella segura de que su personalidad era la realidad de su persona, no su máscara) pero sí sé que hablamos mucho, estuvimos horas hablando por encima de la música, que de fondo pasaba a primer plano, la danza de las horas. No usaba reloj entonces (no podía permitirme tener uno y, ahora que puedo, no me lo permito) y hablamos y hablamos y por entre los intersticios más que los intervalos musicales yo oía (o hacia como que oía) lo que ella me decía. Pero lo que quería era aproximarme a ella, tenerla en mis brazos, besarla -a pesar de su boca pintada. Siempre he detestado el creyón de labios y las medias de nylon y Dulce tenía ambos cosméticos como obstáculos entre su cuerpo y el mío. Pero por fin pude darle un breve beso, un mero contacto con su lipstick, que es la palabra perfecta para el carmín, ya que participa de la condición de labio y pegajoso. Al término del beso, que duró si acaso segundos, ella miró alrededor, pestañeando modosa, como para saber si alguien la había visto, pero la concurrencia, ya poca, que nos rodeaba estaba solamente interesada en ella misma, cada uno con su pareja, narcisos íntimos, y no iban a ocuparse de nosotros para componer un menage à quatre. Fue entonces que me animé a pedirle que bailáramos. Yo no habla bailado en mi vida, aunque siempre, desde niño, me ha gustado ver bailar. No sé de dónde he sacado esa pasión por el baile como observador y en tiempos de carnaval me iba con algún compañero de bachillerato, Silvino Rizo, por ejemplo, al Centro Gallego o al Centro Asturiano, sólo a ver bailar las parejas enmascaradas, las máscaras incapaces de velar su arte. Cuando después de la guerra permitieron de nuevo el carnaval público, a veces mi padre me conseguía un pase para la tribuna de la prensa junto al Capitolio y me deleitaba con las comparsas los sábados por la noche en un paso de baile por el Prado. Los domingos, claro, me divertía -la palabra es me excitaba- con el paseo de carrozas, decoradas extravagantemente pero adornadas con mujeres en malla, bellas en bikini, mostrando los muslos espléndidos en la tarde de primavera precoz, que era como decir verano visual.

Ahora saqué a Dulce a bailar. Sonaba un bolero lento y todo lo que tenía que hacer era pegarme a ella y simular que movía los pies, imitación de unos pasos de baile que con el tiempo devendría técnica y vendría a parecerse extraordinariamente al baile, sin llegar a serlo nunca. Esta ocasión me llevó a recordar por primera vez (yo estaba bailan-

do por la primera vez) el intercambio memorable de un sketch de Abbott y Costello en que Costello declara enfático que no le gusta el baile. «¿Por qué?», pregunta Abbott extrañado. «¿Qué es el baile?», responde Costello con una pregunta. «Un hombre y una mujer abrazados a media luz, con música.» «¿Y qué hay de malo en eso?», quiere saber Abbott, y aclara Costello definitivo: «La música». Lo único malo entre Dulce y yo en ese momento era la música. Pero no estoy siendo justo con la música. En este mi primer paso en una larga carrera de boleros más que lentos o, todavía mejor, still slows, en que llegué a alcanzar la pericia de un bailarín profesional sin saber siquiera dar dos pasos (no: ni siquiera uno: todo lo que hacía era mover mi plexus dorremifasolar contra las caderas de mi compañera de baile, si ella me lo permitía: encontré ocasiones en que este frote era atrevido para mi bailarina y al separarse ella de mí me dejaba solo y moviendo las caderas al aire), no oía la música, sólo atendía al contacto del cuerpo de Dulce, atrayéndolo hacia el mío con una lentitud pareja a la de mi rotación pélvica, deseando que se pegara contra mí, al mismo tiempo que tenía cuidado de que ese juntamento que quería ser ayuntamiento se produjera mientras estaba sonando todavía la música. Pude no sólo acercarla tanto a mí que cualquier otro movimiento que no fuera la frotación (que también participaba de la calidad de rotatorio) de mi cuerpo contra el suyo resultaba prácticamente imposible. Ya desde el momento en que la cogí plenamente en los brazos (había algo cómodo en su estatura, en la delgadez de Dulce para tenerla entre las manos -que es algo más que una metáfora) sufrí una erección. Padecía entonces de la embarazosa condición de erección precoz y puedo usar los verbos sufrir y padecer porque estas erecciones apenas me dejaban conversar con una mujer o una muchacha sin ser víctima de ellas -de las erecciones precoces, no de las mujeres ni de las muchachas. Muchas veces me ocurrió que, yendo en una guagua sentado al lado de una mujer que no era bella ni tampoco joven, la sola vibración del chasis me producía una erección, lo que hacía en extremo difícil el acto de ponerme de pie, pedirle permiso a la viajera, pasar por su lado de espaldas y bajarme con un bulto entre las piernas que ni siquiera la mano en el bolsillo (lo que complicaba bajarse del vehículo teniendo una sola mano libre, falso manco del levante) disminuía su grosor, por mucho que tirara yo del miembro erguido en rebeldía. Así me pasaba muchas veces que viajaba a zonas desconocidas (y para nada incluidas en mi itinerario) de La Habana Arroyo Arenas, el Diezmero, Nicanor del Campo- esperando vanamente que la tumefacción se desinflara, ocurriendo lo contrario: el largo del viaje aumentaba el tamaño del pene en dimensiones desvergonzadas. A veces conseguía dejar la guagua por que mi compañera de viaje se había bajado primero. Otras me arriesgaba a sufrir la acusación de exhibicionista (en realidad ésta era más improbable porque la palabra no estaba en el léxico popular, pero sí era usable la de cochino), descendiendo del vehículo en una parte imprevista de la ruta. Pero las más me veta llegando al paradero sin haber conseguido disminuir las dimensiones de ese órgano para el que inventé tantas fugas.

Ahora, bailando con Dulce (tengo que decir que ella no era tampoco notable como bailarina, a pesar de una declaración propia posterior), frotándole mi bulto, casi mi. cosa cruda por lo fina que era la tela de mi pantalón (debió de ocurrir esta iniciación de la danza en verano o al menos en los días de calor que se aparecen en La Habana cuando menos se esperan -aunque siempre hay que esperar el calor en zona tórrida-, convirtiendo las Navidades en un horno para el lechón y para quienes lo comen, todos asados o con el viento sur que es un siroco que sopla en Cuaresma: de manera que pudo ser en cualquiera de esas ocasiones, ya que tenemos solamente dos estaciones: la estación apacible y la estación violenta), contra su vestido vivo y siendo más baja que yo, friccionando su vientre -porque no puedo decir que ella, al menos en esos años, tuviera barriga. Dulce no sólo se dejaba frotar mi foete sino que a su vez se pegaba a mí y debíamos formar, para un tercero en concordia, una pareja muy unida. Estoy siendo irónico, ya lo habrán notado, pero de veras que estábamos adheridos el uno a la otra, bailando sin movernos, yo francamente (debí decir descaradamente) fregando arriba y abajo de su vestido, de su vientre, ella dejándose llevar por mi movimiento perpetuo, casi colaborando conmigo en esa labor de amor frontal, vertical, ventral. No oímos cuando terminó el disco pero, a pesar de que serían las tres de la mañana (o una hora próxima), un número siguió al anterior, también lento -y ni siquiera tuvimos que separarnos a esperar para continuar la danza de Dulce y el goloso. Así estuvimos bailando (es un decir) todo lo que quedaba de la noche, que no era mucho.

Cuando salimos estaba aclarando (insisto en que era verano, cuando los días son más largos, aunque ésta es la tierra del eterno equinoccio) y decidí (acompañarla a su casa, caballero que era esa primera noche. No había más que caminar unas cuantas cuadras calle L arriba y luego bajar por San Lázaro hasta encontrar Galiano: éste era el proyecto: un viaje bien largo de la noche al día. En Infanta y San Lázaro (hay una cierta sutileza de la calle L al convertirse en San Lázaro en la universidad sin que apenas se advierta la gradación: ésta es, estoy seguro, una gentileza de la calle L, que es moderna y agradable desde su mismo principio, mientras San Lázaro es una calle sin carácter, fronteriza, que no está en La Habana Vieja y sin embargo no es de La Habana Nueva, y subir. por ella hacia la colina universitaria es ver cómo el pato feo se convierte en cisnecito) supe una vez más que el hombre propone y la mujer, diosa, odiosa, dispone. Allí Dulce decidió que tenía que regresar temprano -¡a esa hora! Era inútil argüir que ya era temprano, amaneciendo casi, de manera que nunca llegarla tarde, pero ella quería regresar enseguida, ahora mismo. Tampoco habla modo de hacerle ver que era imposible encontrar un taxi a esa hora, y como al que madruga con una diosa imperiosa, esa diosa lo ayuda, apareció como creada de una calabaza seca una vieja máquina de alquiler, que era como se llamaban entonces los taxis. Era la primera vez que cogía un taxi en La Habana. En Gibara, con ser tan pequeño pueblo, mi madre se vio obligada a llamar una máquina de alquiler porque yo no podía dar un paso. Temprano esa noche, a la salida para el cine, me tiré de la acera alta a la calle empedrada y me torcí un tobillo, aunque seguí hacia el cine, cojeando un poco pero como si no hubiera pasado nada: inmune, bravo, determinado a ir al cine a todo costo y fue allí que el pie se me hinchó hasta no poder soportar el zapato y tuvimos que dejar la función por el

dolor que era el mayor que he sufrido en mi vida llena de dolores de muelas, de migrañas (tal vez debiera decir que el mayor dolor lo iba a sufrir de adulto, con un absceso dental, pero éste no me impedía caminar) y que el médico de la familia, que era como quien dice el médico del pueblo, diagnosticó no una fractura sino un novedoso derrame sinovial. Sin sufrir un oneroso derrame seminal, este segundo viaje en taxi fue feliz, aprovechando la lentitud del vehículo (yo, que luego me iba a convertir, aun en La Habana, en un vicioso viajero de taxis, he descubierto que no hay más que dos tipos de taxis: los que van muy lentos y los que van excesivamente rápidos, sus respectivos choferes afectando la paciencia o los nervios del pasajero: pero esa noche no me importaba si el taxista de turno era cauto o temerario) para apretar a Dulce: y era eso lo que hacía ahora, no sólo arrinconarla en un extremo del asiento sino manosear sus tetas, tocar sus caderas, pasar mis manos sobre sus muslos, al mismo tiempo que la besaba -y ella me besaba a mí. Afortunadamente -desgraciadamente esta vez- San Lázaro no es una calle muy larga, o no fue suficientemente extensa para mi esa madrugada, y llegamos demasiado pronto a su casa. Ahora la veta bien, no impedido por la noche sino ayudado por el amanecer en el tópic: nada grande, tendría tal vez dos pisos, pintada la fachada fulastre de ese amarillo casi mostaza con que están encaladas tantas casas en La Habana Vieja y Media (la ciudad tiene edades, como la historia: hay una Habana prehistórica más allá del muro del Malecón), modesta, sin el temible aspecto de falansterio fecal de Zulueta 408, pero una casa de vecindad ni más ni menos: el presente de Dulce era mi pasado y nos unía un común lazo de pobreza -a pesar del taxi, a pesar de la noche en el Mocambo, a pesar de la ropa que ella llevaba, vestida como para una gran ocasión, su bata ahora ajada por las demasiadas manos mías. Pero ella tenía que irse, entrar al edificio, llegar a su cuarto cuanto antes. Abrí la puerta del taxi mientras la besaba y la acompañé hasta la acera, tal vez un poco más allá, junto a la alta puerta abierta. Nos besamos por última vez y ella desapareció de mi vista sin dejar detrás una zapatilla rota, en un cuento de hados. Pero como una estela dejó su esquila prometiendo que nos volveríamos a ver -ala semana siguiente, por culpa de mi trabajo de noche. ¿Habrá alguien que tuviera un trabajo más improbable que secretario nocturno? Eso es lo que era yo. Pero después de todo, muchos de mis trabajos han tenido lugar de noche: corrector de pruebas de madrugada, crítico de cine, que implicaba ir al cine de noche y escribir después de la función, y casi fui sereno en una fábrica. Solamente la obligación de llevar un revólver como instrumento de trabajo me impidió aceptar ese puesto peligroso en un tiempo en que habría sido un salvavidas para el mar de la miseria, cuando llegué a envidiar a un amigo -actor amateur olvidado, inolvidable porque tenía el simétrico nombre de Jorge Antonio Jorge- su trabajo de noche en un hotel, que no es lo mismo que un trabajo en un hotel de noche.

Solo, ante la puerta, en la acera, dejándola para ganar la calle, no iba a regresar caminando a todo lo largo de San Lázaro, subir la cuesta para bajar por la calle L a la calle 25 y enfilarse hasta la avenida de los Presidentes, por lo que decidí volver a casa en taxi, extravagancia permitida por mi afluencia actual gracias a las entrevistas encadenadas que componen una encuesta, a lo bien pagadas que eran (aparentemente: mis empleadores se aprovechaban escandalosamente de lo que entonces yo, mero marxista, habría descrito como plusvalía y que hoy tiendo a llamar, con el diccionario no con Marx, mayor valía), mi riqueza repentina. Nos demoramos un buen rato el taxi, el taxista y yo hasta acceder a la calle 27 y cuando entraba al edificio era ya de día. Al abrir la puerta me encontré a mi abuela levantada (lo que no me asombró: en mi familia, excepto mi bisabuela que se levantaba al mediodía y ahora dormía el sueño eterno, solían levantarse todos temprano, mi abuela y mi padre, y mi madre era una inveterada insomne que dormía a retazos cada vez más cortos -yo era el único que se levantaba tarde en la casa) pero sí noté su expresión de malvenida, mi abuela oriental casi tan escandalizada como la abuela habanera de Catia ante el timbre de alarma. Su susto aumentó al decirme: «Muchacho, ¿dónde tú estabas metido?». Le dije que por ahí, haciendo un gesto vago con la mano fatigada: tocar cansa. «Pues por ahí mismo», dijo mi abuela, «anda tu madre con tu padre buscándote!», y añadió: «No han dormido en toda la noche», implicando que ese doble insomnio era culpa mía. Esto sí que era noticia: yo, mayor de edad ya, siendo buscado por mi madre como si fuera el niño perdido. Es cierto que ella solía estar despierta hasta que yo regresara de un concierto o una obra de teatro (si no me acompañaba), pero esto era demasiado: era para ponerse furioso, pero yo estaba más preocupado que iracundo. «¿Por dónde fueron?», le pregunté a mi abuela Ángela. «¿Qué sé yo?», dijo ella. «Por ahí. Hace rato que salieron a buscarte.» Pero ¿dónde diablos iba a ir mi madre a encontrarme, arrastrando con ella a mi padre, tan fácil de mover, difícil de conmovier? Recordé su salida a buscarme el día que descubrieron al descuartizador en Zulueta 408, pero yo tenía entonces dieciséis años y además era de día. Salí de la casa de nuevo, a buscar a mis buscadores -no iba a quedarme sentado esperando a que regresaran. Además, conociendo a mi madre sabía que no regresaría hasta haberme encontrado, como un corpus delicti. En la calle sólo se me ocurrió bajar la avenida, ya que pensaba que no me iban a andar buscando avenida arriba, entre los hospitales y la cárcel del Príncipe, aunque un día del futuro iba a ser paciente en uno y preso en la otra. No sé por qué me dio por coger por la calle 25, enfilando hacia el Mocambo -tal vez querencia. Fue una excelente elección: por la calle 25, pasando junto a las lanzas del enrejado de la escuela de medicina venía mi madre, Raquel comunista, seguida por mi padre, que se veía todavía más pequeño -tal vez fuera la altura de las rejas, la distancia o la estatura de mi madre, crecida con la búsqueda, acrecentada por el enojo de buscarme, agigantada en su furia al verme aparecer, sano y salvo: mi madre la loca. El encuentro entre las lanzas habría parecido una versión en El Vedado de la *Rendición de Breda*, pero la condescendencia del buscador con el buscado se convirtió en una invectiva que era más bien una sarta de insultos, dirigidos contra mí pero también contra mi madre misma por su obligación no sólo de esperarme despierta sino de buscarme tarde en la noche (contradicción de su argumento: era ya de mañana) y yo no sabía cómo apaciguarla: mi madre era capaz de un verdadero mal genio. Cuando terminó, tranquil-

izada no por mí ni por sus palabras sino por algunos viandantes tempraneros, me preguntó: «¿Dónde estabas metido?». Le dije la verdad: la vida no es la literatura: «En el Mocambo». Ella sabía lo que era el Mocambo: mi madre parecía saber todo lo humano -y a veces lo divino. «¿Tú solo?» «Por supuesto que no», le dije, «con una muchacha». «¿Con una muchacha?» Esa pregunta que era un eco cercano de mi respuesta pareció volver a aumentar su furia. «¿Con una muchacha?», repitió. «¿Y yo me he pasado la noche sin dormir y he tenido que salir a buscarte como una loca, mientras tú estabas con una muchacha?» Es curiosa esta reacción rabiosa de mi madre al saber que había estado toda la noche con una muchacha. No hacía mucho, en nuestra última visita al pueblo, estaba ella hablando con una muchacha en el parque de Colón (el mismo descubridor, distinto parque) cuando acerté a pasar con mi hermano rumbo al parque principal. Mi madre me vio y me llamó y me presentó a la muchacha con que hablaba. No era particularmente bonita aunque tampoco era fea, pero no sé por qué razón (tal vez mi timidez) todo lo que hice fue darle la mano, decirle mucho gusto y marcharme. Evidentemente mi madre esperaba mucho más de mí (no sé si la muchacha también), porque más tarde esa noche, ya en la casa, me regañó (mi madre podía ser bastante cáustica y regañaba a todo el mundo en la familia, incluyendo por supuesto a mi padre, a quien no sólo aventajaba en estatura sino en carácter, sobre todo en un dinamismo vital que conservó toda su vida, contrastando con la pasividad de mi padre, esa paciencia casi oriental que le ha permitido sobrevivir a las más crueles catástrofes desde que era niño), mi madre llamándome la atención por no haber hecho caso a la muchacha que le acababa de comentar lo bien parecido que era yo, y yo todo lo que hice fue ofrecerle una mano tiesa y con la misma darle la espalda. «Tienes que hacerle más caso a las mujeres», terminó, olvidándose que ya una vez me había regañado con igual vehemencia por prestarle demasiada atención a Beba y descuidar las clases de inglés. Tal vez fuera que ya (cuando el encuentro con la muchacha en el parque del pueblo) había cumplido dieciocho años y con la mayoría de edad legal empezaban mis obligaciones de atención al sexo opuesto. Pero ahora, esta noche, esta madrugada, no: esta mañana, ya que la discusión discurría entre peatones con panes que pasaban a nuestro lado mirándonos curiosos, a la luz del pleno día, su pelo en desorden, parecía una furia de platino, iracunda por haberle dicho yo que estaba hasta esa hora con una muchacha, tanto que pensé que mejor sería haberle dicho que estaba con Juan Blanco o con Franqui o con Rine Leal, o con un grupo indistinto de Nuestro Tiempo. No sé si fue la demasiada luz o los muchos viandantes indiscretos o que mi madre había consumido toda su energía para la invectiva, pero se calló de pronto, se detuvo como si hubiera tenido cuerda hasta entonces y arrancó a caminar, otra invención de Maelzel: la madre mortificada. Mi padre, siempre conciliador, dijo: «Ven, vamos para la casa a desayunar». ¿O sería que él, mujeriego secreto, revelado por mis anteojos, comprendía mi situación? Si ésta fuera una crónica familiar y no una retahíla de recuerdos relataría cómo mi padre, a pesar de su moralidad (o por ella misma) era un loco por las mujeres, cómo al saludarlas las tocaba -una presión de la mano, un toque en el brazo, hasta una palmada en el hombro: aproximaciones- y cómo tenía secretas conferencias con algunas mujeres que trabajaban en Hoy o, luego, vivían en el barrio, por lo regular aprendices de redactoras en el periódico (camarada viene de cama), criaditas de la barriada. Fina, la mujer de mi tío el Niño, que tenía muy buen humor, cuando venía de visita a casa solía siempre decir a mi madre: «Zoila, ya tu marido me está toqueteando», a lo que mi madre no hacía caso, desinteresada si era verdad o burla, y mi padre sonreía con su sonrisa tímida -pero continuaba su política sexual por otros medios. Mi madre solía refugiarse en la lectura de novelas románticas (antes había sido la audición de novelas radiales o ir conmigo al ballet, al teatro o a la filarmónica, ahora al mudarnos para El Vedado las novelas del radio habían quedado relegadas al pasado, íbamos cada vez menos juntos a la filarmónica y al teatro porque salía con mis amigos artistas, estaba más envuelto en tareas culturales, escribiendo o porque por mi mayoría de edad real había roto el cordón umbilical afectivo adolescente), volviendo ella al refugio de su juventud, pero bien por mi influencia o porque su gusto había avanzado, leía en vez de El Caballero Audaz o el curioso colombiano Vargas Vila a las hermanas Brontë (no sé cuántas veces se leyó *Cumbres Borrascosas*), *Rebeca* en una regresión o en un juego de ruleta rusa romántica *Ana Karenina*, libro que leyó una y otra vez, hasta hacer pedazos mi edición en dos tomos, cuyas tapas verde viejo se hicieron glaucas, metáforas del ajeno de mi madre. Mi padre, por su parte, armado con mis antiguos anteojos, en secreto, tarde en la noche, encerrado en el balcón, escrutaba los edificios enfrente, tal vez sin participar de mi prejuicio contrario a fisgonear las ventanas de Olga Andreu, amiga amable.

La siguiente salida con Dulce (pero no Rosa) Espina la hice más barata que la estancia en el Mocambo, porque reservaba mi dinero para una posada prójima. La convencí de que debíamos mirar juntos la luna desde el Malecón. No recuerdo sin embargo cómo logré persuadirla de que la luna se veía mejor no del Malecón a mano (ella vivía a una cuadra apenas del mar) sino más arriba, en El Vedado. Caminamos Malecón arriba más allá del parque Maceo y del Torreón de San Lázaro, pasamos frente a la rampa de la calle 23 (que comenzaba a ser La Rampa) y la farola fastuosa, obra maestra del art déco desconocida y el promontorio rocoso en que se asienta el Hotel Nacional, seguimos hasta ver el final de la avenida de los Presidentes, yo mirando siempre al mar, al horizonte hecho visible por la luna fluorescente, ella haciendo no recuerdo qué analogía (tal vez de la influencia del *Martín Fierro* en Thomas Mann: «Brillaba la luna llena») y continuamos caminando gracias al previsor ministro de Obras Públicas que extendió el Malecón, si no hubiéramos tenido que detenernos en ese punto, llamado El Recodo, por el recodo que hacía allí antes la avenida, y por la compulsión del momento y del lugar tornar un batido en el bar ambulante llamado, sin mucho esfuerzo mental, El Recodo. Allí donde una tarde estuvimos mi hermano y yo con Haroldo Gramadié, compositor de música seria, reo serial. Esa tarde en El Recodo, Haroldo terminó de beber su pepsi-cola (o tal vez fuera un refresco habanero, como la Materva), pero todavía con sed cogió mi botella y bebió del mismo pico que yo había bebido. Debí de ver mi cara de horror (siempre he sentido asco de compartir algo que llevarme a la boca con otra gente) porque

me dijo: «Sé que tú no serías capaz de hacer lo mismo conmigo. Pero tienes que aprender que cosas más sucias se hacen con el sexo». Lo que era una prefiguración de la lección que conducía a lo peor que Julieta Estévez me dio acerca del amor y el humor -o cosa parecida. Tal vez pudiera darle yo lecciones a Dulce esa noche y conducirla a lo mejor.

Nos sentamos en el muro del Malecón. No podría decir cuántas veces me había sentado en el muro del Malecón desde esa luminosa tarde de verano de 1941 en que lo había descubierto, Colón de la ciudad, y me había encantado para siempre, los hados convirtiendo a La Habana en un hada. Me senté entonces en el muro con mi madre y mi hermano, ella mostrándome a Maceo en su parque, mientras mi padre y Eloy Santos hablaban posiblemente de política. Me senté en el muro con mi tío el Niño en las tardes transparentes, dulces, sin nubes del otoño de 1941. Después fue con compañeros del bachillerato, esta vez sentados en los parques frente al Malecón, a mirar pasar las muchas muchachas rumbo al anfiteatro o de regreso al Prado. Volví al muro con colegas literarios de la revista *Nueva Generación*, de noche, a veces acompañando al viejo Burgos (que en realidad no era viejo: estaba envejecido por el exilio), a oír sus cuentos eróticos pero patéticos, relatados en primera persona, un imposible Casanova no sólo por su fealdad (su nariz española, enorme, lo hacía más próximo a Cirano que a Don Juan) sino por su pasividad, su vida sedentaria entre libros, primeras ediciones y cuadros cubanos en el modesto apartamento de la calle Galiano que ocupaba con su madre y con su hermana (aún más fea que Burgos porque era la versión femenina de Burgos), relatando ocasiones en que mujeres virtuosas se le habían regalado (había un cuento que ofrecía el erotismo por espejos: a través de una luna, no bajo la luna, veía Burgos cómo esta mujer se desvestía descarada, la hoja especular propiciando cómplice la visión de la carne desnuda) y no las había aceptado porque eran esposas de amigos. Pero un día su virilidad no iba a soportar pasiva estas visiones. Estas veces adoptábamos la costumbre de los habaneros de sentarnos de espaldas al mar, mirando pasar los carros, hábito que me asombró tanto la primera vez que lo noté pues para mí, a pesar de la fascinación que ejercían en mí los automóviles corriendo, que eran la velocidad, el espectáculo estaba del otro lado de la barrera, era el mar, la costa escasa, de arrecifes, la marea fluyente y un poco más lejos, apenas un kilómetro mar afuera, la corriente del Golfo, la masa morada, casi sólida pero fluida que se desplazaba incontenible de sur a norte pero que parecía moverse de oeste a este, contraria al sol, un río dentro del mar, de noche una negrura misteriosa donde brillaban los faroles de los pescadores del alto, de día un hábitat fascinante por los peces que emergían de ella: las flechas rápidas de los pejes voladores, el vuelo entre dos aguas como a cámara lenta de las mantas, las aletas temerosas de los tiburones. Esas noches de conversación literaria o erótica a nuestro lado estaban los pescadores de ribera, que pescaban desde el muro, con largas líneas cien o doscientos metros en el mar, llevadas hasta allá por botes especializados en tender curricanes para la pesca del alto desde la orilla. Este espectáculo variado, cambiante y eterno, se lo perdían los habaneros por los raudos autos que pasaban de largo, el Malecón una pista donde toda velocidad era posible, y cruzar la vía en un acto temerario: crucero indiferente de la civilización despreciando a la naturaleza, la verdadera visión desde la isla. Aquí en La Habana, en el Malecón, su avenida más propia y en la que el punto focal era el parque Maceo, con su monumento al Titán de Bronce, donde el guerrero mambí, machete marcial, mortal en alto, daba la espalda al paseo, su caballo piafante ofreciendo su grupa al mismo océano, cagándose en el mar, convirtiendo la Gulf Stream en la corriente del Gofio.

Estábamos sentados Dulce (la tuve que dar vuelta para que encarara al mar) y yo en el muro mirando la noche marina, viendo cómo la luna llena se reflejaba en el océano liso, tranquilo, apenas con esbozos de olas, la luna brillando en un cielo sin nubes. Recordé la luna de Earl Derr Biggers luminosa sobre Honolulu, recordada de una de las primeras novelas policíacas que leí, luna más memorable en aquella historia de engaño, de misterio y de muerte que en la vida ahora. Le iba a hablar a Dulce de la luna en Hawaii pero me asaltó el temor de que ella al oírme hablar de la luna literaria arguyera enseguida que la descripción de Biggers estaba calcada de otra de Ricardo Güiraldes en *Don Segundo Sombra*, la luna reflejada en un charco de la pampa convertida en el antecedente escrito de la luna en el cielo del Pacífico. Dulce (Rosa de los vientos literarios) Espina tenía una inquietante cultura de la literatura latinoamericana, conocimiento que la llevaba no a encontrar analogías, que era permitido, sino a descubrimientos instantáneos de robos inusitados, ella la versión femenina y habanera del detective asiático. En realidad ella estaba adelantada (era una adelantada) a su tiempo, y lo menos que ella y yo sospechábamos es que esa visión de antecedentes sudamericanos en otras literaturas se iban a poner de moda un día -aun entre los críticos, especialmente entre los críticos. Así, yo estaba sentado, sobre el duro cemento del muro, junto a una erudita editorial. Por supuesto no le dije nada de la luna reveladora de Charlie Chan y me limité a preguntarle si no era bella la noche y casi desencadené una rapsodia habanera: «Está bella, bellísima», dijo, «una de las noches más bellas de mi vida!», mirándome con sus ojos negros debajo de la melena rubia (ella llevaba una suerte de peinado paje, ése con el cerquillo, que le llegaba casi hasta los ojos, que se iba a poner de moda -el peinado, no sus ojos- tres años después: adelantada en el pelado, y esa noche iba yo a averiguar si era también adelantada en el sexo: no todas las muchachas de La Habana, de las que tenía a mi alcance, eran tan atrevidas como Julieta Estévez: ¿sería Dulce Espina una de las rosas audaces?) y le iba a decir que esa noche no se repetiría jamás, con mi teoría de entonces de que nadie mira dos veces la misma luna, que unía mi devoción por el Carpe Diem -en este caso, aprovechar la noche. Pero no se lo dije por temor a asustarla: después de todo era la segunda vez que salíamos. O tal vez temiera desencadenar otra avalancha extática.

Pero mi cautela no impidió que Dulce se extendiera en largas tiradas que eran disertaciones sobre la belleza de la noche (mi culpa), la vida en La Habana, su dificultad (nada mi culpa) y la literatura (en parte mi culpa porque Dulce sabía que yo escribía, que había ganado varias menciones y una vez casi el premio en el concurso literario que se

había ganado nuestra mutua amiga, la que nos presentó, la que me animó para que saliera con Dulce, la que estoy seguro que alentó a Dulce para que aceptara mi invitación, aquella que detrás de su reserva y sus gruesos espejuelos de miope ocultaba una sexualidad revelada en el hombre que escogió para marido, un brutal, una especie de bestia: un caso de Mrs. Jekyll y Mr. Hyde) ella misma, Dulce, aprendiz de escritora, y su larga conferencia esa noche sobre *La vorágine*, otra de sus obras maestras sudamericanas, me extravió completamente, perdido yo entre la maleza al interrogarme acerca de qué tenía que ver el mar con la selva y no poder responderme, pero intervino mi censor literario respondiendo por mí a medias, conectando el mar con el desierto, los dos una cierta medida de la eternidad -aunque tal vez la selva fuera, citó mi censor, la tercera medida de la eternidad en la tierra. «El mar y el desierto y la selva son laberintos naturales», expresó mi censor salvador. Pero yo, yo mismo, no aceptaba la selva más que como fantasía: la selva de Tazán, la jungla de *El libro de la selva*, pero nunca pude aceptar la selva sudamericana, ni siquiera la de Horacio Quiroga, autor favorito de Dulce. «Es como Poe, mejor que Poe», me dijo Dulce. «Es posible», le dije yo. Si ella hubiera hablado del mar, aun de la literatura del mar, no de Conrad, que Dulce no conocía, hasta del mar de Lino Novas Calvo, podría haber conversado con ella, pero a ella el arroyo de la selva la complacía más que el mar, mientras que para mí el campo fue un sueño que tuve cuando niño y la selva hacía tiempo que había desaparecido de la isla, la geografía devorada por la historia. Además, yo no hablaba de literatura con las mujeres: en ese tiempo no había otra cosa que hacer con las mujeres que hablar de amor, tratar de hacerles el amor, de hecho singar -palabra que detestaba Julieta, que horrorizaría a Dulce. Pero he aquí que siempre venta a juntarme con mujeres que eran, de una manera o de otra, sacerdotisas de la literatura: la literatura fue culpable de que la relación con Julieta no fuera más profunda, más satisfactoria, ella loca por la poesía, viviendo una vida literaria por la demasiada lectura de la autobiografía de Isadora Duncan, no sólo haciéndome leerle a Eliot, ponderarle a Pound, sino reaccionando literariamente, poéticamente, entre comillas, a la vida diaria. Ahora estaba Dulce disertando sobre la vorágine de la selva en la noche habanera (donde los árboles de las avenidas que daban al Malecón, las palmeras domésticas en ese tramo del Malecón llamado la avenida del Puerto estaban quemadas por el salitre que venía del mar, donde el mismo Malecón había sido robado al mar) y yo tenía que oírlo o, lo que es peor, hacer como que la oía, dando a mi cara el aspecto de la máxima concentración en sus palabras, pura perorata. (Una Venus futura escogería como una de sus despedidas de mi vida una fórmula -eso fue lo que fue- absolutamente literaria y ella era la menos poética de las mujeres que había conocido hasta entonces.)

-¿Por qué no caminamos un rato? -le pregunté aprovechando un descanso de su paseo por la selva que me temía que llegara hasta la sabana y nunca a la sábana. Además ya yo tenía una idea de qué rumbo iba a tomar el paseo: se harta Paseo, en dirección horizontal. Afortunadamente no preguntó por dónde íbamos a pasear.

-Si te parece -me dijo. Eso era bueno: una doncella dócil.

-Si -le dije-, estoy un poco entumadecido -pero la literatura le impedía coger los juegos de palabras, aun los fáciles y folklóricos-. Me he entumecido un poco de tanto estar sentado -me refrené de decirle dónde se localizaba mi entumecimiento.

Se levantó. Es decir, giró sobre sus nalgas y se dio vueltas en dirección a la acera, la calle y el paseo. La ayudé a bajarse del muro aunque en realidad no hacía falta mi ayuda pues esta muralla del mar, que tiene tantos diferentes niveles en su extensión, era aquí bastante baja pero no tan baja como donde el Malecón orillea el canal de entrada al puerto. La cogí del brazo para atravesar la avenida, que era en sí una hazaña, sin semáforo, esperando que se detuviera el fluir denso, intenso del tránsito. Por fin pudimos cruzar y comenzamos a caminar Paseo arriba, la cuesta aliviada por las sucesivas terrazas que la interrumpen. Este paseo, esta calle, como la avenida gemela de los Presidentes, es bastante oscura, pero todavía la luna, ya no más del Pacífico ni siquiera del Caribe sino del Atlántico, todavía alumbraba, haciendo visible el camino -aunque me habría gustado que hubiera menos luz lívida. Con todo, una vez pasada la calle Línea, casi en el tramo del paseo que un día, una noche, unas noches de 1958 se iba a hacer inolvidable, me atreví a pasar una mano por la cintura de Dulce y ella no opuso la menor resistencia, ni siquiera verbal. ¿Significaba esto que había tomado posición de mi territorio carnal? Avanzamos de terraza en terraza, unidos por mi brazo. Un poco más arriba de la calle 17 me incliné (a pesar de sus tacones de noche ella era todavía más baja que yo) y la besé. Se dejó besar. Era la primera vez que la besaba desde nuestra estancia en el Mocambo y allí y en el taxi tolerante podían haberla afectado los varios rones y coca-colas (cubalibres, como ella decía correctamente) que había bebido. Pero no quedaba mucho tiempo -¿o era espacio? Antes de llegar a la calle 23 le di vueltas y la besé fuerte. Ella me devolvió el beso, con pintura pegajosa de extra. Ahora tengo que explicar que un poco más arriba de la calle 23, Paseo se hace más oscura y la avenida, en vez de terminar como un monumento -después de todo es otra de las colinas de La Habana-, simplemente se acaba, y más allá, en ese tiempo, bien podía quedar la selva salvaje de Dulce y sus sudamericanos. En realidad lo que hay es un gran placer yermo, con chivos dormidos, que un día futuro se convertirá en una calle ancha de hormigón armado y sin luces lucirá tan oscura como hoy y llevará a los autos a la plaza Cívica. Pero ahora, es decir entonces, avanzábamos hacia el fin de la calle y Dulce, al ver que pasamos el edificio Paseo, gemelo del Palace, comenzó a demorar su marcha que pasó de paso despacio a caminar en cámara lenta. Quería apurarla pero no espantarla, y así, inadvertido avisado que era, hice una cita cerca de la casa de citas:

-Tenemos que llegar a donde vamos antes de que comience el monzún.

-¿Cómo?

-Nada, una frase del viejo Carl.



-¿Karl? ¿Karl Marx?

-Marx o menos.

Pero Dulce estaba inoculada contra la paronomasia y pude precisar nuestra exacta latitud y mi longitud con sus astrolablos pintados.

-¿Adónde vamos ahora? -me preguntó.

¿Cómo explicarle? Opté por el subterfugio, refugio subterráneo.

-Es aquí cerca.

Ella se detuvo, se soltó de mi brazo y me enfrentó:

-¿Adónde?

No creo que Dulce supiera dónde terminaba para mí la calle Paseo. Me parece (es típico de las memorias que uno las escriba cuando comienza a perder la memoria) que ya he hablado de la inolvidable visita con Julieta Estévez a la posada de 2 y 31, que parece una suma arbitraria y se llama así porque está justamente en la esquina de las calles 2 y 31. (Hay o había una posada en Miramar en la calle 87, y siempre me pareció un olvido de los relajados habaneros que habían bautizado la confluencia de Neptuno y Galiano como la Esquina del Pecado -simplemente porque muchos habitués se instalaban allí para ver pasar a las mujeres populares, todas grandes nalgas y caderas inmensas y muslos enormes exhibiéndose a través de sus vestidos apretados más que si estuvieran desnudas -y el antiguo cine de Neptuno y Belascoaín, cuyo nombre no recuerdo pero sí su apodo: el Palacio de la Leche, si estos habaneros galantes -en el sentido que le daban al adjetivo galante las novelitas pornográficas- eran tan dados a las alusiones sexuales aplicadas a la arquitectura, {por qué uno de ellos, emprendedor, no construyó una posada en la calle 69?} Esto lo pienso ahora, entonces todo lo que pensaba era cómo llevar a Dulce, entre eufemismos, engañifas y escaramuzas hasta la misma posada.

-Bueno, tú verás, vamos a subir hasta el final de esta calle, del paseo -iba a agregar: «Donde la luna más clara brilla», pero me pareció demasiado donjuanesco- y luego doblamos a la derecha por la calle dos.

Me detuve.

-¿Y entonces?

Ella quería conocer la exacta topografía de los alrededores, pero yo no podía darle más información. Era estar en tiempo de guerra y sería peligroso que conociera mi destino.

-Vamos a caminar un poco más y verás -le dije.

Dulce pareció aceptar esta proposición que estaba evidentemente coja de sujeto. Reanudamos el paseo por Paseo, aunque en realidad yo quería apresurar el paso, pero Dulce, esta Dulce, que era como una caricatura casual de Julieta, flaca, casi sin caderas, de pelo absurdamente teñido de rubio, imitaba de pronto a Julieta en su renuencia a subir la cuesta, la última terraza del paseo, de prisa, aunque aquella iba ávida. La tenía cogida del brazo y trataba de que caminara rápido pero no quería asustarla en lo más mínimo: eso era lo último que yo deseaba, pues Dulce ya estaba bastante arisca. Terminamos el paseo y ella se volvió hacia mí como diciendo «Quo Vadis», pero antes de que hablara latín la interné en el terreno escabroso que conducía a la calle 31. Yo podía haberla llevado por la calle Zapata -que acabábamos de cruzar- hasta la calle 2 y por allí bajar hasta 31, pero vi un bar abierto en la esquina (para colmo había hasta una gasolinera pequeña pero bien alumbrada) y tal vez gente y decidí tomar el camino más difícil, desde el punto de vista físico, pero a la vez más fácil, desde el punto de vista social. Afortunadamente la luna (que había dejado de ser de Earl Derr Biggers, de Charlie Chan y de misterio para volver a ser una luna luminosa) alumbraba aquel descampado. Dulce seguía dejándose llevar por mí, no sin dar varios traspiés y otros tantos tropezones en sus tacones altos, caminando sobre lo que debió de ser todo terreno baldío o, en el mejor de los casos, el proyecto inacabado de una calle. Pero estos rejendones (palabra del campo adoptada en el pueblo y tan útil ahora: no había manera de describir aquella profusión de árboles, tierra que la noche hacía virgen y negrura que, comparándola con la espesura del monte: sin saberlo Dulce estaba en medio de la selva habanera) nos acercábamos fatalmente al edificio erótico de la posada, guardado por su muro alto abierto por dos lados, brechas que no eran puertas sino accesos para autos y taxis y la posible pareja peatona -es decir, nosotros dos. Por fin llegamos y sucedió lo que más temía.

-¿Qué es esto? -preguntó Dulce sin levantar la voz pero con el tono de alguien que ha sido atrapado en una emboscada. Traté de explicarle, explicación que debía haber hecho antes. Después de todo ella me había dado una imagen suya (desde el día que la conocí, aumentada la vez que la vi en las oficinas de los surveyeros bandoleros) como una muchacha, casi una mujer emancipada, liberal, abierta a la vida -si no de piernas, al sexo.

-Bueno, tú verás -comencé, con dificultades aun antes de comenzar-, éste es un lugar donde podemos pasar un rato.

No me dejó terminar.

-¿Qué? ¿Tú me has traído a una posada?

En su voz parecía que yo había cometido el crimen que no tiene coartada.

-No es más que para pasar un rato -insistí: era lo único que se me ocurría.

-Pero es una posada, ¿no?

-Bueno, en realidad, es un hotel.

Nada podía tener menos aspecto de hotel tradicional que aquel lugar amurallado, casi fortificado, oculto por la tapia y por los árboles: maison de rendez-vous en Hong Kong sí parecía, casa de escondida en México podía ser. Pero algo tenía que decirle.

-¿Un hotelito? -dijo ella y, como siempre, los diminutivos sonaron más siniestros que la palabra propia.

-Bueno, sí, vaya.

Este último vaya, tan habanero, que se me había pegado de mis años en La Habana Vieja, completó la oración y concluyó la ocasión sin emoción.

-Pero yo no puedo entrar en un hotelito! -y coloco la admiración solamente al final porque Dulce había comenzado en un tono casi neutro y fue al completar la oración que pareció escandalizarse.

-Pero si no es más que para pasar un rato, conversamos -como si no hubiéramos conversado ya bastante, sobre todo ella-, en privado y luego nos vamos.

-Pero yo no puedo -insistió ella. Todo este tiempo, mientras duraba la discusión (en eso se había convertido nuestro intercambio), la fui llevando del brazo cada vez más cerca de la entrada de la posada, hotelito, casa de citas o lo que fuera, cruzando la calle sin asfaltar, con piedras que la hacían parecer una calle colonial, empedrada, Trinidad trocada. Llegamos al mismo muro de la fortaleza del amor. (Cómo le habría gustado este enclave erótico al viejo Ovidio, que hablaba del amor como campos de batalla.)

-¿Por qué? -le pregunté de una manera casi definitiva, conminándola a que definiera la causa por que no podía entrar conmigo a la posada: un desamor que se atreva a decir su nombre.

-Soy una virgen -dijo ella.

-¿Cómo? -le pregunté yo, aprovechando su inclusión innecesaria del artículo indeterminado-. ¿Eres *una* virgen?

¿Una de las once mil vírgenes? ¿O la Virgen transubstanciada?

Pero ella no estaba para ironías, mucho menos para gracias gramaticales o la gracia divina.

-Quiero decir que soy virgen -dijo ella, un poco confundida.

-Eso no tiene la menor importancia -le dije yo, hipócrita-. No vamos a hacer nada. Solamente vamos a estar en un cuarto, solos los dos -¿quién más, si no? - un rato y luego nos vamos. No va a pasar nada que no podamos reparar.

Ella pareció pensarlo y lo estaba haciendo a menos de un paso de una de las puertas -o de una de las aberturas a manera de puertas: las puertas verdaderas estaban ocultas como closets.

-No -dijo ella-. No quiero.

-Lo más que haremos es darnos unos besos. Te lo prometo.

-Son demasiados besos por una noche.

-Eduardo Mallea, *Historia de una pasión argentina*, che.

-¿Qué? ¿Qué? -preguntó ella, totalmente perdida. Seguramente que ni siquiera había oído hablar de ese autor argentino: no era de sus sudamericanos selectos: no escribía sobre la pampa, mucho menos sobre la selva y los ríos.

-Nada, nada. Quiero decir que no estoy de acuerdo que son demasiados besos por una noche. Nada más que nos besamos en el último tramo de Paseo.

-Bueno, pero yo no quiero entrar y sin embargo no se movía de la puerta. Estaba pensando yo, más bien recordando una tarde en que estaba trabajando -no hacía mucho tiempo en realidad por lo que no era una hazaña de mi memoria- en el periódico *Mañana*, sustituyendo a un corrector conocido. Ya lo habla hecho antes pero ese día era memorable porque a este amigo anónimo le había ocurrido un accidente embarazoso: se había tragado su puente dental y dado el ambiente burlón que siempre habla en el taller de un periódico en La Habana, me había pedido por favor que no dijera nada de lo ocurrido. Le expliqué que había tenido un antecedente ilustre en Sherwood Anderson, aunque no le dije que Anderson había muerto a consecuencia de. Mi predecesor insistió en que guardara silencio y yo le prometí que sería una tumba. Pero no sé cómo se habían enterado de la devoración dental y no sólo los tipógrafos y los linotipistas sino hasta el viejo portero me hicieron preguntas capciosas y el más atrevido de ellos, que era también el más ingenioso, habló de que sería el único caso en que una persona fuera capaz de morderse su propio culo. Sin embargo enseguida se olvidaron todos de mí como fuente de noticias divertidas pero impublicables y comenzaron con su deporte de la tarde, que era vigilar la entrada de la posada que había en la esquina de Amistad y Barcelona, atentos a la entrada que estaba en la calle Amistad, mirando a la acera de enfrente y esa puerta siempre abierta. Empecé mi trabajo y continué leyendo galeradas tras galeradas, la mesa de corrección a un costado del taller, no muy lejos de la puerta enrejada por la que se sacaban los periódicos en bulto a los camiones de reparto. De pronto hubo un escarceo entre los impresores -aunque ése no era el nombre que ellos se daban a sí mismos: pertenecían al sindicato de artes gráficas-, que se regocijaban con algo que sucedía en la calle y no cesaban de llamarme para que me conjuntara. Ya yo era

un tipo raro en los talleres, con mi aspecto de estudiante eterno, mi aire de adolescente retardado, mi práctica periodística (los correctores éramos considerados periodistas), como para permitirme no participar en sus fiestas familiares y tuve que unirme a ellos. Me levanté y fui hasta el sitio en que se congregaban todos, la confección del periódico totalmente detenida: estaban cerca de las rejas pero lo suficientemente alejados como para no ser detectados desde la calle (además de que la luz del mediodía afuera hacía el interior del almacén de reparto tenebrosa tiniebla) y vi lo que estaban mirando con interés intenso y regocijo rijoso. Los intérpretes del sainete eran una pareja aparentemente a punto de entrar en la posada, pero algo los hacía incapaces de penetrar ese arcano amoroso: ella era una amante renuente y se negaba a entrar con la misma terquedad con que su acompañante trataba de hacerla cruzar el umbral. Pronto la discusión, que en un principio debió de ser verbal, se convirtió en una versión venérea del juego de tieso-tieso. Él tiraba de ella por un brazo, uno de sus pies en el quicio de la puerta, halándola con vehemencia, pero ella se agarraba con todas sus fuerzas de cada punto de apoyo: la pared lisa, el marco exterior de la entrada, la puer-

ta misma. Sus pies resbalaban sobre la acera, mientras la pierna del hombre parecía bien afianzada en la parte interior del quicio y ambos, lo que era curioso (y cómico para los mirones de *Mañana*), parecían completamente olvidados de los viandantes que pasaban por su lado, algunos mirándolos antes de llegar a ellos, al cruzar y después que habían pasado. Pensé que algún hombre (todavía quedaban caballeros cubanos) intervendría en favor de la doncella en apuros, pero el amante casi frustrado sabía mejor y siguió tirando de la amante indócil. Finalmente triunfó la perseverancia o tal vez fuera la fuerza bruta y la mujer fue arrastrada hasta la puerta por el hombre de las cavernas y los dos desaparecieron en el hueco negro de la puerta eternamente abierta que escondía (como iba a saberlo años más tarde) otra entrada que ingeniosamente impedía ver desde la calle el interior de la posada -que a partir de allí era una escalera hasta el primer piso donde estaba la taquilla (no hay otra manera de llamar al cubículo del cobrador) y los cuartos: la doble puerta en realidad aseguraba una salida y una entrada discretas -en este caso, teóricamente.

Recordando aquella situación (en que seguramente la amante remisa no tardó en dejarse gozar y gozar ella al mismo tiempo), recordando más bien mi reacción a la brutalidad, a la falta de elegancia de aquel habanero halador, no quise imitarlo y hacer entrar a Dulce a la fuerza en lo que no era una puerta con marco a que aferrarse sino la lisa abertura del muro, que me habría facilitado lo que los obreros del taller tipográfico de *Mañana*, Wanton y Tagle, hablan calificado, no sin admiración, como «¡Tremenda cañona!».

-Está bien -le dije-. Vámonos y eché a andar rumbo a la calle Zapata. Ella debió rescatarse a sí misma de las fauces de una suerte peor que la muerte, salir de entre las sombras celestinas de la arboleda alrededor de la posada para escurrirse a lo largo de la tapia (mejor el muro, por las connotaciones que la palabra tapia tiene con el cementerio y con la muerte: allí atrás de aquella alta pared estaba la vida o, por lo menos, lo contrario de la muerte) y caminar frente a las humildes casas vecinas de la posada por la calle 2. Justamente en la esquina de Zapata me alcanzó, dando tal vez a los habitués (o tal vez a los clientes casuales) del bar-bodega la rara oportunidad de ver a una pareja que salta de la posada -sin haber entrado. Porque yo no dudaba que los tomadores tardíos, que ahora nos miraban mientras bebían cerveza o aguardiente, sabían: estaba seguro de que ellos adivinaron por la posición vertical de los cuerpos -yo delante desalentado, ella atrás ansiosa- que no habíamos hecho nada. Sin duda eran conocedores de los veloces inquilinos de la posada como los tipos gráficos del periódico *Mañana* lo eran del hotelito de Amistad y Barcelona, que siempre conocían cuando una pareja se dirigía a la posada por muy inocentes que caminaran ambos por la calle, por muy respetable que pareciera ella, por muy desinteresado que se viera él, capaces, Tagle y los otros, hasta de adivinar cuándo se produciría un incidente, una «trifulca sensual», como decía Wanton, las que, según supe en los dos años que estuve de corrector en el periódico, eran más frecuentes de lo que se pudiera pensar, la educación religiosa, las convenciones sociales y el miedo sexual más fuertes que el poderoso temperamento sensual, que la herencia, el clima y las costumbres daban a la habanera un «impulso a pecan», como me diría otra mujer, otra muchacha en el futuro cercano. Y yo acababa de ser intérprete de uno de esos fiascos. La decepción dando lugar a la rabia me hizo cruzar Zapata sin ocuparme para nada de Dulce, bajando rápido por la cuesta de la calle 2 hacia la calle 23 -hasta que oí su voz detrás de mí diciendo: «Espérame, por favor». Lo que me hizo detenerme y esperarla, movido a pararme -buen sitio para un oxímoron- por su tono. Cuando estuvo a mi lado pude verla, a pesar de que la luna había desaparecido y la calle era más oscura que el final de Paseo. Noté por primera vez su cara de oveja odiosa. No me miraba pero no podía ser por pudor sino por miedo a mi reacción, aunque ella debía de suponer que sabía ser un amante amable. Esa amabilidad sin embargo podía disolverse en enojo: no hay ser capaz de mayor furia que el hombre tranquilo -tal vez pensaba ella esto. ¿O sería su experiencia la que dictaba su comportamiento conmigo? Me di cuenta de que conocía poco a Dulce. Excepto su apellido, la casa en que vivía y una de sus amistades o de quien ella decía ser amiga (aparte de los autores americanos, todos muertos, con quienes parecía tener comercio carnal), nada sabía de su pasado, cuántos novios tuvo o no tuvo, si había estado en esta misma situación antes. A lo mejor había enfrentado anteriormente a un posible amante desairado y, por ende, iracundo. Nunca le había preguntado por su pretérito -tal vez (ahora lo veo) porque no tentamos mucho futuro. O quizá fuera porque temiera desencadenar otra de sus conferencias críticas, una serie de acotaciones como con las que ella había adornado mi libro y así tener sus años «copiados de Horacio Quiroga», su pasado «sacado de José Eustasio Rivera», y verme perdido para siempre en las sucesivas selvas sudaméricas de sus secretos. Pero ella tenía que tener su vida vivida porque ciertamente no era una niña. Era, sí, más joven que yo pero bien podía tener dieciocho años o tal vez más -lo que la hacía entonces una mujer adulta, sobre todo en La Habana, esa ciudad madura por el trópico en una nación nacida con el siglo.

Mientras reflexionaba en la oscuridad había seguido caminando y fueron las luces lechosas de la calle 23 (aunque todavía no tenía su alumbrado actual: siempre me pareció odioso ese tungsteno cenizo), que me sacaron de mi meditación, al detenerme en la parada de las guaguas. Ya hablan eliminado los tranvías (desaparición que siempre lamenté) y sustituido por autobuses ingleses, blancos, banales, que hacían el mismo recorrido con menos ruido, pero ninguno pasaba por casa de Dulce. Había que tomar la ruta 28, la misma que me llevaba a mi trabajo en Trocadero. Tuvimos que esperar un rato y en todo este tiempo no hablamos: yo estaba todavía rabioso (o mejor sería decir enojado) y Dulce debía temer mi posible reacción a sus palabras, al mero sonido de su voz, por lo que no abrió la boca. Finalmente, después de pasar varios autobuses y rutas 32, suntuosas, ubicuas, vino la ruta 28, siempre modesta, atrasada. La cogimos, yo dejándola que subiera ella primero pero sin ayudarla. Pocas cuadras después, llegando a la avenida de los Presidentes, le anuncié que me quedaría en la esquina de mi casa pues tenía que levantarme temprano. Al disponerme a bajar, casi sonriendo, con esa semisonrisa ovejuna que ella asumía ahora, me dijo:

-Hasta mañana.

Yo le respondí:

-Hasta luego -que en La Habana era sustituto del adiós. Extraña la renuencia habanera a decir adiós porque podía implicar una despedida definitiva, una separación y acaso la muerte, y era sustituido por el hasta luego en situaciones que no se esperaba volver a ver a la persona a que se dirigía este agur agorero. Ahora yo le decía así a Dulce pero en realidad quería decir hasta la vista con mi adiós adoptado. Creo que ella lo entendió bien porque al día siguiente, poco antes de irme para la Escuela de Periodismo, me llamó por teléfono a casa:

-Perdóname -me dijo-. Me porté como una ingenua anoche -sus lecturas le permitían decir ingenua en vez de boba, como habría dicho una habanera actual. Yo prefería que hubiera dicho boba o todavía tonta, pero no la rectificué. Ella siguió-: No debí haber hecho lo que hice. Fue muy inmaduro de mi parte -era ella quien calificaba sus acciones de inmaduras: para mí eran absolutamente burguesas, es decir, más maduras que inmaduras, más bien podridas: en esa época ser burgués era para mí casi peor que ser académico: éstos atentaban contra el arte, los otros vilificaban la vida. No dije nada, fue ella la que habló siempre-: Pero no va a volver ocurrir. Te lo prometo. ¿Salimos esta noche?

Dudé un momento antes de contestar:

-Esta noche no puedo. Tengo que trabajar.

No era que me hiciera difícil sino que de veras tenía que trabajar. Podía escaparme una noche que otra, también salir del trabajo más temprano, lo que había hecho para ayudar al Cine-Club de La Habana. Pero no podía hacerlo dos veces seguidas en nombre del amor, esa causa perdida: ya me había furtivado la noche anterior.

-¿Cuándo entonces? -preguntó ella casi con un balido. Se estaban invirtiendo los papeles: ahora era Dulce quien me asediaba. Debí decirle que era virgen de vírgenes: nunca lo había hecho con una virgen. Pero le respondí:

-Tal vez el sábado.

-¿El sábado? -dijo ella, con una pregunta tan desolada como si el sábado estuviera en el tiempo de nunca jamás. De pronto estaba contento: sabía que el sábado sería sábado de gloria.

-*Saturday night is the loveliest night in the week.*

Pero el inglés era griego para ella.

-¿Cómo dijiste?

-Que el sábado sí.

-¿Me vienes a buscar?

No, sería una concesión y no pensaba hacerle ninguna, no todavía. Además ir a buscarla significaba llegarse hasta San Lázaro, esa calle callonca, enfrentar su enemigo edificio. Me decidí por una tierra de nadie.

-¿Por qué no nos vemos en Radiocentro, en la esquina del cine, a las ocho?

Ya yo había empezado a gustar los aires urbanos de La Rampa, marginales ahora pero que luego se harían centrales, tramo de la calle 23 que iba desde la calle L hasta el Malecón y que se haría independiente, una avenida aventurera, que descubriría, en el que terminaría viviendo, con el que sofiarta. Recuerdo una noche en que regresé de mi empleo temprano en la noche (mis horas de trabajo eran variables por no decir caprichosas, mi empleo una fecha movable: lo mismo podía comenzar a las ocho de la noche y terminar a las diez, que empezar a las ocho y media y quedarme hasta las diez y media, a veces hasta las once, conversando con Ortega, que era en lo que consistía mayormente mi labor, aunque ya lela cuentos cubanos enviados a *Bohemia* y sugería posibles traducciones de literatura extranjera y escribía algunas notas para La Figura de la Semana), esa noche de noches en vez de apearme (cómico verbo habanero) de la guagua en la avenida de los Presidentes, me bajé en la calle L y 23, junto al parque de diversiones, donde se levantaría en unos años el Habana Hilton, y bajé hasta la cafetería Radiocentro para darme el lujo iniciático de comerme un bocadito (debía haber pedido una medianoche, ese sandwich habanero) de jamón y queso y tomar mi favorito batido de papaya -y la ocasión se hizo memorable por el decorado (la cafetería era entonces nueva, con lustrosos asientos pullman, relucientes cromos en la barra, y la luz indirecta eliminaba las sombras y daba a todo una lucidez radiante que alucinaba como una droga suave), por la comida y la bebida y el ambiente, y fue para mí un lujo nuevo, que me pude permitir porque acababa de cobrar mi magro sueldo que se hizo una fortuna crásica. Otro lujo recordable de aquellos tiempos tuvo lugar antes de que nos mudáramos para El Vedado. También acababa de cobrar y por esa época el dinero ganado era todo para mí. Hacía una tarde dorada (al menos así me pareció: tal vez estuviera nublada, pero era octubre cuando el cielo suele estar siempre despejado en La Habana y hace menos calor y si no hay huracanes la lluvia es un recuerdo de abril), casi mediodía, antes de ir a clases, entré en el Carmelo de 23, en el que nunca había estado antes y que luego sería el restaurant-bodega de la esquina, y pedí un café con leche y tostadas, que vinieron envueltas en inusitadas servilletas de papel, calientes y levemente barnizadas de mantequilla holandesa -nunca antes había comido una merienda semejante y aunque la repetiría en el futuro en el mismo lugar a la misma hora, no volvió a ser ninguna de esas meriendas múltiples tan memorable: esos son los tesoros de la pobreza, en que un simple café con leche y unas tostadas con mantequilla forman un festín suculento. Bien puedo comparar esos momentos y ese manjar de aquel restaurant y aquella cafetería con otra fuente de placer solitario: la masturbación, con las primeras manipulaciones que tampoco puedo olvidar. Mis masturbaciones memorables conducen a mi carencia de mujer y me hacen regresar a Dulce y a nuestra cita: era evidente que sus palabras suspiradas por teléfono equivalían a lo que ella llamaría una entrega. Así al menos se refirió a esa acción, a ese acto, hablando en el Malecón, sentada en el muro, sus palabras opacadas por una reflexión brillante sobre la luna literaria, oyendo mientras miraba la luna de Hawaii. Ella hablaba entonces de otra mujer, en otro tiempo: debía de ser una de las innumerables poetisas uruguayas en cuyas vidas ella habría modelada la suya, todas letras y locura.

La llevé de Radiocentro directamente al hotelito, esta vez utilizando un taxi, sin correr el riesgo de que la larga caminata a la cama la disuadiera. Al bajar del taxi tuvo un momento de indecisión o más bien de decisión inversa, como si quisiera quedarse dentro del auto, como si se negara a bajar del todo, Celia Margarita Mena moral, la trucidada por el terror: primero un tobillo, luego la pantorrilla, después un pie, más tarde la pierna -pero fue sólo un momento. Los dos entramos en la posada, yo de gula, como conocedor de aquel antro (y uso el término no en el sentido social que se le daba en La Habana sino poéticamente: era verdaderamente una cueva), un espeleólogo experto. En realidad yo había estado en esa posada solamente una vez, con Julieta Estévez, y la visita ocurrió de día. Ahora, de noche, los profusos pasadizos parecían más estrechos y se veían más iluminados. El interior estaba diseñado (y construido) para proteger a los visitantes de miradas indiscretas, con un pasillo que conducía hasta el cubículo donde se pagaba (éste parecía más que nunca la taquilla de un cine barato), y después había otro pasaje que llevaba a los cuartos. Nos tocó, por lotería lúbrica, el cuarto número 7 (el siete era en La Habana el número del sexo: nunca pude descubrir la conexión entre ambos: Pitágoras solfa ser más loro), que era el primero de arriba, y así Dulce pudo seguirme sin mayor inconveniente, el cobrador desapareció de su puesto momentáneamente con discreción de alcahuete -o tal vez requerido por la tarea de guardar el dinero: Antes le había pedido y pagado dos cubalibres, sabiendo que la combinación agrada a Dulce y que ayudaría a vencer su timidez y la mía. Si, todavía era tímido con las mujeres. Abrí la puerta y encendí la luz. La posada aún no había caído en la decrepitud (la vegetación ganando a la carne en reclamar el edificio) que se apoderaría del hotelito en los años sesenta, y la cama se veía limpia, bien tendida: como si nunca hubiera dormido nadie en ella -aunque posiblemente hubieran hecho el amor (todavía soy discípulo de Julieta en mi vocabulario erótico) sobre ella apenas unos minutos antes y sabe Eros cuántas parejas fornicaron allí ese día, más incontables serían todavía las que se habrían gozado sobre ella esa semana, innumerables fueron las yuntas que se revolcaron sobre ese colchón este mes, haciéndose infinito en número las que mecieron la cama en un afeo: era el vértigo del coito cósmico que embriagó a Julieta hasta provocarle un orgasmo ontológico. El cuarto estaba acomodado, con su puerta lateral que daba al baño y la gran ventana de celosías y Dulce entró detrás de mí mirando la habitación como si la viera por primera vez en su vida. Si no era verdadera su reacción acababa de descubrir una gran actriz. Cerré la puerta y nos quedamos los dos sin saber qué hacer el uno con la otra. Me moví hasta el centro del recinto y miré atrás a Dulce que había permanecido junto a la puerta, convertida en estatuilla de sal. Preví otra noche como la anterior, una crisis de inocencia, pero ella abrió la boca para decirme, pedirme:

-Por favor, ¿no podías apagar la luz?

No esperaba que dijera eso exactamente, pero de alguna manera no me sorprendió, aunque sí me sentía un poco defraudado: yo quería verla desnudarse más que desnuda.

-Por supuesto -le dije, y apagué la luz. El mundo se quedó a oscuras unos momentos, pero cuando ya me acostumbraba a la oscuridad y me iba a quitar la ropa, tocaron a la puerta del cuarto.

-¿Qué es eso? -preguntó Dulce con mucho miedo en su voz descarnada.

-La policía, probablemente.

-¿La policía? -repitió ella, pero en su repetición había alarma. No sé por qué tenía ella que tenerle miedo a la policía: no había entonces nada que temer de la policía: la policía del sexo no se había creado todavía: faltaban años para esa invención infernal.

(Aunque confieso que yo siempre le tuve miedo a la policía, por lo que la mía resultaba una alusión doblemente torpe.)

-Es una broma. Deben de ser los tragos.

Fui hasta la puerta lo mejor que pude y la abrí y desde nuestra oscuridad recobré del pasillo iluminado una bandeja y dos vasos llenos hasta el borde de un líquido de color de coca-cola, aspecto de coca-cola y olor a coca-cola: debían de ser coca-colas con ron Castillo incoloro, inodoro, intoxicante.

-Cubas libres -anuncié-. Rescatados de las garras de la ley seca.

Estaba contento. Desde los días que me parecían violentamente lejanos de Julieta ¿Quéhayennombre? y sus amores matutinos y marinos, dominados por el temor de que se apareciera el vindicador Vicente -que sería siempre inoportuno- no había estado con una mujer en un cuarto, todo listo para singar -o al menos, dispuesto para. Le entregué a Dulce su vaso, en la oscuridad que era ahora menos espesa. Dejé la bandeja en una de las mesitas de noche y tomé un sorbo, más bien un trago de mi cubalibre.

-¿No debíamos brindar por algo? -preguntó Dulce con lo que era a veces una conmovedora ingenuidad, al menos en el recuerdo.

-Por supuesto -le dije yo, y me acerqué a ella-. ¿Por qué brindamos?

-Por nosotros dos -dijo ella-. ¿Por qué otra cosa iba a ser?

-Por nosotros -dije yo, mientras ella chocaba su vaso con el mío.

-Por nos -comenzó a decir ella pero no la dejé terminar, besándola-. Déjame acabar -insistió ella-. Por nosotros dos! -exclamó por fin, y bebió de su vaso. La dejé que bebiera más. Después le quité el vaso de la mano y lo devolví, junto con el mío, a la bandeja. Regresé a ella y la abracé. Ella me abrazó. Las nueve en punto y sereno y todo va bien. La besé duro olvidando su boca pintada a lo Joan Crawford tardía o Marlene Dietrich temprana -y allí, en la penumbra vaga de nuestra pequeña alcoba, la dominaba toda.

-Pera -dijo ella, que olvidaba la lección que le habían dado sus lecturas latinas (americanas) para demostrar su origen habanero, mostrándose incapaz de decir espera nada más que cuando se vigilaba como hablaba, policía de su

dicción. Ese pera además era casi como una descripción en un pasaporte o cualquier otro documento personal: Dulce era, además de habanera, humilde-. Que me estás ajando el vestido -añadió, y para sorpresa mía comenzó a quitarse la ropa, no a mi lado sino colocando sus diversas piezas en una mesa baja que en otra posada más cara sería seguramente una cómoda, pero igualmente intrigante. Todavía sumido en la oscuridad la miré mientras se quitaba un medio refajo (Dulce era más moderna que las mujeres de Zulueta 408 pero aún no había llegado la época de las sayas interiores que levantaban la falda) primero y luego los ajustadores y finalmente el pantaloncito. En vez de venir a mí corrí corita hacia la cama y se metió en ella, cubriéndose con la sábana. No dijo nada, embutida entre sábanas hasta la barbilla, envuelta en su sudario suave, inmóvil, mirando muerta de miedo a la pared o al techo porque ciertamente no podía ver sus ojos: puntos negros en el cuarto a oscuras. Me quité la ropa (tenía ahora la costumbre, que no perdía siquiera en lo más caluroso del verano, de usar saco: rara vez andaba en mangas de camisa o en camisa deportiva, y solamente lo hice forzado por los tiempos terribles en que no tenía dinero para comprarme chaquetas o su equivalente de moda, las chacabanas: tal vez fuera para ocultar lo flaco que era entonces o hacer mis hombros más anchos, parecer más maduro) todo lo rápido que pude, pese a mis pies, para no asustar a Dulce, mi hada, con mi ardor, pues aunque estuviera ya debajo de una sábana y sobre una sábana, en la cama, dentro del cuarto, en el interior de la posada, tras los muros inmorales, no quería que se repitiera su renuencia de la otra noche o, lo que era peor, que padeciera una versión de ese mal de desamor ahora. Cuando terminé de desembarazarme, las piernas por fin libres, el cuerpo desnudo, mi pene ondeando como una bandera toda asta, me senté cuidadosamente en el borde de la cama (Dulce había ocupado el lado más próximo a la puerta, lo que no dejó de intranquilizarme: veía a esta virgen salir corriendo desnuda ante la penetración inminente, abrir la puerta sin que yo pudiera impedirlo y abalanzarse hacia las escaleras, el laberinto de pasillos, las sucesivas puertas, la abertura en el muro y finalmente la calle, citando a toda voz un pasaje de Rómulo Gallegos: Cantaclaro cantado en lo oscuro. Pero esta visión virginal y espantosa de Dulce desapareció al momento siguiente (cuando acto seguido estaba debajo de la sábana solícita), tal vez porque era única. Ella seguía sin decir mis labios están sellados. Estiré un brazo y la mano al final del brazo (que debía estar húmeda de sudor) y se la puse sobre el vientre, plano pero blando. Ella siguió sin decir nada: una esfinge estática. Subí la mano (no quería bajarla demasiado, demasiado pronto) y más que encontrarme tropecé con una de sus tetas: era grande. Las tetas de Dulce abultaban debajo del vestido pero no se vetan demasiado grandes. Ahora bajo la mano, sin vestido, parecían haber crecido -al menos una de ellas, la derecha, que era la que quedaba más lejos de mi cuerpo y por tanto accesible al brazo estirado. Busqué la otra teta con la misma mano (no quería volverme todavía todo hacia ella: era la seducción de Dulce) y la encontré igual de grande: era simétrica: sus dos tetas eran grandes. Comparadas con las tetas que había visto hasta ahora las aventajaban (tal vez porque en realidad no habla visto las tetas de Dulce) solamente las tetas precoces pero prohibidas de Etelvina. Las otras tetas que había tocado desnudas eran las de Julieta y éstas eran perfectas: tenían el tamaño adecuado a su estatura, a sus dimensiones más bien, y no eran grandes, porque Julieta misma era pequeña. Pero las tetas de Dulce, las dos, rebasaban la medida de las tetas conocidas: era teta incógnita: mi primer encuentro físico, palpable, tridimensional con las mamas mayúsculas, orbes de las ubres. Esa primera vez me gustó encontrarme con tanta abundancia mamaria, aunque un día (tal vez volviendo al seno materno: mi madre tenía las tetas pequeñas, que conservó hasta bien entrada en la madurez) me sorprendería saber que mi ideal verdadero eran los senos secantes, más bien las téticas -pero esa sabiduría pertenece al futuro. En este momento en que mis manos se ocupaban en hacerles pezones a las tetas de Dulce (fue mi primer conocimiento de que las tetas grandes a menudo carecen de pezón, o tal vez fuera que las últimas tetas que tuve entre las manos, las de Julieta, eran de pezones punzantes) sus senos eran demasiado grandes y, como las tetas de Etelvina, con cierta tendencia a desparramarse, a ir improbablemente cada una por su lado, desbordando los costados del cuerpo. Dejé de acariciarle los pezones (asiendo lo inexistente) y bajé la mano por su vientre, de ombligo ovoide, hasta encontrar su pubis, que era erizado, de pelos muy rizados. Después aprendería que los pubis (esa palabra singular no tiene plural) tienden a tener los vellos encrespados, al menos en La Habana, con contadas excepciones. El pubis de Dulce denunciaba al negro que había entre sus antepasados. Pero aun a las rubias habaneras (falsas o verdaderas) les crecían crespos en el monte de Venus. Me imaginé a Gulliver tratando de masturbar (otra cosa no podía hacer: su pene sería un pin) a una colosal brobdingnaga y tener que abrirse paso por entre el pinar de pendejos, cada uno alto como un pino pero trabados en enmarañada manigua. Regresé del segundo viaje para introducir un dedo entre los labios mudos de Dulce, que se abrieron fácilmente. Podía sentir su clítoris (que la teoría diversa y la única práctica de Julieta me permitieron distinguir) y traté de seguir profundizando cuando ella cerró las piernas, casi una arriba de la otra, vedándomela entrada. Pero para entonces estaba lo bastante excitado como para no detenerme en preámbulos, en vestíbulos, en pórticos, y diestramente, como si fuera mi oficio del siglo, subí sobre ella. Comencé a besarla y ella me devolvió los besos, sintiéndome acolchado por sus tetas bajo mi pecho plano pero frotando mis caderas contra las suyas, que eran casi tan flacas como las mías, pelvis sobre pelvis, huesos contra huesos, al tiempo que mi pene rondaba su vagina. Mientras la besaba trataba de separar sus piernas con una de las mías, haciendo palanca blanda. Me costó muchos besos, saborear su pegajosa pintura de labios, sentir sus dientes, separando sus mandíbulas para penetrar mi lengua dentro de su boca, buscando su lengua, que encontré, y me tomó el tiempo de repetir o prolongar el beso húmedo, función continua, para lograr meter mi pierna por entre sus muslos, Arquímedes del amor. Pronto tenía mis dos piernas entre las suyas, mi pene buscando su entrada. Ella ofrecía cierta resistencia a la completa abertura de la vulva, mucho más a la penetración -¿pero cómo iba a ser de otra manera si se trataba de la virgen, quiero decir de una virgen? Insistí sin dejar de besarla, con una mano acariciándole sus senos

-o tal vez un solo seno- y la otra todavía sujetándola, temiendo que su resistencia se convirtiera en una rebelión y luego en una fuga. Después de todo, ¿no lo habla hecho ya una vez? Ése es el primer paso para la repetición. Pero ahora sus esquivos se hacían poco a poco movimientos mullidos. La cabeza de mi polla (el lenguaje de la novela de relajo más que la prosa de los manuales sexuales era necesario para describir mi situación) se frotaba contra su crica y entre vellos y besos encontró por fin la abertura y al mismo tiempo hice un esfuerzo hacia delante, dejándome caer, empujando horizontalmente y entré en Dulce morada con asombrosa facilidad. ¿Era así cómo se hendía un himen a una virgen? ¿Era aquello un desvirgamiento? ¿Había hecho yo añicos la virgo intacta de Dulce con mi empuje? Yo no sabía nada de nada: nunca me habla acostado con una virgen, solamente con dos putas -si aquellos fiascos se podían llamar acostarse- y con Julieta que estaba lejos de ser virgen. Sabía -por charlas y chacotas con compañeros de bachillerato, por otros amigos, pero mayormente por los manuales de sexología- que al extender bruscamente la membrana el himen se rompía y esa rotura ocasionaba sangramiento y a veces hemorragias. Pero yo no sentía sangre sobre el pene, solamente lo rodeaba la lubricación de Dulce que lo hacía más resbaloso, penetrando profundo con facilidad, entrando y saliendo a medias con un acceso aceitoso. También sabía (por los libros) que debía haber habido una mayor resistencia a la penetración, que al distenderse su vagina Dulce debía -tenla que- haber sentido dolor y hasta gritado («Las mujeres tienen una gran sensibilidad en el grito», dijo Manuel el Malapropio, confundiénolo con clítoris) pero de ella sólo salió un gemido leve que se hizo rítmico a mis entradas y salidas sin permitir yo que el pene dejara su vagina completamente (todavía, el temor a su fuga), ella moviéndose junto conmigo, no con la sabiduría de Julieta, que movía sus caderas verticalmente mientras yo me movía horizontalmente, penetrándola, pero ella, Dulce, se movía mucho y pronto me olvidé de mis acuciosas investigaciones vaginales sobre su virginidad, que de todas maneras habla quedado en el pasado, para gozar el presente, su presencia que eran sus labios y su lengua entrando en mi boca remedada por sus otros labios (yo sabía por la *Enciclopedia del conocimiento sexual*, de Coster y Willys, cómo estaban dispuestos los órganos sexuales femeninos y no sólo conocía la existencia de vulva, vagina y clítoris -con estos nombres técnicos, pálidas palabras comparadas al lenguaje popular y a la literatura erótica que lo irritaba- sino la existencia de los grandes labios, y años después iba a comprobar lo justa que era la metáfora de la sonrisa vertical) acariciando mi otra lengua, como ella horizontal, como ella sin hueso, como ella capaz de producir otra saliva, más viscosa, más blanca, más olorosa, un chorro rápido en vez de la secreción lenta: disparo que se producía en este momento, mi eyaculación igualada por el orgasmo de Dulce que, discreta, se quejaba en voz baja, como de un dolor leve, en vez de los gritos, los aullidos, el clamoroso gemido apache de Julieta. Dulce y yo nos vinimos a un tiempo, lo que hablaba en favor de su función para ser la primera vez. ¿Pero era la primera vez? Cuando terminaron los espasmos y su quejido, Dulce me dijo:

-¿Puedes bajarte de arriba de mí? -lo que me pareció una alusión directa a mi peso, pero yo era todo menos pesado, y cuando más me consideraba una carga preciosa. La complací enseguida y me acosté en mi lado, satisfecho, sonriendo al cielo (raso), sin sentir la tristeza que la frase clásica atribuye a todo postcoito. Dulce salió disparada de la cama y se fue hacia la ventana. La abrió y por ella entró la luna, todavía llena, *like the moon that cursed Larry Tulbot*. Vi a Dulce iluminada, lechosa, sus senos en este momento enormes ubres comparados con su cuerpo menudo, con sus caderas breves y sus piernas delgadas. Me levanté y fui hacia ella con otra intención que acompañarla: le acaricié sus sendos senos. Hubris de la ubre.

-¿Puedes dejarme tranquila ahora? -me dijo no con enojo sino casi con pena. Fue tan persuasiva que la dejé junto a la ventana y regresé a mi lado de la cama. Estuvo ella allá, entre la luz de la luna y el olor de la madre selva en el patio, su madre selva, un rato, minutos que entonces me parecieron siglos. Al cabo dejó la ventana y sin cerrarla volvió a la cama. No bien se acostó comencé a acariciarla, pero me detuvo, primero con su mano, luego con la voz:

-¿Puedes esperar? Tengo algo que decirte.

-Por supuesto -le dije, sonriendo. Pero no habló inmediatamente. No me tenla en suspenso emocional pero sí suspendido sexualmente.

-Quiero que sepas -dijo seria- por qué no pasó nada esta noche.

Pensé enseguida que ella no había tenido una verdadera venida, su orgasmo oficial no real, fingido.

-¿Que no pasó nada?

-Quiero decir -me dijo ella- conmigo. Si buscas en las sábanas no encontrarás sangre.

¿Por quién me tomaba, un árabe amoroso? Ni siquiera se me había ocurrido buscar huellas de sangre en las sábanas, señales del crimen. O tal vez lo pensara un momento y lo olvidé al ver sus senos, satélites a la luz de la luna.

-Pero yo era virgen. He perdido mi virginidad contigo esta noche. Lo que pasa es que yo estudié balé.

¿Ballet? ¿De qué estaba hablando? ¿Qué tenía que ver el ballet con nosotros ahora, horizontales, en este mi alegre pospalo, con su preocupación, después del orgasmo y de la luna?

-¿Estudiaste ballet? -tenía que preguntarle algo pues había dejado la implicación en el aire, como sus senos, al callarse.

-Sí -dijo rápida-, di clases de balé, pocas pero suficientes. Yo no sé si tú sabes que ciertos ejercicios de balé, las posiciones, la extensión de las piernas distienden las membranas.

«Distienden las membranas»! Mierda, me había olvidado, con lo que se llama la singueta, que Dulce era una literata. No hay peor riqueza aparente del vocabulario que su uso por una mujer literaria. Había conocido algunas -la misma Julieta, aunque era solamente una lectora, era capaz de giros literarios- pero Dulce era una practicante del bal-

let y de la literatura y extendía tanto su vocabulario como las piernas. Siguió con la explicación extraña.

-Esa distensión hace que el himen se abra totalmente, como un diafragma, y así en la primera penetración no hay sangre ni dolor ni dificultad para el hombre -se volvió hacia mí pues hasta ahora había estado hablando con el cieloraso tanto como conmigo-, en este caso tú.

Carajo (usualmente detesto las obscenidades pero cuando las empleo es que las otras palabras no sirven para nada: donde mueren las palabras, nacen las malas palabras), ¡esa sí era una buena coartada para el crimen peor que la muerte! Ella no me debía nada. Yo estaba preparado para aceptar el hecho de que Dulce no fuera virgen, pero no me sentía dispuesto a admitir su excusa. Es más, ni siquiera creía su explicación. ¿A qué tenía que venir con semejante teoría sobre la desfloración incruenta? Para colmo ella se me había quedado mirando muy de cerca, bizqueando sus ojos a la luz de la luna reflejada en el piso pulido, su cara de oveja convertida en un carnero degollado -sin sangre-, esperando que le hablara. Algo tenía que decir y por poco le digo que era un esfínter sin secreto, pero le dije:

-Eso no tiene importancia.

-Sí, sí tiene. Yo quiero que tú sepas que tú eres el primer hombre con que me he acostado.

Ése bien podía ser uno de los juramentos falsos de Isolda la rubia: yo era el primer hombre con que se había acostado, con los otros que había singado lo había hecho de pie -o en cuatro, posición muy favorecida por el folklore sexual habanero. Pero ella siguió:

-Te lo juro por mi madre.

¿Qué iba a hacer yo? También le habría jurado por mi madre que era virgen a Julieta con tal de acostarme con ella y de cierta manera era verdad: Julieta era la primera mujer con que había singado realmente, pero no la primera persona con que me había acostado. En cuanto a Dulce y su virginidad podría haberle dicho aquella noche de luna y de leche que yo no le concedía ninguna importancia a la condición de virgen -ni siquiera a la virginidad de la Virgen. Al decirlo no estaba mintiendo: yo sabía que Julieta era todo menos virgen, y eso no disminuyó mi entusiasmo por acostarme con ella ni mi placer, como no importó la noción de que yo le estaba entregando mi virginidad a ella, invirtiendo los papeles. La mayoría de los habaneros le daban una gran importancia al hecho de que la mujer —es decir, su mujer, la esposa- llegara virgen al matrimonio, herencia española. Yo mismo, cubano al fin, estaba gratamente convencido de que mi futura mujer fuera virgen. Pero ahora, esa noche en que me había acostado con Dulce, lo menos que entraba en mis consideraciones era que ella fuera virgen, excepto por la dificultad no de su himen sino de ella toda la vez anterior, al tratar yo inútilmente de que entrara conmigo a la posada y lo que yo presumía que sería un obstáculo físico a mi penetración para distender lo que ella llamaba su diafragma. De la vagina considerada como una cámara fotográfica: el himen el foco, la vulva el lente, el clítoris el obturador, el esmegma las sales de plata, la pelambre el fuelle. No en balde popularmente se llama a ver un coño desnudo retratarse.

-No tienes que jurármelo -le dije, hipócrita lector libidinoso, semejante a la lectora latinoamericana-. Te creo.

-¿De veras? -ella no me creía que yo la creta. No la culpo: soy el peor actor del teatro del mundo.

-De veras.

-Gracias -me sonrió-. Yo que estaba tan preocupada. Cuando me explicaron lo que hacía el balé.

-Más daño hace el tabaco.

-¿Cómo dices?

-Nada. Considéralo un aparte.

Pero una digresión no sería nunca una agresión para ella.

-Como te iba diciendo, dejé el balé enseguida. Pero ahora veo que ya era demasiado tarde.

-Evidentemente.

-El mal estaba hecho.

Movido más que conmovido por su explicación de cómo una virgen fue desflorada por una pirouette, le puse una mano en la cabeza. Era la primera vez que lo hacía y sentí mis dedos pasar sobre una peluca. perversa, barata y tosca: su pelo era su espina.

-Mi Rosa Espina -se me fue, realmente, créanme, no lo dije: no suelo ser cruel con las criollas.

-Dulce -dijo Dulce ratificando su nombre como su identidad.

-No, Rosa. Para mí eres mi Rosa Espina-tenía que justificar con flores mi desfloramiento de su sexo y de su ser. Pensé hacerle un poema improvisado, pero mejor que un poema apenas eran las seguras citas, citarle diversos versos a la rosa: eso le gustaría más. El primero que recordé fue lamentablemente ese «De donde las vírgenes son suaves como las rosas que trenzan», que tenía una referencia si no a la virginidad directa por lo menos indirecta a las vírgenes. Más fácil que Byron sería un bolero: «Una rosa de Francia, cuya suave fragancia, pero el perfume francés avivó mi olfato y sentí cómo de ella subía un vaho profundo. ¿Huele la rosa a rosas en la oscuridad? Esta Rosa exhalaba esmegma, esencia que los sexólogos insisten que es fétida. Asafétida. Rosa rotunda, peligroso perfume, y de entre poemas extraje una cita esencial, un attar:

-No hay espina más dolorosa que la de la rosa -recitando yo como con voz propia. Dulce me miró:

-¿Soy yo dolorosa?

No le iba a decir que era olorosa.

-Por lo menos eres Espina.

-Sí, soy una Espina -admitió ella.

-Una espina es una espina es una espina.



-¿Qué es esa letanía?

-Una cita de doña Gertrudis.

-¿De Avellaneda?

-De bella nada -le dije.

Por respuesta ella soltó una risita que se resolvió en sonrisa distendida, su boca una membrana abierta. Se acercó a mí y sentí que antes que sus labios horizontales rozaran los míos sus senos se pegaron a mi pecho: eran sin duda las tetas más grandes con que habla tenido que ver nunca. Ella me pasó uno de sus brazos por sobre mi hombro y yo la abracé, colocando mi brazo derecho por debajo de su teta izquierda, que reposaba, cansada de su propio peso, sobre la cama, y rodeando su cuerpo tan menudo -estrecho de hombros, delgado de cuello, con piernas como ancas de rana- que hacía parecer sus senos todavía mayores y recordando que junto a la ventana se veían erguidos a la luz de la luna de los caribes, sentí que se me paraba de nuevo y pegué mi pelvis contra sus caderas, mientras me daba vuelta suavemente para ir encima de ella. No hay cosa más parecida a un coito que otro coito -por lo que dispensaré al lector de la repetición. Solamente añadiré que estuvimos mucho tiempo en el cuarto de la posada y que no pasamos el tiempo hablando, a pesar de lo habladora que podía ser mi ballerina. No creo que sobrepasé mi actuación (el sexo es otro teatro: le ballet du coeur, la sinfonía de los sordos, el cine de los ciegos) con Julieta, pero el resto de la noche estuvo exenta de la tensión que creaba ella con su manía de enseñar su sesión de sexo, dando órdenes coitales que uno debía ejecutar como un perro amaestrado en el circo, y fue una unión, una verdadera colaboración, en la que Dulce y yo aprendíamos juntos -evidentemente el ballet o un mal paso de dos la había eximido de su virginidad pero ella no sabía mucho más que yo del arte de amar: El resto de nuestra relación no fue siempre plácido pero todavía tiendo a recordar esas noches con Dulce Rosa Espina, la ballerina renuente, singante propicia, tona esencial, con afecto, sobre todo con un cierto cariño por ella aunque nunca estuve enamorado: desde un principio fue una relación solamente sexual, de mi parte. De la suya, es probable que ella estuviera enamorada de mí, pero no estoy muy seguro. Probablemente me habría comparado con algún personaje sacado de la selva sagrada y llegado a la conclusión de que a mí me había tragado la ciudad profana para siempre.

Esa noche fue la última que llevé a Dulce en un taxi a su casa. Mejor dicho, el taxista se encargó de depositarla en Galiano y San Lázaro, ya que yo me quedé en la esquina de la calle 27 y avenida de los Presidentes, despidiéndome de ella con un beso dado por su boca que de nuevo estuvo pintada en exceso: lipsticky, rouge subversif, by Marx Factory. Volvimos a la posada de 2 y 31 por supuesto, como recuerdos recurrentes. No había la luna propicia de las veces anteriores (la luna de La Habana dura menos que la luna lupina de Larry Talbot), cuando ella abrió la ventana de nuevo y permaneció junto a las celosías, pero hubo siempre el olor de la madreSelva, que formaba parte de la vegetación que rodeaba el hotel, y tal vez de las aralias, una planta menos literaria que la madreSelva pero que era para mí más memorable. Una noche tuve una revelación que me impresionó como si saliera del Apocalipsis. Dulce se *quejó* de no haber tenido tiempo de afeitarse las piernas y me pidió *que* la perdonara. No vi ninguna culpa en su desuido y le dije que no tenía importancia.

-Pero pinchan -dijo ella-. Toca -y dirigió mi mano no a sus piernas sino a sus muslos. Sabía que las mujeres se afeitaban las piernas, aunque mi madre no tuviera necesidad de hacerlo, pero nunca había oído hablar de nadie que se afeitara los muslos. Dulce no sólo me hizo verificar que era posible tal depilación sino que me reveló también que se afeitaba la zona que queda entre el ombligo y el pubis-: Toca, toca-insistía, llevando mi mano a su bajo vientre, como un guía conduciendo a un visitante hacia una obra maestra desconocida: la Venus hirsuta. Toda la piel pinchaba: era verdaderamente Rosa Espina, pero no me dio risa sino repulsión. Vela sus muslos lívidos a la luz de la luna cubiertos por pelos y su vientre plano y lechoso, que hacían agradable contraste con sus enormes senos blancos, también velludo, como el de un hombre. O peor, la mujer-loba, Laura Talbot. Ese horror lupino no me impidió sin embargo acostarme con ella esa noche reveladora. Pero había algo peor que los vellos ubicuos: una falla en su carácter. Dulce tenía un defecto de educación que se manifestaba como un gesto infantil: era muy malcriada y cuando se molestaba (casi siempre por una nadería: ella sabía que tenía la clave del sexo, o mejor, yo tenía la llave pero ella era dueña de la puerta al jardín de las delicias y con sólo juntar las piernas podía controlar nuestra relación, llegando a acostarse conmigo pero literalmente cerrando su vagina con una contracción) al tratar yo de ganarla para el amor pidiéndole un beso, apretaba los labios (ya por este tiempo sin pintura), y los volvía hacia adentro, prácticamente se los tragaba y se quedaba su boca sin bordes. El efecto era cómico, casi ridículo, pero al mismo tiempo grotesco, como un payaso pudiendo, y tan oneroso como un ojal cerrado, como un buzón sellado, como un sexo sin acceso.

A pesar de sus lecturas (o tal vez por ellas mismas) Dulce no era muy inteligente, en la medida que lo era Julieta, por ejemplo. Sin embargo ésta también participaba de esa cursilería exacerbada que se llamaba en la Habana picuismo, palabra intraducible al español. Carmina, Julieta y Dulce eran picúas, cada una a su manera. Pero Dulce añadía de su parte un extra: cierto infantilismo que habría sido delicioso en otra mujer, pero que en ella llegó a convertirse en cretinismo casi. Hubo situaciones en que yo podría haberme sentido ofendido, pero ella se ofendía por muy poco y sin embargo a menudo resultaba humillada sin ofenderse. Ocurrió en ese laberinto en que los dos jugábamos a hacer el monstruo central, siameses sexuales unidos por mi cartílago poroso. Una noche (remedando la visita bucal que hice a Julieta una tarde bajo el signo de Libra) le pedí a Dulce que practicara la felación conmigo -usé otras palabras, por supuesto: éstas no las habría entendido: no forman parte del vocabulario sexual de la selva. Ella tenía tal control sobre sus labios que podría ser una succionadora sabia. Pero me dijo que nunca lo habla hecho, a lo que repliqué que ésa era una razón de más. Añadió que tenía miedo y yo le aseguré que no tenía nada que temer, convertido en el temer-

ario Jules Leotard, inventor de la malla de ballet y del trapecio volante, aerialista del amor.

Tú misma puedes controlar la inmisio penis.

-¿Qué cosa? -se espantó ella, como si el latín doliera.

-La entrada y salida del pene -le expliqué-. ¿Tú sabes lo que es el pene?

-Claro -dijo-, esa cosa y señaló para salva sea la parte.

-¿Lo hacemos?

Después de pensarlo un poco, dijo:

-Está bien, pero sólo la puntica.

Introduje todo el glande en su boca, que inevitablemente hizo una mueca, pero ahora no se podía comer los labios sin tragar mi miembro: purga pudenda. Comencé a moverme y ella quitó su boca:

-Dijiste que yo lo iba a hacer sola.

-No hay nada en el sexo que puedas hacer solo. Hasta la masturbación necesita de tu mano.

Ese argumento ad hominem -calcado de Julieta o copiado de Haroldo- la calló. Volví a insertar mi mensaje en su nuevo buzón y ella aprendió enseguida los movimientos rítmicos, rituales. Pero de pronto, al hacer yo un giro horizontal, separó su cabeza.

-¿Qué pasa ahora? -le pregunté.

-Emasiado glande.

-¿Qué pasa con el glande?

-Es toda demasiado grande -me dijo.

-Son imaginaciones -le expliqué-. El sexo aumenta con el seso.

-Me da náuseas.

-Tú quieres decir que le tienes asco.

-No, asco no. No le tengo asco pero me da náuseas.

-Quiero que sepas que el amor da vértigo pero nunca náuseas. Ese argumento ad nauseam la convenció y de nuevo conformamos ese malvado monstruo con una cabeza en el pubis: el amor en el lugar de las heces, como habría citado Julieta al darme su lección de besar poético. Para asegurarme que Dulce no volviera a interrumpir el acto único con su soliloquio, la cogí por la cabeza con mis dos manos y mientras ella lamia mi lengua otra, yo movía mis caderas, verticales, tomando su pelo pajizo como punto de apoyo. Me meneaba ahora mientras ella succionaba como un súcubo mi Incubo, moviendo más, rápido, de seguido, coito de cabeza. Pero ella trató de separarse, lo que impedí sosteniéndola en su lugar, firmemente agarrado a los pelos, alambres conductores de su resistencia, luchando contra mi amarre mientras me movía al borde del orgasmo -pero ella logró zafarse y al tiempo que lo hacía vomitó, llenándose el vientre, los vellos, la verga de una viscosidad vitriólica, casi coloidal, sin restos de alimento (tal vez su pobreza no le habría permitido comer esa noche y todo lo que tenía en el estómago era el conyugal cubalibre) pero de aspecto asqueroso.

-Perdona, perdona -dijo ella, limpiándose la boca con la mano-. No pude evitarlo.

Trató de disculparse una vez más, pero la próxima vez que abrió la boca introduje mi pene por ella y la afirmé por el cuello y la cabeza, como cepo suave, ordenándole: «¡Mama! ¡Mama!», que casi parecía el clamor de un hijo hebreo perdido. Volví a moverme dentro y contra su orificio oral, debatiendo mi bálano entre la lengua mullida y la laringe velar, evadiendo los colmillos lupinos -y el cielo de su boca fue testigo de mi eyaculación, que inundó su cavidad bucal, haciéndole los dientes de leche de nuevo.

Aprovechando mi lasitud norte y el abandono de mi presa, ella se separó de mí y corrió no fuera del cuarto, como ya no temía, sino al baño, tal vez a lavarse la boca poluta, tal vez a vomitar. Pero al salir vino amorosa a mi lado en la cama. Así era de leal amistosa Dulce, el mejor amigo del hombre después del Ready. Sin embargo, al tratar de iniciar yo otro coito -o tal vez debiera decir mejor el coito, el coito circuito ella cruzó sus piernas, trabando sus rodillas, apretando sus muslos. Pero no era una bailarina preparándose para un fouetté (no había nada que recordara al ballet en sus piernas) sino un atado de sus miembros que hacía la penetración de un tercer miembro improbable para mí y para nadie que no fuera una pata de cabra esa noche. Al mismo tiempo clausuró su boca, al tragarse los labios y hacer de ella una cerradura hermética no sólo hizo imposible el beso, casto o cáustico, sino siquiera mirar aquella mueca de maniquí de cera derretida, completando la impenetrabilidad de su cara al cerrar los ojos deliberadamente. Como siempre he detestado la sodomía, no dejaba ella más que los virginales oídos abiertos, ofreciéndome sus orejas para penetrar, sus tímpanos como la sola membrana distendida que era posible desflorar, sangrando al romperse ya que nunca participaron de los rituales del ballet -aparte de que de las bailarinas que conocí ninguna tenía oído musical: eran meras gimnastas acompañadas en sus movimientos eurítmicos por algún Chaikovsky más o menos sincronizado.

Pero no fue esa noche ni otras semejantes en su curso cursi lo que terminó nuestra relación, porque a pesar de sus defectos de carácter estaba su cuerpo (como el diablo carnal del cuento, parodia pederasta popular de Fausto, no era su alma lo que yo quería sino su cuerpo), iba a decir sus tetas grandiosas pero implicaría que yo no gozaba también todo su cuerpo, aun su boca virgen o su raja renuente y el aprendizaje sexual que iniciamos juntos y casi completamos. Vino a interrumpir el sexo no el amor sino el matrimonio -no, cosa curiosa, su matrimonio sino el mío. Dejé a Dulce (a veces llamada, burlón, Rosa) Espina porque, sin saberlo, me preparaba para casarme. El declinar de nuestra relación habría sido detectado por un tercero en Concordia con sólo conocer la clase de vehículo en que nos

desplazábamos -y la ausencia de medio de transporte sexual. Comenzamos en taxi, continuamos en guagua y terminamos a pie. Al final yo no la llevaba siquiera a la remota, romántica posada de 2 y 31, sino que íbamos, cosas del destino, del deseo o de la voluntad venérea, ¡al hotelito de la calle Amistad! Ella venta de su casa y yo salía de mi secretaría nocturnal y, vías paralelas, nos encontrábamos por el camino, apurándonos por la gran Galiano hasta la estrecha Barcelona. Dejé a Dulce definitivamente después de una de esas noches, o medias noches, en Amistad, y nuestra separación participó del simbolismo de los nombres: terminamos en mutua amistad. El lugar pudo servirme también de augurio alfabético, de grafomanía, de haber atendido al sentido correcto de una errata que cometió Tagle, el linotipista veterano del periódico *Mañana*, quien por prestar atención a la visión de los visitantes de la tarde a la posada apenas hacía caso a la materia escrita y así en una crónica de sociedad en vez de componer el nombre Matrimonio formó el neologismo absoluto *martirmonio*, que yo utilicé una vez como parodia -pero debía haber sabido que las palabras son la materia de que está hecho el pasado pero también forman el futuro compuesto, son dos destinos distintos y una sola dirección verdadera. Así no comprendí que mi matrimonio sería de veras un martirmonio.

La última noche con Dulce que recuerdo íbamos por la calle Águila casi volando obligados por el tempus fugit -cuando nos tropezamos con Germán Puig, acompañado por alguien que yo no conocía, un joven desconocido, de aspecto discipulario. Germán nos presentó pero su nombre no tenía consecuencia. Estaba él, Germán, a punto de irse a París, a consolidar la Cinemateca de Cuba por la Cinémathèque Française, y para su educación sentimental. Pero lo que recuerdo de esa noche no es la despedida a la francesa de Germán, que nos llamó *Les visiteurs du soir*, sino mi apuro por llegar a la posada, que se hacía tarde, que el lujo de la lujuria se volvía necesidad vital con los minutos contados, y Germán, tan inocente como siempre, nos tomaba por paseantes perdiendo el tiempo, y tan apasionado del cine como era insistía en hablarme de cine silente y yo lo que quería era oír la banda sonora de sollozos de Dulce, tal vez coreada por voces vecinas. Mientras Germán hablaba de films franceses, Dulce, muda a mi lado, me apretaba el brazo indicando que, como otras veces, mi turgencia era su urgencia. Finalmente nos fuimos, obligados socialmente, en dirección contraria a nuestro destino delicioso. Pero por fin, al fin, dando un rodeo romántico por Juan Clemente Zenea (calle a la que todos llamaban Neptuno, hasta la musa marmórea del poeta convertida en Náyade del viejo con el tridente), llegamos a la posada roja, también llamada hotelito o casa de citas, ninguno de cuyos nombres asustaba ya a mi vieja virgen. Subimos las escaleras estrechas, Dulce delante, yo detrás, y pude observar que ella ascendía cada escalón con los pies ladeados, la punta señalando hacia afuera, los tobillos paralelos y por un momento me pareció que llevaba zapatillas de raso y al ver su mano derecha deslizarse distendida por el pasamanos de madera juraría que lo agarraba como una barra de práctica.

## Casuales encuentros forzados

---

Le dije a Rine Leal: «Ésa camina», señalando casi con un dedo (solfa ser sutil) a una muchacha que viajaba en nuestra guagua. Rine miró y vio la media docena de mujeres entre los pasajeros y me preguntó: «¿Cuál?». «La rubia», le dije, «la que tiene el niño al lado». Era una muchacha levemente rubia (tal vez en otra isla que no fuera ésta, con tanta gente oscura, sin contar indios ni negros, ni siquiera fuera catalogada como rubia en ese libro censual, pero aquí en La Habana era rubia y las rubias eran piezas de caza entonces), delgada, pequeña, muy joven, de facciones regulares -un si es no es bonita. «¡Es una niña!», casi protestó Rine. «Pero camina», insistí yo imitando a ese José Atila todavía en el futuro potencial que entonarían una cantilena alegando que una amiga mutua, admirada de todos, *innamorata* mía (y si uso el italianismo es porque su pelo, largo y sedoso y del color de la miel, la señalaba como una rubia de Ticiano) y futura fruta prohibida, era fácil, gritando por las calles de La Habana: «¡Ésa se acuesta! ¡Se acuesta, coño! ¡Se acuesta!», cuando éramos tan inocentes, ingenuos o inferiores para creer que las niñas de sociedad sólo se acostaban para dormir.

Ahora Rine me decía: «Tu técnica es *hit or miss*», y sin dejar de apreciar su paronomasia lo rectificué: «No, es *heat and myth*», y supo que era una declaración *ex cathedra*. En realidad el matrimonio me había hecho experto en mujeres -en otras mujeres, quiero decir, no en la mía. Tal vez el respaldo de una crica (crica: esa dulce palabra a la que un día el *Diccionario de la Real Academia Española* sabiamente cambió de sentido pero no de sonido y de parte parcial, de clítoris, la extendió a un todo esencial y la definió como partes pudendas de la mujer) segura en casa me volvió audaz cuando no lo era antes y así me hice perito en levantar mujeres dondequiera: en el cine, claro, en la calle (caminando, parado, inclinado en plano oblicuo a la vida), en guaguas y autobuses en ruta hacia mi casa. Ahora el levante ya no era parcial sino total, totalizador, totalitario. Hubo una solamente que fue «The one who got away». (Para decir verdad fueron cuatro más que una sola las que se me escaparon.) El primer levante fue de una muchacha (también una viajera pero no exótica: era una campesina, una guajirita evidente) de bella cara perfecta a la que daba un toque tentador una larga cicatriz que le llegaba de la nariz a la oreja derecha. Yo viajaba de pie junto a ella y la miraba, fascinado por aquella mácula en su mejilla. Ella me devolvía la mirada y cuando el pasajero sentado a su lado se levantó y yo me senté en su lugar, dijo, sin que mediara otra palabra: «Sabe, me tumbó un caballo», aludiendo a su cicatriz como una marca medieval, sin saber que era precisamente su costurón rosado lo que me atraía en ella, me fascinaba. Supe que allí mismo me la hubiera llevado a donde hubiera querido -tal vez no a una posada pero sí a un parque, a una avenida oscura (ya anocheecía), al Malecón. Pero me dio pena la humildad que habla en la voz de esa bella viajera y aunque Rine con su cinismo imitativo (él no era realmente un cínico sino que lo había aprendido tal vez del cine, aunque prefiriera el teatro a las películas: tal vez viniera de Wilde, que para él significaba siempre Oscar pero para mí quería decir Cornel) me habría inducido a que prosiguiera, que la levantara, le metiera mano, pero decidí en su contra (que era en realidad la mía) y la dejé escapar.

La otra que se me fue de entre las manos fue la mujer que conocí cuando todavía era una muchacha, la figura famosa encontrada cuando era una anónima ambulante, el futuro ídolo venéreo cuando era -¡quién lo diría!- nada más que una criadita. A ésta la encontré de regreso a mi casa a pie desde Radiocentro donde había estado tomando una merienda nocturna que no era memorable por repetida. No creo que estuviera casado todavía porque entonces levantaban las líneas del tranvía en la calle 23 y el barrio estaba a oscuras. Sentí pasos a mi espalda y con instinto más que con sabiduría supe enseguida que eran tacones de mujer, ingravida sobre la grava, y me volví. En la oscuridad pude ver una figura alta, trigueña, vestida de blanco, y me detuve para esperarla. No era una mujer, era la belleza: tanta perfección surgiendo de entre su ropa ectoplasmática la hacía una visión. Era además accesible. Entablamos una conversación trivial (después descubrirla que no era posible tener otra conversación con ella) y caminamos casualmente hasta las que eran nuestras casas respectivas: ¡éramos vecinos! ¿En qué ostra obstruida había estado escondida esta perla hasta esta noche? Claro que no se lo dije así: la metáfora desafortunada la habría asustado como un vehículo sin control. Oh por ahí. ¿Cuál sería el nombre memorable de esta muchacha? Se llamaba Magaly (nombre vulgarmente habanero) y su apellido era Fe. Ella no me lo dijo entonces pero era manejadora de los niños en los mismos bajos de al lado. Lo que me dijo esa noche es que estaba en la TV (así dijo). Muchas veces nos vimos en el futuro, mientras ella ascendía de mera extra de televisión (ya habla dejado de ser niñera) a modelo de publicidad, donde, con conocimiento cubano, le cambiaron su Magaly por Roda de la Fe. También le perfeccionaron los dientes postizos, su única imperfección. Una noche, tiempo después, la vi de nuevo por la avenida de los Presidentes (por una extraña querencia casi animal ella vivía ahora en una casa de huéspedes en la calle 29, en el mismo barrio, casi en la misma manzana) y yo conversaba con Fausto en su auto en la calle 27. Fausto era un amigo nuevo. Dicen que

los amigos que se hacen antes de los veinte años son siempre condiscípulos y los que se hacen después de los veinte son maestros o discípulos. Fausto tenía más que aprender que qué enseñar y tal vez yo fuera su Mefisto feliz en esa ocasión. Dejé mi asiento para salir a acercarme a Magaly y saludarla -más que decirle hola la invité al auto como si fuera mío, casi como si máquina y mujer me pertenecieran. Enseguida, con la autoridad que me confería mi edad (le llevaba cinco años a Fausto, más mi experiencia con las mujeres) le dije que si no iba por fin a la botica a buscar mi medicina. Infausto por supuesto no supo de qué hablaba. ¿Qué medicina, si ni siquiera estaba enfermo? Podría haberle hablado de mi hipocondría pero lo que hice fue repetirle la petición hasta hacerla casi una orden y el alumno entendió al maestro: yo quería que nos dejara a dúo en su carro deportivo, tan incómodo antes pero tan íntimo ahora y siempre peligroso, aun detenido: estaba parqueado casi debajo de mi casa, a una mirada tan sólo de mi mujer. Me quedé solo con Magaly, una estatua de bronce vivo, que me había confiado que regresaba de la playa. Sin mediar palabras ni gestos nos besamos y al extender mis besos por su cuello, vampiro benigno, supe que ella no mentía: venía del mar: sabia salada. Entre besos sabios (suyos) me dijo que estaba a punto de dejar la barriada (triste) por una casa (contenta) que le ponía un magnate cervecero, viejo connoisseur, conocido gourmet y ahora goloso de Roda (ése era su nombre para la fama y la cama), la antigua Magaly popular casi irreconocible en su vestido a la última moda, también blanco, que le dejaba los hombros desnudos para los hombres y, como siempre, sin sostén, sus senos salientes (lo supo mi mano en ese mismo momento) y ahora ella devolvía mis besos con más técnica que pasión, lo que no me impidió gozar sus labios latinos, bien besados, y admirar de vez en cuando su perfecto perfil: toda la belleza que la hacía una copia cubana de Hedy Lamarr, cargamento amoroso en el auto apropiado aunque ajeno. Ella, con su pelo partido al medio, para ser la más exacta versión de la Venus vienesa, hasta se habla agenciado un millonario que la comprara en cuerpo y cara -porque alma nunca tuvo. No me asombró que tuviera tanto éxito ni que llegara a ser una actriz de nombre, de renombre, sino que se hiciera tan difícil cuando era tan fácil. Nunca fuimos más lejos que aquellos besos bruscos -con Fausto al fondo, atisbando desde la esquina como si Magaly fuera Margarita (hay aquí una ironía futura, no para Fausto sino para su Mefisto sin ese infierno que me tienen prometido: ¡ah, arder de amor eternamente!). En realidad la mala Magaly no fue la que se me escapó sino la que nunca tuve. Más tarde, ya toda Roda, cuando yo estuve en televisión también, coincidimos en la cafetería de Radiocentro, ya no la gloria sino comedor de trabajo (sospecho que el Paraíso fue un lugar muy aburrido para Adán, hasta que lo perdió), y ella mostró una amistad amable pero nunca me permitió pasar más allá del saludo -que yo no quise, Silvano Suárez súbito, que fuera el consabido beso en la mejilla o al aire al lado que ella ofrecía a todos ahora, en vez de la falsa facilidad de antes, tan postizo como su sonrisa.

La tercera escapada (un poema del siglo pasado, escrito por un poeta romántico y retórico, dice: «¿Qué fuga es ésta, / Cimarronzuela de rojos pies», aludiendo el bardo barato a una tórtola, ave asustadiza, pero esta muchacha de ahora de veras tenía los pies rojos cuando la conocí: no que padeciera de flebitis o elefantiasis sino que llevaba zapatos rojos: no puedo recordar el resto de su vestuario ese día pero no olvidó los zapatos carmesí, encendidos, peligrosos como las zapatillas rojas de la ballarina del cine -¿sería ese calzado colorado lo que me atrajo?) no la encontré de pasajera en una guagua o deambulando por las calles oscuras sino muy bien instalada en el lujoso apartamento de su tía en El Vedado. La muchacha de pies punzós, más que rica era miembro de la arisca aristocracia habanera, su abuelo famoso en el siglo pasado y aun en este siglo por una hazaña de ingeniería (construir el acueducto de La Habana) que fue una labor de Hércules hidráulico en esta isla tan poco dada a cultivar científicos, si se exceptúan los médicos. Ella usaba su apellido con la *sans façon* que utilizaba su pelo como tramoya de belleza: era un tipo de habanera que se regodeaba en declarar que ella era una típica criolla y tal vez lo fuera. Era muy morena pero no había nada de negro en los componentes de su belleza. Llevaba el pelo partido al medio también, pero le cata en ondas cortas, melena marcelizada por la madre Natura, hasta mediado su cuello largo. Delgada, de mediana estatura, tal vez tuviera debajo de sus vestidos (usualmente negros) un cuerpo de la perfección de sus manos, que eran largas y huesudas pero extremadamente bien hechas. Un día, cuando me atreví a pasar de la relación de mero conocido, le alabé las manos y me respondió: «Y eso que no has visto mis pies». No soy un fetichista de pies, más bien las manos son mis extremidades preferidas -después de las piernas, pero las piernas no terminan en el tobillo. Otro día, un día que estábamos ambos de visita en casa de su tía, los dos solos en la sala decorada con cuadros cubanos, ella mirándome con sus ojos sonrientes (y esos ojos negros de largas pestañas y sus miradas en que sonreía sin que los gruesos labios se movieran eran su característica), sonriendo sorpresivamente con los labios al hablar, me dijo: «Quieres ver mis pies ahora?», como si me ofreciera el tesoro más oculto de su cuerpo. Le dije que sí, por supuesto que sí, sí, claro, pero antes de decirlo ya se estaba descalzando y mostrando unos pies perfectos, los mejor hechos que he visto en mi vida: delgados, largos, de dedos que ascendían del meñique o como se llame el dedo menor del pie, por los otros dedos hasta llegar al dedo gordo, que no era gordo en absoluto sino flaco, no huesudo pero con la escasa grasa capaz de mostrar su forma de espátula, y todo el pie era estirado, elongado, no en el sentido médico sino en un alargamiento natural. Era un pie de El Greco si El Greco en vez de ascético fuera un pintor pornográfico, porque era un pie excitante en un sentido sexual. Claro que el efecto estaba ayudado por la curvatura que ella le había dado al arco del pie, que no era ni pronunciado ni plano (había una fijación con los pies en su familia porque su tío político aseguraba que su descendencia dalmata era visible en el arco pronunciado de su pie, que era en extremo pequeño para un hombre, pero la obsesión de su tío no eran los pies sino la Dalmacia: llegó a tener un perro dalmata, un hermoso animal exótico al que el clima de La Habana convirtió de can calmado en una fiera frenética feroz) y al mismo tiempo ella había arqueado las piernas, tan bien hechas, y dejado ver el nacimiento de sus muslos, que debían de ser

tan largos, lisos y lascivos como sus piernas y, por supuesto, sus pies. Todas sus extremidades -principio de los muslos, piernas y pies perfectos- tenían el mismo color de su cara y, a no ser que se diera baños de sol regularmente o fuera todos los días a la playa, su tez tostada debía estar dada por algún andaluz oculto entre su familia «criolla pura», como ella decía, queriendo decir, en contradicción con el diccionario, no que fuera hija de españoles sino que su sangre era toda cubana, y remachaba el aserto al añadir: «Criolla reyoya», queriendo decir rellolla.

La relación de mirón y exhibicionista de pies morenos se convirtió en una suerte de amistad privada, en la que sin saberlo su tía ni su prima, y mucho menos el ala aristocrática de su familia, de tan alto vuelo, tan estirados según ella misma, a los que afortunadamente nunca conocí, así casi en el incógnito me iba ella a buscar todos los días a las clases de francés, en la sede provisional de la Alianza Francesa, que era un laberinto todavía sin terminar, y me traía a casa, a la calle 27. Fue en este vehículo tan privado, totalmente lo contrario a una guagua, que la conocí y supe que ella quería tener conmigo una relación más íntima que la ya estrecha amistad que compartíamos, ella al timón de su Henry J. (un automóvil tan escaso entonces como extinguido ahora, que no quedan facsímiles más que en el recuerdo o en ese archivo de ayer, el cine, y en algún museo Ford), rojo, pequeño y que por un momento me pareció el colmo de lo chic: aún siento su olor a auto nuevo, tan poderoso como el aroma de la aralia. Fue en este carrito que la encontré y la perdí. Subíamos la avenida de los Presidentes, que es casi toda cuesta arriba, hasta llegar a la cima donde yo vivía y ella llevaba el radio encendido pero no debía estarlo oyendo porque dieron un anuncio de Marie Brizard que remataba un slogan en francés y, al terminar el locutor, yo, por mero mimetismo, tal vez influenciado por las lecciones de francés (como se ve todavía me influyen: la prueba es ese influenciado en vez de influido), repetí: «Marie Brizard», tratando de que sonara lo más cercano posible a Charles Boyer, el amante perdido por Hedy Lamarr, y ella se volvió hacia mí (estábamos detenidos por el semáforo de la calle 23 o tal vez fuera el de la calle 17) y me dijo, mirándome con sus ojos siempre tiernos, sempiternos: «Ay, ¿pero cómo tú sabías que ése era mi segundo nombre?». Hasta el día de hoy no he sabido cuál era su segundo nombre y es obvio que no se iba a llamar María Brizard. No lo supe nunca porque no me detuve a averiguarlo: habla un canto cursi en su voz que resultaba una revelación: era verdaderamente el graznido de un pavorreal. Olvidé sus pies (de dedos dátiles), sus piernas, sus manos, todos perfectos, sus ojos hermosos y expresivos, su pelo cortado en melena dulcemente anacrónica, todo lo que me habla parecido encantador el día que me enseñó sus pies como otras mujeres me habían enseñado otras partes del cuerpo; tal, vez mostrando una más recóndita intimidad, un mayor exhibicionismo al hacerlo -para tener presente para siempre ese momento revelador de su profundo picuismo, esa mácula que se extendía por sobre toda la pasada perfección- pero esas ridículas me eran de veras preciosas. Ella fue también la que se me escapó, pero en realidad yo la dejé ir, la solté, la liberé a su destino deplorable. Tengo entendido que, con los años, se hizo fea (había algo en su cara, alrededor de la barbilla, que era fugitiva, y que ella tendía a unirla con el cuello cuando hablaba, que le ganó todo el rostro, el pavorreal hecho pelícano) y que exilada ex tempore desapareció de La Habana y apareció en Nueva York y la ganó definitivamente la cursilería y hasta perdió su orgullo de criolla, vistiendo en Manhattan improbables batas que eran más de chacona que de rumbera (otro tanto improbables: ese presente no era su pasado) y llevando mantillas y coronándose con peinetas sevillanas. Nunca supe qué hizo con sus pies, calzados o descalzos.

La cuarta cimarrona fue una hija o nieta de Confucio y la perdí en la confusión, casi en el casorio más que en la cacería. Ya yo estaba casado y esta novia china era un extra. Solamente el recuerdo dulce de Delia me hizo caer en esta trampa tierna. Pero mentiría si no dijera que el primer impulso me lo dio su belleza, que me llevó del conocimiento fugaz a una relación fugaz y a una confusa conclusión que, como todo lo chino, se hizo eterna. Para poder entender lo poco de entendible que hay en este juego de identidades tengo que hacer aunque sea un esbozo de mi cara. Era entonces delgada y más bien larga (los años y la gula, ese vicio oral, se han encargado de convertirla en corta y redonda), con labios prominentes, el superior más saliente que el inferior de forma que podría llamarse asiática, aunque la fisiognomancia se empeña en tildarlos de sensuales. Por una mutación misteriosa mis ojos son bastante achinados (no hay chinos en mi familia, aunque es probable que haya indios y hasta negros entre mis antepasados: mi árbol genealógico es una manigua espesa), rasgados desde niño, y luego los lentes de miope aumentaron su inclinación al oriente. Mi pelo es lacio y era muy negro y al cortarlo se paraba en punta. Así en el bachillerato, centro universal de los apodosados adolescentes, vine a ser conocido como el Chino por muchos de mis condiscípulos que no eran mis amigos. Con mi apariencia oriental (sobre la que yo solía bromear diciendo que venta del Oriente, refiriéndome a la provincia cubana de ese nombre y no al Lejano Oriente) me acerqué a una muchacha china que esperaba como yo la guagua en la esquina de Carteles. Ella era un verdadero cromo chino, no como los que yo había visto en el pueblo en la fonda La Marina, sino en el sentido habanero en que cromo quiere decir una mujer bonita. Era pequeña y aunque también tenía sangre cubana, era muy china, con cutis de camafeo, pelo muy negro muy lacio y labios exquisitamente dibujados. Su cuerpo estaba perfectamente proporcionado, no como ciertas chinas que son de grotescas piernas cortas: sus piernas, por el contrario, pedían la importación inmediata de la costumbre hongkonguesa de dar un corte erótico a la falda y mostrar un muslo terso -que hacía soñar con el otro muslo cubierto. Pero, contraria a muchas muchachas chinas, ésta tenía senos grandes, heredados evidentemente de su madre cubana. Era por supuesto una versión joven de la Delia indeleble. La abordé con una técnica pirata que había perfeccionado durante años, usando mi timidez como motor y como *charm*. Ella se veía seria, casi inescrutable, pero respondió a mi saludo. Así establecimos un contacto social que era la primera cláusula de un contrato sexual. Cuando hizo la señal para parar la guagua (que no era la mía), la cogí yo también. También me las arreglé para sentarme con ella. Fui sentado junto a la bella china (yo conversando trivial, ella inmutable) hasta mis antiguos predios: la calle Virtudes. Ella tra-

bajaba allí en una cafetera, que se diferenciaba de una cafetería en que sólo se servía café. Para ser entonces una vendedora de café, en Virtudes (que era todo menos una calle virtuosa) sería sorprendentemente seria. Nos despedimos, no sin antes sacarle yo casi con tortura oriental una cita próxima -y ella cumplió con su compromiso. La llevé al cine, a ver -incongruencias más pero también gaje del oficio: tenía que hacer la crónica para *Carteles La fiebre del oro*, y como buena china no se rió una sola vez con Chaplin, y hoy tiendo a considerarla como una crítica de cine secreta. Tampoco me dejó tocarla. Lo más que logré entonces fue que me permitiera pasarle el brazo por sobre la espalda, nada desnuda. Salimos otras veces, a pasear por parques que estaban cerca de su casa (y lejos de la mía) o por el Prado, el tramo próximo a su trabajo. Todo lo que conseguí de ella fue un beso apresurado y casto o supongo que chino: sus labios botados casi borrados por apretar la boca. Finalmente un día me dijo súbita que ella quería que yo conociera a su padre chino -por afán de simetría había acertado al pensar que su madre era cubana. ¿O era un reza-go de la certeza infantil de que no existían las chinas? Su padre tenía una tienda en El Cotorro, cómica comunidad, pero iba a venir a La Habana a conocerme. Ella me dio a entender que de este conocimiento dependía que llegáramos a algo. En un principio creí que ella sugería something sexual, pero luego, según se aproximaba la fecha del encuentro con su padre, me di cuenta de que quería decir un compromiso, hacernos novios formales. Me atacó entonces algo parecido al pánico: ¿cómo iba yo a decirle a ella que era casado? (Una de las técnicas que adopté al poco tiempo de estar casado fue decirle a la muchacha o a la mujer con que salía por primera vez que estaba casado y esperar la reacción, positiva o negativa, para proseguir mi avance: la batalla de los sexos se convertía así en guerra avisada.) Pero con el carácter tan grave de esta casi cantonesa era evidente que con sólo iniciar mi declaración la habría perdido. ¿Qué hacer? En la cavilación de esta gran pregunta pragmática llegó el día de la cita con su padre y fui a su casa, que no estaba lejos de *Carteles*, pero demasiado cerca de un lugar que detesto: el hospital de enfermedades infecciosas Las Ánimas, temible ya desde el nombre. Subí a su apartamento (el chino se ocupaba de su familia con devoción confuciana), lleno con sus hermanos, todos menores que ella, y su madre hermética: no habló una palabra: era obvio que sus relaciones con el chino eran fronterizas. El padre de esta Delia delicada resultó un chino nada inescrutable, conversador, venciendo su fuerte acento cantonés con cubanismos. (No sé nada de las lenguas chinas pero todos los chinos de Cuba venían de Cantón.) La temida visita terminó con un efusivo apretón de manos del chino, y su hija bajó en silencio conmigo hasta la calle. Me habló abajo pero no me habló de su padre ni de su madre (no creo que su madre contara mucho para ella) ni de nosotros dos -sino de mi padre, mejor dicho de mi ascendencia. «Quiero conocer a tu padre», me dijo, lo que hasta ahí era irracional desde mi punto de vista pero razonable para ella: intercambiábamos conocimientos familiares. Pero agregó: «chino». Creí que no había oído bien. «¿Chino?» «Sí», dijo ella claramente, específicamente: «tu padre chino». Tuve que decirle la verdad: yo no tenía un padre chino. Ni una madre china. «Entonces a tu abuelo chino», me dijo, más seria que antes, y antes ella había estado siempre seria. Era evidente que no se trataba de una broma: ella no bromeaba, ni siquiera se reía, ni se sonreía. Pude haberle dicho que mi abuelo, todos mis abuelos estaban muertos, de haber sabido lo que vendría después -¿pero quién puede prever el futuro: todavía más difícil, el futuro chino? Le dije de nuevo la verdad: «Yo no tengo un abuelo chino». «Cómo?», exclamó más que preguntó ella: «¿No hay nadie chino en tu familia?». «Nadie.» Se quedó callada un momento y luego dijo: «No podemos seguir». Por un momento pensé que se refería al camino, a la acera, aunque estábamos parados a la puerta de su edificio. «Cómo?», pregunté. «Yo no puedo tener que ver con alguien que niega a sus antepasados», dijo definitiva. Se me hizo evidente que me había dejado abordarla el primer día y salir con ella después porque creta que yo tenía de chino: padre, abuelo, bisabuelo: alguien de un cantón de Cantón. También era evidente que ella consideraba tener sangre china una herencia superior -en lo que no estaba equivocada. Era asimismo evidente que ella quería decir exactamente lo que decía. No hubo manera de convencerla de que me aceptara como un chino aparente (lo dije, por supuesto, no sin cierto humor, pero ella no sabía lo que quería decir aparente y no tenía ningún humor). Traté de adoptar unos padres chinos, padre y madre (papá Chang, mamá Fong) imaginarios -pero ella tenía que conocerlos personalmente, por lo que esta treta estaba condenada al fracaso antes de ensayarla siquiera. Tal vez aceptara como noticia el canard laqué de que toda mi familia china había perecido en una catástrofe natural -por ejemplo un ciclón. (Por supuesto que tenía que haber sido un tifón.) Yo, único sobreviviente, había sido adoptado por un marino cubano que navegaba atento por el mar de China. Pero tampoco era una buena historia, ni siquiera era una buena excusa. Finalmente, hosca, se despidió de mí y entró en su casa. Lo último que vi de ella fueron sus pies pequeños escaleras arriba, triunfalmente chinos, aunque no deformados. No la volví a ver. No sé cómo se las arregló para ir desde entonces a su trabajo sin tener que coincidir conmigo -a lo mejor cambió de parada de ómnibus o de trabajo o tal vez (es lo más probable) se fue para China a vivir orgullosa rodeada de chinos por todas partes menos por el cielo oriental, ochocientos millones de maoístas a su alrededor -¿o eran solamente quinientos entonces?

Todavía le estaba señalando a Rine con la cabeza la rubita seguro de que él no tendría la menor duda de que mi declaración de dependencia debía ser tomada por una constitución: esta verdad era evidente en sí misma: todos los hombres somos criados iguales, estamos bien dotados por nuestro criador con cierto derecho que cabe: también propiedades inalienables: esposa, libertinaje y la persecución de Felicidad: confiaba en que esta rubita se llamara Felicidad o la procurara por lo menos. Me había vuelto un experto en levantar mujeres en toda clase de vehículos -aun en autobuses, acelerados enemigos del amor- que siempre significaba sacarlas de su asiento directamente (más tarde o más temprano) para la cama. La rubita marcada viajaba con un niño, lo que presentaba una dificultad adicional, aparte de su modestia visible. Así no fue extraño que cuando ella se levantó y al mismo tiempo anunció: «En la esquina», yo formara parte de su acción, de su indicación, y comenzara a bajar aunque esa esquina de infanta esta-

ba lejos de ser la mía. Al pasar ella junto a nosotros Rine susurró un innecesario: «Buena caza», al que no tuve que dar gracias sino tomarlo como un cumplido a mi eficacia de Casanova casado: el cazado caza quiere. Era realmente para reflexionar: parecería que el matrimonio me hubiera conferido una especial cualidad en mi habilidad de levantar mujeres en la calle, que antes se mostraba una actividad azarosa por no decir difícil. Verdad que eran casi mediados los años cincuenta ahora y que la habanera tú había cambiado mucho desde los días en que le cantó Sánchez de Fuentes. En apenas cinco años había pasado la habanera de la pasividad y la sumisión a la moral machista a una actividad sexual marcada por el número de ellas que viajaban solas, iban al cine solas: saltan solas y aceptaban invitaciones instantáneas de un extraño que ya no era el enemigo, para pasear, para comer (borrando el habitual aviso: «Sólo para familias», convirtiéndolo en un letrero apagado), para ir a beber y a bailar en los más recónditos night-clubs, movimientos que conducían a lo peor (o a lo mejor, según se mire) y una posada ya no era la antesala del averno. Pero mi aproche se había vuelto atrevimiento, y esa audacia extra me la había prestado la seguridad de tener una mujer dispuesta en la casa que no corría el riesgo de dejarme de un momento a otro, como Carmina y Virginia y la misma Julieta o tener que hacer la vista gorda a las muecas malcriadas de Dulce (por siempre Rosa) Espina. Eso que Silvio Rigor llamaba tan bien una «críca propia», producía la base de la seguridad de un cuarto de uno. Ésa fue la explicación que yo también le di entonces a mis tropismos tropicales, aunque no dejaba de maravillarme que apenas ocho años antes fuera tan ardua no la comunión con una mujer sino la mera comunicación.

Ahora la rubita con el niño se paró a esperar su otra guagua con la transferencia en la mano (yo ni siquiera tomé la precaución de pedir una transferencia creyendo que ella viviría por los alrededores, pero al verla detenerse en la parada mucho más tiempo del que le tomaría cruzar la calle, comprobé que estaba esperando una nueva guagua aun antes de ver el papelito perforado entre sus dedos minúsculos) y como no había más nadie debajo de la P procedí a abordarla allí mismo. No empleé en mi aproche el usted que era el rezago social de la provincia, del pueblo, donde todo el mundo era tan formal con los mayores y los extraños (donde mi bisabuela llamaba a su marido de usted y usaba no su nombre sino su apellido!) y le dije de entrada: «¿Qué tal?», y al responderme ella: «Bien», proseguí: «¿Para dónde vas?». (En otra época habría sido un principio demasiado confianzudo, una introducción íntima, sobre todo por su aspecto de muchachita decente, pero me respondió automáticamente:) «Voy a la calle Cienfuegos», y añadió lo que era casi una invitación impresa: «A dejarlo allí», refiriéndose al niño, que evidentemente no era su hijo, casi como una carga. (No sé por qué conservaba aún la noción de que era más complicada la relación con una mujer casada, todavía más si tenía niños, cuando el futuro -y aun el pasado, el de Zulueta 408 por ejemplo- me demostraría lo contrario.) No dije más porque ella no hablaba con soltura, lo que podía indicar que era del campo, tal vez de uno de los pueblos cercanos a La Habana o tal vez fuera tímida -pero su facilidad para el abordaje no indicaba precisamente apocamiento. Estuve junto a ella hasta que vino la guagua, sin que se nos uniera otro futuro viajero, por suerte. Digo por suerte porque un tercero habría complicado la relación, convirtiendo en embarazo gestos como ese que hacía ahora de ayudarla a subir (a pesar de que su agilidad adolescente no precisaba de mi ayuda) al vehículo cogiéndola por un brazo, que comprobé suave al tacto, blando a la presión, fácil a la aprehensión. Nos sentamos juntos y nada delataba que no fuéramos una pareja (o mejor un trío, contando con el niño que de silente se me hacía invisible a veces) si no hubiera sido que ella entregó su transferencia y yo tuve que pagar. Nos bajamos bastante lejos de la calle Cienfuegos y recuerdo haberme preguntado por qué ella no había cogido otra guagua que bajara por la calle Reina, por ejemplo, que quedaba más cerca de su destino. De todas maneras la lejanía de la calle San Rafael de la calle Cienfuegos me permitió no tanto hablar con ella (en realidad nunca hablé menos con una mujer o con una muchacha acabada de conocer: me habría visto impulsado a actos de desequilibrio verbal de haber sido ella una de esas habaneras todas si no elocuencia al menos oralidad, simpática garrulería, que por mera simpatía inducía a la propia verborrea) como acariciarle más que tomarle el brazo, comprobar su estatura escasa (era la muchacha más menuda que habla conocido) y hasta calcular su facilidad -que confieso que era para mí una intriga no sólo en ese viaje de entrega del niño adoptado, sino aun cuando regresábamos los dos solos. La esperé en la esquina de Cienfuegos y Apodaca, calle con que me había encontrado desde el principio de mi llegada a La Habana y que siempre me sonó a algo indefinido entre una fruta desconocida y una mala palabra. Me dispuse a esperarla pero sin darle mucho tiempo porque no tenía gran esperanza de que reapareciera (mi vieja duda) y ya me iba a ir, al rato de desaparecer en una de las puertas de esa cuadra de Cienfuegos, cuando reapareció, rubia y rápida, caminando hacia mí ligera, y al llegar me sonrió: menos que eso: el esbozo de una sonrisa bajo el bozo, una tentativa de sonreír que tal vez su timidez le impedía completar: ni siquiera Leonardo habría llamado a aquella mueca una sonrisa. Echamos a andar, desandando el camino que habíamos hecho antes, recorriendo a la inversa la plaza de la Fraternidad, ese enorme espacio abierto que es algo más que una plaza, un descampado que apropiadamente se llamó en la colonia y primeros tiempos de la República Campo de Marte, marcialidad copiada pero más apta que el pomposo nombre nuevo, sitio notable únicamente porque contiene en su centro esa admirable ceiba, fatalmente acorralada en su cerco de metal, el parque propio refugio de mendigos y desahuciados, esos vae victis que en los años cuarenta se llamaban, casi irónicamente, habitantes. Habíamos dejado los dos a un lado lo que era una de las esquinas pecadoras de La Habana, donde estaba la vieja academia de baile de Marte y Belona, y por ese tiempo, por el tiempo en que esa muchacha silenciosa y yo atravesábamos la complicada madeja de calles y tráfico encontrados, era una ruina vacía, un hueco que condenaba las deliciosas veladas bailables pasadas (conocidas de oídas, pero no, ay, de vista) por tantos habaneros correntones, corridos al olvido o al recuerdo -que es lo mismo: sólo se recuerda lo que está olvidado. Seguimos por la acera de los jardines del Capitolio, recibiendo las emanaciones edílicas de su parte trasera, pedos



políticos, que era la entrada de senadores y representantes en tiempos republicanos y reducidos ahora a meros consejeros consultivos batistianos. Pero yo no pienso en posiciones políticas sino en la estrategia erótica de cómo coger por la calle Barcelona y hacer entrar a esta muchacha en la posada que queda, conocida caca de citas, frente al periódico *Mañana*, pero yendo ahora por Industria, no por Amistad, caminando con ella bien cogida de mi mano por su brazo inerte: porque ella no intenta irse y se deja llevar. Cruzamos la calle y cogemos la acera indicada de Barcelona: no faltan más que unos pasos para encontrar la entrada discreta. Afortunadamente no viene nadie por nuestro lado ahora y, cuando ya estoy a un paso exacto de la puerta, la fuerzo a doblar como si fuera la esquina para entrar por la puerta, desviándome lateralmente, dando un paso hacia el lado y ella entra en la posada, en pleno día, como si lo hubiera hecho toda la vida. Pero ¿quién me dice que no lo habla hecho? Es verdad que es muy joven, una niña, como protestó Rine: es lo que pensé y casi simultáneamente, inmediatamente me acordé de que no le había preguntado su edad. Por otra parte, ¿cómo iba a hacerlo? Tratar de saber cuántos años tenía hubiera sido delatarme, aunque yo les había preguntado a otras mujeres jóvenes la edad antes sin crear conflicto. De todas maneras era muy tarde ahora: si era menor o mayor de edad era mero debate, pero las consecuencias negativas serían un juicio, un veredicto y una sentencia: un año, ocho meses y veintidós días. Silencioso (yo) y dócil (ella) subimos los pocos escalones empinados, yo calculando cómo reaccionaría ante la taquilla y el cuarto, ella pensando sabe Dios qué -¿qué piensa la mujer cuando va a acostarse por primera vez con un hombre, sobre todo cuando ese futuro compañero de cama no es un camarada ni siquiera un conocido sino un completo desconocido? En otra época se me ocurriría que habría podido matarla y nadie hubiera encontrado al asesino, Jack the R.I.P., los únicos posibles testigos un niño sin mucho juicio, casi un morón, no un mirón, y un empleado de una posada cuyo oficio consiste en no ver nunca la cara de los clientes. Pero no hay crimen perfecto: Rine, a pesar de ser Leal, será mi delator. «Sí, señor juez, vi al acusado levantar a una mera niña a alturas de vértigo virginal.» Exclamaciones y miradas culpables del juez. En ese día, en esa tarde, en ese momento lo que se me ocurrió fue buscar ese habitáculo cuyo nombre nunca aprendí de la lengua libidinosa habanera y que se podría llamar taquilla (como en los cines: a cambio de dinero propician un espectáculo) o carpeta (como en los hoteles mayores) o tal vez portería (en un edificio de lujo), y al encontrar el cubículo casi obscuro pedir una habitación y añadir automático: «Por un rato». Me dijeron el número de la habitación disponible después de decir el Caronte en tierra: «Dos pesos» (la carne es cara, ay, aun para el que lee libros), yo tratando de mantener a mi compañera en el anonimato, añadiendo a su sempiterno silencio (debe ser de familia) la ocultación por mi persona interpuesta. Caminamos hacia la habitación, que estaba abierta, esperándonos, la hice entrar a ella primero y luego entré yo, como depredador por su casa, cerrando la puerta. No me habla molestado en pedir tragos no sólo porque era tarde (no porque mi mujer pudiera sentirme aliento a alcohol: después de todo siempre podía culpar a unos rones con Rine), sino porque ella, esta muchachita, en su apariencia de extrema juventud, de niñez ñoña, no parecía ser capaz de disfrutar mucho la bebida.

Cuando cerré la puerta detrás mío nos quedamos enfrentados por la cama que ocupaba casi todo el cuarto: se veía enorme, un leviatán blanco, pero no era porque la cama fuera en realidad grande sino porque el cuarto era minúsculo: nos hablan dado la habitación más exigua del hotel, casi un closet para el coito. Además de que contenía el usual mobiliario de coqueta, banqueta, dos sillas y esa mesa baja extra que siempre me pregunté para qué servía en los cuartos de posada. No tuve que decirle nada a ella: al volverme de mi inspección la encontré enfrentándose: ni siquiera había mirado el cuarto. Ahora me pareció más pequeña que antes -era porque se había quitado los zapatos y., descalza a mi lado, se pegaba a mí, buscándome, cariciosa. Nos besamos: ella besaba bien, sin demasiada avidez pero con sabiduría aprendida sabe Dios dónde o tal vez en ninguna parte: nacida con ella en ese pedazo de campo de Eros de donde era. Bajo la mano experta tenía una tetas duras y pequeñas, no como limones sino como bolas de cristal, abalorios de deseo, y yo ansiaba que la experiencia de la mano se convirtiera en testimonio del ojo. Como si le hubiera dado una orden en silencio ella se desprendió de mi abrazo, se hizo a un lado y comenzó a desvestirse. Bien porque estuviéramos en lo más fogoso del verano (era raro que una posada de la Habana Vieja tuviera aire acondicionado: ése era privilegio de El Vedado y Miramar) o porque ella fuera pobre, lo cierto es que no tuvo mucha ropa que quitarse: desnuda era aún más baja y más bella: tenía un cuerpo de una perfección reducida, no con las proporciones clásicas de una Julieta (Estévez, para diferenciarla de la Julieta isabelina) sino más cerca del fin de la Edad Media, sin ninguna de la amplitud del Renacimiento, en que el ideal se confunde con la realidad: era de veras una virgen, fugitiva ahora, de rodillas en el borde de la cama, ahora, luego en el centro de aquella ballena blanda, tendida a todo lo largo, mostrando algo que ya era evidente antes de desnudarse: no era rubia natural y tenía un triángulo negro, bien colocado, solamente que demasiado profuso: aquella extraordinaria cantidad de pelo oscuro contrastaba con su cuerpo diminuto, con su blancura, con su misma melena corta, que la hacía una muñeca, tanto que pensé que podía jugar con ella en mis manos. La estuve mirando callado, mi silencio del momento haciendo parejas a su silencio de siempre, eterno. Empecé a desvestirme, contrariamente a lo que haría en el futuro, que me quitaría la ropa y esperaría la aparición de mi compañera de turno, desvestida en el baño o en un rincón oscuro, apareciendo ella entonces en todo su esplendor, iluminada por mi linterna. Pero antes de quitar- me la ropa, aún sin haberme librado de los pantalones, todavía con los calzoncillos puestos, me imagino que desde el momento en que se separó de mí, tal vez antes: desde la entrada en la posada o durante la caminata por las calles de La Habana capitolina o quizás ya en la guagua, cuando la distinguía entre las otras pasajeras, señalándola a Rine y declarando: «Esa camina -sabe Dios desde cuándo supe lo que iba a pasar, lo que me pasaría, lo que me pasó. No lo remedió que terminara de quitarme la ropa exterior, que me quitara los calzoncillos, que me quedara completamente desnudo (se me olvidaron los cal-

cetines: me .los quité) y me colocara, más que me tirara, encima de aquel cuerpo menudo que era tibio en la calle pero a pesar del calor del cuarto estaba frío ahora: nada logré con restregarme contra su bajo vientre: no ocurría nada y nada ocurriría: no se me paraba: como con la primera puta profesional, como a medias con la trotacalles negra, estaba atravesando una inhibición total: a todos los efectos era un impotente. No lo pensé entonces si no ahora: he aquí que como King Kong sabía levantar a la muchacha, llevarla a un lugar conveniente y escondido y oscuro y no poder hacer nada con ella. Ésta era una falsa rubia, pero ¿quién me dice que Fay Wray en la cueva del simio sexual y, en lo alto del Empire State, no fuera igualmente rubia púbrica? Fue un momento de embarazo, pero esta vez ante mí mismo solamente: no había compañeros esperándome a la salida del cuarto ni iniciador a quien tener que referir mi actuación. Solamente yo y mi ego del tamaño de un gorila gigante: ni siquiera mi conquista diminuta contaba, porque ella se había quedado yerta bajo mi cuerpo, sin moverse, sin hacer nada, sin buscar nada, sin esperar nada. Salí de encima de ella y le dije que nos vistiéramos. Lo hizo con la .misma pasividad (o la misma obediencia) con que se convirtió en mi compañera, con que me acompañó a la posada, con que se desnudó y se metió en la cama enorme, inerme. Era casi de noche cuando cogimos una guagua que subía por Reina por un día. Estaba llena y ella se sentó en el único asiento atrás, viajando yo de pie a su lado. Ya llegando a Carlos III me dijo: «No me has dicho tu nombre», casi como una queja social. Se lo dije pero solamente mi nombre de pila. Volvió a hablar, esta vez para hacer una pregunta: «¿Dónde te puedo llamar?». Le dije que al trabajo y al pedirme el teléfono le di no el número de *Carteles* sino del periódico *Mañana* -donde hacía casi cinco años que no trabajaba.

Domésticas, manejadoras, sirvientas, cocineras y hasta institutrices quedaban englobadas en La Habana en una sola palabra casi mágica en el glosario amoroso: criaditas. Para mí eran el Sato Grial y las buscaba por todo el mundo conocido hasta encontrarlas. (Ya conté cómo hallé el pájaro azul, esa ave feliz, en el patio de mi casa: una belleza extraordinaria, Hedy Lamarr habanera,,nifera que luego sería una modelo notoria, mantenida de un magnate, actriz de fama, finalmente la esposa siempre presente en todas las recepciones diplomáticas de un militar de alta graduación y, como colofón, amante del máximo macho -más lejos no podía llegar en posición horizontal-, en lo que sería por el tiempo de mi hallazgo un futuro tan infinito como el más remoto pasado ahora.) Ese orbe oscuro eran los parques cercanos a casa, a veces ahí mismo en la avenida apagada o por la Quinta Avenida -criaditas de postín como quien dice. El matrimonio no me hizo perder la costumbre, esa querida querencia de derivar por las noches a los posibles sitios de reunión de lo que Silvio Rigor, con argentinismo de lecturas bioycasariegas pero también con intención drolática, llamaba mucamas, a veces, otras mucameras y, todavía otras, mucamables. El oro potable de los alquimistas que yo buscaba era encontrar una criadita, que trabajara y viviera de preferencia en Miramar, que tuviera un cuarto propio sobre el garaje y que me invitara a pasar la noche en su cama, mucama encamable, y por la mañana, como una imagen de una película de la que no recordaba más que esa escena o, mejor dicho, ese shot selecto, al vestirme, mirar con disimulo por entre las celosías y ver debajo de la ventana el auto flamante, con el chofer ya engorrado (preferiblemente entrado en años, de preferencia español para evitar a los habaneros rijosos aun en la edad proveyta), esperando uniformado a la señora (ese apelativo unía a todas las variedades de criados, el chofer y el mayordomo incluidos, juntos en el hábito social servil de llamar a la mujer de la casa, por puta que fuera, la «Señora», y el hombre que pagaba esos servicios, cornudo cubano, el «Caballero», manera de señalar que incomodaba en extremo a Eloy Santos, que fue el primero en avisarme de esta costumbre para él corrompida, al contar cómo fue a ver a su hermano, que vivía muy bien, y al ser recibido por la criada con la frase: «El Caballero no está. ¿Desea ver a la Señora? ¿A quién anuncio?», respondió el Iconoclasta: «Dígale a esa plebeya que, ya que no está su eunuco, este ciudadano regresa a su morada»), con la puerta abierta sostenida por una mano, la otra quitándose la gorra y esperando el paso entaconado de la mujer bien servida, bien vestida, bien calzada, adelantando una pierna torneada lustrosamente por el nylon lejano, sentarse a medias en el asiento trasero y al alzar la otra pierna para entrar completa al auto, dejar ver tal vez el nacimiento del muslo, la terminación de esa media y, si esa visión era afortunada del todo, el pedazo de carne, tibia al tacto, entre el final de la falda y el comienzo (ahora visto desde arriba) de la liga negra. Esa ocurrencia pudo tener lugar a fuerza de ser buscada, pero en verdad nunca se hizo posible, las criaditas viviendo en su casa en zonas pobres de la ciudad, como Lawton Batista, Arroyo Arenas, Mendoza o habitando el interior de las mansiones donde servían. Pero no pocas pasaron del parque solitario, del mismo paseo central en la Quinta Avenida o en la avenida de los Presidentes o en Paseo, que esas tres avenidas tienen como característica estos jardines centrales que son paseos floridos, entre la vegetación tropical controlada por jardineros, arboleda abundante en la Quinta Avenida, escasa en Paseo y de término medio con palmeras en la avenida de los Presidentes: lo único que las diferencia en la topografía del recuerdo es que las dos avenidas de El Vedado corren de norte a sur, desde el mar o hacia el océano, y la que queda en Miramar va de este a oeste, empezando en el río Almendares y terminando en la zona modesta y musical de Marianao, llamada extrañamente Las Playitas, porque las playas no son visibles desde la avenida.

Pero no puedo recordar en cuál de las tres avenidas, todas convenientemente a oscuras, hice el levante que me enfrentó con el epítome de las criaditas, su arquetipo: la Criadita. Tiendo a pensar que fue en Paseo, o tal vez hicimos la cita para encontrarnos allí. Sí sé que ya llevaba algunos meses de casado pero no estaba cansado de mi búsqueda constante. Era rubia (teñida) y llevaba el pelo corto no porque siguiera la moda sino porque su pelo crespo, tal vez endurecido por demasiados tintes baratos, no favorecía la melena. Se lo peinaba hacia arriba y hacia atrás, por detrás de las orejas que eran, como las de muchas mujeres en La Habana, pequeñas y pegadas al cráneo. A pesar del pelo corto no tenía mucho cuello. Es más, no era esbelta: como tantas criaditas era más bien gorda, lo que

ayudaba al parangón. Tenía grandes tetas que ella dejaba descubrir en descotes (o al menos descubrió la única noche que salimos) y no era nada fea. Tampoco era linda, si mi canon de criadita era Magaly Fe, pero para la criadita por antonomasia era atractiva. Tenía una nariz respingada y su boca era de labios demasiado finos para mi gusto. Sus ojos eran castaños claro, más bien pequeños y, sobre ellos, sus cejas afeitadas y pintadas de nuevo descubrían unos arcos superciliares redondos, bien cubiertos. Con todo era muy llamativa, y todavía falta una característica a su favor: sus piernas, que casi descubrí demasiado tarde.

Lo bueno que ocurría con las criaditas era que no había que perder mucho tiempo en preámbulos: nada de masacres de Eliot en un inglés que es un cuchillo romo, ni de letras latinoamericanas que oír alabar como si fueran cultura clásica. No había night-clubs a que llevarlas ni cine a que invitarlas ni conversación culta que iniciar: ellas sabían para qué era la salida, adónde se iba y cuál era su motivo único -y aceptaban de entrada. Así cargué con esta criadita -que se llamaba con un nombre que todavía no tenía ninguna connotación ulterior: Lolita: además ella no era una niña y yo no era Humble Humble -para la posada más a mano. Es decir, debía haber ido a la de 2 y 31 que estaba ahí apenas a unas cuadras, pero como nuestra reunión tuvo lugar en la parte baja de Paseo, llegando a Línea, decidí no subir la cuesta sino caminar con ella por toda Línea, hasta que la calle se encontrara con el río, y muy tranquilamente recorrer la escasa media cuadra que nos separaría entonces de la posada de 11 y 24. En realidad ésta era más cara y, de haber tenido que escoger, habría ido a La Habana, a visitar de nuevo los predios del Capitolio, adversos pero diversos.

Debí notarlo antes pero ni siquiera lo advertí cuando cerré la puerta a mis espaldas y ella se volvió hacia mí, rápida, y me preguntó:

-¿Has cerrado la puerta debidamente?

Todo lo que hice, de estúpido, fue responderle:

-Claro que sí.

Avancé hacia ella para hacer lo que no había hecho antes, cosa curiosa: darle un beso: excepto en Dulce y en mi mujer no me había encontrado con esos labios asombrosamente finos en un país como Cuba donde abundan, doble herencia andaluza y africana, los labios gordos, donde hasta tienen un nombre particular, únicos en español, cuando son de veras gruesos, de llamarse bembas la boca, palabra que el *Diccionario de la Real Academia* ha cogido por su sonoridad, no su sentido, y la limita a los labios de los negros solamente: mucha mulata, mucha blanca (Magaly es un ejemplo inmediato: su gloriosa boca era una bembas blanca), hasta rubias he visto desplegando sus bembas rojas al ojo avizor, mucho antes de que Marilyn Monroe pusiera el *pout* de moda en todo el mundo. Pero esta compañera de Paseo mía hasta hace poco, compañera de cuarto ahora y compañera de cama en un momento (espero), tiene los labios finos que deben venir de antepasados gallegos, de celtas en que el bezo no se hizo para el beso, los labios recogidos hasta convertirlos en dos horizontes paralelos. Es en este paisaje imposible que la cojo entre mis brazos y la beso, pegando mis labios gruesos a los suyos finos, frotando mi boca contra la suya, abriendo más esas dos rayas que son toda su boca, metiendo mi lengua hasta tropezar con su lengua que viene a buscar la mía y en el beso largo, que desparrama más sobre su cara la pintura que no llevaba en los labios que no tenía sino en la zona nada erógena que rodea la abertura antes alimenticia, formando un falso borde que no por rojo vivo llega a ser labios, y se retira un momento para murmurar dentro de mi boca:

-¡Ay, chino!

He sentido su olor pero no es esencia sino perfume de talco, el mismo talco boratado que compraba mi madre en Monte 822 para atenuar el olor extraño que se adhirió a nuestra ropa, a nuestro pelo y, sobre todo, a nuestro cuerpo en el cuarto prestado de Zulueta 408: ese talco barato es el perfume de La Habana pobre. Pero ha sido un viaje momentáneo porque estoy en transporte amoroso y con una mano le he cogido a esta Lolita descomunal la mayor cantidad de teta posible (que basta con cogerle una sola) mientras con la otra mano, bajando el brazo, le agarro las nalgas gordas (éstos son sus labios traseros: una bembas vertical), mientras la empujo hacia mí por debajo, pegándola contra mi elevación frontal, frotándola contra su bajo vientre (que queda realmente debajo de su vientre, abultado, haciendo pareja con su nalgatoria prominente), moviendo mis caderas contra las suyas también en movimiento casi circular y de pronto ella consigue zafarse de este doble abrazo, separar mi mano de sus tetas, quitar la otra mano de su culo y, echándose hacia atrás, me mira y me dice:

-Júrame que me amas con todas las fuerzas de tu corazón.

Me quedé completamente pasmado: no sólo por la declaración, hecha con una pasión falsa, sino por la enunciación clara, distinta, ella que hasta hace muy poco, por Paseo, en el camino, hablaba con la ausencia de ese habanera y además de un dejo popular que no sólo convenía a su tipo sino a su oficio. Casi iba a decir: «¿Cómo?», cuando ella volvió a hablar:

-Tienes que jurarme amor eterno o no conseguirás seducirme, Rodolfo.

¡Era el colmo! Dejé de mirarla, de tocarla (imposible hacerlo ahora con la doble separación semántica y física), de deseársela casi para admirar su metamorfosis. Entonces fue que dio dos pasos hacia atrás, con la misma manera de caminar contoneándose que recordaba una versión vulgar de Julieta Estévez, para volver a hablar:

-¡Ah! Tal como lo sospechaba. No puedes pronunciar palabra. Eres un falso y un vil. Sí, un vil.

Y caminó un paso más, se volvió y se echó sobre la cama, bocabajo y rompió a llorar. No; a sollozar sin mover apenas el cuerpo pero haciendo un ruido extraño con la boca y tal vez con la garganta, tan profundo era. En ese momento, entre mi asombro absoluto -¿qué le había hecho yo para causar tal desconsuelo?- pude ver sus piernas,

el vestido recogido mucho más arriba de la rodilla, las sayuelas o la sayuela doble revelando el nacimiento de sus muslos y haciendo más largas sus piernas, que se mostraban gordas, lo que no me sorprendió, pero delicadamente torneadas, insospechadamente construidas con esmero, en una mujer, más bien una muchacha, que no tenía nada delicado en su cuerpo. Sentiría la misma sorpresa muchos años más tarde al ver una foto de Mae West mostrando sus piernas perfectas. Me acerqué a ella, a la dueña de aquellos miembros bien formados, absolutamente fuera de contexto, indinándome sobre la cama, tratando de saber cuál era el origen de que se sintiera tan miserable.

-¿Qué es lo que pasa?

No dijo nada pero dejó de llorar.

-¿Qué he hecho?

Se volvió hacia mí y pude ver su cara: no habla el menor asomo de llanto. Pero fue más asombroso lo que dijo:

-Dice mami que cuando un hombre nada más que desea a una mujer no puede haber amor entre ellos.

Las palabras seguían a medias el discurso anterior, pero la enunciación había cambiado, el tono no era el mismo.

-Pero si yo te quiero -le dije, mintiendo obviamente: la acababa de conocer, había hablado nada más que otra vez con ella antes de concertar esta cita que era obviamente (tan obvio para mí como para ella) sólo para meternos en la cama.

-Mi marido, quiero decir mi ex esposo, no me amaba lo suficiente, por eso tuvimos que romper definitivamente.

-Sí, me doy cuenta -no me daba mucha cuenta. La vez anterior ella había hablado de que se había fugado con alguien y ahora estaba sola. En este momento ese amante se convertía no sólo en su marido sino en su esposo.

-¿De veras que comprendes?

-Sí, amor, te lo juro -algo de su tono se había contagiado al mío porque se sentó en la cama y me echó los brazos al cuello y me besó, no sin decir después, en otro tono, en el suyo:

-¡Ay, mi chino! -y agregar enseguida-: ¡Te quiero más que el carajo!

Cuando me besó yo salí de mi asombro pasando mi mano por una de sus piernas y subiendo enseguida más arriba hasta los muslos, llegando a los pantaloncitos. Ahora ella dijo:

-¿Mi chino me quiere ver encuerá? -que era el colmo de la expresión popular habanera, pero no perdí tiempo en decirle que sí. Mi asentimiento mudo -bajar la cabeza- fue para ella como apretar un botón y comenzó a quitarse la ropa con tal velocidad que yo no pude seguirla con la mía, a pesar de que no llevaba mucha ropa esa noche calurosa. Enseguida estuvo desnuda. Aparte de las piernas largas y bien torneadas y los muslos que repetían el dibujo de sus piernas —que hacia su torso aún más breve- todo lo demás era grasa, las grandes tetas contribuyendo al aspecto de gordura, y aunque su vientre era demasiado amplio para mi gusto, había en ella una belleza cruda que de inmediato acerté de qué naturaleza era, a qué recordaba. No, de quién era calco: de Bola de Sebo: el original había desaparecido en la literatura pero ésta era una copia fiel: era mi bola de sebo. Ya desnudo, dejando caer pantalones, calzoncillos y camisa (no se lleva chaqueta a la caza de criaditas) en cualquier parte sin tener, como el Duque de Windsor, alguien que los recogiera por mí, los ordenara y los planchara después de quitarle el polvo del piso de la posada, me metí en la cama. Ni siquiera había apagado la luz (ella no había sido innecesariamente púdica) y ahora veta toda esa carne pálida (no era tan lívida como Dulce (nada Rosa) Espina, o dorada como Julieta Estévez, pero sí era más clara que mi mujer) que aumentaba en espesor desde los muslos, con un monte de Venus que era un promontorio que se continuaba sin solución en la montaña de su barriga (aun en posición horizontal era prominente y nada fláccida), y el estómago abultado daba paso a las dos tetas que ni siquiera el escote anterior hacía prever su enormidad, su descomunal tamaño, una rivalizando con la otra por ganar la eminencia de masa en su pecho, las dos dirigidas al frente todavía, sin dejarse caer por la fuerza de la gravedad a los lados. ¡Dios mío, nunca había visto tanta cantidad de carne viva! Hundí mi cabeza (no podía decir que fuera mi boca solamente la que se engolfara en tanta obesidad obsesiva) entre los senos, dirigiéndome del uno al otro, para tratar de mamar lo más posible, mientras la penetré con extrema facilidad, mi miembro avanzando apenas por entre desfiladeros blandos hasta su cueva anegada. Ella habla comenzado a moverse con fuerza rotatoria, cada vez mayor ahora, en giros amplios, en convulsiones cóncavas, haciendo que se me saliera casi en cada rotación, al tiempo que decía las obscenidades más minuciosas. No gritaba como Julieta, mujer en celo, ni exclamaba como Dulce, pseudopoéticamente (tal vez buscando todavía equivalencias literarias entre la selva y singar) pero sí se refería ella a mi pene, a su vagina, a la unión de los dos, a la cópula con una variedad de nombres suficientes para componer un diccionario de malas palabras -si no fuera que luego, al tratar de enumerar lo que había dicho exactamente, me encontré que eran solamente una o dos palabras repetidas (pinga, bollo, métemela más: sobre todo esta última frase dicha como una sola palabra) y que la variedad era una mera ilusión producida por su pronunciación, por el tono de su voz, por los quejidos con que acompañaba cada eyaculación (y no le doy el sentido genital, por supuesto, sino gramatical) y que era otro triunfo de su enunciación: la carne hecha verbo.

Cuando terminamos, aun sin terminar casi, comenzamos de nuevo y lo hicimos tres veces. No puedo decir cuántos orgasmos tuvo ella pero por sus nombres los conoceréis y sus apelativos fueron constantes, mientras se movía sin cesar en rotación recurrente. Fue al final que ella me concedió:

-Unca gosé as( con mi marío!

Estaba descifrando su mensaje cuando me dijo, me preguntó:

-¿Qué hora es?

En esa época -exigencias del oficio- ya usaba reloj y le pude decir:

-Las diez y cuarto.

-¡Mierda! -exclamó ella-. Se me hizo tarde, coño -y yo creí que tenía alguna otra cita y ya iba a dejarme ganar por unos celos que no por absurdos eran menos verdes, cuando añadió-: ¡Se me pasó la Novela del Aire!

La Novela del Aire comenzaba su radiación con un lema meloso declamado por el locutor que era a la vez el narrador, que decía: «Ábrense las páginas sonoras de la Novela del Aire para brindar a ustedes la emoción y el romance en cada capítulo», y al venirme automáticamente a la mente este introito ad altare Dea descifré enseguida el enigma de mi interlocutora, ésta que me había enviado el incomprensible mensaje en clave de sol:

-Serás en mi vida un amante único porque has logrado tocar las fibras más íntimas de mi corazón!

¡Era de ahí de donde ella sacaba su vocabulario extraordinario y más aún su enunciación perfecta, inusitadamente culta! Todo su diálogo (es decir, su parte alícuota) estaba tomado de la Novela del Aire, de la Novela de la Una y hasta tal vez de la memorable Pantalla Sonora: él cine del ciego radial. No me quedó duda: mi amante actual, ese montón de carne y extrañas declaraciones de ahí al lado, pedía prestado a la radio no sólo su lenguaje sino sus sentimientos -o mejor, subordinaba sus sentimientos aparentes a un lenguaje que era para ella ideal. Solamente me extrañó que lo obtuviera, casi clandestinamente, de la radio y no de la televisión ubicua. Pero no duró mucho mi asombro al comprender que eran las palabras las que ella tomaba prestadas para acomodarlas a las situaciones de su vida y la televisión, al ser un medio visual, interfería con su necesidad verbal. Me volví a ella para mirarla con otros ojos, para admirarla, y fue entonces que pronunció su declaración más contundente:

-Tú singas bien, chino -me dijo, como el colmo de un cumplido-, ¿pero tú sabes cuál es tu dilema? -y antes de permitirme preguntarle cuál era mi dilema sexual, siguió con su último veredicto-: La tienes muy chiquita.

No es por barajar arbitrariamente las cartas del recuerdo (la memoria es una traductora simultánea que interpreta los recuerdos al azar o siguiendo un orden arbitrario: nadie puede manipular el recuerdo y quien crea que puede es aquel que está más a merced del arbitrio de la memoria) sino porque la he recordado última que relato ahora la que fue mi primera escapada -llamarla aventura sería insultar a Julio Verne- después de casado. Debí de ocurrir dentro del mismo mes de mi boda, apenas unos días después de haber regresado de la luna de miel (un viaje a Trinidad, ruinas recurrentes, rodeando un centro de sangre, desfloramiento y ataques de histeria), mejor llamarla la sangrienta luna. Al volver a trabajar, esa ocurrencia temprana, cuando no había la exigencia tiránica del sexo periódico, del hambre de hembra (frase que si fuera homosexual hubiera quedado mejor en hambre de hombre) que había padecido antes, lo que demuestra que detrás de mi timidez paralizante (o a veces impelente), de mi búsqueda incesante de una mujer, preferiblemente una muchacha, había un donjuanismo latente. Yo estaba, por supuesto, mal equipado para el papel de Don Juan: no era bien parecido, nada bizarro, y solía sentir pena por las mujeres. Aunque mis lecturas, mi contacto con la cultura, el mismo hecho de que escribiera me confería cierto carácter aristocrático adquirido con respecto a las mujeres que frecuentaba -al menos en esta época. Era mi relación con las muchachas de *Vanidades*, revista femenina que tenía que corregir, lo que me daba acceso no sólo al sanctasanctorum de las mujeres sino atisbos de su mentalidad. Había en este harén hacendoso varias muchachas atractivas, y tal vez la más atractiva era la secretaria de la directora: he aquí alguien con quien podía hacer pareja, si no intelectualmente, al menos afectivamente. Pero mi matrimonio a destiempo vino a interrumpir mi desarrollo.

Pero esta mujer que conocí (porque era decididamente una mujer, mucho más madura -aunque no tuviera treinta años- que las otras mujeres con que había andado, meras muchachas, y su carácter estaba sólidamente formado: al menos sus carnes eran sólidas y, ya se sabe, la carne es como el carácter) la encontré en una guagua. (Al revés de lo que auguraba Silvio Rigor sobre lo que iba a encontrar un día en una guagua, en realidad llegué a hallar a la diosa blanca en una guagua un día, pero ese encuentro pertenece al futuro.) Venía de regreso de *Carteles* y, como muchas veces, viajaba de pie. La vi enseguida y respondí al llamado de la savia. Logré avanzar por el pasillo colmado hasta estar cerca de ella, no sólo porque era atractiva (después descubriría que era muy atractiva) sino porque era la única mujer visible en el vehículo y además, al mirarla, ella me devolvió la mirada, interesada. Iba sentada fatalmente en el asiento de la ventanilla, por lo que no pude acercarme más, tal vez rozar su cuerpo con mi pierna y mucho menos hablarle de gladiadores y de fieras, como recomienda Ovidio. Pero nos miramos. Era rubia, teñida pensé primero, pero pude luego rectificar esa idea errónea. No llevaba los hombros fuera sino que iba vestida con dulce decoro y se sentaba casi modosa. De no haber sido por su mirada de ojos claros que se fijaban en los míos habría pensado que era demasiado seria, una institutriz inglesa en el trópico. Viajamos todo el tiempo sin cambiar de posición y la habría dado por perdida, es decir por olvidada, si al llegar a mi destino y disponerme a abandonar aquella comunicación de miradas telegráficas, ella se levantó y anunció al conductor con voz clara: «En la esquina». Así bajaríamos en la misma parada.

Yo salí primero pero esperé a que ella se bajara y, cuando las luces del semáforo permitieron cruzar la calle, ella lo hizo, prácticamente en la misma dirección que yo debía tomar. Fue ya en la acera contraria que la abordé. La saludé y ella me respondió el saludo con una voz más agradable que aquella con que se dirigió al conductor: su voz era baja y bastante cultivada. Ya adivinaba su profesión: aya madrina. Inmediatamente empecé a tutearla (aprovechando el avance no social sino sexual que significaba comenzar por tutear a una mujer desconocida) y le pregunté: «¿Vives por aquí?». Enseguida me respondió, sin la menor molestia: «No, vivo en La Víbora». Venenoso barrio, pensé antes de que ella agregara: «Pero trabajo por aquí». Le iba a preguntar que en dónde cuando ella voluntariamente me ofreció toda la información: como espía del sexo no tenía precio. «En el Hospital Infantil», dijo. «Soy telefonista. Ahora hago el turno de la noche. De seis a doce.» Me vi obligado a interrumpirla: eran más datos de los que podía contro-

lar.

Ah -le dije-, por eso es que me parecías conocida. Yo vivo por aquí -gesto vago de la mano, parte prudente que no quería decir exactamente dónde.

Tal vez te recuerdo a mi hermana.

-¿Tu hermana? -¿serían telefonistas gemelas? Las hermanas Bell: ella sería Gloria Graham Bell.

-Sí -continuó ella seria-, yo soy hermana de Gladys Ronay.

No añadió la pregunta de si la conocía porque Gladys Ronay era muy conocida. Se trataba de una modelo que había sido una vez rumbera y ahora anunciaba una marca de cigarrillos y estaba en todas las revistas y en la televisión y en vallas ubicuas, y tenía una cara tal vez bella pero un cuerpo decididamente espectacular. Su hermana -que se llamaba Deborah Delia, me dijo- no tenía la belleza de Gladys Ronay, pero me gustaba más: en su versión menos llamativa, ella era mucho más atractiva. Además, yo no podía aspirar a obtener de Gladys Ronay algo más que un autógrafo. Se decía que ella era de origen húngaro y tal vez esto explicara los ojos rasgados en medio de una belleza rubia, genéticamente genuina, pero Deborah (me deshice del Delia) tenía unos ojos redondos, algo grandes y nada exóticos. No era muy alta, aunque ahora, caminando a mi lado por la calle F, pasando frente a los Pino Zitto, dálmatas (pensé que no faltaba más que encontrarme con Sandú Darié, pintor rumano, para tener mi balcón a los Balcanes), tampoco era demasiado baja. La acompañé hasta la puerta del Hospital Infantil, no sin cierta cautela de casado pues estábamos no sólo en la misma calle 27 (aunque la entrada del hospital quedaba un poco más arriba) sino a una cuadra casi de mi casa. Le dije mi nombre y quedé en que la llamaría -pues a mi nombre respondió ella con su número de teléfono para infantes enfermos.

La llamé desde Carteles, quedándome tarde a propósito más de una vez. Su voz más clara y distinta por teléfono y no habiéndola visto de nuevo, me la imaginaba no sólo alejada de su hermana, reproducida rubia, sino más húngara de lo que nunca podría ser ella. En una de las llamadas quedamos que nos veríamos, que iríamos al cine juntos, y acordamos que el sábado siguiente, por la tarde, me esperaría a la entrada del cine Radiocentro. Ella no trabajaba los domingos pero, por su puesto, el domingo era un día complicado para mí, mientras que en Carteles no se trabajaba más que medio día el sábado: así el sábado por la tarde era una ocasión perfecta para una cita judía. ¿Era ella judía? No, ella era católica húngara: la cruz la defendería del vampiro.

Acudí temprano a la cita pero ya estaba esperándome ella bajo la marquesina, protegiéndose del sol de la tarde que era más bien de mediodía (¿será por ese sol vertical que los cubanos tienden a llamar mediodía a la tarde?), puntual como buena telefonista acudiendo a la llamada, yo convertido de la impuntualidad misma que era a la exactitud en persona por obra y gracia del amor, frase que se convertía de dicho en hecho: la obra de amor ganada, la gracia del amor buscado. Cuando llegué a ella (o tal vez mucho antes: al cruzar la calle no en diagonal como dictaba mi anhelo sino en forma de L, obedeciendo al semáforo o más bien al policía celoso que guardaba el tránsito como si los autos fueran su amor) vi que aunque era sábado llevaba su vestido dominguero: tan espectacular era: dejaba fuera los hombros redondos, macizos, bajando en escote hasta mostrar el inicio de sus senos que el otro día adivinaba bajo el bulto de la blusa, descubriendo su espalda tersa. Al saludarla no eché una mano sobre toda esa carne desnuda sino que la cogí del brazo torneado, aunque no había calle que cruzar y solamente nos separaban del cine unos pocos pasos hasta llegar a la taquilla -donde el letrero que decía «Las puertas se abren a las tres» seguía imponiendo su advertencia de apertura como el día de 1948 que lo descubrí y me impresionó su extraña calidad literaria. No tuvimos que esperar mucho para poder entrar al cine, pero en ese poco tiempo a la intemperie de una mirada interesada (tenía que contar no sólo con los posibles parientes de mi mujer sino también con sus amigas, a las que tuve que conocer mucho antes de la acostumbrada y odiosa despedida de soltera, que mi mujer me resumió con una frase que revelaba su escándalo de alumna de convento: «¡Las cosas que he tenido que oír!»), colocándola de espaldas a la -entrada, yo mismo dando el frente al cine, conversamos de inanidades que su voz, tan bien cuidada como cuando estaba al teléfono, hacía interesantes porque había siempre en ella un dejo promisorio: lo que suena bien, empieza bien. Había escogido el cine y no un club porque el Radiocentro tenía fama de que en su parte superior (no había tertulia allí: todas las entradas valían el mismo precio, pero esa zona elevada equivalía al paraíso), en la última fila, ocurrían las transfiguraciones que Silvio Rigor prometía como posibles en varias partes del mundo pero, principalmente, en la literatura.

En cuanto entramos, a las tres en punto, nos dirigimos escaleras arriba, subiendo las terrazas artificiales que forman la platea extendida del cine y nos sentamos exactamente en la última fila, al medio, justo debajo de la caseta del proyccionista, allí por donde salta el chorro de luz indistinto que mágicamente se convertía a lo lejos, sobre la sábana blanca distendida (y vertical, contrariamente a la función horizontal de todas las sábanas que en el mundo fueron hasta que la inventiva de los hermanos Lumière decretó su verticalidad milagrosa), en sombras que habían sido siempre para mí más verdaderas que la realidad con todos sus colores, su tercera dimensión, sus diversos planos sucesivos. No bien empezaron los avances, aun antes, cuando el Noticiero Nacional ofrecía noticias sabidas de sobra por los periódicos o por la televisión o más frecuentemente por radio, y cuyo único encuentro con el interés y la novedad eran los sainetes al final, en los que Garrido y Piñero eran los sempiternos Chicharito y Sopeira, el primero con la cara pintada de negro, con una peluca lanuda, con la boca blanca para imitar la bamba, y el segundo con su imposible, increíble acento gallego -pero no creo que siquiera fui espectador de ese eterno pero invariable intercambio semanal, de chistes y chascarrillos, porque estaba más interesado en pasar el brazo más posesivo que protector, la mano acariciante sobre aquella carne desnuda que prometía extenderse a todo el cuerpo tal vez aquella misma tarde. Pronto

pasé la otra mano hacia los senos que aun en la oscuridad del cine se veían prominentes, Cárpatos de carne, y enseguida metí la mano por entre el elástico que conservaba la blusa en su lugar, precaria, llegando a tocarle casi toda la teta, sin poder llegar a los pezones que tendría túrgidos como en toda literatura (o imaginación) erótica que sabe lo que hace. Ella se volvió a mí, y de estar de perfil pasó a ofrecirme su cara llena y de ella la parte de mayor ofrecimiento, los labios. Comenzamos a besarnos sin ningún preámbulo, con una avidez que se reveló desde el principio. Sus besos no se parecían a ningún otro: la manera en que brindaba su boca, cómo tomaba mis labios, su búsqueda de mi lengua eran de distinta madurez: no había en ella nada de muchacha. Entonces decidí extender mis besos a su cuello, a sus hombros desnudos, a su espalda descubierta porque habla hecho bajar más el borde del vestido. Ése fue mi error, aquí sufrí mi derrota. En vez de besarla, llevado por la inercia de los besos (lo que comienza como caricia termina siempre como herida), pero tal vez para mostrar una pasión posible, mordí su espalda. Ella se retorció en el asiento y la volví a morder, esta vez más fuerte y se produjo un sonido inesperado, un crac que me resultó agorero porque enseguida supe lo que había pasado: no le rompí la nuca sino algo más terrible: se me habían partido los dientes. Claro que su espalda no era de hierro y mi mordida mecánica: los que se partieron fueron mis dientes postizos. Me retiré de su cuello y de su cuerpo con mis dos dientes en la boca, tratando de evitar que los viera, que supiera lo que había pasado, pero no pude reprimir una maldición.

-¿Qué pasó? ¿Qué pasó? -preguntó ella, asustada.

-Nada, nada -le dije yo, imitando su repetición nada húngara, habanera.

-¿Te pasa algo?

-No -le dije-, vámonos. Me tengo que ir.

Ella, la pobre Gladys Ronay del pobre, no tenía idea de lo que había ocurrido y así, cuando me vio levantarme, me siguió. Salí, salimos del cine, yo guardando en mi bolsillo los dientes falsos, ella detrás de mí preguntando todavía qué había ocurrido. Insistí en que me tenía que ir y la dejé allí bajo la marquesina, esperando una explicación como había esperado mi llegada, sólo que en su cara debía de haber duda, extrañeza. Digo que debía de haber porque no miré hacia atrás a verla una vez más: la vez que la habla visto esperándome fue la última: más nunca volví a saber de ella y, por supuesto, aunque mis dientes fueron reparados y pudieron mostrar una vez más su eficacia a la hora de la comida y en la sonrisa prácticamente perfecta, nunca intenté utilizarlos en menesteres para los que no habían sido hechos: es evidente que no eran dientes eróticos: no servían para morder la carne cruda.

## La amazona

---

Hay algo vulgar de siempre en el viejo amor, sin siquiera llamarlo sexo. Vulgar es vulgar: las dos palabras de seis letras. Verbalizado el amor (palabra de cuatro letras) se convierte en una narración de vulgaridades variopintas. Pero, por favor, hay que encarar sin enmascarar este amor, que es tremendamente popular en nuestros días (y también en nuestras noches, si señor, ¡cómo no!) y una cantante, que no cantaba boleros sino canciones de amor pop, clamaba, «*Love is in control*», *no* hace mucho. Parecía que ella hacía la descubierta desde la cubierta de la *Santa María*. Desde el descubrimiento del Nuevo Mundo, en una palabra -o en una frase. Me temo, señorita (y si la llamo señorita es porque no la conozco en persona), que siempre ha sido así. Oiga, señora, ahora ya sí, lo que tiene que decir nuestro VD, *Veneris Doctor*, Ovidio Precursor, acerca del *Arte de amar*, sobre la teoría y práctica, del oficio del amor como se practicaba en la Antigua Roma- en el año primero antes de Cristo.

*Joven, he aquí lo que hay que hacer  
cada noche después del atardecer,  
vaya de paseo por la Columnata del amor,  
donde todas las muchachas en flor  
se pasean mostrando bien las piernas  
al pasar por los lares de las Romas eternas,  
propicias al amor con tanta dedicación  
que nadie sospecha tanta fornicación.*

La rima es moderna y mía: el autor

Pero, ¡voto a San!, es lo que he estado haciendo toda mi vida: hacer el amor y después hacer el cuento, como he hecho en este libro que lees, amiga, amigo, con una sola mano. Aunque el viejo Ovidio vivo, puede atreverse a más cuando dice: «Hasta las Cortes son cortes (perdón, cotos) de caza son predios del amor en vela, nunca en veda». ¡Vaya cortes corteses! Se puede argüir que Ovidio es más latino que ladino. Pero, pero, qué decir de un poeta venerado, venerando como Homero, ¡oh mero! Ese poeta arcaico, ciego para la leyenda y sordo a la lujuria, compuso o recitó dos poemas: uno parece celebrar la guerra, el otro la persistencia de la memoria del hogar y del amor. El primer poema en realidad expresa emoción ante la ira, la voluntad de venganza y la piedad, y su tono es elevado, heroico. El otro poema exalta a un héroe extraviado que no puede volver a casa y a su esposa porque en el camino otras mujeres le ofrecen diversas formas de amor y hasta le cantan canciones eróticas. Este poema es por supuesto inferior al primero en su intención épica y más que una epopeya parece pertenecer a un género que se inventará mil años más tarde, la novela. El amor ha debilitado el tono épico del segundo poema. Si en vez de amor hablamos de sexo nos encontramos que la vulgaridad es rampante aun en la nomenclatura actual o popular. La palabra más a mano, pene, que parece pertenecer a la jerga médica, significa en latín rabo, y el uso de la palabra vagina para el sexo femenino viene de una vulgar comedia romana y quiere decir, sin asombro ni imaginación, vaina -que según el *Diccionario de la Real Academia* describe también, en sentido figurado y familiar, a una persona despreciable. (Es curioso que en francés un con sirva para designar un estúpido, y cunt en inglés se aplica también a un tonto miserable: ambas palabras significan en español coño.) A su vez en toda el área del Caribe un vaina es un idiota, aunque de niño me estaba permitido decir idiota pero no vaina, por vulgar! Por otra parte la literatura erótica (con excepciones brillantes en el mundo romano, algunos ejemplos renacentistas y las conocidas aves raras del siglo XVIII) siempre ha estado condenada a la vulgaridad, aun editorial. Esa condena me parece implícita en la expresión del amor, en el amor mismo. En otro gran poeta griego (todos los poetas griegos son grandes) veinticinco, veintiocho, treinta siglos después, que cantó a su vez al amor y a la historia, no asombra que sus poemas históricos sean superiores en su expresión, mientras sus poemas de amor resultan fatalmente vulgares.

No es que yo tenga nada contra la vulgaridad. Al contrario, nada me complace más que los sentimientos vulgares, que las expresiones vulgares, que lo vulgar. Nada vulgar puede ser divino, es cierto, pero todo lo vulgar es humano. Dijo Schopenhauer que uno debe escoger entre la soledad y la vulgaridad. Schopenhauer odiaba a las mujeres, yo odio la soledad. En cuanto a la expresión de la vulgaridad en la literatura y en el arte, creo que si soy un adicto al cine



es por su vulgaridad viva y cada día encuentro más insoportables las películas que quieren ser elevadas, significativas, escogidas en su expresión o, lo que es peor aún, en sus intenciones. En el teatro, que es un antecedente del cine, prefiero la menor comedia de Shakespeare a la más empinada (ese adjetivo me lo sugieren los coturnos) tragedia griega. Si algo hace al *Quijote* (aparte de la inteligencia de su autor y la creación de dos arquetipos) imperecedero es su vulgaridad. Sterne es para mí el escritor del siglo XVIII inglés, no Swift, tan moralizante o, montada en el fin de siglo, Jane Austen, so proper. Me encanta la vulgaridad de Dickens y no soporto las pretensiones de George Eliot. Dado a escoger, prefiero *Bel-Ami* a *Madame Bovary*, como ejemplo de ese artefacto vulgar que es la novela. Afortunadamente Joyce es tan vulgar como innovador, mejor que *Bel-Ami* casado con *Madame Bovary*. Fue Maupassant, al hablar de la caza, quien dijo: «La mujer es la única presa que vale la pena. Encontrar la es lo que da sentido a la vida». Estoy de acuerdo.

En la segunda mitad del siglo xx la elevación de la producción pop a la categoría de arte (y lo que es más, de cultura) es no sólo una reivindicación de la vulgaridad sino un acuerdo con mis gustos. Después de todo no estoy escribiendo historia de la cultura sino poniendo la vulgaridad en su sitio -que está muy cerca de mi corazón. En otra parte he exaltado el carácter precioso del lenguaje habanero, tan vulgar, tan vivo, tan sentida su desaparición. Es de ese lenguaje ido con el viento de la historia, una lengua muerta, que he exhumado una frase que parece ser cosa de cazador, cuando se refería a la conquista de una mujer -¿pero quién me obliga a no creer que la frase de andar por caza sea apropiada hasta el extremo de aparejar el ganar el amor de una mujer a una cacería? Ya los griegos usaban esta metáfora del amor corno cacería y los romanos proveyeron a Cupido con un arco y una flecha. Esa frase, venatoria y venérea, es «El que la sigue la mata».

No recuerdo cuándo la oí por primera vez, pero sí sé cuándo me la dijeron a mí, como consejo de montería de amor. Fue expresada por el hermano mayor de un compañero del bachillerato, a cuya casa yo iba a estudiar muchas tardes. Ese estudiante graduado me la dijo al oírme hablar de una muchacha lejana que era conocida por mí solamente como la Prieta del Caballo. He hablado de ella y de su cercanía distante. Esa muchacha miraje permaneció tan inalcanzable después como antes del consejo amoroso -que tal vez fue dado con un gran grano de sal. Pero la frase se probó sabia, aunque entonces yo la creía meramente apropiada para alentarme en mi persecución del amor, en esa época depositado en una muchacha prieta con un prendedor en forma de caballo. Fue muchos años más tarde que la puse en práctica sin saberlo y sucedió que solamente cuando se probó un axioma de amor que la recordé.

Solía anotar en mi memoria las características vitales de muchas muchachas (mi materia gris era mi libro negro), teniendo en mente el momento en que me sería útil ese conocimiento -que en muchos casos se limitaba a una mera visión persistente. Sabía o sospechaba que en los medios artísticos había muchachas que eran más o menos fáciles. Muchas no habían leído a Isadora nunca y mucho menos estudiado el *Ananga Ranga*, pero estaba mi relación literariaerótica con Julieta Estévez, que amaba tanto el teatro, que cuando su matrimonio fracasó en el sexo decidió tomar en serio la actuación -ella, tan accesible aunque todavía no había pasado de la mutilación común de Eliot, ya frecuentaba los medios teatrales. Estaba además mi propio contacto con el Grupo Prometeo, del que estuve tan cerca que solamente mi timidez (o una incapacidad innata para expresar emociones) me impidió convertirme en actor, aun en actor aficionado. Pero allí no encontré ninguna muchacha asequible, aunque muchas lo parecieran (videlicet: la espectacularmente bella María Suárez, tan campechana, vulgar y notoria por sus expresiones carentes de inhibiciones, como aquella declaración cuando recibió de su novio, en el hospital, convaleciente de una operación de apéndice, un ramo de flores con una tarjeta que decía Señorita María Suárez, y ella exclamó: «¡Señorita! Esas flores no vienen de mi novio. Él sabe más que eso para venir a llamarme señorita a estas alturas») y lo más cerca que estuve de llegar a enamorarme de una actriz fue de la menuda, melenuda Elizabeth Monsanto (en mi pasión onomástica su nombre parecía lo más amorable de ella), pero estaba siempre escoltada por su madre, vieja majadera empeñada en que me hiciera actor, insistiendo que yo tenía la voz y la presencia escénica (¿cómo lo sabía? Nunca había subido a un escenario) de un galán, aseveración que repetía tan a menudo, acompañada ahora por la hermosa Elizabeth Monsanto, que llegué a la conclusión de que había una veta de locura en la familia, tara teatral.

Podía haber tenido en mi caza acceso a los ensayos de otro grupo, el Teatro ADAD, porque era una empresa casi familiar, llevada a cabo cada mes, mimos menstruales, por unos vecinos de este compañero de estudios cuyo hermano me dio una frase para que la hiciera mi divisa. Pero allí, en la familia ADAD (nadie usaba su nombre modesto), había demasiadas mujeres mayores, casi contemporáneas de mi madre: aunque el que hace incesto hace un ciento. La tercera posibilidad, antes de descubrir la cantera inagotable de la Academia de Arte Dramático, fue el Teatro Universitario, que tenía sus oficinas (en realidad reducidas a un cuarto o dos) frente al anfiteatro Varona, que conocía bien por las funciones de cine (apodadas de arte) y por las clases a que concurrí en el curso de verano sobre cine cuando me gané la beca con que me adelanté a Carmina por una cabeza toda la locura. Con esa mezcla de timidez, astucia y audacia que caracterizan el comportamiento del zorro, me acerqué al gallinero del Teatro Universitario -donde pronto fui recibido como un intruso. No era que lo intuyera, lo sentía, lo sabía, me lo decía cada mirada de actores y actrices en ciernes, de estudiantes con dotes dramáticas, de profesores de historia del teatro que detestaban mi desdén por la tragedia griega, mero Homero con diálogos, de directores dictatoriales (no he conocido un solo director, desde una banda hasta un banco, que no sea un dictador: Sick semper tyrannis!) y solamente me permitió merodear por aquel predio promisorio mi relación con Juan Mallet, que bien se podía llamar Johann Malletus, con su delgadez tensa, su pelo rubio cortado en cepillo prusiano y su porte militar. Mallet estaba por fortuna completamente loco, a pesar (o por ello mismo) de que estudiaba psiquiatría, y era esencial al Teatro Universitario porque era su único

luminotécnico. La noche de la función, alambrado, aparecía más activo que el más principal de los actores, yendo de un reflector a otro y cuidando la luz de cada escena, protagonista, en la oscuridad. Manejaba con mano tan experta como desnuda cables, interruptores y pizarras eléctricas y con tal descuido que yo temía a cada instante su electrocución inminente, sin haber cometido otro crimen que hacer posible la ilusión escénica. No sé si fue mi admiración de siempre por los electricistas (su luminotecnia estaba más cerca del mero electricista que del artista de la iluminación) o el magnetismo negativo de su locura lo que nos relacionó. Tal vez fuera el ajedrez, polo positivo de mi juego errático, Capablanca del peón de albañil. Mallet, un maníaco del jaque mate, que yo debía propiciarle no sin resistencia, admiraba mi capacidad de juego para perder.

Pero con Mallet por Virgilio pude descender al domicilio dantesco del Teatro Universitario y, si no fui aceptado por los que ocupaban aquellos habitáculos ardientes debajo de una facultad (prácticamente un sótano), al menos no fui mirado más como un intruso y pude ojear el catálogo de bellezas que ofrecía el elenco escénico. Una entre todas aquellas beldades (había también, por supuesto, fealdades, pero supongo que es el despliegue de su belleza, el exhibicionismo, lo que hace que alguien quiera ser actor o actriz, sobre todo las mujeres, y así había más sirenas que gárgolas en aquel recinto mitológico: ésa es la palabra: allí se tuteaban con el complejo Edipo, habitaban la casa de los Atridas, merodeaban entre Medea y Jasón y conversaban con la Esfinge), vestal de Talía, atrajo mi vista, primero, y luego toda mi atención. (Todavía no conocía a Juan Blanco para preguntarle qué habría pensado él de la relación entre las actrices clásicas, siempre de pie, si esa verticalidad propiciaba la horizontalidad -o cuando menos un plano medio inclinado.) Ella era de mediana estatura (tal vez fuera más pequeña que yo, pero no me lo pareció entonces) y no muy proporcionada. Sus facciones más destacadas eran unos grandes ojos verdes. (Ya he hablado de la mitología de los ojos verdes en Cuba, donde una canción, Aquellos ojos verdes, ha hecho por ellos lo que otra canción, Ojos negros, hizo, supongo, por los ojos negros en Rusia. Además está mi prima ópera, ahora tan lejos en el espacio como antes en el tiempo: un amor que sufrí de niño.) Aparte de los ojos estaba su boca, pintada, pero que se mostraba llena por debajo de la pintura, con labios bien formados, con ese arco doble en el labio superior y la larga onda ininterrumpida del labio inferior, que es tan común en las heroínas de los muñequitos y, muchas veces, del cine. De su cuerpo lo más extraordinario eran sus senos soberbios que sin embargo guardaban una proporción exacta con su figura. Tanto llenó mi vista su visión que no puedo recordar a ninguna otra muchacha vista aquel día y así, cuando pasó por mi lado, vistiendo un traje que se cerraba hasta el cuello, inusitado por el calor de la estación ardiente pero que hacía resaltar sus senos como si fuera un sweater, la miré tan intensamente que ella, sintiendo la mirada, me la devolvió pero no me vio. Quiero decir que miró en mi dirección pero su mirada atravesó mi cuerpo, me hizo aire, invisible, y ni siquiera notó mi presencia intrusa: el foco de mi mirada (mis ojos detrás de mis espejuelos oscuros) no existía para ella. Esa reducción al absurdo de la nada con una mirada aniquiladora porque no me veía la convirtió en inolvidable: no la vi en mucho tiempo pero no la olvidé: es imposible olvidar los ojos de la gorgona que se ignora.

No sé si estuvo en alguna de las producciones universitarias (invariablemente dramas en verso: Lope, Calderón o el trío de griegos implacables: a cual más insoportables) pero sí se ganó un puesto menor en la televisión. Un día (todavía vivía yo en Zulueta 408) la vi caminando calle Obispo abajo, despacio, casi paseando, y me acerqué y la saludé. Ella me miró y no me devolvió el saludo: pero esta vez me vio bien. Le pregunté que si no se acordaba de mí (¿cómo iba a acordarse del éter, no de l'être?), que nos habían presentado en el Teatro Universitario (citó el nombre luminoso de Mallet, que arrojó luz sobre mis credenciales) y ella entonces exclamó:

Ah sí, perdona y me gustó que me tuteara y también que me mintiera: No te reconocí -¿cómo me iba a reconocer si nunca me había conocido? Su voz (que no había oído antes) iba bien con su cuerpo: era baja, cultivada a la manera que es educada la voz de los actores: no aprendida en la niñez, por buena cuna, sino de adulto, por buena dicción. Llevaba un libreto en la mano y era obvio que era un guión de televisión, pero le pregunté que si iba a trabajar en el teatro, perverso que puedo ser.

-No, en el teatro no. En la televisión -me dijo, y nombró al autor mediocre que había escrito el libreto.

-Lo conozco -lo conocía solamente de nombre, entonces para mí meramente despreciable desde un punto de vista literario, no político ni personal, como ocurrió después.

-¿Ah sí? —dijo ella-. Yo no lo conozco.

El paseo -caminar se hizo de veras pasear a su lado- Obispo abajo, tan agradable, sólo los dos entre tantos peatones desconocidos, se hacía desagradable por la conversación y su sujeto, ese tercer hombre del tema. Pero de pronto ella tenía que irse; me dijo, y no le pregunté ni su dirección ni su teléfono -falta catastrófica en mi carácter que provocó un terremoto emocional y me maldije mil veces cuando ella desapareció, no porque desapareciera sino porque no dejara detrás otra estela que el recuerdo. Es decir, desapareció literalmente porque pasó mucho tiempo y no la volví a ver ni en persona ni por la televisión, intruso intermediario. Pero una noche, poco antes de mudarnos para El Vedado, la capté caminando por los portales de la Manzana de Gómez. (Digo que la capté, no la cogí, porque hubiera implicado sorpresa pero también su atención a mi acción. La capté porque no soy una cámara sino una cámara de cine: de haber sido una cámara de foto-fijas la habría capturado, fijado para siempre. Ahora la había captado, la tenía móvil pero en foco entre columna y columna de la arcada: se veía, vista de noche, con el alumbrado de las bombillas frente al Centro Asturiano, iluminada parcialmente, mostrada de noche por primera vez, más bella que nunca, ahora visible, ahora no visible, de nuevo visible.) Pero desgraciadamente no estaba sola: iba del brazo de un hombre alto, bien parecido, con un vago aire extranjero, no europeo ni americano, pero si definitivamente nada cubano. Era obvio que ella estaba muy enamorada de ese hombre porque caminaba casi cosida a él y al mismo tiem-

po miraba su cara, sonreía de contento, aparentemente dependiente más que pendiente de la menor palabra de su conversación, que era un monólogo masculino y minucioso que parecía extender la columnata hasta el infinito -y yo los acompañaba, alegre y triste por la misma visión. Los seguí de cerca, para verla bien a ella y ella por supuesto ni siquiera sospechó que yo estaba casi a su lado, que la miraba con intensidad discreta, ya que esta discreción me aseguraba no ser detectado por ella pero también me protegía de la estatura y la fortaleza de su compañero: es bueno poder ser a veces el hombre invisible.

Pasaron años y pasaron muchas mujeres por mi vida, hasta pasó mi matrimonio. De algunas de esas mujeres, de esas muchachas más bien, he hablado ya, pero en todo este tiempo no olvidé a esa Venus desvelada en las honduras del Teatro Universitario, vista otras veces, pero aparentemente desaparecida, devuelta al mar Caribe. Solamente me quedaba su nombre, que averigüé con mi pericia para estas investigaciones, después que ha desaparecido el cuerpo, que me hacían una especie de minúsculo Marlowe del amor. Ella se llamaba (y el nombre tenía que ser, como se dice, de todas todas un seudónimo) Violeta del Valle. No olvidé su cara -su boca besable, sobre todo sus ojos-, ni mucho menos su cuerpo -sus senos sinuosos: ellos eran mi memoria- y tampoco, ¿cómo podía hacerlo?, olvidé su nombre nemotécnico. Así, cuatro, cinco, tal vez más años después la volví a encontrar, de entre todos los lugares del mundo -es decir, de La Habana-, en ese sitio de reunión que parecía ser para mí el vórtice del conocimiento, del reconocimiento esta vez -en un ómnibus, vulgo guagua. Yo iba, como todas las noches o como casi todas, a mi notaría nocturna, convertida en otro hábito, como el coito casero, una malquerida costumbre. Había cogido como siempre la ruta 28, domada, doméstica, incapaz de sorpresas, pero a unas pocas paradas subió ella (la reconocí enseguida: uno siempre recuerda sus sueños) y la vi caminar por el angosto pasillo y, entre bandazos de esta barca que tiene que partir, tomar asiento como quien accede a un trono -sin verme, como siempre. Se sentó sola. y, no bien hubo pagado y eliminado así la interferencia del conductor, me levanté y me senté junto a ella, saludándola con mi acostumbrado hola que por alguna razón resulta exótico en La Habana. Ella me miró y no dijo nada, ni siquiera respondió a mi saludo ni retuvo mucho tiempo la mirada: el hombre invisible apenas visible por entre la lluvia del tiempo -Cloaked Rains.

-¿No se acuerda de mí?

-Por favor -empezó ella como dispuesta a quejarse a la primera autoridad posible (el conductor, probablemente) de mi frescura. ¿Cómo iba un vasallo a sentarse en el trono junto a la reina? Fue tal la distancia que puso entre ella y yo en ese mismo asiento que me pregunté si no me habría equivocado. Pero no tenía duda: era ella: esa combinación de grandes ojos verdes, boca bella y en medio una nariz con ventanas dilatables no para dejar pasar el aire sino para dar más expresividad a su cara, no podían pertenecer más que a la belleza aliterante, tantas veces vista, descubierta con deseo, tantas veces deseada.

-¿Violeta del Valle?

Me volvió a mirar, esta vez sin hostilidad pero con atención.

-¿Yo lo conozco a usted?

Aunque el pronombre era distanciador su tono era amable.

-Claro que sí. Del Teatro Universitario. Hemos hablado muchas veces, conversamos una tarde que nos encontramos por Obispo de televisión y del teatro y de los libretos.

No arriesgué un tuteo inmediato que pudiera parecer demasiado avanzado, pero ella dio el primer paso:

-Ah sí, claro que sí me acuerdo. Perdona que no te reconociera, pero ha pasado tanto tiempo.

Sí, había pasado tiempo, no mucho tiempo porque yo la había visto en su arrobado paseo por los portales columnados de la Manzana de Gómez y pensé en ella muchas veces, deseando volverla a encontrar un día, deseándola. Por supuesto que no se lo dije.

-Sí, bastante -dije-. Como tres años de esa conferencia que pronuncié Obispo abajo sobre la televisión y el teatro y la actuación.

Ella se rió. Más bien se sonrió, pero sus labios eran generosos y su sonrisa pareció una risa. Todavía sonriendo me dijo que había dejado el teatro pero no la televisión. Ahora era actriz en Caracas. También me contó que se había casado con un venezolano -sin duda el hombre alto, bien parecido, de aspecto no del todo extranjero, no exactamente habanero, con quien la vi del brazo- y sin yo preguntarle añadió que se había divorciado y estaba aquí por el verano. Le dije que siendo Caracas una ciudad de meseta era más fresca que La Habana en verano y lo lógico sería pasar el invierno en Cuba y el verano en Venezuela. Estuvo de acuerdo conmigo, pero de una manera evasiva y sin decirme lo me dio a entender que era su divorcio y no el verano que la había hecho volver. Lamentablemente su parada estaba demasiado cercana, ahí mismo, y yo no podía esa noche bajarme con ella porque debía aunque fuera hacer acto de presencia en un trabajo que mi actividad como crítico de cine y mi labor diaria de corrector de pruebas iban haciendo cada vez más obsoleto -por no decir redundante, ya que veía a Ortega todos los días en su despacho de Carteles. De todas maneras, aunque no pude abandonar el vehículo ella antes de bajarse me dio su número de teléfono y yo le repetí mi nombre. Para que no lo olvidara le di en realidad mi seudónimo. Siempre he sentido que mi verdadero nombre, largo y farragoso, es además olvidable. También le di mi número, pero, cauteloso que avanza, le di el de Carteles, tierra de todos en la guerra del amor, donde quedaba mi trinchera ideal.

La llamé, por supuesto, al día siguiente según amaneció: mi patrulla de la aurora. Hablamos un rato y su voz sonó aún más cautivadora por teléfono (esa malvada invención para hablar que convierte las características en caricaturas: el teléfono es a la voz lo que la fotografía a las facciones) que en persona, tal vez porque ella quería sonar cautivante. Le pregunté dónde vivía y me lo dijo, y aunque en su calle había buenos edificios, me explicó con detalles que vivía

del costado cercano al cementerio de Espada. Me asombró que siendo actriz de televisión venezolana viviera en una zona más bien modesta, del lado pobre de la calle San Lázaro, que no es una calle que se pueda llamar elegante. (Estoy siendo irónico, por supuesto, con San Lázaro, calle carriada.) Pero añadió enseguida que vivía ahora con su hermana, ya que pensaba regresar pronto a Caracas. Volví a llamarla otra vez otro día (el teléfono convertido en un melófono, campanas de Bell) y quedamos en que saldríamos. No me alentó a ir a buscarla a su casa, aludiendo más que aduciendo el carácter de su hermana -¿cómo sería, una megera mayor?- y quedamos en que nos veríamos en el lobby del Rex Cinema, ese sábado a las cuatro. Ella me dijo antes de colgar que estaría encantada de verme otra vez -y me pareció una adenda adecuada. Ese sábado dejé *Carteles* sin perder el tiempo con ninguno de mis amigos, antiguos o actuales, y me fui a casa a bañarme, a afeitarme, a acicalarme, preparándome para una cita que había hecho hacía años. A mí mujer le dije que había una preview de una película japonesa y, como de costumbre cuando se trataba de ejercer mi oficio del siglo, no la llevaba al cine: el crítico como cura, célibe celebra la comunión. Estuve en el lobby del Rex Cinema (mi antigua querencia, en un tiempo el colmo de la elegancia y del glamour, donde encontré un amor fugaz, de un solo lado, pero ahora, cosa curiosa, sabía que no iba a llevarme un desengaño, ni siquiera un chasco: tetas a la vista) exactamente a las tres de la tarde, cuando mataron a Lola por infiel, para que no hubiera lugar a la menor confusión de presentimientos. Me senté en un sillón que dominaba las puertas de cristal y me dispuse a esperar. Antes miré el reloj y vi que eran las tres y media y no las tres como había creído antes, evidentemente confundiendo el segundero con el minuterero. Todavía tenía problemas con la lectura del tiempo. Me dispuse a disponerme a esperar. Entre las tres y media y las cuatro hubo un espacio que duró más de media hora. A las cuatro ella no llegó y yo no esperaba tampoco que fuera muy puntual, a pesar de trabajar en televisión. Después de todo, me dije, antes que actriz es habanera, y ella tenía cara de mujer que se hace esperar. Pero entre las cuatro y las cuatro y cuarto el espacio se hizo una separación. A las cuatro y media comencé a temer que no vendría, pero me dije que eran temores infundados, pura paranoia. ¿Por qué no iba a venir? Después de todo ella no podía haber sido más amable por teléfono, más asequible en persona, más propicia en el tono de su voz y aun en la amplia sonrisa acogedora cuando nos encontramos de nuevo, después que presenté mis cartas credenciales. (Esta metáfora se iba a mostrar irónica dentro de un rato.) Pero eran las cinco de la tarde y ella no habla venido. Cada vez el tiempo se hacía más largo y al mismo tiempo más corto: ambigüedades del tiempo, hijo de la eternidad y del momento. Esas horas sentado en el lobby del Rex (aunque me puse de pie una o dos veces y fui hasta la puerta de cristales, no confiando siquiera en su translucidez pero sin llegar a salir a la calle) me hicieron sentirme defraudado, más bien como alguien que recibe un billete falso: burlado y furioso por la burla -aunque estos sentimientos se atenuaban por la esperanza de que todavía viniera ella. Pero a pesar de la lentitud del paso del tiempo en mi espera, en la esfera dieron las seis de la tarde -y entonces fue obvio que ella no vendría. No sufrí una decepción, como me había ocurrido en situaciones semejantes unos años atrás (como la padecí en este mismo cine cuando Esther Manzano se redujo a un nombre) sino que fue un desengaño o, mejor, un engaño. ¿Por qué haber hablado en ese tono íntimo por teléfono y prometido venir al cine conmigo y dejarme plantado? ¿No habría sido más directo y más simple decirme que no podía venir, darme una excusa, ponerme una exclusiva? ¿Es que esta fácil reidora era una mujer difícil? ¿Acostumbraba ella a este tipo de timo? Era muy frecuente en La Habana y curiosamente solían practicarlos las actrices. Recuerdo una actriz, Esperanza Isis, particularmente notoria por su versión de *La ramera respetuosa*, actuaba en teatro arena, donde prácticamente se quedaba desnuda en escena, rodeada de ojos ávidos, puta irrespetuosa, de fama nacional. Ella habla sido una vedette célebre y se convirtió en actriz entre las manos sucias de Sartre. Habla un crítico teatral, especialmente adicto a las actrices, casado con una antigua belleza de sociedad, que se enamoró de esta encarnación escénica de *La putain* después de *Pétain* y ella le daba citas respetuosas en sitios concurridos, como Prado y Neptuno a las doce de la noche, en la esquina no del restaurant Miami sino del bar Partagás, justo debajo de la bañista en maillot de lumières. Como ella era amiga de Rine Leal (por la crónica celebratoria que Rine había escrito en su estreno), lo invitaba a dar una vuelta en su automóvil con chofer (era doblemente rica como vedette) y señalándole a una figura solitaria parada en la esquina antes luminosa y ahora hasta la bañista tenía su traje de luces apagado. «Mira, mira, ahí está», le decía a Rine, mencionando el nombre del crítico por su apodo íntimo. «Lleva esperando en esa esquina desde las doce. ¿No es verdad que es cómico?» Rine me contaba que a veces daban estos paseos a las dos y las tres de la mañana y allí estaba el crítico teatral esperando a su actriz actual. Lo más singular es que esta vedette devenida actriz por un golpe de teatro arena solía cambiar a menudo el lugar de la cita y allá iba el crítico a encontrarla -siempre en vano. Frivolidad, tu nombre es Esperanza. Sin embargo tanto esperó su cita que llegó su oportunidad y la actriz-cumvedette se acostó finalmente con ese crítico constante, como premio a su tenacidad —que era para Esperanza Isis como una forma de fidelidad.

Pero yo no conocía entonces la fábula nocturna de la actriz voluble y el crítico tenaz (ésta ocurriría en el futuro próximo) y estaba realmente furioso. No sé de dónde saqué papel de escribir (tal vez regresara a *Carteles*, no recuerdo: el frenesí tiene mala memoria) y le escribí una nota que comenzaba por decir simplemente Violeta del Valle, que era lo menos que podía llamarla, y seguía diciendo que lamentaba haberla hecho perder su tiempo en su afán de dejarme plantado y hacerse esperar, tiempo que debía ser precioso para ella y por tanto me consideraba en el deber de pagar por él. Ponía punto final y la firmaba con mi maldito nombre. La carta era un sinsentido pero lo que hice después fue un desatino. Incluí todo el dinero que llevaba (había cobrado ese sábado como siempre) y se lo incluía (le decía yo) como forma de pago por mi espera. Es evidente que Stan Laurel no habría escrito una carta mejor. Conseguí un sobre y metí en él la carta, incluyendo el dinero. Acto seguido me dirigí a su casa, la que me costó tra-

bajo encontrar (para colmo, metáforas metropolitanas, ella vivía en la calle Soledad) ya que quedaba al final de la calle, como ella me había dicho, y yo había olvidado, o confundido o traspapelado, entre mi papel y la tediosa (ya nada más que ella podía ser odiosa) calle San Lázaro, donde me bajé. Di con el número. Pertenece a un edificio relativamente nuevo (tal vez hasta hubiera sido construido al principio de los años cincuenta), bastante limpio, bien alumbrado (ya para entonces, entre mi carta y mi búsqueda, había oscurecido) y bien cuidado, con una puerta no muy ancha abierta y una escalera angosta que arrancaba a un costado de la entrada, mientras al otro se abría un pasillo largo. ¿Cómo encontrar su apartamento? No había pensado en una casa cuando ella me dio su dirección pero tampoco en un edificio de apartamentos. ¿En qué habría pensado? ¿Una suerte de palacio en ruinas? ¿Una casa solariega degradada? No sé, y en ese momento no me preocupaban mis pensamientos -o mejor dicho, sólo pensaba en su puerta. Traté de hallar su nombre en el casillero de las cartas, visible a un costado del pasillo, pero no había más que números sin un solo nombre. Era evidente que nadie esperaba cartas nunca: allí el cartero no llamaba jamás. Finalmente decidí buscar la ayuda de esa institución habanera, la encargada, que es una invención infernal sin la que no se pueden pasar ni los edificios más humildes: el lema parecía ser: «Que no haya Hades sin cerbero». Encontré su habitáculo sin necesidad de letrado: era el único apartamento de los bajos que tenía la puerta abierta. Por alguna razón misteriosa, según se avanzaba en la escala social, más se cerraban las puertas y en algunos edificios la encargada también vivía encerrada, a pesar del calor y de que el aire acondicionado nunca llegaba al hábitat ardiente de ese equivalente habanero del can con tres cabezas. La encargada era una mujer de mediana edad, trabada, evidentemente acostumbrada al trabajo y atenta a lo que pasaba a su alrededor: su oficio no era sólo vigilar el orden higiénico y social de su barco sino, verdadero Caronte, vigilar las almas a bordo. No tenía en mente entonces estas alusiones como alucinaciones, sino extraer de ella la información necesaria a mi misión. Le pregunté por el apartamento de Violeta del Valle. Casi me respondió: «En la vida», que es una forma habanera de declarar que nunca se ha oído y mucho menos conocido a semejante persona. Le dije que ella era actriz de televisión. Menos la conocía, es más: no tenía televisión. La describí con ojos verdes y boca botada en un último esfuerzo por dar con su apartamento, convencido de que ella no me había mentado, de que efectivamente vivía en esta casa. La encargada se tomó su eternidad para responder esta vez. «Ay», dijo finalmente, como si le doliera el recuerdo, «la que vive en Venezuela». ¡Esa misma! Pero agregó: «Ella no vive aquí», y hubo una pausa antes de añadir: «Aquí la que vive es su hermana». ¿Cómo preguntarle dónde vivía ella entonces? Momento en que añadió: «Claro que ella vive con su hermana ahora». Estaba acertado: se trataba de ella, de Violeta del Valle, que vivía en Caracas y ahora estaba pasando el verano con su hermana. Es evidente que me estaba contagiando con la encargada en su proceso mental. La interrumpí en otra de sus aclaraciones («Claro que ella no se llama así. Al menos así no se llama su hermana») para pedirle el número de su apartamento. «Será del apartamento de su hermana», me dijo la encargada, enmendadora. Ése mismo, y casi iba a añadir un por favor cuando recordé lo peligroso que puede ser ese extrañó extra en La Habana. Me dio el número del apartamento y me dijo dónde quedaba: el primero en el descanso. Se refería a la escalera, no a mí. Antes de irme añadió conocedora de idas y venidas y vecinos: «Pero a lo mejor no hay nadie ahora». Le di las gracias por la información, también di media vuelta, recorrí el pasillo de la calle, llegué a la puerta abierta, pero en vez de salir subí los escalones y en la puerta del rellano de la escalera me detuve ante una puerta cerrada, me agaché y sin trabajo introduje el sobre (que ahora me daba cuenta de que había tenido en la mano siempre) que contenta mi Marxista misiva, toda non sequiturs, y todo mi dinero. Afortunadamente no tendría que explicar a mi mujer, que llevaba las cuentas de la casa, qué había pasado con mi sueldo de esa semana: el lunes, con la ayuda del garrotero, verdugo habanero, viejo prestamista, íntimo enemigo, tendría dinero y tal vez una explicación creíble de por qué no me habían pagado el fin de semana sino al principio.

Ese lunes, antes de entrevistarme con el gárrulo garrotero, corrigiendo una novela de amores posibles por imposibles de Corín Tellado (*Carteles* había cambiado de dirección y también vanidades, y ambas revistas de dueño, pero Corfn Tellado, novelista rosa pálido, permanecía, como la tierra, al salir el sol y al ponerse: siempre estaba allí, eterna, sobre ella el mar de galeras en que naufragaba mi Titanic literario: la nave a prueba de hundimientos, hundida en su viaje inaugural), en esa labor de odio que es amor estaba cuando me llamaron por teléfono. Ya no había las restricciones arbitrarias de la antigua empresa y pude recibir la llamada. Oí una voz clara, tal vez un poco burlona, que decía, evidentemente contaminada por mi lectura enferma (la corrección es una forma de traducción) de Cor(n) Tellado:

-Hola. Te habla la Venus de los ojos verdes.

Era ella. Había evidentemente ironía en llamarse a sí misma la Venus de los ojos verdes, pues en la guagua, al preguntarme cómo me acordaba de ella años después de esa caminata Obispo abajo, le dije yo (sin admitir nunca que la había visto otra vez) que cómo iba a olvidar aquellos ojos verdes, un poco a la defensiva, citando la canción de Gonzalo Roig pero diciéndole de veras Venus. Si no lo conté antes es porque la frase era en realidad tan literaria (una cita de amor de un poema maldito) que sólo me hacía perdonar el preciosismo para permitirme aproximarme sin ser visto a esta criatura, a mi pieza a cobrar, yendo tras sus huellas intermitentes, tanto tiempo de cacería en coto Vedado y en La Habana. Además, el ruido del motor apagó un poco mi voz venatoria.

Ah, que tal -dije yo, con un tono apagado a propósito aunque por debajo hubiera una ansiedad que trataba de disimular malamente. Debía de ser obvio para ella.

-Nada, te llamaba para decirte que recibí una carta y la abrí. Era tuya pero no era para mí, aunque la leí por curiosidad. Tú sabes, la mujer de Barbazul, el cuarto cerrado y todo eso. Me pareció muy interesante carta aunque no era para mí, ya te digo. Pero te quiero decir algo que es mejor que te lo diga en persona. Además tengo una cosa que

devolverte, ya que es tuya.

-No tienes que devolverme nada.

-Sí, yo insisto -dijo ella con un tono teatral. Me sentía embarazado.

-Yo quiero que me excuses por la carta -le dije.

-Ya te dije que no era para m(-me dijo-. Pero quiero verte. ¿Cuándo tú crees que podemos vernos?

Era mi momento de hacerme difícil, además de postergar el embarazo de enfrentar su cara y mi carta.

-No podré hasta el sábado. Trabajo todo el tiempo.

-Ya sé que es usted un hombre muy ocupado volvió a usar su tono levemente irónico-. Pero supongo que podemos por lo menos vernos, ano?

-Si, claro, por supuesto.

-¿Podemos vernos el sábado?

-Sí, por la tarde podemos. O por la noche. O el domingo.

-No, el sábado está bien. ¿En el mismo lugar?

Me quedé callado un instante. Superstición de los lugares. Pero no fue más que un instante porque ella agregó:

-Prometo que estaré allí puntual. Como para la televisión. El sábado, a las cuatro, en el vestíbulo del Duplex entonces.

-Sí, está bien. El sábado a las cuatro -acordé con cierto temblor en la voz que aumentaba con las palabras. Pero ella no sonó triunfal al despedirse con ese vale odioso:

-Chao.

Colgué y me quedé mirando al teléfono, que es un acto no sólo inútil sino estúpido. No lo quería creer. No quería creer ni su llamada ni su tono ni su voz ni sus palabras. No quería creer lo que me dijo, mucho menos la cita concertada con certeza. No quise creerlo en toda la semana ni tampoco el sábado y mucho menos lo creí cuando entraba al lobby (que ella llamaba vestíbulo: no por su cultura que por alguna razón me pareció menor que la de Julieta Estévez -impulsiva lectora de Eliot con voz ajena- o aun de la de Dulce Espina -sus lecturas comparadas de toda la literatura a su alcance con las escasas obras de tres o cuatro autores americanos y pensé que se debería a su estancia en Venezuela, Sudamérica más lejos de los Estados Unidos que La Habana) a las tres y media exactas para impedir que un fallo cronométrico hiciera que se me escapara de la trampa tenue. Además eludía la hora fatal para Lola. Me senté no en mi asiento de la vez anterior (no por superstición sino porque estaba ocupado por una vieja gorda) y me dispuse a esperar -soy el hijo Esperante- la vista fija en la entrada, observando las dos hojas de cristal desgraciadamente decoradas sobre el mismo vidrio con hojas de una vegetación opaca, impidiendo la visión penetrante, pues el Rex era como el América y, un poco más modestamente, como el Fausto, típicamente años cuarenta, un cine hecho a la manera art déco tardía -sólo que nadie lo sabía, ni siquiera yo que creo que la arquitectura siempre aspira a la condición de historia.

El tiempo pasó con su extraña combinación de lentitud indiferente que no podía menos que ser intencionada. Muchas personas y no pocas parejas entraron y salieron por las dobles puertas grabadas tautológicamente: hojas sobre las hojas. Ya eran casi las cuatro y me disponía a idear un nuevo golpe de teatro (más bien literario) que aboliera el azar y me acercara a aquella muchacha tan elusiva, cuando justamente a la hora señalada (no puedo evitar sonreír al escribir la frase que era el título habanero para *High Noon*: como si la confrontación de Gary Cooper y los cuatro villanos fuera una ocasión amorosa o como si mi cita cuasi amorosa fuera un duelo del Oeste) ella hizo su entrada. Empujó una de las puertas vaivén y por un momento se extravió, casi como si no supiera a quién buscar entre el público del lobby (debía de acabarse una tanda), hasta que sin moverse de la entrada, dejando que los futuros espectadores y los pasados parroquianos la envolvieran en su ajeteo, me vio porque yo me ponía de pie después de haberla mirado bien: más que linda estaba (o tal vez era) bella, con su pelo castaño en ondas que bajaban desde lo alto, como una corona suave, por los lados de su cabeza y de su cara. No podía ver por supuesto (debido a la distancia y a mi miopía) sus ojos violentamente verdes, pero sí contemplé por un momento su figura, fijándome por primera vez creo en sus piernas, que eran tan perfectas como las de Julieta, tal vez más llenas, pero siempre bien hechas, con tobillos largos (no tan largos como los de una muchacha que todavía no ha cruzado mi camino, no ha entrado en mi campo de visión, que encontraré más tarde en mi vida cuando sabía apreciar la belleza de un tobillo per se no porque formara parte de las piernas) y la falda a la moda no dejaba ver sus rodillas, y me alegré porque siempre encuentro las rodillas feas, al menos grotescas, excepto cuando las mujeres están sentadas. Venía vestida con un vestido, no con blusa y falda, sino con un traje de salir cuya parte superior le llegaba hasta el cuello y al tiempo que dejaba ver sus senos bien colocados, sin la desmesura de Dulce y sin la perfección de Julieta, que habla que verla desnuda para apreciar sus tetas tiernas, le descubría los brazos que estaban tan bien modelados como sus piernas, asombrosamente curvos para no ser delgados. Tal vez su talle fuera demasiado corto -pero ésta era una apreciación de concurso de belleza y yo no era un juez, ni siquiera un jurado, sino un testigo tímido. Su color claro (y lo que yo más podía apreciar desde mi punto de mira miope eran colores), su piel trigueña pero sin la palidez de Dulce, aunque carecía del dorado delicioso de Julieta, era de una belleza habanera y el tono del traje verde claro, con algo de gris, estaba evidentemente escogido para realzar sus ojos -lo que comprobé momentos más tarde cuando me acerqué a ella a saludarla- tanto como su boca escarlata. Me sonrió y sus labios fueron tan acogedores y vulgares como las palabras que salieron por entre ellos:

-Hola, ¿qué tal?

-Bien, antes -le dije-. Ahora muy bien.

Ella cogió la alusión sin tener que hacerle la historia de Esperanza y el crítico esperando -que además yo no conocía.

-Lamento en el alma lo del sábado pasado. Créeme, no fue culpa mía.

-No tiene importancia ahora. Lo importante es que estás aquí, que existes.

Iba a decirle que el sábado pasado no ocurrió nunca: ella lo canceló con su presencia ahora. Pero me temí que era algo para decirle a Julieta (que me obligaría a leer: «Aldous Huxley do not hope to turn a game») o tal vez a Dulce (que sin duda encontraría que ya había sido dicho antes por Jorge Isaacs en *María*), pero ella era alguien demasiado práctica, me parecía, intensamente terrenal y tal vez muy popular para hacer ninguna declaración literaria.

-Bueno, aquí estoy -dijo-. ¿Cómo hacemos?

-¿Adónde quieres ir?

-Donde tú digas. Decidí dedicarte todo el sábado. La mañana me la pasé embelleciéndome, la tarde esperando para llegar a tiempo. Di tú.

Por supuesto que de ser yo más joven (y ni tanto: ya había concertado esa clase de cita no hace mucho, meses apenas) la habría invitado al cine, pero no la veía a ella mirando noticieros y cortos en el Rex Cinema o contemplando la película de arte del Rex Duplex -testarían todavía pasando pedazos de *Fantasía*? Afortunadamente yo me sabía la topografía de la zona al dedillo, como la palma de mi mano y todas esas otras metáforas manuales: no por gusto había crecido a pocas cuadras de allí.

-¿Qué te parece el *Ciro's*?

-¿El *Ciro*? -ella, que no sabía inglés, se comía la ese posesiva, ese confuso equivalente del *chez francés* y dejaba al night-club desnudo como un bar-. No lo conozco.

-Yo tampoco. Supongo que es nuevo. Está aquí cerca. Podemos ir y si no te gusta nos vamos con la musa a otra parte.

-Perfecto -no cogió la alusión pero yo sí oí su dicción. Ella tenía la pronunciación de esas ces que raras veces se oyen como kas en Cuba entre una vocal y otra consonante que delataba su educación teatral para la televisión. Julieta las pronunciaba pero suavemente, excepto cuando estaba disgustada -lo que no era raro en

Julieta, furia frecuente. Pero era el culteranismo de Julieta lo que la llevaba inclusive a hacer sonar las eses como raramente las suena un habanero -o siquiera una habanera. Dulce estaba marcada por su habitación: habla vivido demasiado tiempo en un solar. Mi mujer, a pesar de su educación de convento, las pronunciaba con desgano -tal vez porque el Dios de los católicos no es abstracto. Solamente quedaba esa criadita curiosa, que era un monumento vivo al radioescucha total, cuando la asaltaba su otro yo radial, su falso Hyde radiofónico para convertir su verdadero Jekyll vulgar. Ahora oyendo a Violeta del Valle pude reflexionar sobre estos matices de pronunciación femenina. La había tomado del brazo y desplazado hacia un lado del lobby y mirado atentamente, casi intensamente, esa cara bella y en su nariz que se dilataba al hablar (equidistante de las dilataciones de Dulce y de Julieta), en su boca llena, aun en los ojos verdes pude ver por primera vez qué tenía de negro: muy leve acento racial, un antepasado remoto pero, parafraseando un poeta popular, había si no un abuelo por lo menos un tatarabuelo que había dejado su marca africana en esos rasgos deliciosamente imperfectos, una genuina trigueña que sin embargo recordaba a la falsa rubia de mi niñez, Jane Powell, toda tetas y ojos verdes. Tal vez alguien, en otra parte, no lo notara, pero sé de otro escritor que lo hubiera detectado en su Sur, poblado de mulatos mutilados. Al mismo tiempo era tan sutil mezcla que resultaba un espejismo: ahí estaba debajo de su cara otra cara y al mismo tiempo no estaba la cara oculta si se la escrutaba: ella era como la sexta esencia de la mulata y al mismo tiempo era completamente blanca. Me interrumpí en estas reflexiones -que duraron menos tiempo que el que se tomó ella para completar la palabra perfecto con perfección- para volver a coger aquel brazo acogible (no sin antes pasarme la mano levemente por el pantalón para hacer desaparecer de la palma el sudor posible), empujé con la otra mano la segunda puerta giratoria, la de salida, y dejamos el lobby que me había hecho desgraciado una semana antes y feliz ahora, para abandonar los recintos del doble cine, torcer a la derecha, caminar unos pasos sobre la acera tatuada de exóticos (efectivamente, copiados de las calles de Río de Janeiro) dibujos, girar una vez más hacia la derecha en la esquina de la joyería Poética de Cuervo y Sobrinos, dando la espalda al hotel Royál Palm y su elegancia año treinta, marchar casi al mismo paso frente al bar abierto (que ella miró como con desconfianza), caminando un poco más abajo por Industria opuestos a Glamour, la boutique decididamente afrancesada (la primera en declararse francesa en La Habana, una ciudad llena de tiendas cubanas, de almacenes españoles, de *stores* americanizados) y antes de quedar atrapados en los predios enfrentados del Teatro Campoamor y del cine Lira (tal vez ya se llamara Capri), la hice descender la escalera abrupta que llevaba al sótano que se anunciaba como el *Cabaret *Ciro's** y era un mero night-club, ahora de día un club regalándonos con su perfume que me era desconocido (no había estado en otro night-club en mi vida que el *Mocambo* y fui de noche) y sería tan recordable como el olor (los extraños lo llamarían hedor) del *Esmeralda*: esencia de cine barato, con su mezcla intoxicante de licores embotellados pero destapados, aire acondicionado rancio y humo de tabaco estancado. Recuerdo casi más ese olor que el perfume que llevaba Violeta del Valle porque era *Colibrí*, tan en boga a fines de los años cuarenta y ahora un poco fuera de moda al llevarlo ella que estaba vestida como dictaba Dior a mediados de los años cincuenta.

*Ciro's* estaba, por supuesto, desierto a esa hora, excepto por el barman y uno que otro camarero -o tal vez el barman se desdoblara en camarero espiritista. Pero esta soledad me colmaba: yo todo lo que quería en el mundo era

estar a solas con Violeta del Valle, oírla hablar, mirar su cara de una belleza que se hacía cada vez más penetrable, oler su perfume aunque fuera Colibrí —es más, le agradecí que me regalara de nuevo ese aroma que me recordaba la primera vez que fui al ballet, que me senté en la platea y en la luneta del frente, justamente delante de mí, estuvo sentada toda la tarde (era una matinée, la función que más me gusta en el teatro, en el cine y ahora en un club) una mujer despidiendo gases sutiles que mi madre, no recuerdo cuándo, me dijo que se llamaba Colibrí.

-¿Qué quieres tomar? -le pregunté a Violeta del Valle, cuando el camarero demasiado veloz y evidentemente solicitado como respuesta a su soledad se acercó a nuestra mesa.

-Un margarita, por favor -dijo ella, y me gustó tanto su boca al pronunciar sus palabras, como ese por favor tan exótico en La Habana. No sé por qué razón, qué altanería urbana, qué decadencia de las costumbres, qué falta de educación hacia que en La Habana nadie pidiera nada por favor, cuando en mi pueblo era obligatorio -a mí por lo menos me obligaban a hacerlo tanto como a decir «Sí, señor», «No, señora». Recuerdo todavía el día que fui a una cafetera de esquina y dije: «Un café, por favor», y la vendedora me miró fijo y me dijo: «Ay niño, qué bobera es ésa de por favor». Tal vez querría indicarme que ella estaba allí para servirme y yo no le debía ningún favor. Pero no lo he podido olvidar, como una marca de la Habana de indeleble costumbre.

-¿Cómo? -preguntó el camarero extrañado tal vez por el favor.

-Un margarita -repetió ella.

-¿Qué es eso? -preguntó el camarero.

-Un coctel.

-¿Un cotel? ¿Cómo se come?

-Se hace con tequila y...

-Ah, pues no tenemos tequila.

Aproveché para mediar: no quería que la ocasión comenzara con un fiasco. Si empiezan así, suelen terminar igual: fruto del fracaso.

-¿Por qué no pedimos, por ejemplo, dos daiquirís?

De los tragos creados en La Habana ése es el que mejor hacen en night-clubs y bares americanos. Además, si mis ojos pudieran trepar escaleras, cruzar calles, atravesar la manzana del teatro Campoamor, traspasar el edificio del Centro Asturiano, vadear el parque Central y bordear el Centro Asturiano, podría ver junto al parque Alvear (constructor del acueducto recordado por una plaza exigua y una estatua seca) el Floridita, bar que se supone que es el centro universal del daiquirí, donde mana como agua coloidal. Si no lo inventaron en la fuente de juventud del Florida se comportan como si hubieran perfeccionado la fórmula: poción del Dr. Jekyll habanero que después de ingerirla varias veces se convierte en ubicuas versiones criollas de Mr. Hyde, también llamado el Señor High. (Hay diversas alusiones a Jekyll y Hyde en mi libro y es seguramente porque la fábula del intelectual y la bestia es una metáfora sexual disfrazada de dilema moral.) Me había dirigido al camarero tanto como a Violeta y ella con sus ojos verdes todavía, riendo con ellos antes de sonreír con la boca ávida de margaritas, dijo, me dijo:

-Está bien.

-Dos daiquirís -dije yo al camarero que se fue, supongo que contento de no tener que experimentar con cocktails que no conocía con bebidas que no tenía. Cuando se refugió él tras la barra de seguridad, ella abrió su cartera, sacó un sobre que reconocí al instante y me lo entregó:

Aquí tienes tu mensaje.

Si hubiera dicho Mensaje a García habría resultado la mujer perfecta. Me alegré de que no lo dijera: detesto las perfecciones.

-Quiero advertirte -me dijo- que mi hermana estaba furiosa. Ni siquiera quería que viniera a verte hoy. Es más, no sabe que estoy contigo. Me dijo que me tratabas como una prostituta, aunque usó otra palabra.

Fue entonces que realmente me di cuenta de lo que había hecho: había sido un ardid que dio resultado, otra trampa para mi presa, trick and tits, y eso disminuía su enormidad a mis ojos, pero verdaderamente no me había portado bien -objetivamente considerada la carta era un insulto. Aunque en realidad la trataba con su contenido como lo opuesto a una puta: por servicios no rendidos. Sin embargo era una regla del juego ofrecer mis disculpas:

-Perdona -le dije-, pero estaba furioso. Te esperé tanto tiempo. Además de que me habías asegurado que vendrías.

No le dije que pensé que se había burlado de mí de la manera que la actriz futura se burlaría del crítico actual. No podía hacerlo aunque hubiera querido: ninguno de los dos, Esperanza y Esperando, existían entonces.

-Ya sé -dijo ella—. Pero créeme, no pude venir. Hice todo lo posible pero fue imposible.

-Bueno, eso no tiene importancia ahora -le dije, cogiendo el sobre y echándolo en un bolsillo íntimo.

-Está todo ahí -dijo ella, y supuse que se refería sólo al dinero-. No quería conservar la carta tampoco.

-Lo comprendo y no te culpo. Fue atroz de mi parte.

-Eso indica que eres muy apasionado, como Alejandro -por un momento tuve que localizar al Alejandro apasionado. ¿El que tan pronto se llamaba Alejandro como Paris, al que Helena hizo mortal con un beso? ¿El conquistador griego? ¿Alejandro Dumas, padre o hijo? Finalmente recordé a su marido venezolano y sentí celos: así soy yo: padezco celos retrospectivos, introspectivos, prospectivos. Para salvarme de mi caída de celos llegó el camarero con los daiquirís en que ahogarlos. ¿Las penas de amor se ahogan como las penas? No había quien se bañara en esos elixires, mucho menos ahogarse: estaban innecesariamente helados, el hielo batido convertido en una tundra, en cír-



culos árticos, añadiendo frío al aire acondicionado que era excesivo para dos.

Ella tomó su copa y acercándola a la mía dijo: «Chinchín», saludo de costumbre que rechinaba tanto los dientes como el hielo coloidal de los daiquirís. Era otra forma del despedidor «ciao». Debía de ser escandalosa la cantidad de italianos que emigran a Venezuela, tanto que Bolívar pudo haber dicho: «He arado en el Tíber». Me sonreí y toqué suavemente su copa. Al menos creí que lo hacía con suavidad, pero al ver temblar su copa entre sus dedos y desbordarse un poco del iceberg desmenuzado me di cuenta de que no había calculado bien la distancia entre ambas copas con los fragmentos del glaciar que caían en la mesa. Me disculpé y ella dijo: «No importa. Significa buena suerte». No recuerdo cuántos daiquirís más tomamos en aquella penumbra helada: sólo recuerdo el frío creciente en mis labios y el mareo que me asaltaba, como si fuera un navegante sin norte en la bahía de Hudson. Debíamos de haber pedido whisky. Pero lo habrían servido con hielo. Scotch of the Antarctic. Para olvidarme del Ártico en el trópico hablamos. ¿De qué hablamos? Hablamos por supuesto de ella, de sus intentos como actriz de teatro en La Habana, condenados a la inercia-no de movimiento sino de estancamiento-, del Teatro Universitario. Después habló de la televisión, de los pocos papeles que consiguió en el Canal 2 habanero y de cómo decidió emigrara Venezuela, donde le iba muy bien, y de su matrimonio, en el que le había ido mal. Momento que aproveché para iniciar una finta que con el tiempo se convertiría en toda una estocada y de ahí en maniobra, en técnica del duelo del amor -y si sueño como ese autor favorito de mi madre, M. Dely, es porque en el amor no queda más que repetir las palabras, como hacen Romeo y Julieta, o repetir frases hechas, ¿y quién mejor dictándolas que los autores de novelas baratas, denominación en la que no incluyo juicio literario sino mera mención de su precio? En una palabra: le dije que yo también estaba casado. En el futuro acostumbrarla a pronunciar esa oración como una declaración de principios, que quiere decir que hay que tornarme como soy, en el estado civil en que estoy y que no pienso cambiarlo en el futuro inmediato -a menos que.

-Me lo temía -dijo ella.

-¿Es que se me nota?

-No sé. Algo me lo decía. Desde que te conocí.

Es evidente que hablábamos de distintas versiones de mi vida: cuando ella me había conocido, hacía rato que yo la conocía, y cuando yo la conocí a ella no estaba casado todavía.

-¿Te importa mucho? -le pregunté.

-No realmente. Nada impide que dos personas casadas entablen una amistad.

¿Estaba ella casada aún? La última vez me dijo que estaba divorciada. Extraño y, además, intrigante. Pero no quise comenzar una indagación. Por otra parte me temía que volviera a surgir el nombre de Alejandro, tan detestable para mí, no por pertenecer a este Alejandro fantasmal una noche en el recuerdo, sino por presente, materializado, porque habla sido o era marido de esta belleza aterida aquí a mi lado. Traté de hablar de otra cosa, del teatro por ejemplo, pero era evidente que su conexión con el teatro era tan remota ahora como la mía. Desde los días en que iba de safari sexual por el Teatro Universitario habían pasado muchas cosas, entre ellas tan importantes como la verdadera pérdida de mi virginidad, la relación íntima con una o dos mujeres, la cárcel por las palabras, la cárcel de palabras y hasta mi matrimonio como consecuencia de la condena. El teatro era tan antiguo como la edad histórica de las obras que montaban en el Teatro Universitario. ¿Habláramos de cine? Pero eso era casi sacar a lucir mi profesión: bien podría hablarle de corrección de pruebas. Sin duda el símbolo del dele tanto como el último estreno eran igualmente parte de mi trabajo: el único cronista de cine que corregía sus pruebas. Ya sé: hablaríamos de televisión. Yo no era como los escritores de mi generación que se vanagloriaban de despreciar la televisión, sin darse cuenta de que era el mismo desprecio que había sufrido antes el cine. A mí me gustaba la televisión como espectador, incluso me interesaba como escritor y hasta una vez traté de escribir libretos para la televisión, hacer alguna adaptación para un programa de misterio que se llamaba *Tensión en el Canal 6* y que a pesar de su cómico nombre permitía ejecutar algunos ejercicios de suspenso. Hablé de televisión.

Ah, la televisión -dijo ella, en un tono que no era declamatorio porque por debajo de sus expresiones siempre había un dejo popular, producto sin duda de San Lázaro y sus mulatas-. Es una lata, créeme. Lo único que se gana buen dinero. Al menos en Venezuela. Pero todas esas marcas en el piso -casi miré al suelo por la intensidad de su voz—, ese muchachito agachado frente a ti, como en posición de mirarte por debajo de la falda, si no fuera porque lleva esos auriculares -ella dijo, claramente, audiculares, lo que tiene una lógica impecable pero no es exacto: he escrito auriculares porque no quiero ser implacable con su recuerdo: además sonaba tan bien en su voz irreproducible- un libreto en la mano, siempre pastoreándote.

Se refería sin duda al coordinador, oficiante que a pesar de su nombre tan técnico no es más que alguien que ejerce el oficio odiado de apuntador ambulante. Temía que ella se fuera a internar por ese camino de toda actriz de teatro quejosa de la intrusión de la tecnología en las tablas. Traté de inventar un obstáculo que la hiciera desistir de entrar, en esa selva suave de las lamentaciones.

-Pero seguramente que te harán muchos close ups. Ojos como esos no se ven todos los días y mucho menos en Caracas.

Puedo ser cursi pero también eficaz. Ella se sonrió y, de haber sabido inglés y conocido el refrán, me habría dicho: Flattery will get you nowhere, pero era evidente que lo sentía y como muchas de las mujeres (nunca se lo he oído decir a un hombre) que expresan dicho dicho, aun correctamente, al mismo tiempo disfrutaba la celebración. La adulación lleva al adulterio. Pero no hay que acuñar nuevas frases sino coñar frases hechas.

-Ah, los closops! Es lo más aterrador porque una se siente desnuda.

-¿Y qué tienes contra sentirte desnuda?

-Nada frente a un espectador -dijo con cierta sonrisa-. Tal vez muy poco frente a muchos espectadores, pero es terrible cuando estás desnuda frente a nada, solamente mirada por ese bicho mecánico con un ojo vacío al medio y un guiño rojo al lado.

Era una buena descripción de una cámara de televisión.

-Polifemo polimorfo.

-¿Cómo?

-Nada, nada. Sigue.

Pero no había que animarla: ella era una actriz en activo.

-Cuando me hacen un closop es cuando más desamparada me siento. Me da miedo de que se me vea todo.

-Pero todo lo que se te va a ver es bien visible.

Era doble verdad: además de su boca, sus labios bordeaban simétricos una dentadura immaculada, de dientes parejos, blancos, entre encías perfectas. Ya he descrito además el resto de su cara, y si bien es verdad que algún día ella padecerla una doble barba, ahora su barbilla completaba no un óvalo pero sí un dibujo sin mácula. Ella volvió a sonreírse antes de continuar:

-Quiero decir que las emociones se vean demasiado o no se vean o resulten falsas. Es una agonía. Por eso disfruto tanto este tiempo en La Habana.

-Entre los nativos.

-Entre mi gente.

Me alegré de que no dijera que habla disfrutado el tiempo de su matrimonio, que sospeché pasado fuera de la televisión, a juzgar por la posesión tan total que demostraba su marido aquella noche habanera llena de columnas hace tanto tiempo -y tan poco en verdad. Todo el rato que hablamos habíamos estado tomando, tiritando entre esquimales esquivos, y me sentía además de congelado bastante animado, tal vez porque el ejercicio mental es un antídoto contra el frío glacial y ahora amenazaba con ser brillante pero también borracho, capaz de ser chambón. Además el tiempo pasaba y no pasaba nada. Decidí que era hora de atreverme a una salida en la noche boreal, calculando por la brújula que era toda norte, sopesando a Violeta del Valle, flor de invierno y no de invernadero, no tomándole el peso a ella sino teniendo en cuenta que era divorciada, que era además actriz, que se veía líbidamente liberada. ¿Pero cómo empezar? Debía ensayar una movida original, una apertura Ruy López dirigida directamente a la dama:

-¿Qué tal si estamos solos un tiempo? -quien ha enamorado a más de una mujer se ve condenado a repetirse: la primera vez como drama, la segunda como farsa.

Ella me miró, miró en derredor al bar tan solitario como Laponia en invierno, al que los dos camareros que eran de veras pingüinos hacían parecer más desolado.

-¿No te parece que estamos lo suficientemente solos?

Había que concederle un tanto pero yo no estaba ahí para llevar la cuenta, aun en el ajedrez amoroso.

-Quiero decir solos los dos.

Ella se sonrió.

-¿Tú quieres decir sólo tú conmigo sola?

Era hora de poner las cartas sobre la mesa: el ajedrez devenía mero póker: decadencia del juego del amor.

-Eso es.

-¿En un cuarto?

Me detuve un momento antes de responder. ¿Tendría ella un as oculto?

-Sí.

Me temí que ella reaccionara si no violentamente en contra al menos negativamente.

-Está bien.

No lo quería creer. ¿Estaría ella blofeando?

-¿Sí?

-Sí.

-¿De veras?

-De veras.

Casi parecería que yo quería convencerla de lo contrario o de que se tratara de una virgen riesgosa. Era evidente que las cosas del amor habían cambiado mucho en La Habana (de Cuba no sé: yo vivía en una isla que era la ciudad) en sólo cinco años. En 1949 Julieta era una pionera que arriesgaba el calificativo de puta (sin admitir la vox populi que puta era sólo la que cobraba) por acostarse con el hombre que ella amaba -o que solamente le gustaba, para no alardear de que me amara alguna vez. El resto, todas las muchachas que conocía, eran vírgenes profesionales y algunas como Catia Bencomo consideraban el sexo si no el mero amor («el mero amor» —si me oyera Ovidio!) como una provincia peligrosa, una suerte de contaminación contra la que había que vacunarse y si su adolescencia les prestaba unos encantos que eran su mayor atractivo no era culpa de ellas y había que eliminarlos. De aquí la resolución de Catia de usar espejuelos cuando su miopía no era aguda. Así Julieta quedaba como una vestal del amor, una virgen contraria a la que había que rendir tributo por su entrega al sexo, santa Julieta -y muchos de mis amigos, aún hoy día, tienen un recuerdo grato para ella, considerándola una verdadera iniciadora: no sólo la que nos inició a casi

todos en el sexo sino ella misma la iniciada en una liberación que culminaba ahora en la naturalidad, más que en la facilidad, con que Violeta del Valle accedía a mi proposición más torpe que irresistible, mi póker contra su canasta. Pedí la cuenta y pagué -con mi dinero, no con el de Violeta, el que ella me había devuelto, los billetes doux. Emergimos a la calle y nos recibió el verano, el horno del estío, la atmósfera de tintorería que ahora agradecía después de mi estancia entre los lapones. Me sentía contento de estar vivo en La Habana, yendo detrás de ella, caminando lentamente, no sólo para admirar sus caderas francas, harrisianas, pero también porque había bebido demasiado y ya se sabe lo que dice el otro franco, rabelaisiano, de la divina botella, aunque no dice que sus formas son las de una mujer, esta mujer tiene la forma de su contenido. La luz violenta del verano se había vuelto un crepúsculo suave, más rosa que malva, mientras caminábamos rumbo a la posada urbana, yo llevándola del brazo, como cosa mía, haciéndola volverse a la derecha, bajando por la calle Industria apenas dos cuadras hasta Barcelona. Curando la cogí del brazo al salir del bar ella me dijo:

-Si me dicen algo no hagas nada, por favor.

No entendí.

-¿Cómo?

-Que si alguien se mete conmigo no reacciones. No quiero escenas.

-Nadie se va a meter contigo -le dije, para asegurarla aunque yo no estaba muy seguro a mi vez. Violeta tenía unas tetas provocativas, que llamaban mucho la atención, y su cuerpo era muy de hembra y llevaba además su cara bella. Estaba lo que se decía en La Habana buenísima con intención unívoca. Por otra parte yo conservaba mi maldita figura adolescente, a pesar de sacos y de hombreras, y juntos por la calle era evidente que ella era demasiada mujer para mí, como Silvano Suárez dictaminó de Beba Far para mi furia. Pero ella no tenía nada que temer. Yo no era violento, al menos no físicamente: podía ser un crítico cítrico, con humor ácido, pero era un ciudadano pacífico, obediente tanto de las leyes de la física como cívicas. Es más, desde mis días del bachillerato, cuando hubo pasado el primer afeó in experto en la escuela primaria en La Habana, salvado de milagro de los abusadores del colegio, entré al bachillerato y al poner el primer pie en el Instituto (donde la violencia demostró su fuerza fatal ya antes de ingresar, viendo volar a un alumno audaz al estallarle la bomba que iba a poner tal vez en el *Diario de la Marina*, que estaba a una cuadra del Instituto y de mi casa, tal vez en el mismo plantel) evité estar entre las víctimas de los violentos a fuerza de ingenio, con una broma aquí, con un chiste allá, tina parodia grotesca acullá, haciéndome el gracioso aunque formaba parte en un principio de los que eran considerados los débiles, los estudiosos, esos filomáticos odiados por los duros, los violentos, y así cuando se produjo mi gran cambio y en vez de estudiar libros de texto leía literatura, en vez de jugar pelota auxiliaba a organizar funciones teatrales, en vez de ir al cine en un grupo ruidoso ayudaba a crear un cine-club, dejé esa violencia detrás sin siquiera sentirme tocado por ella, como el pato que no sabe que es impermeable y le quedan unas cuantas gotas olvidadas que resbalan húmedas por su cuerpo seco. Asimismo evité la violencia de la calle y me tocó en suerte no tener que enfrentarla al pasear por ella con una mujer, si bien es verdad, los paseos siempre tuvieron lugar por avenidas oscuras, poco transitadas, a oscuras y pocas de mis compañeras podían considerarse una belleza popular. Otra cosa sin embargo era ir ahora con esta mujer excesivamente hermosa, espectacular, por esta Habana céntrica de día. Afortunadamente no nos quedaba más que una cuadra que salvar a la media luz del crepúsculo.

Cuando entramos al cuarto, que ella inspeccionó casi con una expresión de yo no he estado aquí nunca, dejando la cartera sobre la coqueta, me dijo:

-¿Quieres correr las cortinas? Detesto la luz.

Era una manía que unía a las mujeres. Afortunadamente al usar un verbo tan culto como detestar ella no empleó la inflexión que le habría dado Julieta Estévez, por ejemplo, que resultaba si no falsa al menos insincera, un eliotismo, o el tono libresco viejo -inevitablemente selvosudamericano- que habría usado Dulce Espina, sino que lo dijo con un dulce desdoro, y al decirlo entró al baño. Siempre me preguntaba qué hacían las mujeres en el baño antes de meterse en la cama. (De haber ido al cine Niza y visto *Cómo se bañan las damas* habría sabido.) Después de correr las cortinas (las posadas, como casas continentales, hacían un uso generoso del cortinaje, con el propósito de promover la oscuridad más propicia al comercio entre ambos sexos, pero siempre daban una nota exótica -que enseguida desmentía el mobiliario, tan habanero que se llamaba mueblaje, ese que fue para mí a la llegada a La Habana un neologismo incomprensible: juego de cuarto) fui hasta la puerta del baño para verla no desvestirse sino reflejarse pálida en el espejo, la luz fría dando a su carne cálida una calidad distante al proceder ella a quitarse la pintura, antes escarlata, ahora morada, de los labios con papel higiénico. Como únicos clientes del club gélido, vigilados por los camareros obligados por su atención y tal vez por el frío, pendientes de la posible hipotermia, congelamiento y finalmente la muerte helados, no nos habíamos dado ni un beso y he aquí que sin siquiera besarnos (creo que le cogí una mano entumida con mis dedos ateridos una vez o dos) estábamos en el cuarto de baño de una posada, dispuestos a dejarlo para acostarnos en la cama favorable y hacer el amor -ese galicismo que aprendí de Julieta como la única forma decente de decir singar. Ah, que las palabras, no los actos, sean sentenciados por la moral.

Me hice a un lado cuando ella salió del baño y la seguí -y la perdí: al apagar la luz quedamos expuestos (mejor sería decir, sin revelar: devueltos a la calidad de negativos que tenemos antes de nacer) a la oscuridad total del cuarto, que era tan enemiga como el frío del club. Me quedé de pie junto a la puerta esperando a que ella se desnudara, oyendo cómo se quitaba la ropa con frufús de raso o seda (¿o serla el enemigo nylon?) sin disfrutar de ese puro placer que es ver desvestirse a una dama. Ahora ella era una sombra que se desprendía de su cubierta de sombras, silue-

ta que apenas podía discernir de los cuadrados, -grandes y pequeños pero todos negros de los muebles. La oí (es notable la cantidad de cosas que se oyen en la oscuridad) entrar entre las sábanas crujientes y luego su voz en dirección sur-suroeste (después de la noche nórdica del night-club todo era el sur para mí) decir:

-¿Vienes?

¡Cómo no iba a ir! Pero primero tentó que desvestirme. Por alguna razón oculta -¿o sería mejor decir oscura en las tinieblas del cuarto?- no me había quitado siquiera el sempiterno saco, esperando a que ella me ofreciera el espectáculo eterno y siempre nuevo por que había esperado tanto tiempo. Fue fácil despojarme de la chaqueta y de la camisa, que no habla tenido tiempo de sudarse después de haber estado congelada inviernos en el Ciro's. Lo difícil fueron los pantalones: siempre mi dificultad está en quitarme los pantalones, que es errática: viene y va. Hoy venta. Mi equilibrio es tan precario (de hecho camino con una pierna en la posición correcta, pero la otra, al nivel del pie, hace un extraño, un giro de centrífuga que la lanza hacia afuera mientras la fuerza centrípeta de la otra pierna la trae a su centro: nunca me hubiera fijado en esta anomalía si mi mentor, temiendo por su gata, no me lo hubiera dicho una vez que avanzaba por el estrecho pasillo de su apartamento hacia la cocina, y hasta ha habido más de un amigo que me ha preguntado por qué camino tan extraño, con ese pasillo que no llega nunca al baile) y una de las piernas del pantalón se me traba siempre en el zapato, incluso en el pie desnudo, y casi me hace caer, por lo que tengo que llevar a cabo la operación de quitarme los pantalones o bien sentado o cerca de algún mueble propicio. Esta vez no había una silla cercana y no quise sentarme en la cama, lo que me parecía marital, que le quitaba el carácter clandestino a aquella reunión -y así di un tumbo tan estruendoso que ella preguntó desde la oscuridad de las almohadas:

-¿Qué pasó? ¿Te caíste?

-No, no -me apresuré a asegurarla-, solamente di un traspies en la oscuridad.

-Perdona -dijo ella- que insista en que esté todo tan oscuro pero nunca he podido quedarme desnuda con luz.

Suerte la mía. ¿Querría decir que nunca vería ese cuerpo codiciado, contemplar esa carne que esperaba espléndida, que sabía succulenta por los retazos que ella mostraba: brazos, piernas, cuello? Sin responderme me acerqué a la cama a tuestas y me acosté a su lado en silencio, imaginando su imagen.

-¿Estás bien? -me preguntó ella con su voz que perdía para mí su falsedad eufónica y solamente sonaba bien cuidada. Ella debía de referirse todavía a mi caída.

-Sí, sí, muy bien. No me pasó nada.

-No, quiero decir si estás bien conmigo aquí.

¿Cómo podía preguntar eso? No me quedó más remedio que hacer que esa voz interior se; exteriorizase.

-¿Cómo puedes preguntar eso?

-No sé. Es la primera vez. Supongo que debes sentirte extraño la primera vez. Yo me siento muy rara.

-¿Rara, cómo?

-No sé, aquí los dos, tan rápidamente, sin siquiera saber nuestros nombres propios. Tú me has dado tu seudónimo -por razones de seguridad sexual le había dado el nombre con que firmaba mis escritos, pero había además el problema de mi nombre, tan largo, con el que nunca habla estado de acuerdo mi cuerpo, pero ¿y ella?- y yo te he dado mi nombre de actriz. ¿Tú sabes por qué pedí un margarita en el club?

-Supongo que porque te gusta.

-No, es que mi verdadero nombre es Margarita del Campo.

Bueno, llamarse Margarita del Campo es casi tan floral como llamarse Violeta del Valle. Peor sería que se llamara Lirio Laguna o Amapola del Camino o Rosa Jardines. Se lo dije.

-Pero es que mi apellido tampoco es del Campo. Es simplemente Pérez. Margarita Pérez.

Margarita Pérez: por alguna oscura razón me había dado ahora por repetir mentalmente lo oído y decir en alta voz lo que pensaba. Decidí que ya habíamos hablado bastante, tal vez demasiado, y cansado de Violetas y Margaritas y Lirios me viré para besarla -lo que no hice exactamente en su boca porque ella estaba todavía acostada bocarriba o decúbito supino, como diría un forense si ella friera un cadáver -y para todos los efectos eróticos lo era y yo no soy necrofilico. Pero no duró mucho su condición supina y se volvió para devolverme el beso. Esta vez se besaron las dos bocas, los cuatro labios y las tres lenguas finalmente. Digo tres lenguas porque por un momento me pareció que ella tenía una lengua bífida -pero era una ilusión de su arte amorosa. Besar sabía, tanto como Julieta y mucho más por supuesto que Dulce, infinitamente más que mi mujer: un trío de comparaciones que a pesar de su dificultad (siempre es más fácil comparar dos cosas que tres: el triolismo es embarazoso para uno de los componentes) hice instantáneamente. Nos besamos, oliendo yo su verdadero olor por encima del aroma del alcohol, que aunque no es un hedor para mí (más bien al contrario: no me gusta realmente el sabor del alcohol, pero hay algo sumamente atractivo en su olor: supongo que si pudiera emborracharme aspirando y no bebiendo a estas alturas sería un dipsómano) interrumpe catar ese hálito íntimo de una mujer que es su aliento. Pegué mi cuerpo al suyo y sentí todo su esplendor táctil (el único posible en la oscuridad) de su cutis, de su piel extendiéndose a lo largo de mi cuerpo y llegué a la conclusión de que, si bien no había leído todos los libros, ay, sabía que la carne no es triste: al contrario, es alegre, grata, exhilarante, y una vez más me dije que el teólogo que la castigó por oposición a la virtud continente sabía lo que estaba haciendo: la carne condena, nos lleva a su contemplación, a su adoración, y es nuestra versión del paraíso: Paradise lust. Di gracias por tener entre mis manos, entre mis brazos, entre mis piernas toda aquella carne codiciada con la que había soñado cinco años, así que pasen, a la que había anhelado un lustro, a la que perseguí (despierto y en sueños, viéndola de lejos o teniéndola cerca pero remota, que me ignoraba mientras yo la exploraba poro a poro

visible, como un Stanley de esta ignota afro cubana) por tanto tiempo y ahora estaba en mi espacio, verdadera pero increíble porque la poseía y pronto estaríamos en el momento sin tiempo, en esa eternidad a la medida humana que es el coito, la cogida, singlar. Todavía sin entrar en ella, solamente penetrando su boca con la mía, convirtiendo un hueco en un instrumento de penetración al tiempo que el segmento penetrado ejecutaba su propia entrada en mi boca, dejé de besarla con estos besos certeros míos, implacables, un momento para buscar sus senos, encontrar con mi boca aquellas tetas que siempre fueron su busto por la ropa encubridora, y bajé la cabeza hasta dar con uno de sus pezones, que besé, mamé, casi perforé con mi lengua haciéndole el orificio que tendrían alguna vez por la maternidad, creando artificialmente lo que la naturaleza hacía con un propósito, con otra intención pero los dos a ciegas, yo por culpa de la oscuridad que ella originó: fiat tenebrae. Traté de buscar con la otra mano su otra teta.

-¡No!

Lo dijo ella con tal firmeza, tan fuera de tono, que me sacó de situación, y antes de preguntarle qué pasaba, qué había hecho yo mal con lengua o mano, me dijo:

-No, por favor, no me toques ahí. Puedes seguir como estabas pero deja en paz mi otra parte.

Se refería a la teta derecha, la que traté de encontrar, la que nunca encontraría. Era para preocuparse pero estaba tan feliz de tenerla en cama, desnuda, entre mis miembros, abriendo ella ahora sus piernas, que me olvidé de su interdicción, mero capricho, y me subí sobre. Toda penetración es un conocimiento y llegaría el tiempo en que para tratar íntimamente a una mujer sería imprescindible acostarme con ella. Hasta ahora mi práctica del conocimiento era limitada porque para un cazador las únicas piezas que cuentan son las disecadas. Julieta era ya una mujer casada y había en ella una manía didáctica que la hacía indicarme por dónde entrar, cómo proceder, cuándo salir. Dulce solamente se preocupó la primera vez de disfrazar su desfloración -¿real, ficticia?- con adornos danzarios: todo era culpa del ballet, y así mi primera penetración estuvo enmascarada por su hipocresía, por la danza que jamás empezó, Isadora Nunca. Con mi mujer fue el encuentro no con una virgen sino casi con la Virgen de la Caridad. Su educación religiosa, su verdadera religiosidad, más una cierta predisposición a la histeria, convirtieron nuestra primera vez en la única vez por muchos días, una perforación más que una penetración, provocando hemorragias que me recordaban las hemoptisis de mi hermano y hasta la visión de la niñez, en el pueblo, de un muchacho que sangraba por la nariz sin causa conocida. (Esta primera desastrosa experiencia con una virgo intacta no impidió que pocos años después persiguiera la virginidad como una versión doméstica de Don Juan -Silvio Rigor, siempre aficionado a las metáforas musicales, habría dicho que era mi interpretación de la *Sinfonía doméstica de don. Juan Strauss*- y me convenció de que la única manera de lograr una cierta inmortalidad en la memoria de una mujer era acostándose con ella primero que nadie, que la desfloración creaba un lazo, en algunos casos de amor, otras de odio, pero nunca indicaba indiferencia, y sí la rotura de una mera membrana traía consecuencias inolvidables para la poseedora, que pasaba a ser la poseída y el primer penetrante resultaba un poseído -no en el sentido de excesivo orgullo, que no me interesaba, sino del alma que parecía residir detrás del himen y así liberada iba a alojarse en el amante. Curiosamente, con el acto viril de la desfloración, el hombre se hace un poco mujer.)

Pero ahora que Violeta se abría con la suavidad de sus carnes, que entraba yo en ese umbral del útero, me recibí como si llegara a mi casa, entré en sus casillas, el peón que se hace reina. En ese instante comenzó a moverse con una naturalidad que no pretendía enseñarme nada, que no me ocultaba nada, que lo ofrecía todo sin artificio y al mismo tiempo con un arte aprendido con la simpleza que demuestran, por ejemplo, ciertos pintores japoneses que parecerían haber nacido pintando y sin embargo su edad, el cúmulo de experiencia, la misma calidad intemporal de su obra indica un aprendizaje porque efectivamente un arte siempre se aprende. No sentí celos en aquel momento por los múltiples amantes o el solo amante repetido que la enseñó a moverse -y no sólo a moverse porque era más que un movimiento, más que la succión hábil de la vagina, más que el golpe aparentemente de émbolo pero creado para recibir un pistón: su cuerpo como en fuga, estirándose hacia un horizonte el cuerpo mientras dejaba detrás la vigorosa vulva, entregándome su pelvis cuando me hurtaba el torso, ella dividida en dos igual que si el coito la seruchara en un acto de vodevil vicioso: era como si huyera para entregarse, mitad y mitad, medio escape y medio enlace: era toda una actitud, indicando con la palabra no sólo la actividad sino la posición, eso que las bailarinas y los pilotos llaman attitude, mostrando que el sexo es un ejercicio mental que se ejecuta con el cuerpo -y ni siquiera me importó si fue ese alejado Alejandro ahora porque ella era efectivamente mía tanto como yo era de ella. Cuando alcanzó el orgasmo, cuando llegamos los dos juntos al clímax, no gritó con el estruendo vocal de Julieta, que parecía considerar el bello arte del coito como un asesinato y que revelaba como su verdadero yo esa expresión que ella odiaba tanto: la vulgaridad. ¿O sería mejor llamarla vulgaridad? Violeta (aunque para mí había empezado ya a ser Margarita) se quejó apagadamente pero con una intensidad que no estaba destinada para la galería (es un decir) sino para mí solo y fue un largo quejido que dio no sólo la medida de su orgasmo sino de un indudable, genuino sentimiento de gozo: ella gozaba conmigo pero, principalmente, gozaba para mí. No bien terminamos volvimos a empezar. Pero solamente lo hicimos dos veces, y tuve la impresión de que no había quedado yo bien. Esa sensación me asaltó la primera vez que estuve con Julieta, pero ella estaba enseguida dándome instrucciones (Cómo Conseguir un Coito en Cuatro Cuartetos) por lo que no me permitió hacerme consciente de mi ineficacia. También me pasó con Dulce, pero su premura en explicarme por qué no era virgen aunque lo era, la ridícula explicación y la comicidad de la situación, tampoco me hicieron advertir como es debido la falla en mi ejecución. Ahora era un hecho que yo por una inhibición que no podía explicarme (o que hubiera llevado mucho tiempo investigar y encontrar su causa) resultaba un pobre amante la primera vez. Esa primera vez con Margarita (o Violeta del Valle, como debe de llamarse todavía para la tele-

visión, ahora, ay, haciendo papeles de madre o tal vez de abuela: nunca le pregunté su edad pero siempre me pareció que era mayor que yo -¿o era una imagen proyectada por su experiencia, su cantidad de vida vivida?) no quedé satisfecho con mi performance ni mi hambre sexual. Esta última insatisfacción no se la declaré pero sí la primera, con una explicación que era la verdad pero también un cliché para salvar la cara:

-No suelo ser muy bueno la primera vez.

-No te preocupes -me dijo ella-. Has estado muy bien.

¿Hubo en su tono algo de la madre que no premia al hijo pero tampoco lo castiga? ¿O era no un maternalismo amable sino el aliento de un director de escena con el actor que no ha quedado conforme con su propia actuación? En todo caso mostró una de sus cualidades en la cama: participaba del acto sexual pero sabía separarse de su participación lo bastante como para juzgarlo. Una actriz amante del *Verfremdungseffekt* o *V-Effekt*, en el que *V* significara vagina, veterana, Venezuela. En el futuro vería algunas mujeres capaces de este desdoblamiento de actriz y espectadora, pero ninguna lo realizó tan cabalmente como ella. Al mismo tiempo me mostró más de una vez que podía ser una mujer muy apasionada -tal vez demasiado.

-¿Te importa si me visto? -dijo desdoblada.

-No, en absoluto.

Se bajó por su lado de la cama en la oscuridad que había aumentado con la noche afuera, y en esa tiniebla su figura invisible se movió descalza para recoger su ropa y entrar al baño a arreglarse per speculum in enigmata, donde cerró la puerta, ruido de cerradura, antes de encender la luz. Entonces yo fumaba cigarrillos -exóticos LM americanos-, habiendo abandonado la pipa de la guerra adolescente y sin haber adoptado todavía el tabaco, el habano, ese puro de marca. Hay en todo hábito una repetición y una síntesis, y un hombre que fuma es todos los hombres que fuman, y fumar después del coito es un hábito que no inventó Rodrigo de Xeres, descubridor del tabaco -es decir, del fumar esa yerba- a los europeos ni Sir Walter Raleigh que lo introdujo en Inglaterra, sino posiblemente su contemporáneo, el irreverente poeta Christopher Marlowé, que dijo que los que desdeñan al tabaco y el amor de los muchachos son idiotas, y me lo imagino inventando el hábito of smoking after fucking. Fumando la espero sentado en la cama, todavía dentro de las sábanas, desnudo bajo ellas, apoyado en las almohadas contra la cabecera, fumando la vi salir del baño: vestida tan elegante como cuando surgió por entre los cristales de la puerta -espejos con imágenes que multiplicaban su tránsito de la realidad exterior a la irrealidad del encuentro- en el Rex Duplex, convenientemente maquillada -la boca de labios gruesos ahora desbordados por el rojo pastoso-, peinada en ondas largas y lista para abandonarme. Pero no: vino a sentarse en la cama, se sentó y se acercó tanto a mí que pensé por un momento, a pesar de su boca, que quería un beso -o una fumada.

-¿No notaste nada?

¿Cuándo? ¿Al salir del baño? ¿Al sentarse a mi lado?

-¿Notar qué?

-Cuando lo estábamos haciendo.

No pertenecía a la escuela de Julieta, que hubiera dicho haciendo el amor, ni a la de Dulce, que hubiera evitado referirse al acto sexual como no fuera para relacionarlo con algún oscuro escritor peruano que tal vez ni siquiera lo soñó. Alegría de Ciro. Ella usó un verbo, pronombres y un gerundio. Gramaticalmente era una oración.

-No. ¿Qué pasó?

Supuse que se iba a referir ella a su evidente ausencia de himen, estrechez o dificultad en el istmo. Por un momento pensé que tenía que ver conmigo, que era algo especial -un don, una cualidad, una característica anatómica específica y oculta: no la vagina dentada voraz sino esa vulva versa que succiona con contracciones que son prácticamente un parto invertido y el pene se hace un feto en viaje de regreso- que mi concentración me habla hecho pasar inadvertido.

-No pasó nada. Era algo que debía haber y que no existe.

No entendía nada. Me miró a los ojos.

-Eres muy inocente, ¿sabes? O muy dulce.

-Decídetes por los dos -le dije en broma.

-No, en serio.

Estaba muy seria.

-Tengo que contarte algo. ¿Recuerdas cuando te dije, no: cuando te prohibí que me tocaras el seno derecho?

Sí, lo recordaba.

-Bueno, sucede que cuando yo era niña nosotros éramos muy pobres en Santiago. Mis padres están muertos y lo único que queda de mi familia es mi hermana. Yo era muy niña entonces y en casa no había electricidad, pero al lado de mi cama mi madre siempre ponía un quinqué. Una noche con mi movimiento o porque estaba muy al borde el quinqué cayó sobre mi cama y prendió mis ropas. Tuve una quemadura muy grave en toda la parte derecha del cuerpo, pero no en la cara ni en el cuello ni en las piernas. Solamente en el pecho. Me llevaron al hospital y me vendaron y tardé mucho tiempo en sanar. Cuando por fin me quitaron los vendajes las heridas se habían cicatrizado pero el brazo se me había adherido al pecho. Eso no tenía entonces más importancia que la inmovilidad del brazo. Estuve un tiempo, no recuerdo cuánto, con el brazo inmóvil y finalmente me hicieron una operación, hecha, como te imaginarás, en un hospital de emergencia, chabacanamente por un carnicero, y perdí parte del seno derecho, que todavía no era un seno porque yo era una niña, pero que debió crecer como el otro seno, que para colmo es grande y redondo, mien-

tras al otro lado están todas las viejas cicatrices y el seno que me falta. Me hice actriz para ganar dinero y hacerme una cirugía plástica, pero vine a ganar dinero donde no hay muy buenos cirujanos. Ésa es una de las razones por la que he regresado a La Habana ahora, para operarme, pero el cirujano plástico de aquí, el doctor Molnar, dice que he perdido mucho músculo y las glándulas no se formaron, por lo que la operación es más difícil de lo que creta. Si no inútil.

Había hablado sin parar, como si recitara o se tratara de otra persona: es evidente que no se tenía ninguna lástima. No había dejado de mirarme a los ojos, la luz del baño entrando por la puerta abierta a caer directamente en la cama.

-Bueno, ahora lo sabes todo de mí. ¿No tienes nada que decir?

Iba a decirle que no tenía importancia (que es mi reacción verbal usual cuando algo tiene mucha importancia) pero antes recordé cómo fueron sus senos más que sus ojos lo que me atrajo esa tarde en el sótano universitario y cómo los había visto resplandecer parejos por encima de sus ropas tantas veces -uno de esos senos era de utilería, postizo, mero relleno. Era como si me revelara que uno de sus grandes ojos verdes era de vidrio.

-No tiene importancia -le dije finalmente-. Me gustas igual.

-Pero eso significa que no me verás nunca desnuda, que hay una parte de mi cuerpo que no podrás tocar jamás, que estoy, como se dice, medio vedada para ti.

-Queda todo el resto -le dije-. Que es mucho.

Tal vez demasiado para mí -su cuerpo quiero decir, con esa cualidad que los cronistas carnales llamaban escultural y que en inglés se designa por una palabra no menos cómica y al mismo tiempo imponente: statuesque. Ella era una suerte de versión de Venus a la que faltaba un pedazo de mármol, copia de Cirene, África antigua, que siempre me produjo erecciones su monumento.

-Bueno -dijo-, ¿podemos irnos ahora?

Parecía como si le disgustara estar un momento más en aquel cuarto que era para desnudarse, para el esplendor de la carne, para el amor, total.

-Nos vamos entonces -le dije, y al levantarse ella salí de la cama. Me vestí rápidamente. Siempre me visto con más maña que me desnudo -pero todavía los pantalones se me traban en los talones nudos.

Cogimos un taxi que se negó -es decir, no el vehículo sino su chofer- a entrar por su calle sin salida y nos bajamos en San Lázaro, que ya se sabe que no es mi calle habanera favorita. Pero después de todo tendría que acostumbrarme a ella: no siempre nos íbamos a encontrar en el lobby del Rex Cinema. Caminando las dos cuadras que nos separaban de su casa recordé de pronto por qué este trozo de calle me era familiar. No era por el cementerio de Espada, ya que debía de hacer cien años que no enterraban a nadie ahí, el cementerio clausurado, hasta olvidado. El recuerdo era de haber venido a visitar a dos hermanas con Roberto Branly. Una de las hermanas tenía cabeza de clavo y era gorda: una cretina sin cura que crecía hacia los lados mientras la cabeza se le iba achicando cada vez más, como si hubiera sido raptada por los indios jívaros y le hubieran reducido el cráneo estando viva: una tsantsa que camina -o al menos que se sienta, porque siempre estaba sentada en su mecedora y se movía atrás y alante todo el tiempo. La otra hermana, espejo lúcido, era una verdadera belleza: alta, con un cuerpo que era demasiado adulto para sus dieciséis años y el pelo rojo -pero también era medio zonza. En todo caso yo era el tonto completo porque acompañaba a Branly a estas excursiones amorosas (que eran por otra parte ejercicios a cuatro manos: las de Branly ocupadas, las mías inútiles) y no tenía papel que jugar, ya que Branly venía con su guitarra amarilla, barnizada, bruna por el tiempo, y cantaba sus boleros, mejor dicho sus canciones cáusticas, pues Branly era un adelantado y ya a finales de los años cuarenta componía canciones con armonías intrincadas, alejado de la obligada cadencia tónica-dominante que de veras dominaba al bolero cubano, y esta muchacha, que era todo el público que podía tener Branly (aparte de la chica cabeza de lavo que se mecía sonriendo como un metrónomo, moviendo su microcabeza como el péndulo de Maelzel -permiso para una digresión, ¿no hay una cierta siniestra simetría en que Maelzel, inmortalizado por Poe, luego de apropiarse el metrónomo, se apoderó y perfeccionó un autómatas que es conocido todavía hoy como el jugador de ajedrez de Maelzel?, el alemán un genio de la apropiación de lo ajeno), la belleza pelirroja, llamada para colmo Bárbara, sonriente como su hermana -de hecho las dos sonrisas, una en la cabecita y la otra en la hermosa cara rodeada de pelo rojo, parecían ser la misma, confiriendo a la microcéfala una como belleza, mientras que su hermana perfecta participaba del carácter grotesco de la sonrisa deformada, señalando que venían de la misma familia, que eran sin duda hermanas y en ciertos momentos, ciertas noches, parecían gemelas idénticas. Bárbara oía la música de Branly, que cantaba con voz apagada después de largas introducciones y rondas caprichosas con su escaso aire sus canciones avanzadas como centinelas perdidas, y decía ella de cuando en cuando: «Ay Robertico, pero qué linda melodía!», cuando los sonidos que producía Branly en su pobre guitarra -acordes sin solución, invertidos, disonantes- eran todo menos melodía. A veces llegué a pensar que Bárbara era realmente la cretina de la casa y que la silenciosa muchacha (era tan joven como Bárbara, aun su minúscula cabeza la hacía parecer a veces una niña injertada en una mujer gorda) que se movía metronómicamente en su mecedora, como marcándole el tiempo a los contracantos de Branly, era una crítica musical de una enorme sabiduría, que se reservaba su comentario -sin duda adverso- de las composiciones de Branly, esos solos de cuerda, esos conciertos de Branlyburgo, esas serenatas para enamorar a Bárbara, que su hermana censuraba silenciosa, posteridad presente.

Estos recuerdos me tomaron unos pocos metros, el espacio de abandonar el taxi renuente y el momento en que Margarita -ya no sería más Violeta del Valle para mí- me tomaba del brazo, me hacía su Armando, ella, la, amante

condenada, cambiada la tuberculosis finisecular por una mutilación, la imperfección invisible convertida en una enfermedad que era capaz de hacerse más visible que sus cicatrices: estaba convencido de que nunca la verla desnuda, ella que vestida era una belleza, eso que se llamaba en La Habana una real hembra y fue en ese instante que regresé del recuerdo, que sentí su brazo suave sobre mi brazo (la suavidad no estaba en su piel, que no sentía por sobre mi camisa y mi chaqueta, sino en la levedad con que lo colocó) que supe que me había enamorado, tal vez por primera vez. Sé que tenía que revisar mi pasado y llegar a la conclusión de que en los amores anteriores solamente me creí enamorado, que nunca estuve enamorado de Julieta y mucho menos de Dulce, y que el amor breve, falla de mi carácter, que sentí por mi mujer lo había anulado enseguida al conocerla íntimamente. Con Margarita, sin embargo, era el amor y lo sentiría, gozaría, sufriría a pesar de su personalidad -o por ella misma.

Caminamos despacio. Margarita caminaba despacio. Con una suerte de firmeza demorada. Sus carnes se mantenían en su sitio más de un momento. Sin nada de flaccidez. Como mostrándose en un esplendor. Pensándolo bien, ninguna de las mujeres que habían significado algo en mi vida, desde la lejana Beba, discurrendo por los pasillos de Zulueta 408 como un bolero lento, hasta Margarita, ni una sola de ellas caminaba rápido. La única acepción era mi mujer, que se movía con una celeridad inestable. Pero Julieta, por ejemplo, era un espectáculo a cámara lenta verla bajando por la calle Inquisidor, moviendo sus caderas a un lado y otro, con un movimiento que invitaba los piropos invariables, mostrando su reducido gran cuerpo y a propósito demorando su paso por las calles estrechas de La Habana Vieja entre una pasarela de miradas masculinas, de voces y hasta de gestos amorosos que a veces se convertían en toqueteos -para conseguir de Julieta la sempiterna exclamación: «¡Qué vulgaridad!». Tal vez tuviera que ver con el desplazarse sin premura de estas habaneras (aun la habanera adoptada que era Margarita, ahora visitante de la noche, como la llamaría Germán Puig) el ámbito tropical, el calor, el dejarse acariciar por la brisa marina -pero ¿por qué rayos no se apresuraban de día, bajo el sol tórrido, en la calígine, con aire de horno?

Llegamos finalmente a la puerta de su edificio y nos detuvimos allí para despedirnos, yo deseoso de concertar una nueva cita amorosa, ella morosa: ya desde la salida de la posada la sentía eludir mis alusiones a un nuevo encuentro. ¿Sería Margarita flor de un día? Decidí preguntarle directamente:

-¿Cuándo nos vemos de nuevo?

Todavía se demoró en responder.

-No sé -dijo por fin.

-Mañana por la noche.

-No, mañana, no. Tengo que salir.

-¿Con quién?

Me miró como reprochándome que me mostrara tan inquisitivo, tal vez posesivo.

-Con una persona -dijo.

-Con una persona, por supuesto. No ibas a salir con un fantasma -dijo aludiendo al cementerio al eludirme ella. Se sonrió.

-¿Para qué lo quieres saber?

Teoría del conocimiento, le iba a decir. Es el problema de nuestro tiempo. This age of Kant. Pero le dije:

-Para saberlo.

-Es una persona que no significa nada para mí, mucho menos para ti. Un ajeno insignificante.

-Bueno, quiero saber quién es ese enano extraño.

No se rió, ni siquiera se sonrió, sino que volvió a demorarse, a tomarse su tiempo que era mi contratiempo.

-Es el dueño de una emisora. Es esa que está en el último piso del edificio Palace.

¡Mierda de Palace! Siempre surge en mi vida como un intruso de piedra.

-¿Qué tienes que ver con él?

-Tengo un compromiso ineludible.

-Tuviste que ver con él?

-¿Para qué lo quieres saber?

-Para saberlo.

Singaron seguro. This age of cunt!

-Si lo tuve fue en el pasado. Estamos en el presente.

-Mañana es el futuro. Será el presente para ustedes dos.

-No, no tuve nada que ver con él. Es una persona mayor. Es como si fuera mi padre.

-Pero no es tu padre. Además, hay relaciones incestuosas.

Se sonrió, aunque yo no tenía intención de hacer un chiste. El incesto es cosa grave.

-Eres cómico.

-Lo digo muy en serio.

-Pero resultas cómico.

Iba a agregar algo más agrio cuando vi en su cara, su cabeza recostada contra el marco de la puerta sin puerta, yo dándole la espalda a la calle, que ocurría algo detrás de mí.

-Ahí viene mi hermana.

Me di vuelta a tiempo para ver la mujer que llegaba. Si Margarita era linda esta aparición era bella, más bien hermosa. Aunque tenía la cara más delgada que Margarita, toda huesos de hecho, su boca no era tan generosa como



la de Margarita, con los labios parejos, el de arriba una imagen en el espejo del de abajo, los pómulos más altos que Margarita, pero mejor contruidos, con las mejillas hundidas y unos grandes ojos que parecían desplazar toda otra facción de su cara. No eran verdes como los de Margarita sino amarillos, de un amarillo claro y a la vez brillante, lo que hacía intensa su misma mirada. No llevaba ningún maquillaje y vestía sin mucha elegancia, más bien con simpleza. No tenía el cuerpo de Margarita -es decir el que Margarita mostraba por encima de sus ropas- ya que la poca cintura hacía aparecer anchas sus caderas y bastante basta su figura. Era más alta que Margarita.

-Mi hermana -dijo Margarita, abandonando su posición en la puerta.

Su hermana se sonrió por toda respuesta. Había como una profunda tristeza en toda ella: en sus ropas, en su cuerpo, en su cara y hasta en su sonrisa y en sus ojos, que me miraron por un momento.

-Mira -le dijo Margarita-, éste es el muchacho de que te hablé, el que me escribió la carta esa el otro día. Ésta es mi hermana Tania -me dijo a mí.

-Mucho gusto -le dije y estuve a punto de tomar su mano, gesto que ella vio como si fuera tan arcaico como un besamanos. Ni siquiera respondió a mi saludo sino que dijo:

-Oiga, usted hace cosas extrañas. -Creí que se refería a mi mano-. Esa carta.

Hubo un silencio intolerablemente embarazoso -del que me salvó Margarita:

-No tiene importancia, mi hermana. Ya él se disculpó.

Pero tuve que insistir:

-Le pido que me disculpe. Fue una cosa repentina.

-Pues tiene usted unos prontos -dijo ella sin siquiera quejarse: era una mera declaración.

-Tiene usted razón. Fue una estupidez mía.

Pero ella se adelantó hasta la puerta sin hacerme casi caso.

-Yo subo enseguida -dijo Margarita, que se había convertido en una versión popular de Catia Bencomo. Iré como.

-Está bien, no te apures —dijo su hermana-. Por ahí viene Pepe.

Me dio la espalda en el momento en que yo tendía la mano para (no sé aún realmente) dársela, para despedirme con un movimiento amistoso o tal vez para ambas cosas. O era mi viejo reflejo social, todavía activo. Unía la mano extendida cuando ella ya había desaparecido escaleras arriba. Pude ver que tenía tan buenas piernas como Margarita -al menos eso había podido ver en Margarita: sus piernas y sus brazos estaban bien modelados.

-Lo siento le dije a ella.

-¿Qué cosa?

-Lo ocurrido, el efecto en tu hermana.

-No te preocupes. Siempre pasa así. Ni los años la han hecho olvidarse.

Me pareció una exageración. Era evidentemente hiperbólico hablar de años: no habían transcurrido más que días, una semana escasa.

-¿Los años?

-Sí -dijo Margarita-. Ya hace cinco años. Más.

¿Cinco años? ¿Más? ¿De qué hablaba?

-¿Como cinco años? -le pregunté y ya iba a agregar: «Serán siete días», cuando ella explicó:

-Mi hermana Atanasia -se detuvo-. Su verdadero nombre es Atanasia pero es un nombre tan de campo que yo se lo cambié desde chiquita, pero ella es todavía Atanasia en el Registro Civil y hasta insiste en darlo como su nombre cuando hace falta.

-Apostaría que tú tampoco te llamas Margarita.

Ella me miró, entre sorprendida y divertida, y ganó la diversión:

-¿Cómo lo sabes?

Le iba a decir que era intuición onomástica pero le dije:

-Adivino que soy.

-Pues bien. No me llamo Margarita pero no te voy a decir mi verdadero nombre. Es tan horrible que lo llevo oculto. Mis padres no tenían idea de lo que marca un nombre.

Hasta ahora era yo el que había hecho los cambios de nombres, y así Julia devino Julieta y Dulce se vino a llamar a veces Rosa, pero éste era mi primer encuentro con el enmascaramiento por los nombres: cubrir un estigma. Aunque yo mismo usaba a menudo un seudónimo (había llegado a usar en realidad cinco) pasarían unos años antes de encontrarme con gente que se cambiaba de nombre como de traje -sobre todo mujeres. Pero he hablado de estas metamorfosis en otra parte. Quiero ahora simplemente anotar mi primer encuentro con una persona que descartaba nombres como una serpiente la piel. Tal vez el próximo encuentro con ella significara un nuevo nombre. Call me Ismaela. (Aunque Julieta Estévez regaló por lo menos sendos nombres franceses a su marido y a su amante, eran meras traducciones, no bautizos.)

Pero más que su nombre tras su nombre me intrigaba saber el secreto detrás de la sonrisa triste de la hermana de Margarita.

-¿Qué le pasó a tu hermana?

-Ah, pues ella estaba casada con un hombre al que quería mucho. Con locura. Quiero decirte que nosotras somos muy apasionadas. Que te sirva de advertencia. Era un muchacho muy lindo que la quería mucho. Esto ocurrió en Santiago. Un día ellos salieron a dar una vuelta y alguien nuevo en el barrio o un buscapiéitos, no sé, cuando ellos

pasaron le dijo un piropo a mi hermana, una verdadera grosería, sin respetar a su marido. Éste salió a defender su honor y el otro tipo le clavó un puñal en el corazón.

Aquí no hizo Margarita una pausa sino la hago yo ahora para reflexionar sobre su uso de la palabra puñal. Un poco más y dice una daga y hace de la narración una tragedia renacentista. ¿Por qué no había usado una palabra más usual como cuchillo, que fue posiblemente el arma que usó el agresor?

-Mi cuñado cayó muerto delante de mi hermana. Al otro hombre, al asesino, nunca lo cogieron. Pero eso no importa. Lo terrible es que la vida de mi hermana, que era tan feliz, se convirtió en una tragedia. Se volvió como loca, sin querer admitir que su marido estaba muerto y enterrado. Con pesadillas de noche y alucinaciones de día. Hablando con el difunto todo el tiempo. Fui yo finalmente quien la convencí de que viniera para La Habana, porque para colmo la familia de su marido la acusaba de ser causante de su muerte por ser una mujer tan provocativa. Pero dime tú, ¿qué culpa tenía mi hermana de ser bella?

Entonces me pareció una tragedia truculenta a veces, otras un drama didáctico -era un destino que se podía repetir. ¿Qué pasaría si alguien usara un piropo brutal con Margarita mientras iba conmigo? ¿Como debía reaccionar yo? ¿Estaría el bestial con el cuchillo todavía en acecho? Tal vez una premonición o el mero recuerdo la había hecho actuar con tantas precauciones en la calle cuando iba conmigo esa tarde. Quizás ella temía que había una daga destinada al corazón de su compañero, venida desde el fondo de la memoria para hacerse realidad en la herida. Pude conjeturar sobre ese destino más tarde, otras veces. Ahora me apenaba la suerte de su hermana, condenada por su belleza. Pero a veces, luego y sobre todo ahora, tiendo a pensar que todo fue una dramatización de Margarita y que nunca ocurrió ese drama simétrico de la belleza, la posesión de la belleza, la lujuria por la belleza, la muerte por la belleza, la condena por la belleza. En todo caso guardé un silencio que era prudente pero debió de parecer respetuoso -que duró hasta que llegó Pepe, evidentemente el marido actual de Tania (decidí aceptar su nombre ruso junto con su tragedia española), que saludó a Margarita y a quien vi pasar y subir las escaleras como el prototipo del cubano (mejor dicho del habanero: en mi pueblo, tal vez por la pobreza, la gente tendía a ser magra, casi Quijotes y poco Panzas) con sus caderas tan anchas como los hombros, el pelo raleando desde la frente sin darle visos de inteligencia a la cara, caminando escalera arriba con su paso regular. Evidentemente, por su voz, por su aspecto, por su ropa una persona decente, tal vez el dueño de una bodega o de un café de esquina -en todo caso alguien que no se merecía aquella belleza triste con su sonrisa que no llegaba a ser sonrisa, que era como una mueca bella impresa sobre su cara perfecta. Al poco rato Margarita me dijo:

Voy a subir. Me quiero acostar. No sé por qué estoy tan cansada.

No se lo iba a revelar yo, pero el sexo fatiga, sobre todo su clase de sexo. El conocimiento carnal cansa.

-¿Cuándo nos vemos? -era yo, implacable que soy.

-No sé. Yo te llamo.

-Está bien.

Como consolación por la fisiología me premió con un beso suave sobre los labios, sin llegar a mancharlos de pintura escarlata. Estábamos bajo la luz de la entrada del edificio y entonces no se veía mucha gente besándose en la calle en La Habana, donde era un delito contra la moral, violación del orden público y atentado contra las buenas costumbres. Otra cosa sería apenas tres años más tarde: muchas cosas cambiarían para entonces pero no las iba a cambiar Margarita ahora con un solo beso: ahí estaba todavía la luz, ahí estaba la moral al uso. Pero para Margarita un beso era una despedida apropiada.

-Vaya -me dijo. Pero no me moví del sitio-. ¿No te vas?

-No -le dije. Here I stand. As I cannot do udderwise-, quiero verte subiendo las escaleras.

Se sonrió maliciosa.

-¿Crees que voy a salir de nuevo por casualidad?

Nada estaba más lejos de mi mente.

-Ni me pasó por la cabeza.

Ella nunca adivinaría mis motivos privados que tuve que hacer públicos.

-Solamente te quiero ver subiendo los escalones, uno a uno.

Se sorprendió un momento pero al ver mi cara, la expresión de absoluta seriedad del Charles Voyeur, mis ojos de Salvador Díaz Mirón, mis manos todas peeping thumbs, me dijo:

-Está bien y entró y procedió a subir los peldaños, acto en que su cuerpo se hacía elástico, al empujarse hacia arriba perdiendo un momento el equilibrio, y volvía a estabilizarse al alcanzar el próximo estadio de ascenso, sus caderas cubiertas de calicó formando diseños de carne inestables y hermosas, desapareciendo los muslos largos por debajo de la falda: era una ascensión carnal -mujer vestida subiendo una escalera.

El domingo fue doméstico más que domesticado porque tenía siempre su fiera enjaulada dentro de mí. El lunes siguiente lo pasé soñando con ella: la tarde en el Ciro's que fue una educación, mi Ciropedia, el sexo a oscuras (¿qué color tiene el pubis en la oscuridad?), el temblor táctil de su carne en tinieblas, el Braille de su piel y su cuerpo con suavidad de esponja abisal, me hundieron en ella a veinte mil leguas de viaje subcutáneo. Pero estaban también mis torturas actuales esperando inútilmente su llamada, maldiciendo que no me llamaba, sabiendo que no me llamaría: las mujeres tienen una razón que el corazón no comprende y deseando todo el tiempo, entre sueños y alucinaciones producidas por su falopio, verla, volver a verla siempre. Cuando terminé mi trabajo forzado, Ben Hur de las galeradas, liberado por el cine, yendo al cine ya que era mi noche de estreno pero apenas viendo la película (era una historia de

amores imposibles, *Senso o Huracán de verano*, en que me curaba de mi obsesión por Alida Valli para caer en el mar de Margarita, sin tocar fondo) el deseo de verla a ella en cuatro dimensiones, las tres dimensiones de la vida y la cuarta dimensión del recuerdo, convertido ahora en necesidad como de droga dura, en una imperiosa gana que era absolutamente irracional porque bien podía esperar un día o dos a que ella me llamara. Fue impulsado por esta ansia totalmente insana que me encontré caminando del cine hacia su casa (después de todo no era tanta la distancia real: todos los cines de estreno ahora, con excepción del Payret, del Acapulco y del Rodi -lo mismo vale para el Triánón de enfrente- quedaba-n a poca distancia de su casa), bajando la irredimible San Lázaro, llena de llagas, doblando por Soledad y llegando hasta el final de su calle, la noche cálida habanera calentando mi cuerpo caminante después del excesivo aire acondicionado del cine que hacía mi chaqueta necesaria, innecesaria ahora, llevada en la mano, cogida por la punta de los dedos y colgando sobre un hombro como una capa quevediana, dejando que el tibio terral me secara la camisa sudada en la espalda por la caminata, que tocaba ahora a su fin, como la calle. Espada, caballeros.

Miré la hora. No era tan tarde para La Habana, que solfa ser una ciudad nocturna, que dejaba detrás los hábitos de aldea andaluza cada día más y se acercaba ahora a esa calidad noctámbula de la vida en la noche de una capital. Mi ideal era vivir de noche, atender a mis asuntos y a mis amores, dormir de día y suicidarme ante un edicto adverso, abriéndome las venas bajo una ducha tibia. Petronio, servidor de mi César. De regreso de Roma no creía que Margarita se hubiera acostado todavía. Con esa certeza subí los escalones que me serían tan familiares en unas horas y toqué a la puerta. No abrió nadie. Pensé que después de todo tal vez ella ya estaría durmiendo. Estaba decidiendo si irme o volver a tocar, tirando al aire una moneda mental, cuando se entreabrió la puerta. Surgió un segmento de cara que no reconocí hasta que la puerta se abrió más y la cara era la de Margarita sin maquillaje y alterada por el sueño -pero no: era su hermana.

-Ah es usted -fue lo que dijo.

-Sí, perdóneme que venga a molestar a esta hora. ¿Margarita no está?

Fue bueno que ella me dijera que se llamaba más o menos Margarita porque habría sido ridículo preguntar por Violeta del Valle a esa hora. Pero enseguida me asaltó una duda: ¿y si en realidad su hermana nada más que la conocía por su verdadero nombre, oculto como un estigma, que yo ignoraba?

-No, no, todavía no ha vuelto.

Ella debió de notar la consternación en mi cara porque abrió más la puerta y pude ver que estaba en refajo: fiel a la imagen de las mujeres de su tiempo, dormía en refajo. No tenía mal cuerpo, visible hasta los medio senos que saltan por entre el satín: tenían una cierta perfección en su pareja piel oliva. Se parecían mucho Margarita y su hermana, aun en su leve, tenue, casi imperceptible mestizaje. Las hermanas -¿cómo rayos se llamarían?- como buenas santiagueras tenían entre sus componentes raciales ese elemento esencial etíope -por supuesto mi Etiopía era tan literaria como la del abuelo de Pushkin: aquí había que hablar de Dahomey, del Calaban, de los campos del Níger. ¿No era después de todo la heroína de ficción favorita de la isla desde el siglo XIX una mestiza llamada Cecilia Valdés, la mulata nacional? Ni Margarita ni su hermana eran mulatas pero se acercaban al arquetipo. Ella, por supuesto, ignoraba mis reflexiones, reflejando sólo soledad en mi cara, como contaminado por el nombre de la calle.

-Pero debe de estar al volver -me dijo, refiriéndose a la elusiva de su hermana-. ¿No quiere esperarla adentro?

La pobre, despertada violentamente por alguien que era casi un desconocido, un intruso, no reaccionaba con enfado sino que era hospitalaria y me invitaba a pasar a su casa.

-No, gracias. La veo otro día.

-¿Quiere dejarle algún recado?

¿Me provocaba a escribir otra carta, otros insultos inconexos?

-No, nada más que estuve aquí.

-Está bien -me dijo, y cerró la puerta gentilmente.

Bajé las escaleras como un derrotado porque pensaba no en Cecilia Valdés ni en la mulata ideal sino en dónde andaría Margarita y qué estaría haciendo con quién. Salí a la calle Soledad y eché a andar en busca de San Lázaro, pero al llegar a la esquina di media vuelta y regresé al edificio donde vivía Margarita. Decid( esperar a su regreso, ver con quién volvía y confrontarla con el hecho de estar hasta tan tarde en la calle -porque de pronto se había hecho medianoche. No habían pasado más que unos minutos desde que comprobé que no era tan tarde para visitar a Margarita, pero el tiempo es evidentemente relativo y mi estado de ánimo lo comprobaba con más precisión que los ejemplos más simples propuestos por Einstein. Envuelto en la física de los sentimientos me recosté al marco de la puerta dispuesto a esperar: después de todo ella no debía de tardar mucho en regresar. Miré la escalera de cemento que ella había llenado con tanta carne vestida -pensé en su carne desnuda, en unas manos masculinas recorriendo ese temblor tibio que sentí en la oscuridad del túnel del amor. Para no desesperar por la espera y por mis recuerdos que eran imaginaciones eróticas decid( recorrer la historia de la calle como otra forma de pasar el tiempo mientras lo medía. Ahí detrás estaban los restos del cementerio de Espada, como quien dice el cadáver de un cementerio. El camposanto (eso es lo que era) se llamaba de Espada porque fue construido de acuerdo con los consejos del obispo Espada en el siglo XIX, después de las muchas protestas de las llamadas fuerzas vivas (supongo que hay aquí una ironía en el hecho de que las fuerzas vivas se pronuncien sobre las que se pueden llamar fuerzas muertas) de la ciudad, cada vez más creciente, contra la costumbre de enterrar cadáveres en las iglesias. Es evidente que ya entonces abundaban más los cadáveres que las iglesias, aun en una ciudad tan pía como La Habana del siglo XVIII. Así vino a construirse el cementerio de Espada en una zona de extramuros que ya se llamaba San Lázaro (y que

entonces debía de ser una calle tan fea como ahora) y fue fundado el flamante cementerio de Espada, donde se enterraba a los muertos en nichos, práctica que no tardó en hacerlo obsoleto -o al menos superpoblado. Hoy (es decir ayer) no quedaba nada del cementerio, o al menos no podía ver lo que quedara sentado en el escalón superior de los dos que accedían a la entrada del edificio. Pero detrás de esa zona oscura fue donde jugaron unos muchachos con una calavera y dos tibias sin darse cuenta de que era el símbolo de la muerte. Eran estudiantes de medicina, de ahí su familiaridad con esqueletos, pero también tuvieron la desgracia de ser entusiastas bajo una tiranía. Se pasearon en una carretilla que antes servía a funciones más fúnebres, mientras esperaban la lección de anatomía. Dejaron de jugar cuando apareció el barbudo profesor, pero su juego resultó mortal. Alguien advirtió poco después que el cristal del nicho de un prohombre español había sido rayado -es decir, execrado. Enseguida surgió la especie de la profanación de la tumba de un héroe hispano y la acusación contra los estudiantes cubanos fue automática. Pronto se inició un proceso que culminó cuando varios estudiantes de medicina fueron condenados a muerte -entre ellos algunos que no habían asistido a clases en el cementerio y otros que ni siquiera estaban en La Habana cuando se cometió el supuesto delito de lesa mortandad. Todos los condenados fueron elegidos por sorteo, la justicia convertida en arte aleatoria. Ocho fueron fusilados y en su asesinato -no puede tener otro nombre la ejecución-, al tiempo que mostraron, políticamente, que el gobierno colonial se convertía en poder totalitario, se hicieron inmortales y tienen una gran plaza como monumento en el sitio que fueron fusilados, el parque de los Mártires. Nadie recuerda el cementerio y la tumba supuestamente ultrajada (y el muerto profanado) cayó en el olvido, pero todos los estudiantes cubanos recuerdan a los estudiantes de medicina fusilados y su inocencia ha vencido no sólo su condena sino a la muerte -¿será que la memoria es imperecedera, que no lo es la vida, que el recuerdo puede salvar de la muerte?

En parejas preguntas estaba cuando regresé de la memoria histórica a la calle desierta, a la ciudad actual y a la noche. Dos matrias tengo yo: La Habana y la noche, pero parecía tarde. Decidí saber una segunda opinión y consulté mi reloj: eran las doce y media. Debí demorarme demasiado entre mártires y tumbas para que el tiempo pasara tan abrupto. No se vetan señales de Margarita, ahora margarita de la medianoche. Me levanté y recorrí la acera hasta la esquina. No había nadie, ni siquiera una pupila insomne. Una cuadra más allá, por San Lázaro noctámbulo, pasaban algunos ómnibus y autos. Comencé un largo proceso habitual que empezaba en la inquietud, se continuaba en el desespero y terminaba en la furia. Pero aún estaba en sus inicios. Todavía podía regresar a la puerta de su edificio, pero el propósito era oscuro porque era evidente que ella no iba a volver por ese extremo, ciego, heroína entre tumbas. No era una sombra del cementerio lo que yo esperaba sino su carne viva. Tal vez sentía que era más natural quedarme en la entrada de su casa que en la esquina. Pero ¿qué hay de natural en la espera? Esperar es un arte o una filosofía. Lo natural es la impaciencia. Además me temía que no regresara sola. Volví a sentarme en el duro escalón de la entrada, frío como una losa, sin crónica que contarme, sin espejo de martirio en que verme, sin reflexión que hacer, solamente mirando la escalera por la que subió vestida ella y acuciado por ese lúcido frenesí, que dan los celos, que proyecta imágenes oscuras, volví a ver a Margarita, esta reina Margot en una cama y desnuda (lo que era un prodigio de imaginación: mi linterna mágica), acostada con otra persona (lo que era más que una posibilidad) y la mera idea de que ella pudiera ya no dar sino sentir placer con alguien que no fuera yo resultaba intolerable: era yo Yago de mi Otel. Ocelo. El tiempo pasó lentamente pero como los minutos eran idénticos, sin nada que los marcara excepto la comprobación que yo hacía al mirar la esfera del reloj (aunque si alguien me hubiera pedido en ese momento la hora habría tenido que fijar mi atención en las manillas para poder darla con exactitud), como los mismos cuartos de hora y las medias horas eran indiscernibles, el tiempo pasó rápido -excepto por mi humor que marcaba cambios que iban del desaliento a la ira para volver a una calma inútil porque inmediatamente pensaba en ella, Margarita marchita, la imaginaba en las posiciones sexuales (no podía decir que fueran amorosas) que resultaban de una lascivia y una obscenidad insoportables, aunque de haber estado ella conmigo habrían sido de una belleza inmortal y una fuente erótica inagotable. Pero corno no la había visto desnuda, como no sabía de su anatomía más que lo que dejaba adivinar la ropa (más revelada cuando más lejos del sexo, como cuando subía la escalera toda vestida, Marguerite Duchamp), eran posiciones de su cuerpo durante el acto sexual totalmente imaginarias y aunque yo no lo sabía entonces esas imaginaciones me ayudaban a sofocar los celos: esa mujer en un sesenta y nueve grotesco no era ella, era tina visión, un doble, tal vez hasta sacada de las novelitas leídas hace tanto tiempo o inventadas por mí no para placer sino para tormento: la rueda sexual, el potro de Margarita, las tenazas para pezones. Nunca había sentido celos semejantes. Sí, había una ocasión remota en que mi prima hermana, hermana casi de crianza -de nuevo los ojos verdes como amor y odio: el principio del dolor-, se entretenía en inocentes juegos sexuales con Langue, el niño rubio de la casa del fondo en el pueblo, después de haberme besado ella el día anterior. Pero esa visión pertenecía a la más remota niñez, al tiempo que descubrí el amor y los celos producidos por la misma persona, un agente de doble inoculación, la vacuna actuando antes que el virus y los dos entremezclados en el tubo de ensayo de ese recuerdo infantil. Cuerpos y anticuerpos.

Miré el reloj y vi que era la hora española: eran las tres. Las tres de la mañana: yo que había hecho feliz muchos chistes con esa hora considerada como un título, el nombre del vals que tanto gustaba a mi madre, la hora cumbre de la madrugada, estaba de pronto presa de esa medida exacta. Había mirado el reloj y eran exactamente las tres de la mañana: no las tres menos cuarto o las tres y cuarto sino las tres precisas, antes preciosas, ahora precipitadas. Debí mirar el reloj otras veces pero no registré la ocasión y de pronto era el momento decisivo, lo que se llama la hora de la verdad: era yo, como el patético Vicente Vega, como mi misma mujer, engañado. La diferencia dolorosa estaba en que yo lo sabía. Había resultado cornudo por adelantado, coronado antes de haberme sentado al trono, sentenci-

ado antes del vero edicto. Además, ¡eran las tres de la mañana! No sólo estaba la escandalosa fuga de Margarita sabe Dios con quién sabe el diablo dónde, sino el hecho de que nunca había estado hasta tan tarde fuera de mi casa después de casado. ¿Qué excusa iba a dar? ¿Qué iba a decir? ¿Cómo explicar que del estreno de una película, de un deber, pasara a la ausencia inexcusable? Me puse en pie para regresar a casa, al mismo tiempo que como un barrenillo trataba de idear, gusano que no muere, una invención de Morella, de poeta con delirio, tremenda (un accidente aparatoso a un amigo ausente: a Fausto le estalló una probeta -pero no, Fausto está ineludiblemente unido a Margarita: se descubrirá todo: habrá que inventar otro incidente improbable: mientras más grande la mentira, mejor: gracias, Goebbels), cuando en ese momento entró una máquina por la calle y siguió hasta la esquina de Jovellar, donde se detuvo, iluminando mi figura sombría alegremente. Pensé que alguien se había equivocado y tornado la calle ciega por una abierta, pero cuando los faros me dieron de lleno en la cara supe, sin música de cítara, que me concernía. Me oculté tras el marco de la puerta pero seguí atento al carro. Se bajaba de él una mujer, quien después de descender se entretuvo en hablar con alguien, evidentemente el chofer. Como en La Habana era imposible distinguir una máquina particular de un taxi, pensé que ella estaría pagando el viaje, la mujer escrupulosa en liquidar sus gastos o en contar su vuelto. Pero la mujer equis se tomó demasiado tiempo junto al automóvil y aunque llegué hasta pensar que el chofer tenía problemas con el cambio, conversión en vez de conversación, pronto supe -o mejor, adiviné- que no era una mujer anónima aquella sino que se llamaba Margarita o como se llamara ella realmente. Peor, no se trataba de un taxi sino de un carro particular que la devolvía a su casa, impedido el vehículo de llegar hasta donde yo estaba, su casa, porque era una maniobra difícil. salir de aquel callejón sin salida y además era evidente que el chofer -no un autista sino su amante- iba a subir por Jovellar. Un golpe de faros nunca abolirá el pesar. La mujer -es decir, Margarita: ya no tenía dudas de su identidad- abandonó la máquina y caminó despacio (ni siquiera la noche hecha madrugada ni la calle desolada la hacían abandonar su paso de habanera adoptada) por la acera esta y, cuando estuvo casi en la puerta, la máquina dio media vuelta al fondo y se perdió tras la esquina alumbrada. Fue entonces que salí de mi escondite, envuelto en sombras, y avancé hacia ella. Ella se llevó el susto de su vida, tomándome por un asaltante, Jack the Rapist cuando era en realidad Jack the Wretch, y por un instante no me reconoció, pero cuando lo hizo, cuando vio que era sólo yo solo, el miedo se convirtió en cólera:

-Pero ¿qué cosas haces aquí a estas horas?

Las palabras, ahora, muertas, horizontales por el recuerdo, no pueden transmitir el silbido de su voz que habla perdido el tono acariciante por completo, Eva hecha una serpiente. Fue, su voz venenosa lo que me detuvo de decirle que era yo quien debía hacer esa pregunta.

-Yo -fue todo lo que dije como afirmando quién era.

-¿Quién te crees que tú eres?

-Yo estaba.

-¿Pero tú te crees mi marido o qué para vigilarme así?

-Yo no te vigilaba, te esperaba.

-Es lo mismo.

-Quise esperarte.

-No tenías por qué esperarme.

-Pero son las tres de la mañana.

-Ya sé la hora que es.

Es evidente que debía haber sido más fuerte, imprimirle una mayor convicción a mis argumentos. Pero mi convicción era mi condena. ¿En realidad quién era yo para vigilar sus salidas y sus entradas? Estaba convicto aunque no confeso.

-No me gusta que me controlen. Yo soy mayor de edad y una mujer libre, ¿me oíste?

-St, te oí. Tienes razón. Eres mayor de edad y una mujer libre. Pero yo quería verte esta noche y vine después del cine, pero no habías regresado. Me puse a esperarte creyendo que regresarías en media hora y entre el obispo Espada y los estudiantes de medicina.

-¿Quiénes?

-Nadie, nada. Perdí la noción del tiempo simplemente.

-Pues bien podrías haber estado hasta las mil y quinientas esperándome porque por poco no regreso.

Eso quería decir que habla pasado la noche con el hombre que manejaba la máquina. Quiero decir, encamados. Los celos fueron mi fuerza.

-¿Quién era ese tipo?

-¿Y a ti qué te importa? Déjame pasar, anda.

Yo estaba todavía en la puerta, ella en la acera, y le bloqueaba el paso, además de llevarle una buena ventaja en estatura. Aún hoy me pregunto cómo tuvieron tanta fuerza sus movimientos contra mi posición ganadora, una reina en jaque que daba jaque mate. Pero yo había perdido el juego desde el principio. Bajé los escalones, abandoné mi casilla y la dejé pasar. Ella subió la escalera sin siquiera mirar hacia atrás. Yo tampoco dije nada, ni siquiera adiós. No la miré en su ascenso. A esa hora comencé el regreso a casa, derrotado, a pie, una retirada subiendo como si bajara por Jovellar hasta llegar a la universidad, hundiéndome en la calle L y la calle 25 y de allí, por la acera de la Escuela de Medicina, entre rejas, finalmente gané -es un decir- la avenida de los Presidentes y la calle 27. Cuando abrí la puerta del apartamento me encontré un comité de bienvenida -me habría sentido decepcionado de no haberlo-, compuesto

no sólo por nu mujer y por mi madre, sino por mi padre y hasta mi abuela. Mi mujer, con su vientre que delataba su estado (nunca dejaba de asombrarme que con todas las mujeres con que me habla acostado, ninguna hubiera quedado preñada, y mi mujer, a los tres meses de casados, ya estaba encinta: pero me felicitaba por su condición que me permitía una libertad, sexual y de toda índole, que no había tenido antes en mi matrimonio: era para tocar una fanfarria por las trompas de Falopio), no dijo una sola palabra y entró hacia los cuartos, hacia nuestro cuarto, con cara compungida. Fue mi madre, como siempre, quien me preguntó:

-¿Dónde has estado hasta ahora?

Es evidente que era mi mujer quien debiera haber hecho esa pregunta, pero mi madre se ponla de su parte, como habla hecho desde nuestro noviazgo: pobrecita huérfana de convento. Anita la huerfanita encuentra su Mamá Diamantina.

-Por ahí.

Había tal desgano en mi tono que lo hizo definitivo, y era que efectivamente no tenía nada que decir: estaba absolutamente vacío. Mi madre no preguntó nada más esa noche. Fui hasta el baño, oriné, entre a mi cuarto, me quité la ropa y me acosté al lado de mi mujer que evidentemente estaba despierta y lloraba. Me sentí varias veces culpable pero ninguna condenado.

Al otro día recibí una llamada en Carteles y pensé que era mi mujer, que no me habla hablado en toda la mañana -pero enseguida reconocí la voz.

-¿Ya sabes quién te habla?

-No.

-¿No sabes?

-No tengo la menor idea.

-¿Tienes tantas admiradoras?

-Unas cuantas.

-Es Margarita.

-Ah, qué tal.

-Te llamaba para disculparme por lo de anoche.

-No tienes por qué disculparte. Yo no tenla ningún derecho.

-No se trata de derechos. Se trata de que me diste el susto de mi vida. Lo menos que yo esperaba era encontrarte allí escondido.

-No estaba escondido.

-Bueno, en las sombras -se reía-. Admite al menos que no eras muy visible.

-Nadie lo es en la oscuridad.

-¿Ves como estabas en lo oscuro?

No dije nada.

-Bueno -dijo ella finalmente, ante mi silencio culpable-, te llamaba no para hablar de anoche sino de esta noche. Quiero invitarte a casa.

¿Qué iba a sacar yo yendo a su casa? ¿Otra humillación? ¿Encontrarme con las huellas de su amante, cuya memoria ella quería borrar de mi mente? No me quedaba duda de que el hombre invisible en la máquina de celos era su amante y no había que ser muy ducho para saber qué hablan estado haciendo juntos hasta tan tarde.

-No sé si pueda -le dije.

-Vamos a estar los dos solos -dijo insinuándose-. Mi hermana va a salir. Ven.

No dije nada de momento, pero hasta mi silencio indicaba que la idea de verla en su casa, sola, me tentaba.

-Por favor -insistió ella-.

-No te hagas de rogar.

-No me hago de rogar -dije y no dije más.

-Ven, anda, que tengo una sorpresa para ti.

Todavía me ilusionaban las sorpresas, sobre todo anunciadas por una voz de mujer, acariciante como era la de Margarita ahora, tan diferente a la de la sibilante sierpe de la noche anterior (y me acordé de nuevo de anoche y la ilusión casi se hizo trizas), invitándome a revelar su sorpresa en su compañía. El recuerdo presente era de desilusión, pero ella repitió tanto lo de la existencia de una sorpresa y yo era débil, soy débil, débil es la carne y la mía temblaba gelatinosa ante la memoria del contacto con la carne invisible de Margarita. Claro que fui. Puedo resistirlo todo menos lo irresistible. Llegué después de comida: mi comida, de la de ella no sabía nada, nunca lo supe. Era tan espeso misterio como lo que había hecho con el hombre invisible pero demasiado presente. No había llegado entonces a invitar a cenar a las mujeres que pretendía, como haría más tarde. Me limitaba a llevarlas a un paseo colonial o a un night-club de moda y al cine de estreno, lo que había hecho con otras menos marcadas en mi vida. Con Margarita había sido ir al club de día (o convertido en diurno por la hora) y sin mediar otro obstáculo hipócrita, con una franqueza que le agradecí, fuimos directamente a la cama. Ahora estaba en su casa, presumiendo que ella ya habría comido, sentado en la modesta sala del apartamento de su hermana, decorada con los inevitables muebles forrados en nylon verde chartreuse (al uso en las aspiraciones de una elegancia de clase media en La Habana mediados los cincuenta), con una lámpara de pie de pantalla amarillo limón y la reproducción de rigor de un cuadro con una escena zoológica (bien una pantera negra increíblemente estilizada sobre ramas rosa o un flamenco en una laguna florida de lirios)

realizada en colores y líneas que eran irreales pero no tan improbables que se pudiera considerar vagamente surrealista, escuela que sería un grupo de asalto a la sensibilidad doméstica y tomado como un insulto privado. Era una suerte de irrealismo cursi que parecía complacer el ansia de fantasía exótica del ama de clase media habanera y sin duda copiado de un concepto de la decoración originado en Miami -si es que algo podía tener su origen en esa ciudad calcada. Ahora la atmósfera de la sala de la casa de la hermana de Margarita (hay demasiados des en esa oración pero así eran de sucesivas las posesiones) prefiguraba ese edificio miamense donde de seguro habría sillones como esos, cuadros como aquellos, sofá como este al que vino Margarita a sentarse a mi lado graciosamente con dos vasos llenos en la mano. Me pregunté cuál sería la frase de rigueur de Rigor ante este ambiente. Rigor mortal.

Vaya dijo ella entregándome uno de los vasos-, aquí tienes mi sorpresa.

Mi sorpresa fue grande pero no tan grande como cuando Julieta delegó el delgado, delicado volumen de poesía con poemas de Eliot, *Ash Wednesday* que yo convertí en *Hatched Wednesday*, en mis manos y pronunció su toma léeme en Inquisidor. Margarita ahora me ordenaba un toma bebe en Soledad.

-¿A que no adivinas qué es?

No tenía la menor idea. Se lo dije.

-Pruébalo -me conminó.

Lo probé. Sabía a alcohol, fuerte, un poco amargo.

-¿No sabes todavía?

-Un trago.

-Sí, ¿pero qué trago?

-No tengo la menor idea.

-Sabía que no ibas a adivinar. ¡Tonto! Es un Margarita. Me tomé el trabajo de conseguir la tequila y los otros ingredientes. Todo para ti. Bebe un poco más.

Le hice caso. Sabía a bacilos búlgaros.

-¿Te gusta?

¿Qué le iba a decir? Le dije que sí. Un bacilón.

-Sabía que te iba a gustar. Es mi trago preferido y se llama como yo. ¿No te parece perfecto?

Era evidente que le gustaban las simetrías. Yo odiaría tomar una bebida que tuviera mi nombre, aunque por otra parte yo no escogí mi nombre, me fue impuesto y lo detesto.

-Bebe, que hay más.

Le hice caso. Me parecía ominoso que hubiera más porque era una bebida bastante cargada. Además tenía el poder de aumentar el calor de la salita a temperatura de fornalla. Por otra parte pude observar que ella no bebía tanto como debía -es decir, no tanto como me compelia a mí hacerlo. ¿Querría emborracharme? No le sería difícil porque realmente no era un bebedor aunque cumplía con las obligaciones sociales propias de mi sexo al ir con compañeros de *Carteles* a beber los sábados después del pago al bar de la esquina, *La Cueva*, que era una covacha, otras veces más lejos, a los bares de los muelles en la Alameda de Paula, casi siempre al bar *Trucutú* (en recuerdo del héroe cavernícola) y una que otra vez fuimos a parar a la calle Virtudes; al bar *La Gruta*, en la frontera del barrio de Colón, del bar al bayú. Hubo otras ocasiones, casi todas después de conocer a Margarita -lo que me devuelve al extraño brebaje que tenía en la mano y me llevaba de vez en cuando a la boca, mientras ella me miraba, su vista del vaso a mi visaje, tratando de escrutar lo inescrutable: mi cara de chino, media luna pacífica, Charlie Changai. Nunca me gustó el sabor de la bebida pura, ron o whisky, y siempre escogía cocktails como el cubalibre o el daiquirí, donde la coca-cola o el gusto de limonada disfrazaban el alcohol. Pero no me gustaba nada el sabor del -¿o debo decir de la?- Margarita, que tenía un sobregusto amargo. Mas Margarita me conminaba a beber más Margarita.

-Bebe, bebe -me decía, y se recostaba a verme beber. En una ocasión se levantó del sofá y se sentó en uno de los sillones frente a mí, mirándome directamente, no con el medio perfil que era todo lo que permitía el sofá, cara a cara, observándome. Era una mirona y sacaba placer en verme beber hasta la borrachera. Escoptofílica de dipsómanos -los griegos tienen palabras para todos. Esta maga Rita en su antro, rodeada de panteras pintadas, observaba cómo yo me iba poniendo puerco por la poción. Sabía cada vez más a acíbar. Amargarita se sonrió con una extraña sonrisa (estoy seguro que su sonrisa era sana y mi mirada malsana) y al final me dijo:

-Tengo algo que declararte.

Creí que era una confesión sobre su salida y traté de impedirlo con convicción, pero sólo me salió una suerte de adiós manco. Lengua de manos. Un indio de otra tribu o un sordomudo. A excusas exclusas. Pero ella parecía estar preparando una declaración de dependencia. A pesar de mis gestos de un hombre que se ahoga en alcohol, me dijo:

-¿Qué dirías tú si te dijera que te he echado veneno en la bebida?

-Que eres una Margarita venenosa. Hay rosas ponzoñosas porque no había de haber una margarita.

-No, no es broma. Lo digo en serio. Te puse veneno en el trago.

Vi que lo decía con toda seriedad. Mortalmente seria. Dejé de sonreírme (es decir, fue en el momento que me di cuenta que me sonreía frente a su seriedad que también me puse serio) y la miré fijo en los ojos. Estaban tan serios como su cara. Todos estábamos serios en ese momento: yo, ella y sus ojos que se veían luminosamente verdes. Pensé en el color verde y el mar, en el verde y el mal, ¿me vería ella verde con sus ojos? ¿No estoy demasiado verde para morir?

-Te acabo de envenenar -sentenció ella-. No tienes más que minutos de vida.

No había pensado nunca en la duración del acto de envenenar, entre su comienzo, su ejecución y su final. ¿Se dura horas o segundos? ¿Cuándo empieza el envenenamiento? ¿Cuando se administra el veneno o cuando actúa? No era el momento de tales indagaciones porque me sentí de veras envenenado. ¿Qué efectos produce un veneno? ¿Dolor de estómago? ¿Convulsiones? ¿Asfixia, estertores y finalmente la muerte? ¿O un colapso violento?

-Cuando te caigas muerto -siguió ella-, te saco de la casa, te bajo por las escaleras, te arrastro hasta la calle y te dejo junto al muro -es decir, mis restos mortales en los restos del cementerio de Espada: un muerto moderno entre los muertos antiguos pero igualmente muerto. Estaría menos vivo que los estudiantes, que tenían un monumento en el cementerio de Colón, un parque con su nombre colectivo y un día en el calendario histórico: 27 de Noviembre -Fusilamiento de los Estudiantes de Medicina. Efemérides luctuosa. Todos los recordaban en Cuba, nadie podía olvidarlos: no estaba permitido: no se debe olvidar a los mártires. Mientras que yo les costaría trabajo aun identificarme a las autoridades policíacas, como decían los periódicos, y tendría que esperar tumbado allí en el extremo ciego de la calle hasta que me levantara el forense -frase que siempre me había intrigado: ¿levantaba el forense personalmente los cadáveres dejados en la calle? Entonces más que forense sería forzudo. Fuerza forense. Aforado desafortado. En este delirio estaba (producto sin duda del veneno: alguna poción venezolana, con componentes de curare: verde que te odio verde, verde de muerte, todo verdor perecedor) cuando oí una carcajada enorme, una catarata, no una cascada, la caída del Ángel muy cerca de mis ojos cerrados, de mi agonía extrañamente apacible, de mi ven dulce muerte mientras yo agonizo, y con un esfuerzo extraordinario abrí los ojos. Vi a Margarita riéndose, acercándose a mí, quitándome el vaso de la mano y bebiendo el resto del veneno lento rápido -un pacto suicida sin duda. Pero para un pacto hace falta el acuerdo de por lo menos dos y yo no había dado consentimiento para que me mataran. Entonces habló ella, con una voz muy alegre, nada parecida a la del que va a morir, como sin duda le ocurriría después de haberse bebido la mitad de la pócima ponzoñosa. Estricta estricnina. Rictus, risa. Se reía. De mí. Era la escena de las burlas.

-¡Te lo creíste, te lo creíste! -dijo-. No digas que no, que te vi bien. Te lo vi en la cara. ¡Te lo creíste!

¿Qué me habla creído?

-Júrame por tu madre que no te creíste envenenado. Hasta te estabas muriendo y todo.

Volvió a reírse, esta vez menos estruendosamente -o tal vez no tan cerca de mi oído. De mis tímpanos ahora tímpanos.

-¿Soy o no soy una buena actriz?

Salí de mi sopor, de mi estupor, de mi estupro -sin duda ella me había violentado emocional y casi físicamente- de un golpe. ¡De manera que era todo teatro! No me había echado cicuta en el trago, Sócrates sin simposio. No tengo vergüenza en contarlo ahora pero la tuve entonces al enfrentarla a ella: tal era mi ingenuidad en ese tiempo que me creí que ella me había envenenado de veras, solamente por la sugestión de su voz, de sus ojos verdes y la pésima pócima que había confeccionado como cocktail. Se acercó a mí y me dio un beso en la boca, húmedo de la bebida pero también de su saliva, savia, sabia: intenso y muelle con todos sus labios gruesos, ventosas, no bombas.

-Mi pobre envenenado.

Se echó hacia atrás de nuevo, como para mirarme mejor, verme bien. Marga mirando a Lázaro cerca de San Lázaro: creed y resucitaros.

-Si te creíste eso eres capaz de creértelo todo, querido.

Por fin reaccioné, ante su última palabra, a la Julieta.

-No me creí nada. Estaba haciendo cine como tú teatro. ¿Por qué me ibas a envenenar? ¿Para qué? ¿Por quién? El motivo crea el crimen.

Ah -dijo ella triunfal-, yo tengo respuesta para todas tus preguntas. Me vengo -y aquí hizo una pausa para que yo cogiera su doble sentido- de los hombres todos. Lo hago para cobrarme una deuda con la sociedad que me ha hecho una amargada. Enveneno a mis amantes por mi placer de verlos en su agonía, observarlos cómo mueren y mirarlos muertos. ¿No te parecen pocos motivos?

-Tú eres todo menos una amargada.

-¿Qué sabes tú? Nunca me has visto como soy -y sin ninguna transición añadió-: Ahora vámonos, que mi hermana está al regresar con su marido. Ya hemos jugado bastante.

Todavía tenía yo la ingenuidad de preguntarme adónde íbamos a ir: era evidente que ella quería decir a un solo sitio, ese sitio donde se está solo en compañía, donde dos hacen uno. Aunque podía haber varios sitios para un mismo principio y diversos fines. Calculé las posibilidades a mi alcance y decidí que el mejor lugar era la posada de 11 y 24. En el taxi su belleza era acentuada, como en el cine las estrellas, por las luces y sombras de la calle San Lázaro, antes de ascender a la oscuridad de la Colina Universitaria (era una manía habanera latinizante llamarla así, pero una de las colinas -ni siquiera sé si llegaban a siete- insistía en llamarse, vulgarmente, la Loma del Burro en vez del Ascenso del Asno), sus ojos se hicieron más intensamente verdes en el rincón oscuro del auto, desde el cual se insinuó hacia mí diciendo:

-No era un veneno.

-¿Cómo?

No sabía de qué hablaba.

-Que no era un veneno lo que te di pero sí algo más terrible -hizo una pausa dramática, radial casi, ya que en ese tramo la calle estaba a oscuras y sólo oí su voz, sin poder ver su cara-. ¿Sabes lo que fue?

-Ni idea -decidí oír su cuento verde.



-Debías tenerla pero te lo voy a revelar de todas maneras. Era un filtro de amor.

No podía negar que su oficio era dramatizar, falseando: debía ser en Venezuela también una actriz de radio: la estofa de que estaban hechos los sueños sonoros de María Valero.

-¡«Un filtro de amor»! -le reproché-. ¿De dónde sacas un nombre tan rebuscado? ¿Por qué no dices, como en Santiago, un bilongo? ¿O como en todas partes en Cuba, una brujería?

Me miró, su cara ahora de nuevo visible, al bajar el taxi por la calle L, casi llegando a Radiocentro, y sonrió:

-Bueno, si tú lo quieres voy a ser chusma: te hice un amarre.

Había usado la palabra apropiada para los negros brujeros de La Habana. La ventanilla estaba baja y, a pesar de la velocidad del taxi y el aire que entraba a raudales desde el mar cercano, no pude evitar cierta náusea. Yo sabía lo que quería decir exactamente un amarre, de qué estaba invariablemente compuesta aquella versión habanera del filtro de amor: nada de mixturas malvadas homéricas ni de Pociones medievales ni del «medicamento magistral» romántico. Un amarre de mujer siempre contiene gotas de sangre menstrual. La miré a ella y estuve a punto de preguntarle si era verdad lo del brebaje, pero su belleza, su boca entreabierta (no por celo sino porque estaba a punto de decirme algo) y sus ojos que me miraban fijamente en su transparencia verde no me dejaron hablar para saber la verdad: la beldad me enmudecía.

-¿Sabes por qué lo hice?

-Supongo que para amarrarme. ¿No es ése el objeto de un amarre?

-Quiero que me ames para siempre.

Ella era capaz, como Julieta, de decir estas cosas sin ruborizarse. ¿Qué responder a semejante declaración?

-Siempre es un tiempo algo largo.

-Para siempre jamás y eternamente. Aun cuando yo no esté ya. Yo sé que no voy a estar un día pero quiero que me sigas amando aun cuando me haya ido.

-Suena muy definitivo. ¿Para qué te vas a ir?

-No sé -dijo ella, y de pronto le dio un vuelco veraz a su voz-, supongo que tendré que regresara Venezuela un día de éstos y tú no vas a venir conmigo.

No me explicaba su cambio. Había pasado de ser agresiva y distante anoche para ser hoy, esta noche, una amante devota, una esclava amorosa.

-¿Qué te ha hecho cambiar?

-¿Cambiar? ¿Cómo?

-Sí, de anoche acá.

-No he cambiado nada. Siempre he sido la misma, pero anoche, después que te fuiste.

-Después que me hiciste ir.

-Bueno, como quieras. Después, cuando me quedé sola, me puse a pensar por qué habías esperado por mí todo ese tiempo y me di cuenta de que yo significaba más para ti de lo que ni siquiera había soñado. Me lo hicieron saber tu extraña carta, la otra tarde, y tu espera de anoche. Pensé que tú significabas algo para mí. No tanto como Alejandro un día. Pero tú tienes además una pureza y una inocencia.

-No creas, que puedo ser muy maldito -la interrumpí usando ese habanerismo.

-Como quieras. Pero Alejandro no tuvo ni podrá tener tu virginidad.

-¿Virginidad?

-Bueno, inexperiencia, una cosa angelical.

Pensé en el ángel caído, en la mefistofelicidad del mal, pero no dije nada: de lo que no se puede hablar lo mejor es callar.

-Alejandro carecía. Aunque él significó mucho para mí, tengo que admitirlo.

Se calló y me alegré porque no soportaba que me hablara de ese

Alejandro antiguo, casi mítico pero que yo sabía que existía no sólo porque ella hablaba de él sino porque lo había visto y es más, estaba con ella y recordaba el bienestar que ella exudaba, como un vaho en la noche habanera, vaporosa y visible bajo las luces del portal de la Manzana de Gómez, esa fruta prohibida del bien y el mal de la ciudad, presente siempre en el recuerdo ella: su cara, su andar, la manera alegre de agarrarse entre columnas al brazo de este hombre que viene a interrumpir con su presencia la felicidad del momento -o del recuerdo.

Cuando abrí la puerta del cuarto ella me advirtió rápida como un reflejo. Dos veces no vi el alma, dos.

-Recuerda no encender la luz.

-¿Y cómo vamos a entrar al cuarto, a tientas?

-No quiero decir ahora sino después.

Claro que lo sabía pero le quería tomar el pelo tanto como cogerle el cuerpo. Encendí la luz, entramos y cerré la puerta.

-Yo me cambio en el baño -me dijo-, pero por favor no te olvides de apagar la luz.

-Descuida que cuando salgas habrá un reflector alumbrándote.

Le iba a añadir: Seins et lumières, pero era cruel, crudo. Ella me miró, se sonrió, se rió y entró al cuarto de baño. Me desvestí con la luz prendida -no iba a añadir a mis dificultades naturales sacarme los pantalones al tacto de nuevo, acto artificial, contra natura- y apagué la luz y enseguida me metí en la cama y me acosté esperando. Vi cómo la luz del baño se apagaba en las rendijas y oí abrirse la puerta pero no oí nada más (su paso era felino: una pantera negra

en la oscuridad, sus ojos verdes ardiendo con fulgor en el bosque de la noche) hasta que sentí cómo se metía en la cama, penetraba debajo de la sábana y venía hacia mí, sobre mí, sintiendo su seno solo sobre mi pecho, blando y duro a la vez, su cuerpo hecho carne táctil sobre mi cuerpo, su blandura convertida en una suavidad que había que celebrar porque era única: una mujer, toda mujer, mi primera mujer en mi vida. Era la primera mujer que había tenido arriba y me sentía extraño, invertido los papeles, pacientemente pasivo porque ella no estaba allí para dejarse penetrar sino para otra actividad que resultó más memorable.

-¿Sabes lo que voy a hacer contigo esta noche? -me dijo invisible, ahora toda radio. No tenía la menor idea.

-No tengo la menor idea.

-Te voy a marcar para que todo el mundo vea que me perteneces.

Todavía no tenía idea de lo que quería decir con marcar cuando comenzó a mordirme el cuello, el pecho, los brazos, pero no a morder exactamente sino a chupar, succionando la carne como si quisiera sacarme el jugo nérvico. Estas succiones eran más placenteras que dolorosas, como una ventosa suave, y comprendí la reacción de placer que sufren, pasivas, las innúmeras víctimas del vampiro en los diferentes avatares del conde inmortal, del Divino. ¿Sería ella una de las versiones de Drácula? ¿Margarita del Transilvalle? ¿Violeta vulgar? Pero pude jugar mi papel activo entre sus posesiones marcadoras, ella arriba, abajo, de lado, siempre sintiendo su seno como un unicornio blando. Cuando regresé a casa, ya tarde en la noche pero no tan tarde como para encontrarme a todo el mundo levantado (una de las paradojas paternas: regresas tarde y todos duermen, regresas más tarde y todos están en vela esperándote), me sentí satisfecho porque lo que después vino a llamarse actuación (de la cama considerada como escena: aunque el nuestro era un teatro táctil), la mía, había sido mucho más eficaz que la primera subida escénica, pero al mismo tiempo preocupado por las marcas de Margarita, sus devoraciones a flor de piel. Casi en puntillas me metí en el baño, cerré la puerta con llave y encendí la luz para abrirme la camisa. Allí, sobre el pecho, a un costado de los hombros y casi en el cuello estaban las improntas delatoras, las huellas del delirio. Traté de frotarlas con el índice, con otros dedos, con toda la mano, pero eran las manchas de Macbeth, indelebles: estarían ahí hasta el día del juicio: huellas de un pecado mortal. Apagué la luz a tientas y salí del baño, no sin antes abrir la puerta. Entré al cuarto silencioso dirigiéndome al gavetero que quedaba a un costado de la cama, operación riesgosa que realicé en la oscuridad con pericia de comando -o mejor de fotógrafo en cuarto oscuro. Abrí una gaveta inferior y saqué una prenda de vestir. Regresé al baño, cerré la puerta y encendí la luz de nuevo: precauciones de Margarita, por Margarita. Esta vez me quité la camisa y viéndome todo el cuerpo, no sin regocijo -tatuado erótico, Queequeeg de las Indias Occidentales, polígamo polinesio- me puse la camiseta T que habla sacado del gavetero, ropa interior absurda en La Habana, que no usaba ni en pleno invierno y que ahora deberla llevar todo el verano, porque Margarita me marcaría regularmente, una hechicera que vigilaba la propiedad de su único ganado. Justifiqué el uso de la camiseta encubridora ante las preguntas de mi mujer al día siguiente como una cura para un repunte de bronquitis, yo que, ni siquiera tosía, los mejores pulmones de la familia. Solamente su inocencia -o su ignorancia conventual- me permitió salir del atolladero con tan pobre excusa. En una ocasión las marcas de amor de Margarita se extendieron muy alto por el cuello y así me vi buscando una bufanda por media Habana en verano y llevarla en alarde de elegancia, que provocaba no pocas burlas en *Carteles* y en el barrio, donde al principio me gritaban apodos. Rine me llamó el bufón de la bufanda y Silvio Rigor le fou du foulard. Sin embargo lo más incómodo era usar estos aditamentos, ya que el verano hosco convirtieron la camiseta y la bufanda en un sudario. Afortunadamente no tenía que quedarme desnudo ante mi mujer porque ella era modosa y yo me hice casi casto. En cuanto a hacerle el amor, por ese tiempo la barriga enorme que cargaba ella (¿a qué bípedo grotesco comparar una mujer embarazada?) nos había vedado el sexo hacía rato y, como animales fuera de la época de celo, nuestros contactos eran meros reconocimientos táctiles, formas de asegurarle a ella que pertenecía todavía a la tribu.

Pero no todo era amor violento el de Margarita, ni siquiera sexo. Hubo muchas veces (ahora nos veíamos casi todas las noches, mi secretaría nocturna abandonada con el pretexto del cine, a mayor gloria de *Carteles*) que salíamos a recorrer su barrio, que evidentemente le gustaba. La complacía esta domesticidad urbana de clase media baja con aspiraciones que ascendían según San Lázaro remontaba la cuesta de la universidad y se internaba en la terra incógnita de El Vedado, donde devenía súbitamente calle L, la españolidad colonial (o postcolonial, pues San Lázaro había prosperado y hecha habitable con la República, y nacía en la estatua al poeta pacifista Zenea, para morir ante el busto bello de Mella, líder estudiantil comunista, monumentos a mártires, y si existía un enclave exclusivo en su primera cuadra, el Unión Club, habla en su última cuadra la meca del mal gusto de la clase media habanera, Lámparas Quesada, la pesadilla de Aladino, con cientos de candelabros, el cielorraso tejido de arañas de cristal, falsas lágrimas) americanizada de repente en el bautizo de una calle no con un nombre propio, una efemérides, un santo, un gobernador del tiempo de la colonia, un patriota mambí, un prohombre republicano o una nación más o menos amiga, sino con una letra justamente allí donde también las calles se llaman por números, La Habana imitando a Nueva York en los barrios menos neoyorquinos por residenciales y definitivamente marcados en su tropicalidad por la abundancia de jardines que no existían ni en La Habana Vieja de la colonia, ni en La Habana Nueva de principios de siglo, ni en esa medianía temporal y espacial que era la zona en que ella vivía, sin jardines ni mansiones ni grandes hoteles. Pero en ocasiones bajábamos en sentido contrario por Jovellar hasta el parque Maceo y el Malecón y a veces la noche era insular y había allí jardines invisibles. Ya que el parque Maceo ni siquiera tenía árboles -y el parquecito de Colón (seguramente creado por Bobadilla para escarnio del Descubridor) enfrente era ese minúsculo parque de diversiones que fue mi primer zoológico y mucho más tarde el refugio de las parejas a veces dobles de mi

mujer, entonces mi novia, y su hermana acompañada por Rine, que devendría su marido. Hablando del rey de Roma: una noche traje a Rine a conocer a Margarita en su doble aspecto de cronista oral de mis conquistas de Don Juanito (como decía Rine, Cazanova: invariablemente le contaba cuanta ocasión amorosa me encontraba, situaciones que él disfrutaba vicariamente, impedido de imitarme por sus sucesivos fracasos, fiascos sexuales que superó gracias al empleo liberal de la Yoinbina y su contraveneno, el Nupercainal: farmacopea que de haber conocido Fausto no habría tenido que vender su alma al diablo) y de crítico de teatro. «Ella es actriz», le aseguré. «Actuaba en el Teatro Universitario y ahora trabaja en la televisión en Caracas.» Margarita, caminando conmigo rumbo al parque Maceo, lugar de la cita culta, iba nerviosa sin saber por qué. Le aseguré que era un amigo, viejo amigo, amigo leal. Pero cuando nos encontramos con Rine frente al Torreón de San Lázaro y se lo presenté se sonrió con una sonrisa que yo no habla visto antes en ella: era apocada, tímida, como si estuviera ante una prueba decisiva. Rine estuvo muy ingenioso esa noche, no sólo haciendo chistes con la creación de Dumas hijo y la virginidad de Violeta («Una margarita capaz de marchitar todas las camelias», le dijo a ella, y dirigiéndose a mí: «Has logrado desflorar la Margarita») que eran previsibles sino contando un cuento que me pareció en principio inapropiado pero que finalmente fue de regocijo mutuo porque le hizo gracia a Margarita. Ya yo lo conocía pero ella no. Se trata del maricón (y lo que propició la versión, de Rine fue inevitablemente estar en el Malecón) que va al médico porque tiene una molestia en el ano. («Anal, no mensual», aclaró Rine.) El especialista decide investigar y se calza un guante y luego introduce su mano envaselinada (Bine: «No hacía falta la vaselina, claro. Los muchachos de antes no usaban gomina») en el recto del paciente. Médico: «¿Le molesta?». Maricón: «En lo más mínimo. Siga, siga, doctor». El médico continúa tanteando (Bine: «Auscultando», pronunciándolo «Auscultando») y no encuentra nada entre los pliegues del ano. Médico:

«Alguna molestia?». Maricón: «Ninguna». El médico va a darse por vencido, cuando tropieza con un cuerpo extraño, lo toca, lo tantea, lo agarra, lo afirma y lo saca. Médico, asombrado: «¡Es una flor!». Maricón: «Para usted, doctor». Rine lo remató diciendo que claro que la flor no era una tímida violeta, sino una rosa encarnada. Rine siguió con una suite amarga que era el cuento verduoso que nos hizo Virgilio Piñera del adolescente que se perdió en el paraíso de un cine, Virgilio de guía por aquella historia de relajaciones de indias, el orificio de contar lo opuesto al culo florecido; el extravío de los sentidos una temporada en el interno. Este cuento encantó a Margarita, que luego me confesó que había encontrado a Rine sumamente simpático, diciéndolo con la implicación de que creta imposible que ninguno de mis amigos lo fuera. Debí traerle a Branly, que hacía chistes absolutamente inesperados, sus claves del alba bien templadas, como las cuerdas de su guitarra, acordes de movimiento verbales, disonancias contra la altisonancia y no cuentos conocidos, como el del enema de la rosa.

Ah las bromas del bravo Branly y sus paronomasias *pour le piano* -¡sin piano! Este Satie latino, ladino, en respuesta a todas esas tonadas tontas como *Damisela encantadora* (de Lecuona, el hombre que compuso *Estás en mi corazón* y luego le dio un infarto) compuso un bolero lento titulado *Acuerdo y desacuerdo*, para ser cantado al unísono por un trío de voces femeninas. También tarareó una rumba lenta que nombró *Zapatos de dos tonos: mayor y menor*. Luego escribió un son lento al que llamó *Silbando*. Creo que debo revelar aquí que Branly no escribió una sola nota de uno solo de sus sonos. Todavía me parece oírlo explicando la anomalía (porque música él sabía), ya que pretendía que la notación musical moderna fue inventada por un músico renacentista llamado Cyprien de Rore. Branly, hombre de ingenio azucarero, siempre llamó a este escribano Chypre d'Erere, un perfume de error.

¿Por qué, se preguntarán ustedes los que no saben leer música, este homenaje mío tan tarde en el libro y en la vida? Precisamente por la vida: Branly está muerto. Murió de cáncer del pulmón hace dos años. (¿O hace diez ya?) El cáncer puede explicar su voz y su vida breves pero no su personalidad ni su talento. Consideren todo esto, por favor, una explicación a priori para cualquier Margarita de la tarde (o tardía) que pregunte: «¿Quién, quién?». En cuanto a mi Margarita, nunca preguntó nada porque nunca conoció a Branly. Ni siquiera pude presentarlos, ya que Branly, de cuerpo presente, sería para ella todo menos un presente. Pero yo, cuando hagan el pase de lista en este libro, podré responder al nombre de *Branly, Roberto* con este «¡Presente!».

Mi molestia no iba dirigida a Margarita sino contra el veredicto de Rine al día siguiente, que era como una resaca. Había encontrado hermosa a Margarita (me asombró que empleara precisamente ese adjetivo porque eso es realmente lo que ella era: una hembra hermosa) pero agregó que estaba convencido de que no era una actriz. «Si lo es debe ser muy mala», agregó Rine. No especificó su sentencia y yo, molesto, no le pregunté su delito. Pero insistió: «Si ella es actriz mi nombre es Lear», haciendo una demasiado evidente alusión a su apellido Leal, que el tiempo demostró que era el que mejor le convenía-aunque en ese momento yo pensé que hacía mejor el tonto. Es que el amor me convertía en desleal.

Otra de las pasiones de Margarita era el cine, pero tenía una especial debilidad por las películas mexicanas, y más de una vez en lugar de ir a un teatro de estreno a cumplir con mi deber de crítico me encontré camino del convenientemente cercano cine Florencia, donde el repertorio recurrente estaba compuesto por películas mexicanas, complaciendo a la clientela del barrio. Pero hasta allí me perseguían las obras maestras. Un día, cuando Margarita ya había desaparecido, vi *Más allá del olvido* en que Hugo del Carril ama apasionadamente a una mujer, ésta se muere y desconsolado se marcha a Europa, donde encuentra un perfecto facsímil de la mujer muerta, de la que se enamora apasionadamente y su amor la mata finalmente. Aquí el amor, el tema del doble y la necrofilia estaban ligados en un sueño pasional. Allí (aunque me había hecho habitué de las salas de estreno) tuve que ver más de un bodrio borroso, algún Cantinflas las más veces y por lo menos una obra maestra surrealista que unía a su intensidad emotiva

una impensada comicidad. Ya la había visto antes pero verla junto a Margarita fue una experiencia extraña. La película se llama *Abismos de pasión* y está basada en Cumbres borrascosas, y ya desde el título se puede ver venir la perversidad de Luis Buñuel contra Emily Brontë, a la que no sólo viola sino tortura y confunde. Nada más alejado de *Wuthering Heights* que esta versión, perversión mexicana. Ya sea porque Buñuel es sordo o por imposiciones de la productora, el reparto no puede sonar más cómico con sólo abrir la boca. Heathcliff se convierte en Alejandro (¡maldito nombre!) y lo interpreta Jorge Mistral con fuerte acento español que quiere parecer mexicano y consigue ser andaluz. Catherine es Catalina pero habla por ella Irasema Dilian, con el más pesado acento polaco. Mistral era moreno, mientras que Irasema es rubia y así racialmente no forman tan pésima pareja -con los oídos tapados. Edgar es encarnado o descarnado por Ernesto Alonso, un actor epiceno mexicano que sesea su interpretación de un inglés débil como en la novela. Pero Isabella, esposa de Heathcliff, al convertirse en mujer de Alejandro se revela como la imposible versión refinada de una cabaretera de café del puerto: Lilia Prado, que más que mexicana parece una mulata cubana. (O tal vez sea una mulata mexicana.) Para colmo, el malvado Hindley es impersonado (en la única buena actuación de la película) por López Tarso, que siempre fue un eficaz villano mexicano y que aquí podía muy bien estar entre las tropas de Villa y no en la troupe de Buñuel, tal es su feroz individualidad. Particularizada en el momento en que, completamente borracho, le dice a la increíblemente pudorosa, temerosa Lilia Prado, que lo ve venir hacia su cama y se aterra: «No seas zonza. No tengas miedo. No te voy a violar» y con su negación acentúa en el espectador la certeza de una violación inminente. Allí me reía yo en lo oscuro como un avieso mientras al lado mío Margarita sollozaba, lloraba por los amores imposibles de Jorge Mistral y de Irasema Dilian. En un momento sin embargo casi nos reunimos los dos, ella riendo, yo llorando: cuando, al final, Catalina muerta y enterrada y Luis Buñuel más alejado que nunca del libro, hace bajara Alejandro los escalones hasta la tumba de Catalina, que es un sótano, a violarla, a violentar su fosa en la cripta. Alejandro, perturbado por el dolor, alucinado, su sueño completado por la aparición de Catalina en su traje de novia en lo alto de la escalera, la reclama: «¡Catalina!». Como respuesta a su llamado recibe una descarga de escopeta, empuñada por López Tarso, la visión de Catalina desvanecida un momento antes, revelando al asesino alevoso. Queda en la cripta el cadáver de Alejandro (su nombre merecido) junto al de Catalina. López Tarso, triunfal, cierra la tumba y con la losa que cae termina la película con un acorde romántica: en todo este sorprendente final ha estado sonando *La muerte de amor de Tristán e Isolda*. Cuando encendieron las luces, entre lágrimas, yo tendiéndole un pañuelo que esperaba que no se manchara de escarlata delator, secándose los ojos siempre verdes, Margarita me dijo: «¿No es verdad que es muy linda película.» -y tuve que estar de acuerdo con ella sin decirle: es mal Brontë pero es buen Breton.

Aquella noche, en los, bajos de su casa, tal vez influida por las imágenes, no cesó de besarme, creando una atmósfera húmeda de besos sin abrazos, los besos en el aire, entre mi boca y sus labios, los dos iluminados por el farol de la entrada, siendo un espectáculo privado en un sitio público -que nadie veía aunque era gratis porque era tarde para otros ojos que no fueran los míos, a los que los lentes despegaban del momento. Antes de irme, de soltarme de sus besos, me cogió una mano y de pronto, sin denunciar la menor intención (sin duda influida por la pasión del abismo), me clavó las uñas de su mano derecha sobre el dorso de mi mano izquierda, no con violencia pero sí con intensidad. Margarita tenía unas uñas largas, curvas, y esa noche comprobé su dureza y su filo. Quitó la mano brusco, y reaccionando al dolor levanté mi mano (tal vez para pegarle, tal vez para salvarla de sus garras), cuando me dijo: «Eso es para que no me olvides. Mientras dure la cicatriz durará el recuerdo». Las heridas eran profundas, sobre todo una hecha por uno de sus dedos armados, tal vez el índice, que corría sobre el dorso, de la masa opuesta al monte de Venus hasta la base del pulgar. Traté de restañarla con mi pañuelo pero seguía sangrando y ahora al retirarme de su lado sin decir nada, sin deseo de venganza ni el solo deseo, solamente con la intención de ponerme a salvo, reculando de esa guarida que ella guardaba, de pie allí todavía, vigilante, al empezar a caminar hacia Jovellar, antes de doblar por esta calle y subirla, oí que ella me llamaba: «¿Te veo mañana, mi amor?». No dije nada y volvió ella a repetir la pregunta, la repitió tres veces y sin volverme supe que me habla seguido hasta la esquina. Pero yo no tenía intención de responderle, preocupado como estaba con la sangre de las estrías (¿qué otras marcas me haría esta mujer, posesiva como un ganadero entre cuatrerros?) y con este peligroso arañazo de amor. Cuando llegué a casa, sin novedad, fui al baño y me lavé bien la sangre coagulada y vi que los arañazos no tenían importancia excepto uno: sólo el de la base del pulgar era una cortada. Estaba asombrado de que las uñas de Margarita pudieran ser un arma ofensiva -to eran en realidad una defensa? Me puse un esparadrapo en la estría que había vuelto a sangrar y me acosté tratando de imaginar qué explicación dar a mí mujer dormida cuando despertara. Pensé que podía decir que me había herido con mi máquina de escribir de *Carteles*, pero por muy obsoleta que fuera una máquina de escribir (y las de la revista podían pertenecer a un museo del escriba) ninguna llegaría a ser tan agresiva: las máquinas de escribir son más bien masoquistas: reciben aporreos y golpes directos y ninguna ataca al hombre, mansa. Tal vez dependiera de la marca. «Es una Underwood vieja, muy complicada.» Bonita excusa. (Es más, no podía ser ni una explicación ni una excusa: era una coartada para un criminal ajeno, pero la pasión nos unía como un delito.) Además, mi mujer era mecanógrafa y sabía de Underwoods, de Remingtons, de Smith-Coronas, y estando en estado debía de saber hasta de Hermes Babys! ¿Qué alibí aliviaría mi cortada? A la mañana siguiente, antes de levantarme, dormido todavía, decidí que le diría que había habido una pelea confusa en *Carteles* (lo dejaría todo ambiguo: yo podía ser un contrincante o el mediador) y esa mano marcada era el resultado inmediato. El resultado mediato fue que decidí no ver más a Margarita. Tal vez lo había estado pensando desde antes, tal vez lo formulé solamente ahora, como formando parte de la mañana después. Lo cierto es que su violencia se vino a añadir a lo oneroso que resultaba aquel

amor entre las sombras, la misma ilegalidad, pues si bien yo no dudaba antes en engañar a mi mujer con la primera viajera que se cruzara en mi ómnibus, eran amores pasajeros. Pero ésta era una relación más seria, complicada, un amor que se quería eterno. A menudo sacaba mis lecciones de la literatura, las más de las veces del cine, y ahora un libro y una película se reunían para advertirme que los amores violentos terminan violentamente -y no tenía ya duda de la violencia de Margarita. Dejé de verla.

Hasta su próxima llamada a *Carteles*: no podía resistirme a su voz, a su tono que no era exactamente suplicante pero que me pedía vernos, al timbre mismo de su voz. Tal vez Rine se equivocara y ella fuera una excelente actriz, pero en su voz había siempre un dejo sincero que me conmovía -además, ¿quién puede resistirse a una cara costumbre? Y volví a su casa, a casa de su hermana, a ese pozo de compañía al que se subía en vez de bajar. Fue un sábado por la tarde, que era el día en que más tiempo podíamos estar juntos. Su hermana, remota, misteriosa como siempre, viuda eterna, no estaba en su casa y al abrir la puerta ella cayó en mis brazos o más exactamente comenzó a besarme -ella que podía besar sin manos. Luego habló. Habló de lo que me necesitaba, habló de lo que me quería, pero ni una sola vez aludió a los arañazos que marcaban con un hierro: aunque ya no llevaba el esparadrapo, la herida mayor tenía una costra visible. Dando media vuelta, sin soltar mi cuello, me dijo:

-Vámonos por ahí.

Pensé que una tarde de verano en La Habana no era el mejor tiempo para enfrentar, casi afrontar, el doble insulto del sol vertical y el cemento horizontal del parque Maceo o la extendida cinta de asfalto del Malecón, y se lo dije -claro que no con tales y tantas palabras. .

-Yo quería decir a otra parte dijo ella sonriéndose con la boca y con sus ojos verdes, y aunque no había vestigio alguno de una niña en ella recordé a mi prima en sus días de niña, con su inocencia depravada, prodigio amoroso, invitándome a la privacidad del excusado, cerrando la puerta alta de madera, quitándose la bata casi de muñeca, deshaciéndose de su pantaloncito minúsculo para mostrarme su cuerpecito sin senos y sin vellos que fue para mí la revelación de mi vida -y comprendí bien lo que quiso decirme Margarita con los mismos ojos verdes veinte años después. En la esquina de San Lázaro y Hospital, esquina doblemente odiada, encontramos un taxi envuelto en el doble vértigo de la velocidad y la luz.

Cuando una vez dentro le dije al chofer que nos llevara a 2 y 31 (éste asintió con un movimiento de cabeza ladeada que era casi un guiño cómplice), ya que yo quería cambiar de escenario sexual, recorrer con Margarita las posadas que conocía y tal vez luego, si duraba nuestro encuentro (y ésta era la justa palabra porque toda la relación estuvo siempre presidida por la precariedad y la duración de un momento que se quiere continuar), nos aventuraríamos a la calle 80 en Miramar, a un hotelito en la frontera erótica, a donde no había ido nunca. Pero casi encima de mi orden ella me dijo:

-No, ahí no. Hay demasiada luz de día.

Y antes de pedirle al chofer cambiar de dirección (nuevo asentimiento que sería un consentimiento) sufrí un ataque agudo de celos porque su corrección significaba claramente que ella había estado ahí antes y aunque por supuesto yo no podía reclamar su vida pasada, pensé que tal vez ese conocimiento exacto de la posada de día quería decir que ella había estado hace poco allí. Estuve tentado de decírselo pero me callé diciéndome que una aclaración sólo conduciría a una declaración y luego a una discusión y, por otra parte, ella no debía importarme como una totalidad, sino como el momento y lo que había pasado antes debía serme tan ajeno como el futuro. Además estaba la presencia del chofer, tan atento como si fuéramos sentados en el asiento delantero -Margarita del lado de la ventanilla. Una vez dentro de la posada se repitió la ceremonia del cierre de todas las cortinas contra el sol cegador de afuera y no encender la luz, otro sol para marchitar a Margarita. Pero camino del baño ella me dijo, en tono de confianza, más bien un susurro:

-Tengo algo para ti.

Pero no dijo más. Como siempre me desnudé y me metí en la cama en el cuarto a oscuras, con la raya de luz del baño solamente visible por debajo de la puerta. Al cabo la oí llamarme y decirme desde detrás de la puerta cerrada:

-¿Tienes los espejuelos puestos?

Entonces yo solía llevar de día espejuelos oscuros que parecían gafas solares. Había vuelto a ellos desde los primeros espejuelos que me vi forzado a usar a los dieciocho años y escogí lentes negros para disimular que era miope, dejado llevar por el prejuicio que había en el Instituto contra los alumnos (sobre todo masculinos) que llevaban espejuelos, que era un signo de lo peor que podía ser un estudiante, es decir estudioso, y al mismo tiempo denunciaban la debilidad del usuario. Además las gafas ahumadas eran unas antiparras contra la timidez, haciendo inmune al usuario de esa enfermedad del espíritu. Ahora volví a usarlos de día. Pero una noche, en que fui con ella al cine y llevaba los otros espejuelos de lentes transparentes, Margarita me preguntó si los necesitaba en realidad (era casi como inquirir por la necesidad de unos zapatos ortopédicos), si no podía ver nada sin ellos y al afirmar mi dependencia de los lentes se río y me dijo que nunca había pensado enamorarse de alguien que usara espejuelos. «Casada con un cuatrojos», dijo y se corrigió: «Bueno, casi casada» -pero no retiró el apelativo de cuatrojos.

-Sí -le dije desde el cuarto, casi le grité: no hay barrera contra el sonido como una puerta cerrada.

-Bueno -dijo ella-, quítatelos y cuando yo te diga cuándo te los vuelves a poner.

Hice lo que me pedía, casi me ordenaba, y por un momento vi la luz no cuadrada sino desbordada por la miopía de la puerta del baño que se abría. Pero ese chorro de claridad desapareció de nuevo y ella me dijo, ya en el cuarto: -Póntelos ahora.

Hice lo que me ordenaba y presencié un espectáculo -porque era un espectáculo- inolvidable: ocurrió hace más de un cuarto de siglo y no he olvidado un mínimo momento, un solo sector de lo que vi. Ella estaba parada junto a la puerta semicerrada del baño y un rayo de luz que penetraba por la rendija, que antes habría sido intruso para ella, era ahora cómplice: la luz iluminaba su cuerpo: no todo su cuerpo sino la mitad, la parte izquierda, mientras la derecha permanecía en penumbras aunque no podía distinguir nada de esa zona de carne eclipsada: era la carne iluminada lo que veía. La mitad izquierda de su cuerpo mostraba un muslo (no podía ver la pierna por el borde de la cama pero no me importaba porque me sabía de memoria sus piernas) redondeado y largo con una forma en curva que llegaba hasta el comienzo de las caderas, de la cadera. Su cadera era alta y redonda: era la cadera de nada menos que toda una mujer y aunque no era gorda tenía la suficiente carne para mostrarse más ideal de Rubens que de Velázquez y al mismo tiempo era muy moderna: nada de siglo XVII para este ofidio del siglo XX que me tentaba con su sabiduría sexual. La doble curva del muslo y la cadera llegaban muy altas hasta su talle, que era corto (ya había podido adivinar que lo era a pesar de su ropa pero ahora lo confirmaba) y a la vez hacía juego con la parte inferior de su cuerpo, en una armonía de olas y de ondas. La parte superior estaba dominada por una teta grande, redonda y perfecta a la que el rayo de luz destacaba su pezón, el mismo botón de carne que había sentido en mi boca y entre mis dedos como un timbre mudo. Me extasié contemplando su teta única sin llegar a lamentar que no tuviera pareja, haciendo visible la música de las semiesferas, explorando ese hemisferio que había recorrido a ciegas. Ahora veta su cuello libre que no era largo pero tampoco corto y sobre el que estaba muy bien puesta su cabeza. El cuello desnudo y la cara iluminada completaban ese cuadro carnal que ella había diseñado para mí: pintado con luz como Alton. Había una sonrisa en sus labios gordos y una cierta mirada desafiante en sus ojos, como declarando que me atreviera a comparar en su perfección ese medio cuerpo que me mostraba con cualquiera otro cuerpo completo que yo hubiera visto antes, en la vida o en sueños. Pensé solamente que era una amazona antigua y casi lo dije en voz alta.

Vino hacia la cama sin apagar la luz del baño, con perfecto control de la fuente luminosa, alumna adelantada de Juan Mallet en luminotecnia, y pude ver su silueta toda cuando subió hasta mí y no me interesé por tratar de ver dónde faltaba un seno porque la llenura de su cuerpo colmaba cualquier ausencia: no era gorda, no se podía decir que tuviera grasa sobrante, sino que la carne era dominante en su estructura.

-¿Te gustó? -me preguntó mientras se inclinaba para darme un beso y por entre sus labios llenos pude decirle:

-Mucho.

-¿Te gusto entonces?

-Demasiado.

-No digas nunca demasiado en el amor.

Ella bordeaba el abismo de pasión cursi sin caer nunca en él. Mi temor con las habaneras -las otras eran todas exóticas- era que la cursilería las hiciera imposibles para vos y para nos, como le gustaba decir a Silvio Rigor, quien, contradicciones de la capital, en ese tiempo, solfa rondar (cortejar sería mucho decir, aunque él le hiciera la corte en su casona de El Vedado: sata sede en la que era recibido como bufón) a Patricia Firth, a la que su madre cubana, maquinando desde su mansión de la avenida de los Presidentes, preparaba para casarla no con un hombre pobre ni con un hombre rico sino con un Creso criollo, un magnate que era su magneto, esencial al motor que movía las acciones de la familia. Esta Patricia que coqueteaba con Silvio de manera mustia, bajando sus párpados de pestañas largas y negras sobre sus ojos azules que revelaban más que reflejaban a su abuelo escocés (ella se decía descendiente directa de Patricio Firth, el médico cubano nacido en Escocia que investigó los orígenes oscuros del lupo eritematoso exantemático, lo declaró con porfía próximo a la porfíria y descubrió la cura para esa mariposa mancillante -que consistía en protegerse del sol: remedio que en Cuba era una especie de ungüento invisible: ¿cómo huir del sol en el trópico?- para desdeirse luego y declarar al lupo incurable y fatal, fracaso de la práctica que no clausuró el éxito inicial de su teoría), herencia que era demasiada posesión: bella, rica y además con antepasados ilustres. La delgada, alta, linda Patricia Firth -a quien Silvio Rigor llamaba the Firth Lady- se dejó encandilar una noche como una mariposa malva por los faros de la máquina de Fausto, ya aprendiz de bufo, en la que éramos viajeros Rigor y yo, y moviendo ella en un giro coreografiado su ancha falda de tafetán o tul (nunca sé de las telas más que el nombre: es su sonido no su visión lo que las relaciona) declaró ufana: «¿No es verdad que luzco radiante?» -y este acto Silvio Rigor, en su amor ciego y sordo, se negaba a reconocerlo como cursilería. Fue sólo cuando ella anunció su compromiso contraído con un hacendado -prácticamente dueño de la Hacienda y no de una hacienda- que Silvio a la rigueur admitió: «Patricia es lo más cursi que he visto y oído. Ofende a la pupila y al tímpano. Además», me confesó, «padece del mal griego». «¿Cuál es el mal griego?», le pregunté pensando en el lupus familiar, en la manía lupina de su abuelo nacido en las Highlands y muerto en La Habana. Y me dijo él: «Halitosis», ofendido del hedor.

Pero Margarita tenía un aliento dulce, ahora perfumado por el ron del cubalibre que bebió de un golpe, olvidando que no era un Margarita, besándome todavía con los labios húmedos del trago, ya mojados por mi saliva, por nuestras lenguas y su visión, ese cine (la televisión es demasiado plana con su iluminación cruda, el teatro tiene siempre una luz que permita ver las palabras: solamente el cine ofrece esos claroscuros, esa luminotecnia dramática, esa fusión de las luces con las sombras como forma narrativa, y lo que había concebido ella con la bombilla del baño, la rendija de la puerta y su cuerpo era casi un *shot* en blanco y negro, una escena sacada, sin ella saberlo, del repertorio visual de Von Sternberg) que me había regalado me excitaron tanto (nada es tan erótico como el sexo entrevisto: ella me había enseñado su medio cuerpo y dejó que mi imaginación se excitara con la imagen prohibida de su otra cara de la luna) que la volteé enseguida y la penetré velozmente, casi violentamente, deseando perforarla y mientras

la besaba en la boca, después en el cuello, luego en su seno sano y ahora en su otro seno o en su cráter, sintiendo la piel estirada plana en diversas direcciones rugosas, haciendo cicatrices, la carne casi macerada pero seca, en contraste con la suavidad de su solo seno, llegué a amar esa parte en sombras de su cuerpo, sintiendo mi amor por Margarita transformarse en pasión supe que ella se estaba viniendo y apresuré mis movimientos, me hice el émbolo de su cuerpo y nos vinimos juntos -y casi enseguida volvimos a empezar. Solamente interrumpimos nuestra función, la fusión para beber, ya que a Margarita le gustaba la bebida y ordenar los tragos, recibirlos y tomarlos fueron nuestros únicos entre actos. Cuando terminamos todo lo que ella dijo fue «Amor» y repitió «Amor, amor», que casi era la letra de una canción que continuaba cómicamente: «nació de ti». Era evidente que Margarita concedía poca importancia a conseguir más de un orgasmo repetido. Era como si fuera mi misión, mejor: mi micción.

Ahora, acostada bocarriba, mirando casi ciega al cielorraso invisible, no había duda de que pensaba en otra cosa y como lo que más me interesa de una mujer, aparte de su cuerpo, es su mente, quise poseerla por completo y ya que había domado su cuerpo, controlar su mente. Pero ella hizo innecesaria mi pregunta de siempre: «¿Qué piensas?», porque antes de hacerla me dijo:

-Tengo que confesarte una cosa. ¿No te vas a poner bravo?

-Depende de lo que sea -le dije, con cierta tensión.

-Te he sido infiel.

Me sentí invadido por celos más súbitos que la tensión, por la sensación de que las mujeres en mi vida tendían a repetirse: Margarita había usado la misma frase culta y por tanto falsa que habría usado Julieta. ¿Por qué no dijo te engañé, que era más fácil y natural, si es que existen frases naturales? Pero por lo menos las mujeres son naturales en París. En La Habana están en estado salvaje —excepto dos o tres que yo mesé.

-Bueno, infiel no totalmente, pero sí un poquito.

-¿Con quién?

-Ahí está el problema. Es por eso que te digo que te he sido infiel a medias.

Visualicé enseguida el enorme Buick verde que la devolvió a su casa, al dueño de semejante carrocería, ya entrado en años y un coito interrumpido. ¿Era esa forma de singar interrumpida lo que ella llamaba «infiel a medias»? ¿O quería decir una introducción hasta la mitad, medio bálano?

-¿Es el tipo de la emisora?

-No, no es ese tipo. No es con ningún tipo.

No entendía. ¿Era con un niño entonces, corrupción de menores, un pene minúsculo? ¿O un viejo acaso? ¿Gerontofilia?

-Es una amiga mía.

Salté por dentro pero también debí saltar en la cama. Los muelles de los colchones eran muy sensibles en las posadas.

-¿Una amiga?

-Sí, una vieja amiga.

¡Mierda! Tortilla con una vieja. Pero ella debía de estar leyendo mi pensamiento en la oscuridad: Braille mental. Era notable el número de cosas que ella podía hacer a oscuras. Después de todo había pasado gran parte de su vida entre las sombras.

-Ella es de mi edad pero hace tiempo que somos amigas. Siempre se me había estado insinuando, dejándome caer las cosas, haciéndome avances, hasta que las otras noches se me declaró en firme.

Nunca se me habla ocurrido que las mujeres se podían declarar a otras mujeres como los hombres. ¿Cómo sería? ¿Formal o informal? ¿Que se dirían? «¿Me aceptas por esposa, querida?» Era ridículo, pero más ridícula fue mi pregunta:

-¿Y la aceptaste?

-No, no la acepté pero sucedieron cosas.

Era la primera vez que me encontraba con una mujer con la que había tenido que ver que sintiera «sensaciones sáficas», como decía Silvio Rigor, que opinaba que «el tribadismo está más propagado que el tribalismo en esta aldea», que él llamaba a veces por su nombre indio de Abanacán. «Peor está México», le contradecía yo. «Allí en cada esquina hay una tortillera.» Como no encontraba un equivalente apropiado, le ayudaba yo diciendo: «Pero el Malecón es una gran dike» -y retamos los dos de haber salvado a La Habana para las lesbianas. Como ven, podía hacer humor antes como puedo despegarme ahora de la situación y reconocer no sólo el drama que hay en el lesbianismo sino la comedia del frufú de los frotos sin brote, pero durante, es decir entonces, cuando Margarita me confesó su acto contra el hombre, yo estaba primero sorprendido (pocas mujeres habla conocido tan femeninas aunque debía haber recordado la revelación de una aristócrata habanera, que declaró que cuando una mujer es muy femenina y muy dada al amor diferencia poco si sus amantes son del sexo contrario o de su sexo: lo que había oído ya hacía unos años en una reunión literaria en casa de Pino Zitto, y al ver que la concurrencia distinguida reta ante lo que se consideraba una ocurrencia distinta, yo también reí antes de oír a la descendiente de la legendaria condesa de Merlin decir que hablaba perfectamente en serio y que ella que era baronesa a veces se consideraba varón) al saber que Margarita podía interesarse en las mujeres y después me sentí escandalizado y después me puse furioso.

-¿Quieres saber lo que pasó?

-No, no tengo el menor interés.

Margarita, era evidente, como la baronesa que se transformaba en barón con la luna del trópico, hablaba perfectamente en serio. No era una broma de mal gusto como el Margarita envenenado, era una Margarita venenosa, una mapanare de ojos verdes.

-Yo quiero contártelo. Quiero que sepas todo de mi vida.

-No quiero saberlo.

Pero ella siguió hablando y ¿qué podía hacer yo? No iba a taparme los oídos con la almohada o ahogarla a ella, Desdémón graduada de Yago, yo Otelo que sabe que Emilia recogió el pañuelo.

-Esta muchacha -Margarita comenzaba, como toda mujer, por quitarse los años antes que la ropa: me hablaba de su contemporánea y la llamaba muchacha- es una vieja amiga de la familia. Ella es de Bayamo y vino a pasarse unos días con mi hermana. No hay más que dos cuartos en la casa y aunque el marido de mi hermana nunca duerme en casa -era evidente, desde que lo vi, que habla una relación entre este hombre indistinguible y la hermana de Margarita que era idéntica a la nuestra: el marido de la hermana de Margarita era su amante a secas- ella tuvo que dormir conmigo en mi misma cama que no es muy ancha que digamos. Una noche, las otras noches, estábamos hablando a oscuras, con mi hermana ya durmiendo, y ella comenzó a recordarme los días de niña que yo había pasado en Bayamo. Hablaba de la casa, de las gallinas que tenían en el patio y cuánto me gustaban a mí los pollitos. Me recordaba también cómo jugábamos a las casitas debajo de la casa por un, por un, ¿cómo se dice?

-Desnivel -siempre me pierden las palabras: no debía haber respondido pero también había comenzado a interesarme su historia: nunca se sabe dónde un cuento se puede transformar en literatura.

-Sí, eso. Por un desnivel estaba montada sobre troncos y había como un sótano en el que nos metíamos a jugar. Me habló del tiempo en que jugábamos allí a los casados y de cómo ella, que es mayor que yo, siempre era el marido. Es verdad que jugábamos a los matrimonios y que ella era siempre mi marido. Al contarme todo esto, casi al acabar, me puso la mano sobre el seno y lo hizo tan de pronto, en la oscuridad, que di un salto. Me preguntó que si me había asustado y yo le dije que no realmente, y realmente no me había asustado. De veras que no había de qué asustarse, pero el salto fue un salto por el recuerdo. Todo el tiempo dejó su mano sobre mi seno, sin tocarlo pero tocándolo.

Deduje que sería su seno sano y que su amiga estaba acostada a su derecha. Esta deducción no me tomó mucho tiempo y ella tampoco me dejó detenerme en ella porque siguió contando.

-Luego retiró la mano y la oí moverse en la cama. Lo próximo que supe es que ella estaba desnuda a mi lado. Se habla quitado el refajo y se había quedado completamente desnuda. Lo supe porque me cogió una mano y me la llevó sobre sus senos al aire. Ella me obligó con su mano al principio, pero cuando quitó su mano yo no retiré la mía: la dejé sobre sus senos, sobre los dos, tocando uno con los dedos y el otro con el brazo. Y no pasó nada más, te lo juro. Ella insistió en continuar, insistiendo en que me quitara toda la ropa de dormir pero no me convenció y como se dio cuenta de que mi hermana nos podía oír si seguía insistiendo, volvió a ponerse su refajo y vino a pegarse a mí. Pero yo me dormí.

Dejó de hablar pero yo no dije nada.

-¿Te molesta?

No dije nada. Debí decirle que no era más que un episodio, que no daba para un cuento. Además le faltaba el final.

-Dime si te molesta, por favor.

Ese por favor me movió a pagarle su cortesía con una respuesta:

-Claro que me molesta.

-¿Te molesta que haya pasado o que te lo contara?

-Las dos cosas.

-Pero si yo no te lo hubiera dicho nunca te hubieras enterado.

Era obvio que yo no iba a conceder la razón, que era suya.

-Siempre me habría enterado. Uno siempre se entera de todo.

-Esto ocurrió entre dos personas solas y la otra persona no la conoces.

Me habría enterado. Siempre hay terceros intermediarios.

-Pero te juro que no pasó nada. No fueron más que recuerdos de juegos de niñas. Nada más.

-Fue bastante.

Ella se quedó callada por un rato y luego dijo:

-Te admito que ella ha seguido insistiendo, que está todavía en La Habana y cada vez que tiene oportunidad me hace avances. Pero yo no le he dado mucho pie. Le he hablado de ti, de mi amor por ti, de lo que me gustas.

Volvió a callarse.

-Dime una cosa —dijo de pronto-. ¿Te gustaría que ella se acostara con nosotros?

Silvio Rigor siempre decía que dentro de mí dormía un puritano con un puro y tenía razón. Dos veces, aunque fumaba cigarrillos. Esta vez con Margarita se despertó el cuáquero cubano. Le hablé en tono duro, casi violento. ¿O era solamente temeroso?

-¡No me interesa! Para nada.

Yo se lo insinué a ella y pareció gustarle la idea. Pero si a ti no te gusta.

-¡No me gusta nada!

-Bueno, bueno, está bien. No te pongas bravo. Era solamente para probar. Así únicamente accedo a acostarme



con ella: Los tres. Tú y yo y ella.

-No me interesan esas combinaciones. ¿Cuántas veces te lo voy a decir?

-No me lo tendrás que decir más. Tú eres mi amor. Mi único amor. Mi amor para mí.

-¿A cuánta gente le habrás dicho lo mismo?

-Si supieras que a muy poca. Además, ahora te lo estoy diciendo a ti solamente. No existe para mí nadie más que tú.

En ese momento tocaron a la puerta. No era alguien que venía a compartir mi amor sino a impedir el sexo en exceso. El toque indicaba que el tiempo se había terminado. Proustianos procaces. Huxleys en La Habana. Hay que encontrar el tiempo para perder. El tiempo de templar debe detenerse. Se nos había acabado, a ella y a mí, el rato para pasar -y me alegré. No tenía absolutamente nada más que hacer allí. Antes de separarnos le dije que no la vería al día siguiente, domingo, porque iba a ir a Guanabacoa a un toque de santos. A ella no le interesaban los toques, ni siquiera le gustaba la música cubana, las canciones, los boleros, ¿cómo le iba a interesar ese ruido ritual? Pero antes de separarnos me hizo prometerle que la vería después, al caer la tarde. Al principio me resistí a acceder pero pensando que tal vez entonces pasaría el tiempo con su amiga en leves lesbianismos -al no estar yo, ella sería su placebo. Le dije que sí, que vendría a verla.

Yo habla oído música verdaderamente negra sólo de pasada, sobre todo en Nochebuena, por la inolvidable Radio Cadena Suaritos, ese dueño y único locutor con su fuerte acento español (algunos decían que falso) contrastaba en su presentación de la batería conga y el Coro Iyesá en su juego de estrofa y antistrofa, tan africano, con Merceditas Valdés entonando en alto falsete las frases yorubas repetidas ad infinitum pero nunca ad nauseam y siempre incomprendibles desde la invocación: «Kabio sile», que podía ser otro Kyrie eleison. Pero estas manifestaciones eran para mí tan ajenas, tan poco comunes, tan extrañas, en fin, como lo fuera una muñeira bailada en la Artística Gallega, o los sonidos del gaitero que siempre zumbaba sus chirimías y su roncón desde los portales del Hotel Luz a la Alameda de Paula, entre columnas coloniales. Todas éstas eran músicas exóticas ante las que el pasadoble, por ejemplo, resultaba baile de familia. Verdad que no había toques de tambor en mi pueblo, que la música que había oído en mi infancia eran los repetidos puntos guajiros, acompañados por una guitarra o un laúd o las orquestas de los balnearios, o de los bailes de las sociedades que siempre tocaban danzones o habaneras o guarachas: nunca descendían a la indecencia de una rumba -primero tocaban una marcha fúnebre. La música más oída, la retreta de la banda municipal, que tocaba los domingos por la noche en el parque Calixto García, junto a la estatua de la libertad rompiendo las cadenas, eran arias de ópera -aunque a veces condescendían a aires antillanos y algunas melodías en boga, irreconocibles entre el trío de tuba, clarinete y figle. Por la radio vecina sonaban infinitos los boleros de moda, que todavía me sé: suenan eternos en la moda de la memoria. Así la verdadera música negra (el son, la guaracha y la conga eran música cubana, sono populi) la conocí en La Habana, ya tarde, con Silvano Suárez sirviéndome de maestro de iniciación en las ceremonias sonoras: «Ése es un toque a Babalu-ayé, que es San Lázaro» -así, rubio y ojiazul, Silvano pasaba revista a los mitos africanos.

Pero cuando regresó Titón de Italia, convertido en un cineasta diplomado, hablando de Roma y de ruinas (afortunadamente no mencionó una sola de las siete colinas) pude decirle, conoedor: «Est rerum facta pulcherrima Habana» y enseñarle a él, un nativo, mi Habana viva. Recorrimos el barrio de Cayo Hueso, tan mulato, en medio de las calles blancas de San Rafael y San Lázaro, y en San Miguel (en La Habana abundan las iglesias y las calles santas), no lejos del parque de Trillo, con su estatua del general decapitado, negro insurrecto de nombre legendario, Quintín Banderas, cuya crueldad corría parejas con su patriotismo, le enseñé a Titón un cartel de una adivina que se anunciaba con un ojo verde enorme -mal de ojo, el ojo ubicuo, el ojo del mundo: mauvais oeil, the evil eye, malocchio, frases que no se acercan remotamente a la latina fascinatió: la fascinación del mal- sobre su puerta pintada de color vino, indicando con el ojo que ella lo veía todo: el pasado, el presente, el porvenir, y al mismo tiempo exorcizaba al enemigo malo que vigila siempre, vil vigilia, el ojo que no duerme. Era un pitonisa poderosa, Delfos en el centro de La Habana, en el meollo, el ombligo de mi mundo, que se anunciaba en lemas elementales como «Desconócese a ti mismo», «Nadie se pierde dos veces en la misma ciudad» y, muy a propósito, «Todo en exceso». No franqueamos la puerta cerrada porque temiéramos al conocimiento que encerraba, sino porque un letrerito escrito a mano con letra casi analfabeta decía que la vidente había ido al médico. Evidentemente ella era capaz de ver el mal -pero no los males. Dedujimos a dúo que tal vez estuviera en el oculista: padecía de vista corta. De allí transporté a Tetón en la alfombra mecánica de una guagua al barrio de San Isidro, a la misma calle San Isidro (que debía serme familiar por razones que olvido), a mostrarle una casa de dos pisos donde había un letrero grande que anunciaba: «Academia de Rumba». Tetón admitió ignorar hasta ese momento que la rumba se podía enseñar como una asignatura. Pero, le dije, ano se enseña el ballet, esa rumba con pas en vez de pasillos, tiesa, que sustituye la gracia por la gravedad? Además, agregué, hay varias asignaturas en el currículum: Rumba Columbia, de ritual para iniciados, Rumba Abierta (para toda la compañía) y Rumba de Salón. Pero no pude por menos imaginar qué diría Platón de esta akademia de rhumba, helenizado el nombre para que lo comprendiera mejor la sombra del filósofo de anchas espaldas que tenla en común con muchos músicos negros habaneros el ser conocido por su apodo: Chori, Chano Pozo.

Seguimos a Jesús María, verdadero barrio negro, corazón africano de La Habana Vieja, donde anotamos el intrigante aviso: «Se tiemplan cueros», que parecía oscuramente obsceno y simplemente anunciaba que se afinaban tambores -posiblemente tumbadoras y bongós-, labor tan difícil como temperar el clave de Miari de Torre, ese piano al que el tiempo, revertido, había hecho regresar de la época romántica al período barroco, por desafinación. Esta muestra

de La Habana invisible para Titán, exiliado en su casa con su piano y sus patentes, tocando viejas danzas habaneras y operando el troquel de su padre, luego desterrado en Roma, entre pinos y fuentes, esta tour de trouvailles la extendí a ir a conocer al reparto Diezmero al legendario compositor de sonos Ignacio Piñeiro, de quien yo atesoraba sus viejos discos Columbia, descubiertos empolvados de los años veinte y treinta pero todavía sonoros como en su época de apogeo (la que culminó, como nos contó, con gracia irreproducible, el viejo Ignacio entre tantas memorias como música, de sus tiempos de abakuá secreto y habanero famoso, tuvo su cumbre cuando George Gershwin le había pedido prestado uno de sus sonos como tema de la *Cuban Overture*: sólo que Gershwin se olvidó de pedir permiso a Piñeiro, creyendo que era un aire popular, el viejo Ignacio, entonces joven, elevado a la condición de folklore) y Titón lo creía muerto y estaba a los setenta años vivo corno azogue oscuro. Por Ignacio Piñeiro, viejo santero, supimos de los toques de santo en Regla y Guanabacoa en las grandes fechas del santoral cubano: fiesta de la Virgen de la Caridad, festejos de la Virgen de Regla y la más importante celebración, fiesta movida más que movable, de santa Bárbara. Los santos, corno las calles, no eran todos vírgenes y mártires. El culto a santa Bárbara era la adoración de Changó, el más hombre de los dioses africanos, quien, como un héroe griego en un momento de su vida aventurera, entre peleas contra otras deidades no menos poderosas, se había tenido que disfrazar de mujer pero fue descubierto por su espléndida espada (aquí los freudianos toman nota). Santa Bárbara era protectora de las tempestades, Changó dios del trueno y como santa Bárbara, vestida de mujer, portaba en los cromos una espada masculina, vino a encarnar la imagen de Changó en su avatar católico y pagano, dios de la santería, macho magnífico. A la celebración de Changó habla que ir el 4 de diciembre (Ignacio Piñeiro nos señaló las direcciones precisas de las casas de culto), pero ahora íbamos Branly, mi hermano y yo con Fausto, que aprendía mientras se deleitaba, al toque de santos de la Caridad del Cobre. Titón se vio impedido de viajar en la máquina al templo por esos compromisos comerciales de su padre, él siempre obediente, acatamiento del orden paterno que yo le reprochaba, diciéndole: «Titán, sé un titán y asalta al cielo protector», conminándolo a que se rebelara contra las tareas impropias de su seso. Así ahora íbamos los cuatro en el faetón de Fausto por la avenida del Puerto, pasado el muelle de Caballería y el hotel Luz de altas columnas de Hércules habanero, frente a la Lonja y los muelles de la Machina, más allá del convento de San Francisco, tomando la Alameda de Paula para enfilarse entre este paseo reconstruido y los bares, siguiendo hasta la iglesia de Paula, en la esquina donde Rine Leal le gritará una obscenidad minuciosa a Julieta Estévez una noche, una madrugada bebida, pasaremos al costado de la muralla (donde se puede gritar: «Habaneros, desde esas piedras cuatro siglos os contemplan»), siguiendo por la avenida, de nuevo llamada del Puerto, hasta las faldas del Castillo de Atarés, para montar sobre el paso elevado, tan feo y superior como se veía, enfilando por la Vía Blanca, por donde debíamos haber continuado, pero cogimos la vieja carretera rumbo a Guanabacoa y el rito de verano tardío en que la muy cubana, respetable, respetada Virgen de la Caridad del Cobre, patrona de Cuba afectuosamente llamada Cachita, se transforma, en una metamorfosis que daría envidia a Ovidio, en la muy puta Ochún, carnal cubana.

Ya había estado en Guanabacoa antes, en varias ocasiones, y la más memorable fue una boda que se celebraba en una especie de galpón al que la luz del alumbrado público prestaba una iluminación irreal, dramática, como si el escenario perteneciera a alguna película que pasara en el Sur de los Estados Unidos y a la vez descrita antes por Faulkner (autor de quien era ávido lector por esa época, que no es la actual, que no es la actual), esperando ver surgir a Joe Christmas, mulato que pasaba por blanco, entre la luz y las sombras. Pero esa boda, de un pariente de Juan Blanco, ocurría en la parte blanca de Guanabacoa, aunque la ciudad misma, apéndice de La Habana, es predominantemente negra. Ahora, subiendo una cuesta que llevaba a la casa en que se celebraba el toque, a plena luz del día, Guanabacoa se revelaba muy cubana pero al mismo tiempo mantenía la sensación de irrealidad: era evidente que no estábamos en La Habana propia pero tampoco había regresado al pueblo: era una Cuba revelada por espejos. Colón descubrió a Cuba y nunca lo supo. Yo, más afortunado, sabía que estaba descubriendo La Habana. Desde unos años atrás hacia estos descubrimientos, que no por buscados resultaban menos sorprendentes, Indias inusitadas, y me deleitaba en su hallazgo. No tienen lugar (espacio) las revelaciones que hice antes ni las que haría en el futuro (tiempo), buscando siempre el sortilegio oculto entre lo cotidiano (sortilegios para mí, a quien se revelaban como extraordinarios, cotidianos para los que integraban esas partes que eran para ellos un todo, la unidad, habitantes familiares de un mundo desconocido detrás de la puerta) y encontrándolo, pájaro azul, en mi propio patio. Excepto por un pasajero deseo sin equipaje de ir a París (los fanáticos fundadores de la Cinemateca van a vivir a París: lo había hecho Ricardo Vigón y luego Germán Puig: después de todo en la Vine Lumière los hermanos Lumière inventaron el Cinématographe, pero yo no quería ver París antes de morir, ni siquiera visitar París realmente: el París con que yo soñaba era aquel en que Gene Kelly enamoraba bailando a la deliciosa Leslie Caron -era el París de *Un americano en París*; un París hecho en Hollywood, el París del cine, no del Sena), éstos fueron mis únicos viajes de entonces y de alguna manera eran la contraparte de la búsqueda minuciosa de mujeres y el encuentro con muchas muchachas que fueron inolvidables. Ese día del toque de santos, la intensidad del sentimiento divino y profano a la vez de los que bailaban hasta conseguir caer en trance, esa especie de epilepsia rítmica que se conoce como dar el santo, ser poseído por una divinidad, lo enclaustrado de la casa humilde y pequeña en que se celebraba la fiesta religiosa, honor y veneración y regocijo, pagano y católico a la vez: los santos están entre nosotros: la música compuesta solamente de tambores diversos y de cantos en idioma congo o bantú o yoruba (nunca he podido identificarlos ni desentrañar su misterio, a pesar de que tienen el atractivo del griego antiguo y su densa dificultad: son para mí esotéricos), la profusión de imágenes sagradas, cromos cristianos a los que se ofrecía, herejía, comida y bebida, fueron otra revelación y ya desde entonces dejaron de serme ajenos todos, todo, porque era indudable que a pesar de su sonido exótico,

de su sentido arcano formaban parte de la vida de la isla. Es más, integraban la Gran Habana. Así cuando unos pocos años más tarde volví a encontrarme con estos misterios tropicales (originados en el África tropical, reconstruidos en Cuba) me eran tan familiares y tan exóticos y hablaría de ellos con el mismo conocimiento que hablaría de la muchacha que me acompañaba a un rito de ritos -aunque los unos y la otra me resultaban igualmente indescifrables y la escritura fue sólo un intento de hacer conocer la contusión en que me sumían unos y otra. ¿O debo decir otras? Después de todo las mujeres han sido para mí siempre un enigma.

De regreso de Guanabacoa dejé a Branly y a mi hermano veloces en el auto de Fausto, facto y factótum, y me bajé en Infanta y San Lázaro, para despistar a Fausto, siempre curioso, queriendo ser sabelotodo y bajé San Lázaro (a menudo recorro en sueños esa calle en una ruta 28 fantasmal y eterna como una versión con ruedas del Holandés Errante, viaje por esa calle detestada, siempre por la zona cercana a Infanta, la vía más que smarrita, aberrada, desfigurada, como una versión especular y es que regreso a los predios de Margarita), caminando lentamente hacia Soledad y por la calle, sorpresa, venía ella hacia mí. En la memoria la calle tampoco se parece a San Lázaro y siempre pensé que el encuentro había ocurrido en otra calle paralela. Pero la lógica topográfica indica que sí nos encontramos en San Lázaro, porque yo caminaba de oeste a este mientras ella venía desde el este, como el globo terráqueo que encuentra el sol (aunque debiera decir la luna: no había luz propia en Margarita: toda su luz era reflejada, mientras otras muchachas que conocí eran radiantes, como Julieta, aunque cuando más gloriosamente rubia lució fue una noche, años después de haber sido amantes, que entró en el cine-club universitario del brazo sorprendido de Fausto, su amante ahora, y vino a sentarse justamente, dolorosamente, delante de mi mujer y de mí, ella, Julieta, con el pelo cortado y hecho esplendorosamente rubio por el mismo sol que la hacía dorada toda: una visión de felicidad además, porque se veía que estaba enamorada, aspecto que nunca tuvo con Vicente ni, debo confesarlo, conmigo: como ciertos estuches ineptos no sé sacar el color a las perlas), Margarita ahora. Mucha Margarita. Mucha mujer. Muchas mujeres. Miro hacia atrás con ir a cuando yo era y ella se me convierte en una estatua de sol. El demasiado polvo formando otras parejas con la luz. Pero ella era única en la tarde, una sola sombra sonora en mi contar de los contares. Habanidad de habanidades, todo es habanidad. La Habana es una fijación en mí mientras ella nunca fue mi movimiento perpetuo. Dos desmadres tengo yo, la ciudad y la noche. Recordar es abrir esa caja de Pundora de la que salen todos los dolores, todos los olores y esa música nocturna. Dos hembras tengo yo, ella y mi mano. ¿O es una soladós? Puntilloso debo atravesar con mi lengua bífida ese puns asinorum que va del ass de bastos al cunt-diamor, el haz de corazones. Punnilingus. The pun of no return. Ya se acerca. Todo escritor con más de una lengua deberá hablar con señales de humo verde. Ya me cerca. Viene a solas. Se viene sola. ¿O es una ¡sola las dos? Dos despatrias tengo yo, the City of Words y das Kleine Nachtmusik. La petite morte et la musique. Aquí está, allá estaba. Demasiada mujer. Too much woman. Two-muck woman. To mock woman. Ah Silvano, si vano, he probado que ni siquiera una amazona queda grande al glande. Pero Margarita ha crecido en el recuerdo, megalómama, abuelita actual. Abre ella la boca enorme. ¿Para mamarme mejor? Volviendo a ella, Margarita mirándome con agrado, aproximándose sonriente, tendiéndome sus manos para tomar las mías, sin importarle que estábamos en la vía pública, haciendo de La Habana un París de deus, sin tener en cuenta los peatones, los otros, invisibles porque habían desaparecido de la hasta entonces concurrida calle y es esto lo que siempre me hizo pensar que el encuentro no tuvo lugar en San Lázaro sino en una calle lateral pero que, curiosamente, no era Jovellar: lo que no puede ser topográficamente pero a pesar de los esfuerzos nemotécnicos que he hecho para probar lo contrario, es evidente que, como en los sueños, hay otra lógica en el recuerdo. Margarita se apegó demasiado a mí para decirme:

-Me gustas mucho así.

-¿Así cómo?

-Como estás vestido hoy.

Para ir al bembé (palabra mágica que no había pronunciado antes para no enseñarla a Fausto: es una misa negra) había desechado la chaqueta que siempre usaba, aun en ese septiembre ardiente (las lluvias de la temporada de ciclones se habían retrasado y hacía más calor que en agosto), no por razones climáticas sino porque en un toque de santos mi vestuario formal habría desentonado, pero conservé la camisa de cuello duro, que llevaba abierta, y mostraba mi deformidad natural, que me acerca a un zángano o me asemeja a una mantis macho, que siempre trato de ocultar con trajes o chaquetas: las piernas demasiado largas para el torso corto, los hombros estrechos enmarcando un pecho ancho y los brazos flacos que cuelgan separados del cuerpo. La camisa de vestir disimulaba esta última debilidad anatómica y aunque tenía los puños recogidos a medio brazo y enseñaba las muñecas finas, no se destacaban tanto como si llevara una camisa deportiva de mangas cortas. No sé por qué le gustó tanto a Margarita mi aspecto. Años más tarde ni siquiera me habría asombrado, acostumbrado a que las mujeres me encontraran atractivo por mis partes más ocultas: mi voz, mi boca, mis manos o, Dios mío, ¡mis orejas! Pero a Margarita ese día, esa tarde, ese domingo en septiembre le gustaba mi atuendo.

-¿Qué tiene que tanto te gusta?

-No sé. Te ves tan hombre.

¡Varón Dandy! Verdad que yo siempre me veía muy joven para mis años, muy muchacho, pero eran precisamente los trajes, el cuello y la corbata, las chaquetas con las que yo creía disimular no sólo mis defectos físicos sino mi carácter juvenil, llegando hasta agregar años a los que ya tenía cuando me preguntaban mi edad. Pero ahora a Margarita le gustaba la ausencia de un saco encubridor de mi aspecto adolescente.

-¿Y te gusta eso?

-Tanto que te comería aquí en plena calle.

Me di cuenta de que no debíamos estar allí, de pie, en la calle, vestidos. Pero no podríamos variar el plano vertical, no ese domingo pues ya había agotado mi excusa, con mi hermano llevado por Fausto, la salvación por la velocidad, de seguro de regreso en casa y mi mujer esperando por mí como por el marido perdido. Así nos limitamos a conversar un rato y al cabo me fui sin siquiera un beso. No recuerdo qué sucedió esa semana, pero no podré olvidar lo que pasó el sábado siguiente. Fui a buscar a Margarita más temprano que nunca, después de un breve almuerzo en mi casa en familia y un pretexto postrero para mi mujer: «Tengo que dar unas clases de alquimia a Fausto», o cosa parecida. Debía de haber llegado a casa de Margarita poco después de la una porque a las dos ya estábamos en la posada, desnudos, en la cama. No me habló de su amiga (de hecho no volvió a mencionarla hasta mucho tiempo después) y se limitó a beber su cubalibre ávidamente. Yo tenía otra avidez. Era un ansia de estar dentro de ella que se transformó en una furia por penetrarla enseguida, aún con la bebida en la mano, que yo oía por el tintinear del hielo y el vaso, que sentía porque me mojaba el pecho, esa impetuosidad hizo que mi pene, en el acto, llegara a donde no había llegado nunca antes en su interior, mi escroto convertido en otro instrumento de penetración, golpeando su vulva con frenesí, el mismo encogimiento de su piel haciéndolo un objeto romo pero contundente, que pegaba contra sus labios, la vagina baja formando una campana, la bolsa hecha badajo, carajo. Ella me recibió con su acostumbrada blandura, suave la piel, acolchados sus miembros por su carne amable, tibia por dentro, muelle en que atracar. El primer coito -lo que ella en su manera habanera llamaba palo primero- fue muy rápido y sin aflojarme seguí singándola con la misma ansiedad, que no era una premura sino un intento de posesión completa de mi primera mujer, ya que eso era lo que se habla revelado Margarita para mí.

Pero pese a ser una mujer mullida había por debajo una firmeza que permitiría decir al proverbial habanero: «Está dura. Durísima» -que fue lo que oí decir al pasar una noche rumbo al Florencia y sus murales móviles mexicanos. Pero tal vez no se refirieran a ella porque Margarita me cogió del brazo firme y se apresuró a cruzar la calle, temerosa de que fuera un piropo, de mi reacción a ese atrevimiento procaz, provocador y pensando en mi reacción sería ofendida, imaginando una discusión, seguida de una riña y al final brillaría en la noche una daga desnuda buscando como yo ahora una herida inmortal. Margarita me recibía sin renuencia, con una bienvenida húmeda, pero al mismo tiempo correspondía con sus movimientos, con una torsión hábil de la pelvis que ni siquiera las caderas expertas por naturaleza de Julieta lograban la comparación con el recuerdo de los días riesgosos de la calle Lamparilla o de los interregnos más seguros de la posada de 2 y 31. No creo que hubiera habido nada semejante a Margarita en mi vida amorosa -no sólo en el sexo sino también en el amor. Cuando descansé después del tercer orgasmo seguido, cuando vine a probar mi cubalibre, cuando por primera vez la contemplé, vi que ella me estaba mirando, observando, escrutando mientras en su cara se podía ver una sonrisa satisfecha. El sol fuerte de la tarde había logrado colarse por alguna rendija o hacer de puertas y ventanas un velo tenue porque había claridad en el cuarto, aunque no se me ocurrió entonces tratar de ver su seno ausente o por lo menos las marcas que había dejado su ausencia. Pero ella ya estaba acariciándome, instándome a que subiera encima de ella de nuevo, a que volviera a mi tarea de profundizar nuestro contacto, de hacer del amor un verdadero conocimiento (dejando a un lado todas las connotaciones bíblicas del verbo conocer sino de comunicación real), de convertir el amor en algo que dure no más allá de la muerte (como en Tristán e Isolda) sino mientras la memoria viva.

Supe que habían llegado a cinco los coitos de nuevo cuando tuve que descansar y pedir por teléfono otra vez más cubalibres, siguiendo su sugerencia, esta Margarita bebedora venezolana. Los tragos llegaron prontamente y me fui a abrir la puerta, arrastrando los pantalones para buscar dinero y pagar y volví a la cama con pantalones y cócteles a rastras, en ristre. Por inadvertencia, descuido o fatiga (o tal vez por las tres cosas juntas) la puerta no cerró bien y se abrió cuando ya regresaba a la cama y entró en el cuarto un chorro de luz, orientada la habitación hacia el oeste como fue construida. La cama reflejó la luz y vi a Margarita toda desnuda, con su cuerpo de varias curvas o de una curva que se repetía aumentando desde los tobillos en la curva de las piernas que se hundía en la rodilla para volver a dibujarse en los muslos largos que entraba al comienzo de las caderas que eran otras curvas indentadas más aún en la cintura y la última curva llegaba a los hombros que bajaban en una suave curva hacia los brazos tan bien formados como las piernas. Fue entonces que noté que ella no hacía nada para ocultar su seno (ya el otro, que había visto iluminado y dramático, se ladeaba un poco pero todavía conservaba su forma espléndida) y lo pude ver distintamente. Lo único que quedaba de su seno izquierdo era el pezón y el resto se aplastaba sobre su pecho no como un globo vacío sino como si estuviera hecho todo de músculo, como el pecho de un hombre musculoso que hubiera dejado de hacer ejercicios. Hacia los lados la piel (y presumo que la carne debajo) se estiraba en estrías, en costurones y canelones hasta la axila, donde había más cicatrices que bajaban por el brazo. Recordaba carne magra, tasajo. Antes de darme vuelta (esta visión duraría segundos) y apresurarme a cerrar la puerta, pude ver que ella se sonreía con sus labios llenos, como complacida de que yo la hubiera visto -o mejor, de que ella se hubiera dejado ver por mí, en una suerte de striptease total. Ahora yo la conocía del todo.

Volví a la cama en penumbras y sin entregarle su vaso, con una erección que no había advertido antes, monté sobre ella, iniciando de nuevo mi movimiento de penetración que se resolvía en una retirada inmediata porque ahora ya no era necesario hundirse del todo en ella. Ardor con ardor se pega. En el monte de Venus, sexo y bardo, tiene el leopardo su abrigo. Margarita, como para que yo profundizara más en ella, subió sus piernas sobre mis hombros, mientras se mantenía en su sitio y, a veces, apoyados sus talones en mi espalda, me traía más hacia adelante, más hacia ella, más dentro de ella. Seguí moviéndome, dándome cuenta de que me demoraba más, me tomaba más tiem-

po eyacular, y sentí el sudor correrme por la frente, por la cara, por el vientre y al acariciar su seno lo toqué resbaloso: tal vez el sudor era de mi mano, tal vez de su piel. En ese momento ella tomó mi otra mano y la puso sobre su otro seno y sentí su chatura primero y luego la rugosidad de las cicatrices, de la piel replegada sobre sí misma -y me vine enseguida con grandes contracciones. Al sentir sus espasmos supe que ella también se venía en silencio. Me tiré a su lado y busqué enseguida mi vaso, mientras ella también bebía del suyo, a grandes tragos, sorbos masculinos. La imité y me sentí mareado y pensé que debía de ser por el esfuerzo sofocante. Pero no bien había acabado ella de beber me susurró: «Ven», y me atrajo hacia ella, todavía me movió más, cuerpo inerte, hasta colocarme encima como un cadáver querido -y volvimos a empezar: cada coito es una iniciación. Me moví todo lo que me permitió el cansancio pero estaba seguro de que no me volvería a venir. Fue entonces que sentí su mano recorrer mi escroto encogido y uno de sus dedos comenzó a frotarme el epidídimo, primero suavemente, luego con fuerza creciente. «Déjate hacer», me dijo, «déjame hacer. Siguió con su frote fornicante. «Nunca te habían hecho una caperuza?» «No», tuve que admitir. La única caperuza que conocía era roja y la llevaba en la cabeza una niña, no un hombre tan cerca del ano. Pero ¿quién le tiene miedo al lobo lúbrico? «Es muy buena», me aseguró ella, «ayuda a venirse al hombre». Parecía una comadrona que auxiliaba al parto masculino. Pero sentí mi pene crecer, la erección endurecer, hacerse mayor el grosor. También aumentó el tamaño del placer, imagino que mutuo. Me incliné sobre ella y alcancé su cara pálida para meter mi lengua como una flecha en su boca. Ella me estaba esperando, herida abierta, con labios ávidos (todos sus labios, grandes y pequeños, horizontales y verticales, acogían ahora mis órganos) pero su lengua también se abrió paso por entre la mía que era suya para entrar en mi boca, en un juego de penetraciones. Mientras tanto, hordas de Semen del Sur van buscando el oasis verde de su Arabia en el Cuerpo. Cuatro jinetes de la poca lid cabalgan paredes arriba. Un caballero cubierto pierde prenda al exclamar: «¡Chapeau!». Suenan los besos en la tarde última. La daga dura se hace un íntimo cuchillo. Se había librado la batalla del junípero. Ocurrió un hecho histórico: pasmos, espasmos. Vastas deferencias en mis vas deferens y fue la venida final pero se probó la más rica en ruidos, hechos eco en mis gritos de dependencia que nunca había dado antes, dentro de su boca, respondiéndome Margarita con su orgasmo, silencioso como siempre, reservado, un acto privado hecho para el público de uno pero frenético en sus contracciones: movimientos tetánicos, doblándose ella como una cuchilla blanda, en exquisita estricnina, sus talones sobre mis riñones produciendo un dulce lumbago. Siguió en su tetanía hasta que resbalaron sus piernas lentamente espalda abajo, cesaron sus actos motores y se quedó rígida. Ahora sí de veras me derrumbé de cansancio, sobre ella, que me recibió con sus brazos abiertos para cerrarlos enseguida a mi alrededor, buena boa, y besarme con una energía que no sé de dónde sacaba, al tiempo que me decía declamatoria: «¿Te das cuenta de lo que hemos hecho?». Pensé en alguna culpa condenatoria más atroz que el adulterio. No me dejó preguntarle cuál era ese pecado nuevo al decirme exclamatoria: «¡La cantidad de palos que hemos echado!». Le iba a decir que no tenía mucho que alardear si me comparaba con el legendario señor de la guerra chino apodado el General 56, descubierto por Silvio Rigor en una de sus lecturas lúdicas. El General 56 fue famoso en la paz por su hazaña de haber conseguido cincuenta y seis orgasmos consecutivos al norte de Nanking. No quise hablarle de este chino semental, sentimental que soy, para no extenderme en un elogio de esa raza que lo ha hecho todo primero y a la que un día debí pertenecer. Además, ¿para qué disminuir en ella, mi presa, mi proeza?

Me bajé de ella como de un Everest que sin embargo sigue estando ahí y me acosté a su lado. Ella se cubrió con la sábana hasta la barbilla: no era frío de montaña sino recato. Viéndola en su sudario non sancto comencé a quedarme dormido mientras ella me miraba y se sonreía con sus labios desplegados, sus ojos plegados. Todo verdor pernoctará. Nos estábamos durmiendo los dos a la vez como en un orgasmo de sueño. Pronto soñaríamos al mismo tiempo. El onirismo en los dos sexos. La cópula llena de somnífero. Dormirse en el pueblo significaba singar. Entonces ya habíamos dormido al unísono. Pero estábamos en La Habana donde dormir es una imagen de la muerte, como en la frase parece que está dormido. Margarita en su mortaja parecía que estaba muerta. Caída en la batalla. Decidí reunirme con ella, amor que dura más allá de la pequeña muerte. Ahora, a las cinco en punto de la tarde, nos dormíamos los dos a dúo. En ese duermevela, en ese velorio con un solo cirio estaba cuando oí su voz de vela decir:

-Mi amor.  
-¿Qué?  
-Mi amo.  
-¿Cómo?  
-Mía.

Me desperté del todo para maravillarme de que fuera su voz y no la del cancarcelero de turno tocando a la puerta para decirnos «Se acabó el tiempo», como si ese cuerpo aquí a mi lado fuera un reloj de arena de carne de deseo vacío. Miré mi estilo, gnomón o minuterero.

-Tenemos que irnos -le dije a Margarita, sacudiéndola por un hombro velado, carne del Corán.  
-¿Cómo?  
Times up.  
-¿Qué cosa? -la moza árabe solo dominaba lenguas orientales. -Es hora de irse, no de venirse.  
No entendió: como toda mujer no cogía las alusiones, sólo las ilusiones.  
Tenemos que irnos -me repetí.  
-¿Ya? -preguntó remota, desde una Arabia feliz.  
-Sí, ya es hora. Al partir. Para arrancarme del nativo suelo.

Pero si no entendía de alusiones mucho menos iba a saber de citas y parodias. Sonámbula caminé hasta el baño, prendiendo la lámpara con la puerta abierta, dejando que la implacable luz bañara su cuerpo como una ducha seca, revelando su anatomía que me sabía ahora de memoria de los sentidos, como un vesálico, conocedor de las partes no pudendas pero sí prohibidas. Cerró la puerta y oí el ruido de rocío rudo de la ducha verdadera no metafórica. Empecé a vestirme, ya que había decidido no bañarme ese día y conservar los olores de su cuerpo sobre mi piel como otra marca. Pero tuve cuidado de ponerme primero la camiseta que ocultaba los muchos morados visibles sobre mi torso. Cuando me puse en pie para introducirme torpe en los pantalones, caí sobre la cama, no por la vieja torpeza sino por un cansando nuevo: estaba realmente agotado, las piernas me temblaban, hasta los brazos los sentía convulsos de reflejos musculares. Finalmente conseguí vestirme cuando ella ya salía del baño, desnuda, dejando la puerta abierta, su cuerpo de carnes coritas (hasta aparecer Margarita en mi vida no entendí exactamente lo que querían decir las innumerables novelas eróticas con una palabra repetida: mórbido: ella era una mujer mórbida) visibles a contraluz, ahora sin temor a que yo la viese desnuda, que la conociese tan íntimamente como podía conocer un hombre a una mujer. Más íntimo conocimiento todavía, ya que sabía de su seno y su seno. Se vistió pero no se maquilló y se veía muy pálida, sus labios exangües del mismo color de su cara, ahora casi color de marfil, su cuello una versión de la turrís ebúrnea. Antes de irnos, de apagar la luz, de recorrer con la vista toda el área de amor para ver si habíamos olvidado algo (el ectoplasma del sexo: esperma y esmegma), volví a mirar mi reloj y vi que eran las nueve de la noche -habíamos estado en la posada casi siete horas. No era un récord pero para mí sería como la marca de la marea: esa altura del amor era producida sólo por la sexualidad de Margarita y era un esplendor que no se volvería a repetir. Para completar esa noche, añadir el riesgo al goce, nos fuimos a un bar americano que era más bien un restaurant en la barra, que estaba en la calle 25 y calle K, a sólo tres cuadras de casa, a medio camino entre la Escuela de Medicina y el Palace, donde devoré un baby flete, carne rodeada de bacon, que era uno de mis platos favoritos entonces. Margarita no tocó el suyo, conforme con mirarme minuciosamente, mi voracidad su saciedad. Al regresar a casa, tercera provocación, decidí que era hora de dormir sin la calurosa pero encubridora camiseta T -nunca supe si mi mujer llegó a ver las marcas de Margarita que me hacían un leopardo, un animal con manchas naturales, un felino feliz. Desde entonces dejó de importarme que me viera desnudo.

Al día siguiente, domingo do ut des, en un arranque bucólico Margarita insistió en salir de La Habana. Yo que odiaba el campo tanto como amaba la ciudad, lo más lejano que pude encontrar monte adentro resultó un compromiso: nos fuimos hasta al laguito del Country Club, dejando detrás la playa de Marianao y sus cabarets a oscuras por el sol, pero sin internarnos en lo que era para mí la tierra de nadie del reparto Biltmore o el mismo interior residencial del Country Club, con todas sus mansiones millonarias. El laguito, como la lejana laguna del campo de mi pueblo, era un falso paisaje, una naturaleza muerta, y por eso me atraía y lo visitaba a menudo, pero también había un interés mórbido. Aquí habían aparecido una mañana, «acribillados a balazos», decía la prensa, Gustavo Massó y Juancito Regueira. Massó era mayor que yo, pero Juancito era menor, casi un muchachito, los dos versiones distintas de Billy the Kid. Massó era rubio, delgado y frágil y conducido a la violencia por la política. Juancito era trabado, fuerte y un asesino nato. Ninguno de los dos era amigo mío, pero los dos eran compañeros del bachillerato. Aunque habían matado a sangre fría, fueron muertos con una calculada frialdad, y su muerte me impresionó entonces. Ahora pensaba que casi diez años después no quedaba nada de ellos, excepto en el recuerdo de unos pocos -y yo mismo venía al lugar de la matanza no a recordarlos ni a pensar en la muerte sino a vivir mi vida, a continuar mi educación erótica, a aprender a amar sobre la misma tierra violenta, bajo el mismo cielo implacable. Pero cultivando a Margarita propiciaba su fantasía silvestre: las inmediaciones del laguito tenían la suficiente vegetación, con sus árboles gigantes, ficus frondosos, y hasta brotes de bambú ilusoriamente salvajes. Nos sentamos en la yerba (una concesión más: detesto sentarme sobre la yerba) y de pronto noté que ella estaba callada, que no era usual, y vi que no estaba vuelta hacia mí sino mirando un punto invisible entre el laguito y el horizonte que los árboles ocultaban tenaces.

-¿Qué miras? -le pregunté, aunque bien podía estar mirando los ficus frutecidos.

No se sobresaltó pero regresó de su punto de vista a mi compañía.

-Estaba tratando de recobrar el pasado.

-Eso es hacer literatura.

-¿Cómo dices?

-No, nada.

No me sorprendió que ella usara una frase tan literaria sino la intensidad con que lo dijo. Mi reacción automática fue la facecia inmediata, que manejo como Wild Bill Hickok las pistolas. He matado más de una ocasión memorable con mis balas facéticas, proyectiles certeros. Aunque siempre mi conciencia culpable ante el crimen provocaba el castigo.

-¿En qué pensabas? -le pregunté, tratando de reformarme.

-Más bien estaba comparando el pasado y el presente. Es decir, pensaba en Alejandro.

Hacia tiempo que no mencionaba este nombre que ahora sólo me recordó la parodia de Bufiuel de *Cumbres borascosas*. Pero al seguir ella reapareció el otro Alejandro, fantasma de La Habana Vieja entre columnas cuadradas.

-También pensaba en ti. En realidad te estaba comparando con él.

Me sentí molesto compartiendo medidas con aquella semivisión bien parecida, alta, fuerte -todo lo que yo no era. Ella continuó la comparación:

-Casada con él, de luna de miel, pensé que era imposible que alguien fuera mejor amante. Ahora, contigo, no sólo

has demostrado ser tan bueno sino que has sido mejor.

Con una sola oración había cambiado no sólo mi estado de ánimo sino el paisaje: todos esos árboles eran al óleo, el cielo un telón pintado y nosotros dos sobre el césped cortado éramos *Le Déjeuner sur Pherbe*. Para completar la fantasía sexual no faltaba más que me igualara al Superman habanero con su pene poderoso, presente pornográfico en las proezas procaces pese a su pederastia. Pero ella me sorprendió cuando habló de nuevo. No lo que dijo sino cómo lo dijo:

-¿Tú te das cuenta las veces seguidas que hicimos el amor?

Podía haber sido Julieta Estévez la que hablaba, evitando minas obscenas en el terreno del amor, donde siempre se libran batallas vulgares. Pero no acentué el parecido diciéndole por qué no llamaba a la tarde de ayer con todos sus palos y singuetas, sino que insistí en mi modestia:

-Siempre podemos mejorar ese récord -le dije, sonriendo. Me miró.

-No, no te rías. Estoy hablando en serio.

Yo también.

Era verdad que hablaba en serio: ese día me sentía capaz de emular al General 56. Pero ella no siguió navegando por el río romántico de la conversación. No habló por largo rato, mirando la superficie quieta del laguito -esa piscina enorme, lago artificial formado aprovechando el terreno y el hecho natural de que alguna agua se acumulaba allí en épocas de lluvia, las que el Observatorio Nacional, para evitar que nos confundieran con hindúes, llamaba temporada ciclónica, evitando la palabra monzón como la peste punjabi. Ahora Margarita miraba la vegetación ordenada pero aparentemente salvaje de los alrededores con sus ojos verdes: verde sobre verde: todo verdor padecerá. Yo no hablé sino que observé su perfil, que no era su mejor aspecto. Por primera vez pude compararla con mi mujer, para ventaja de ésta pues ella tenía bastante buen perfil. Empecé a reflexionar cómo una cara de perfil es siempre diferente a una cara de frente, cómo la cara contradice al perfil que ella es, cómo el Dr. Jekyll puede llevar a Mr. Hyde oculto en su perfil -y teorizando estaba de que tal vez de estas diferencias se podía sacar una conclusión fisiognómica, cuando ella hizo desaparecer su perfil al volverse hacia mí para hablar:

-Tengo algo que decirte.

Estaba seria, demasiado seria, mucho más seria que antes.

-¿Sí?

-Ya tengo que ir pensando en regresar a Venezuela.

-¿Por qué tan pronto?

-Tengo allá un contrato esperándome.

-Pero ¿tienes que cumplirlo enseguida?

-No, no enseguida. Pero tengo que empezar a regresar.

Nunca supe si dijo empezar o pensar. No quise hablarle de su propósito al regresar a La Habana -que no era yo, naturalmente, sino la cirugía plástica, la reconstrucción de su seno mutilado. Parecía haberlo olvidado por completo.

-¿Por qué no te quedas en La Habana?

-La verdad es que he tratado de conseguir trabajo en televisión aquí. Hasta en el canal 2. Pero no conseguí nada. Solamente en Caracas tengo trabajo seguro y se me ha ocurrido una cosa.

Hizo una pausa. No tenía idea de qué se le había ocurrido.

-¿Por qué no vienes conmigo a Venezuela?

Me cogió totalmente de sorpresa, que ocultaron mis espejuelos oscuros. Pero no pude velar la voz.

-¿Cómo?

-Que vengas conmigo a Caracas. No tienes que trabajar si no quieres. Yo te mantengo. Con el sueldo que gano allá podemos vivir los dos. .

Bueno, era casi la situación ideal para un escritor según William Faulkner. El caballero sureño dijo que el hábitat perfecto para un escritor era el prostíbulo, mantenido por las pupilas, con un techo seguro encima, con todo el sexo que quisiera o pudiera, y pasando el día escribiendo y las noches charlando con mujeres hermosas. La fascinación fatal faulkneriana, casi. Ella no me invitaba a un prostíbulo caraqueño, sino a su casa de Caracas. Pero era una certeza que me proponía ser un chulo: un mantenido. Tendría un techo encubridor, escribiría por el día y conversaría con una mujer bella por las noches. Ella además me ofrecía todo el sexo que quisiera o pudiera y algo más -el amor. Era una oferta tan tentadora como ella.

Yo nunca me iría de aquí.

-¿Por qué no?

-Porque mi vida esta aquí en La Habana.

-Pero en Venezuela vivirías muy bien. Además de que tendríamos un apartamento en Caracas, podríamos irnos de temporada -nunca olvidaré que usó ese término oriental y no las vacaciones habaneras- al interior. O mejor, a la isla Margarita, que es maravillosa. Me gusta mucho.

¿Le gustaría la isla porque llevaba su nombre? Margarita era la perla alrededor de la que crecía una ostra de palabras. ¿O estaría la isla Margarita cerca de Trinidad? Entonces lo que me proponía era el apocalipso. Pero su regalo eran Margaritas a los sordos.

-No, no puedo. Además, no quiero.

-Si te gusta podríamos vivir en la isla, quedarnos allí todo el tiempo que quisieras. Yo tengo dinero ahorrado en

Caracas. Puedo hacer mucho más ahora, cuando regrese, en poco tiempo.

¿Habría leído ella, como yo años atrás, a D. H. Lawrence? Me sentí prisionero de esa isla, ¡le du Diable, y comprendí a Julieta en su negativa rotunda a seguirme a mi isla mítica y literaria, isla imposible.

-Detesto las islas -le dije para disuadirla de una vez.

-Pero Cuba es una isla -protestó ella.

Yo no vivo en Cuba, yo vivo en La Habana.

-Entonces podrías vivir también en Caracas. Es una ciudad moderna, con largas avenidas y edificios altos y además.

La interrumpí en su catálogo de Caracas.

-No, mira, Margarita, déjame decírtelo de una vez. Yo no voy a dejar La Habana. No voy a ir contigo a Venezuela, sea a una isla o a tierra firme. No pienso dejar La Habana nunca.

Pareció profundamente decepcionada.

-Otra cosa sería si tú te quedaras a vivir aquí.

-¿Y ser siempre plato de segunda mesa? No, gracias.

Tú nunca serías segunda de nadie. Tú eres primera en todo. Es más, eres lo más extraordinario que me ha pasado en mi vida -lo cual era verdad, hasta entonces-. Te estuve buscando durante años, cuando tu' ni siquiera sabías que yo existía ya yo te buscaba. Ahora que te he encontrado, no quiero perderte.

Iba a decirle que La Habana no sólo era mi fin y mi principio sino mi medio, pero temí que no supiera de María Estuardo ni entendiera de lemas ni de juegos mortales de amor y restauración. De Civitate Dea.

-Pero tampoco quiero perderme yo. Quiero conservarte, conservarnos.

-¿Ah sí? ¿Así? ¿Y seguir como estamos, viéndonos los fines de semana, tú de prestado?

-Podemos vernos más a menudo, siempre que cumpla con mi trabajo.

-Y con tu familia.

Ella tenía razón. La razón tiene sus razones que el corazón desconoce. Pero no había otra cosa que decir -y no la dije. Ahí terminó nuestra tarde en el campo -un campo urbanizado, entre jardines privados, césped cortado y un falso lago público, abierto a todas las ejecuciones. Fue no sólo la última tarde en el campo que tuvimos sino la única.

Creía que todo había terminado cuando ella me llamó el viernes para que la viera el sábado por la tarde temprano. Llegué a su casa a eso de las dos y tanto ella como su hermana -a quien me asombró encontrar en la casa: ella era la mujer invisible: nunca la veía- se estaban preparando para salir.

-Tú vienes con nosotras -dijo Margarita y era más una orden que una invitación.

-¿Adónde?

Vamos al médico -y al decirlo miró hacia dentro, a los cuartos, y en un susurro que era un aparte teatral, rezago del teatro clásico universitario, añadió:- Mi hermana va a hacerse un aborto.

No sé si las acompañé por curiosidad o por inercia, la costumbre de pasar el sábado con Margarita. Así me vi caminando con las dos hermanas, no entre ellas, sino yo al lado de Margarita, Tania, como se llame, cogiendo la parte interior de la acera, mirando al suelo, sin hablar, sombría. Margarita me miraba de vez en cuando pero sin decir nada, sin siquiera sonreír, marchando los tres Jovellar arriba hasta llegar a la calle L y bajar a 25, a dos cuadras de la Escuela de Medicina, donde estaba el establecimiento del abortólogo, esculapio sin escrúpulos, una serpiente con pellejo blanco. Nunca había visto un miembro de su oficio de sigilo en activo, para m( entonces una especie de asesina de blanco, negando el juramento hipocrático, hipócrita, quitando la vida en vez de darla, la peor clase de depredador. Para mi moral recibida yo estaba entrando en un recinto malvado, y efectivamente la consulta del médico mercenario quedaba en un sótano, tan raros en La Habana, hasta el que se hundían unas escaleras empinadas, negras, peligrosas de descender, fúnebres, fetales. Pero una vez dentro me sorprendió la blancura del local, las paredes pintadas higiénicas, con una recepcionista decorosa y la decoración animal de inúmeras peceras, llenas de agua verde y de pececitos de colores nadando incesantes. ¿Serían adultos? Broma de Branly para ajustarme a la presencia de las pacientes esperando, todas mujeres. Era evidente que el cirujano criminal (estos epítetos escandalizados de veras cruzaban entonces mi mente turbia con la recurrencia de los peces en su estanque) trabajaba al por mayor y hacía abortos en serie. En medio de estas mujeres, entre Margarita y su hermana, me senté yo, conspicuo, cómplice, el único hombre visible, porque el médico, en su tarea torva, era invisible. Era también inaudible y nadie hablaba, las esperantes mudas como la hermana de Margarita, como Margarita. Habla un silencio tal que se podía oír caer la caspa. De pronto oí un silbido y por un momento pensé que era la serpiente de Esculapio, sibilina. Era Margarita que me susurraba al oído, pero no era un aparte teatral sino su voz en off, copiada del cine por la televisión.

-¿Por qué no das una vuelta y vuelves dentro de una hora?

Le iba a decir que para qué me había invitado a venir entonces: yo quería ver todo el proceso: ya que no había ido a la guerra, Mambrú mancado, sustituía esta carnicería fetal por la otra histórica. Después de todo la masacre de los inocentes bien pudo terminar así: Herodes histórico. También le iba a decir que qué iba a hacer yo durante esa hora: ¿pasearme por el Malecón hasta derretirme, feto de Febo? ¿Mirar las muchachas de El Vedado, vedadas ahora que no era mero mirón sino miembro activo? ¿Ir de visita a casa? No era ésta tan mala idea y aunque parezca una acción paralela, en el sentido moral, a la que ejecutaría el médico contra la concepción, me fui a casa, a tomar la merienda con mi mujer y mi madre, ahora ambas esperantes. No recuerdo qué excusa di por haber llegado a destiempo: versión inesperada de Ulises, me encontré a mi Penélope tejiendo unas boticas de bebé y mi madre, Euriclea amnésica,



no me reconocía: ¿tú aquí y a esta hora? No sé qué palabras se me escaparon del cerco de los dientes divinos, pero tuve que inventar otra excusa para salir de nuevo en una hora: «Fausto quiere oír a Wagner escuchando el disco de su vida». No era muy buena excusa pero sí gran música.

Cuando volví a la consulta o necrocomio la operación había terminado: un aborto feliz. Como la hermana de Margarita se empeñaba en regresar a pie a su casa, tuve que insistir para que volviéramos los tres en taxi. No había sido un parto, de manera que su comportamiento no podía compararse con esas madres campesinas, heroínas puerperales, que yo había oído elogiar en mi niñez, que daban a luz de pie en el campo, recogían la criatura de la tierra, de entre la cosecha, la llevaban para la casa y regresaban enseguida al sembrado a trabajar, contra la ciencia sin duda pero tal vez no contrarias a la Madre Natura. Pero ese día, en plena ciudad, en La Habana, la obstinación de Tania revelaba una naturaleza elemental, y efectivamente había en su cara y en su cuerpo cierta aura primitiva que después de todo bien podría llamarse una cualidad. Cuando las dejé en su casa, subiendo las escaleras acompañada de Margarita, ésta me dijo, casi en un susurro:

-Te veo mañana.

Era evidente que ella daba por sentado que yo estaría el otro día, como todos los domingos, a su disposición -que era también la mía. Después de todo ambos compartíamos la misma cama camera de fin de semana y sus placeres, aunque era raro que nos viéramos los domingos para otra cosa que no fuera conversar mientras paseábamos por el barrio que ella parecía apreciar tanto y que yo detestaba -solamente la coincidencia topográfica de que la barriada se extendiera hasta el Torreón de San Lázaro y el Malecón milagroso, maravilla del mar y el muro, lo hacían soportable bajo el cielo ubicuo. Pero ese domingo desmintió el aire suave de septiembre que aspira a ser octubre y llegar a los días de fira, cuando no hay huracanes, en que el cielo se hace combo, alto y de un azul intenso, sin nubes, y apenas hay calor, La Habana ardiente de septiembre suavizada por la corriente del Golfo y con un aura distinta, ya no más la zona tórrida del verano, ciudad de octubre que aprendí a conocer el primer otoño habanero en que exploraba el Malecón por ambos lados, recorriendo su verso urbano, examinando su anverso marino. Ese domingo dulce lo que salió de los labios de Margarita fueron recriminaciones, después que insistió una vez más (siempre castigado a los cepos del idioma: ¿es posible insistir una vez menos?) en que debía acompañarla en su viaje de regreso a Caracas, yo Humboldt. Humboldt heterosexual, con los mismos cebos y las mismas recompensas. Pero ahora llegó a la amenaza: argumento de autoridad: o yo accedía a abandonar a mi familia, a mi país, a mi ciudad -lo que era más serio: La Habana o la vida- por ella o todo terminaría. No había mucha lógica en sus razonamientos, ya que si ella se iba de veras a Venezuela era evidente que nuestra relación se acababa. No se lo señalé, por supuesto, para no contribuir a su desespero, que era angustiante. En una ocasión me dio la medida de su desesperación diciendo: «¡Debía haberte echado veneno de verdad en la bebida aquella noche!», y por un momento tuve que hacer un esfuerzo nemotécnico para recordar su noche de Valpurgis venezolana: venenos verdes: filtro de amor ayer, ahora antídoto de odio. También era doloroso para mí: después de todo yo amaba a Margarita. Ella no sólo era el sexo, era el amor. Pero no lo entendió así y al completar nuestro paseo, que era como un ciclo, una órbita, otro anillo, en la puerta de su casa me anunció que todo había terminado. «De veras», dijo, y se llevó el pulgar y el índice cruzados y los besó. «Por la Virgen santísima.» Subió las escaleras rápida pero pude advertir que usaba sandalias esa tarde: sus pies eran perfectos.

Una noche estaba escribiendo mi crónica de cine; después de haber fusilado la película con la escopeta de Marey para darle ahora el tiro de grada, cuando sonó el teléfono. Me extrañó que alguien llamara a esa hora: nadie sabía que había empezado a escribir de noche en *Carteles*. Tomé el negro y pesado auricular, lo levanté hasta mi oreja y en el oído una voz baja musitó musical y memorable: «Hola, qué tal». Era Margarita por supuesto: no había otra, no hubo otra igual, pero me sorprendió tanto que me hubiera encontrado en la revista a esa hora inusitada que tuve que cerciorarme.

-¿Quién es?

-Soy Margarita pero en realidad soy una maga.

-Entonces eres la maga Rita, mamargarita, mi gargarita.

Hubiera seguido festejando su contacto, auditivo pero táctil: el sonido de su voz era alegre y su tono festivo: sonaba propicia, dispuesta al palo, asequible a la singancia esencial, como diría Silvio Rigor, discípulo de Ortega, Ortega y Munilla, pródigo habanero.

-¿Cómo sabías que estaría aquí a esta hora?

-Barruntos, querido. Estaba sola, tuve ganas de hablar contigo y supe enseguida dónde encontrarte. Simple, ¿no? Sentimientos más que presentimientos.

-¿Cuándo nos vemos? -quise saber. Tal vez esta noche. El aire está como para venirse esta noche. Pero hizo un silencio y luego habló con voz graciosamente grave.

-Bueno, querido, en realidad no nos veremos más. Eso es lo que quería decirte. Me voy mañana para Bayamo. Me voy con mi amiga. Tú sabes cuál. Aquella del cuento.

-Sí, ya sé cuál es.

-Bueno, pues nos vamos las dos, querido. Voy a pasar unos días en su casa y después me vuelvo a Caracas. Puedes llamarlo un viaje de despedida. Un adiós a la provincia.

-O una luna de miel -dije mortificado pero queriendo mortificar.

-O una luna de miel -dijo ella sin repetir mis palabras-. ¿Por qué no? Después de todo si le pidiera a ella que se fuera conmigo para Venezuela no lo dudaría un instante. Y no serla del todo una mala idea pedírselo, sabes.

No dije nada.

-¿No vas a decirme algo? Después de todo ésta es posiblemente la última vez que vamos a hablar.

Volví a quedarme callado. Falta de aliento más que de palabras.

-Querido, dime algo. Dime que me vaya bien, que me arrolle un tren.

Esa vulgaridad fue como una caperuza verbal:

-Que te vaya bien, dondequiera que vayas, con quienquiera que estés, santificado sea tu nombre, cualquiera que éste sea.

Sabía la importancia que ella le daba a sus nombres.

-Gracias -dijo, y colgó. Nuestro amor era un cordón umbilical y ella acababa de cortarlo con un clic. No pude seguir trabajando esa noche y la crónica crítica se convirtió en una colección de fotos de starlets, más o menos vestidas, cortesía de la Fox (El Zorro entre los Pollos, era el título), con pies de grabados más o menos desnudos, todo bien crudo. Lo que había empezado como literatura había terminado como publicidad. Una vez más el amor, con su vulgaridad, había venido a perturbar la posibilidad de un párrafo perfecto -¡pero cuánta literatura habría dado por asumir esa expresión vulgar!

Volví a saber de Margarita de una manera inesperada. Como a la semana llegó a *Carteles* un telegrama. Me asombró su llegada porque, aunque recibía cartas de los lectores (la mayor parte airados), no los creta tan presurosos de comunicarse conmigo como para hacerlo por telégrafo. Además, venía a mi nombre propio, no dirigido a mi seudónimo del cine. Lo abrí y su mensaje por poco me derriba. Decía:

EL TIEMPO Y LA DISTANCIA ME  
HACEN COMPRENDER QUE TE HE  
PAPERDIDO

VIOLETA DEL VALLE

Las palabras debían ser sentidas pero su efecto era de una risibilidad irresistible. Escribir ese poema abierto y firmarlo con ese nombre y dárselo al telegrafista de la estación de correos de Bayamo era de veras un acto de coraje y un paso de comedia. Durante años conservé aquel tierno telegrama con su texto sentido. En otra parte he hecho bromas sobre su texto pero en el contexto resultó conmovedor. Evidentemente era el final de Margarita, ahora perdida en el seudónimo risible. Yo sabía que nuestras relaciones iban a terminar un día u otro, pero no quería que acabaran de manera tan literaria, tan poética, tan relativista. ¿Estaría ella leyendo a Eliot en el excusado? Sin embargo me resigné a esa pérdida, sabiendo además que tal vez no encontraría otra mujer como ella, que la cumbre sexual que había alcanzado a su lado, arriba, era una suerte de clímax y después todo sería decadencia, cambio de parejas, posiciones. Nada une tanto como una separación. Así me dediqué no a cultivar mi jardín pero sí a cuidar a mi mujer. Esos cuidados por poco me conducen a la viudez. Una noche la llevé de visita a casa de los Almendros, pues Néstor se iba a Nueva York a estudiar cine. Caminamos todo El Vedado porque había leído que era bueno que las mujeres encinta caminaran y mi mujer había estado condenada todo este tiempo que pasé con Margarita a quedarse en la casa, sentada o acostada, con su barriga de barril creciendo cada día y también cada noche, la muchacha extremadamente delgada con que me había casado convertida en una mujer obesa, su cuello esbelto perdido entre la grasa, su espalda antes curvada graciosamente ahora gibosa -solamente sus manos conservaban su antigua esbeltez, modesta ella aunque sus manos eran más perfectas que la de la fatua Morgana, memorable solamente por el anuncio de Marie Brizard que había perdurado más en la radio que ella en mi memoria. Conversamos con los padres de Néstor, tan ejemplarmente monógamos, la única pareja que conocía unidos por la fidelidad (mi padre, sigiloso, seguía en sus aventuras ocultas), hablando ellos de la maternidad, implicando de paso la paternidad, y hasta Néstor que era soltero pero no solitario, participaba solidario de la conversación que me hacía sentir un Don Juan canalla y mi mujer mansa sonreía ante el ejemplo de amor de los Almendros, que yo parecía decidido a emular ahora, mirándome reflejado en ese espejo doméstico, radiante en mi imagen de libertino sin progreso. Regresamos caminando hasta la casa, cogiendo la calle Línea, pero ella apenas era capaz de subir la cuesta de la avenida, para llegar a la cima casi boqueando y al cuarto piso sin aire, ahogada. Pero al poco rato, con la solicitud de mi madre que con sus cuatro partos sabía de embarazos y parturientas, cogió aire.

Dormido, me vi despertado violentamente a medianoche (o tal vez fuera ya de mañana: siempre es medianoche para el despertar del dormilón), con mi mujer sentada en la cama y quejándose, moviendo el cuerpo como si hiciera arcadas: eran dolores de parto: ya los había visto en el cine. Además mi madre lo confirmó con un diagnóstico inmediato. A esa hora tuve que levantarme, vestirme y salir a buscar un taxi mientras mi madre preparaba la pequeña maleta de maternidad. Afortunadamente el dios que vela por los buscadores de taxis en la madrugada, Mercurio dulce, me fue propicio y encontré uno. Llegamos a la clínica de nombre impresionante a tiempo -o tal vez demasiado a tiempo. Había un médico de turno que me explicó que eran los primeros espasmos y mientras no tuvieran una regularidad de no recuerdo cuántos dolores por minuto (científica manera de medir) no había chance de expulsión (así dijo: científica manera de hablar) y si yo quería me podía regresar a la casa ya que allí, una vez ingresada mi mujer, no tenía nada

que hacer sino estorbar (científicas malas maneras) y volví a casa. Después me fui a *Carteles*, no a trabajar pues al explicar a Ortega la contingencia me aconsejó que me cogiera el día o el tiempo que fuera necesario. Liberado de las galeras diarias (al dúo: «¡Ah, cuánto odio estudiar periodismo!», que entonábamos Rine Leal y yo de alumnos, sucedió el aria: «¡Oh, cuánto detesto corregir esas pruebas!», canto llano del que no saldría hasta dejar la corrección para siempre, casi tres años después y volverme, como Errol Flynn, un corsario del cine) y regresé a casa a tiempo para almorzar: la fiesta movable hecha ahora efemérides. Luego enfilé con calma avenida abajo hasta la calle 23, para llegarme caminando hasta la costosa Maternidad Privada de El Vedado, clínica científica.

Por el camino encontré el cielo nublado, siempre estoy en las nubes, con grandes nubarrones oscuros (los que Silvio Rigor no fallaba nunca en llamar «negros bugarrones») concentrados sobre el mar, que había perdido su azul perenne mechado con el costurón morado de la corriente del Golfo. Pero no presté más atención a estas señales de humo que a una noche de luna. Paisajes para Debussy, sonidos en el balcón de Julieta, visiones en el muro de agua Dulce, a la que ya no llamaba Rosa, hastiado de las mujeres como flores. Llegué a la clínica y oí un grito prolongado que no tardé en reconocer como propio de mi mujer -aunque nunca la había oído gritar antes. Era como una versión desesperada de Julieta haciendo el amor a la francesa. Busqué la recepción (que no estaba a la entrada sino a un costado) y me informaron que el doctor Fumagalli, director, se estaba encargando él mismo del parto. Deferente. Al poco rato apareció el doctor Fumagalli. Había algo raro en él, pero no sabía bien en qué consistía hasta que me di cuenta de que era su cabeza. Tenía una cabeza no deforme sino malformada, elongada, con cráneo de zepelín, que él trataba de compensar con unos espejuelos de aro de carey negros y un bigote poblado, también negro, lo que le daba un aspecto científico por un lado (los espejuelos) y cierto aire siniestro (el bigote) por otro, mientras el resto de la cabeza dirigible estaba impedida de tomar vuelo por la doble ancla del bigote y los aros de carey. Diferente. El doctor director me dijo que no me preocupara en absoluto, que era un parto fácil, que tomara asiento. Donaférentis. El sitio más adecuado y alejado de los gritos era el amplio portal con columnas de orden desordenado (la clínica estaba instalada no en un edificio moderno sino, contrariando la pretensión de su nombre, en una vieja casona de El Vedado -aunque de ahí debía venir su adjetivo de privada) donde me instalé en un enorme sillón de cañas y nylon -a ver llover, porque llovía (y en La Habana este adjetivo tiene sentido) torrencialmente. Era el fin del verano. Al decirme esta frase yo estaba repitiendo el disfraz elaborado por la prensa y aprobado por la ciencia (desde el Observatorio Nacional, domo laico al otro lado de la bahía, avalado por el capitán de corbeta Carlos Millas, director) y santificado por la iglesia (desde el observatorio del Colegio de Belén, plantel plutócrata, bendecido por el padre Governa, de la Compañía de Jesús) de que en esta isla tropical, en la zona tórrida, había estaciones, cuando en realidad no había más que dos temporadas climáticas, la de lluvia y la de seca. Ahora llegaron las lluvias. Viendo llover en La Habana (que es un gran espectáculo: García Lorca detuvo un banquete en su honor en el hotel Inglaterra para ver llover desde sus columnas y dicen que dijo: «¡La lluvia, qué teatro!»), por poco me quedo dormido, a la somnolencia de la madrugada añadido el ruido rítmico en redondo -pero me despertaron los gritos disonantes de mi mujer, cada vez más frecuentes, cada vez más alto, cada vez más cerca. Una enfermera me vino a decir que ya se habían roto las fuentes y por un momento pensé que se refería a la lluvia, una imagen meteorológica de su creación. Pero era una metáfora médica: mi mujer daba a luz y me preguntaban, modernos que eran, si quería presenciar el alumbramiento, un espectáculo novedoso. («¡El parto, qué vida!») La seguí hasta un salón que en otro tiempo sería la sala de estar de la casa y era ahora quirófano. Allí, sobre una mesa quirúrgica central, mi mujer se debatía entre gritos, su único medio de comunicación: gritaba y le ponían una máscara de goma sobre la cara y dejaba de gritar. Debía de ser una forma de anestesia pero me pareció más bien que no gritaba, en sus silencios, porque la máscara ahogaba sus gritos, mera mordaza. El doctor Fumagalli ni siquiera miró en mi dirección, ocupado en el parto como en una obra de arte difícil -pero me debía una explicación a su mala parte, mal arte, mal parto. Después de todo yo había pagado para que mi mujer diera a luz sin dolor y he aquí que no sólo tenía dolor sino mucho dolor y lo expresaba gritando. Incapaz de soportar aquella atmósfera de acto improvisado (había una confusión en el recinto que era todo menos científica y ordenada: más bien parecía esa metáfora a que recurriría en el futuro: el caos que debió de reinar en el I-tánico cuando anunciaron que no alcanzaban los botes), regresé al portal donde con la misma inevitabilidad del orden natural, había dejado de llover. Ahora ocurría un crepúsculo por ausencia, sin los grandes fuegos rojos que siempre tienden a ser copias de la imagen del infierno, sino con un predominio verdoso, la tarde filtrándose por entre nubes secas, una atmósfera apacible, húmeda, toda bañada en luz verde, como si estuviéramos dentro de una pecera.

No era de noche todavía cuando me vinieron a avisar que era el feliz padre de una niña: justa justicia: rodeado siempre de mujeres me continuaba en una hembra. Entré al cuarto (ahora era una habitación callada y no el desordenado quirófano que algún día fue salón de recibo y de fiestas) y vi primero a mi mujer todavía gorda pero evidentemente desinflada -y lo primero que se me ocurrió fue que la hinchazón se le había ido en gritos. De tras bastidores introdujeron un bebé, de utilería naturalmente -pero era mi hija. La enfermera estaba asombrada de que tuviera dientes pero a mí me espantaba más la mueca con que se reía. El mayor asombro lo produjo sin embargo comprobar que tenía los ojos abiertos y eran verdes. Ni mi mujer ni mucho menos yo teníamos ojos verdes y definitivamente había que descartar la posibilidad de que ella me fuera infiel con un lechero de ojos verdes. Esos ojos verdes eran efecto de otra forma de adulterio: eran los ojos de Margarita, de Violeta del Valle, de como se llamara esa mujer que había estado tan cerca -ella había estado dentro de mí, no yo dentro de ella- y ahora estaba tan lejos. Después que devolvieron a la niña al lugar designado para ella (clínica moderna que era aquélla, contenida en una casa caduca, los bebés nunca compartían la habitación de la madre después de nacer), y dando una excusa coja más a mi mujer,

abandoné su cuarto, dejé la casona y caminé calle 23 abajo buscando, cosa curiosa, un lugar donde emborracharme -y no precisamente para celebrar por mi hija ni por mi mujer sino por el recuerdo. Ya finalizando la calle, bajando esa rampa llamada con exceso de imaginación La Rampa, encontré el lugar que en otra parte de La Habana, en otro libro tiene un sitio destacado: el Johnny's Dream, cuyo nombre podía significar el sueño de Don Juanito, con sus pretensiones de night-club de moda y su barra olvidada, convertida después en el lobby de un hotel o tal vez en la cafetería que está al lado. Allí, precariamente sentado en una banqueta que era demasiado alta, acodado al mostrador lustroso ordené el único cocktail que podía pedir:

-Una Margarita, por favor -le dije al barman, quien me miró con aire confundido. Pensé que tal vez fuera por el por favor, pero me dijo:

-¿Qué cosa?

-Un margarita.

Ahora sabía el origen de su confusión.

-Lo siento, hermano -me aclaró-, pero ¿con qué se come eso?

Debía de ser hermano no mío sino del camarero del Ciro's. Decidí democratizarme y tutear al dependiente:

-Déjalo. Dame un cubalibre, viejo.

No era ocasión de tomar un daiquirí, que es un trago tan festivo, empezando por su aspecto contrario al trópico (el borde de la copa nevado de azúcar, la superficie glacial de la bebida, el mismo recipiente propicio al champán, recordado por el brindis de *La Traviata* en *Días sin huella*, ya que en La Habana se bebía sidra en las ocasiones que debían ser achampanadas) y la alegría que da verlo, aun a mí que no era bebedor -y por no ser dado al trago era curioso que estuviera haciendo lo que sólo hacen los borrachos: bebiendo a solas: no había nadie en la barra, pero las parejas tempranas que ocupaban las mesas hacían mayor mi soledad: rara avis bebe. Debía de estar celebrando el hecho de ser padre, ya que entonces consideraba la paternidad un privilegio, no una condena, y había pregonado el embarazo de mi mujer, para festejo de mis amigos, contento máximo de mi madre y una sola voz que desentonaba en ese coro cálido, la de Antonio Ortega, director, que había repetido con sarcasmo mi declaración de que iba a ser padre: «Así que va a tener usted un hijo». Ortega, que nunca se dignó a tutearme, dijo su frase como si acabara de contraer yo una enfermedad incurable, no sólo larga sino dolorosa. Pero no celebraba el nacimiento de mi hija sino que lloraba o más bien lamentaba la ausencia de Margarita, todavía más dolorosa ya que era una fuga a dos: ella se había ido con su amiga y tal vez ya estaban en la cama (en Bayamo se acuestan temprano) en su trabajo de amor, o mejor, en su trajín sexual, Margarita debajo (siempre la imaginaba en su postura pasiva tan activa) mientras sobre ella hacía movimientos natatorios su amiga anónima, frotándose obscenamente a la vez que trataba de buscar en el frote el pene que le había negado la naturaleza, intentando inútilmente crear el instrumento que yo poseía de nacimiento, remedando en aquel coito de caderas la penetración que yo logré tantas veces sin esfuerzo -y Margarita no sólo se dejaba hacer, sino que respondía con urgencia, turgencia: correspondía. Es una noción común en todas partes (pero sobre todo en La Habana por ese tiempo) que no hay peor tarrudo, cornudo, hombre engañado, que el que lo es no por una mujer sino por dos: tal vez sea esta doble mujer lo que lo hace un escarnio desmedido. Así, como un personaje literario traicionado con el que me había encontrado traduciendo apenas afros atrás, yo repetía el papel del amante burlado por una mujer y una mujer. El nombre del bar, Johnny's Dream, que nunca había visitado, se convirtió para mí en imagen aborrecida: fuente de fantasmas.

Todo volvió a la normalidad. Estaba claro por la mañana, se nublaba al mediodía y llovía por la tarde. Las noches eran húmedas y de estrenos. Mi mujer regresó de la clínica a la casa con los consejos de cuidado del doctor Fumagalli, todo bigotes y espejuelos y cabeza azepelinada, quien ante mis preguntas dijo que mi mujer había tenido un parto difícil pero natural, nada anormal para una primeriza y una vástaga (así dijo) sana. Nada de qué preocuparse. Son ciento cincuenta pesos. Una estafa, sin duda, pero legal y lo que es más científica. Mi madre se encantó con tener por fin una niña a su cuidado. Mi padre hizo unos cuantos comentarios de que él nunca se enteraba de nada, que no supe qué significaban, pero como siempre los hacía sobre no importaba qué tema, no les di importancia. Después de todo ahora tendría más tiempo para su hobby de otear, con mi madre más atareada que nunca. Yo seguí mi rutina de corrector de pruebas por el día y algunas noches escribía mi crónica en la revista, no lejos del mundanal ruido pero sí cerca de los linotipistas, cada vez más ávidos. Ahora había comenzado además a diseñar mis páginas, aprovechando la desidia del director artístico, que consideraba a *Carteles* como la Siberia de *Bohemia*, a la que había sido deportado, aunque en realidad, como ciertos generales zaristas, había sido ascendido de su puesto subalterno de ilustrador. En esas actividades propias de mi exceso estaba cuando sonó el teléfono y la llamada era para mí, lo que no era extraño. «Es una mujer», dijo Rine intermediario. Ni por un momento sospeché que pudiera ser mi mujer porque usó mi seudónimo. ¿Qué admiradora sería? Era, claro, Margarita, que había desaparecido de mi vida pero no de mi recuerdo. Su voz acariciaba con la misma eficacia de antes y yo respondí con idéntica reacción. Débil es el alma. Me quería beber (y el error ahora es apropiado, no sólo por lo que había bebido por ella y con ella sino porque ciertamente en el pasado ella había tratado siempre de beberme, me había bebido en ocasiones), ver, cuándo me podría ver, dónde podríamos vernos -y así pasó de la petición a la acción directa. Teníamos que vernos. No en su casa (ya me explicaría) sino en la esquina, ese mismo día, esa tarde -y la vi. Débil es la carne pero poderosa su visión.

Estaba más linda que nunca y supongo que desmintiendo a las viejas lesbianas conocidas, figuras de la vida cultural habanera, verdaderas matronas invertidas, a ella el viaje con su amiga, la cama que habían compartido, las caricias que se ofrecieron mutuas, mudas la habían realmente embellecido -tal vez fuera la postura pasiva. Se lo dije.

Quiero decir, no desprecié su vida sexual sino que aprecié su belleza. Se sonrió tristemente y dijo:

-Supongo que el conocimiento y el dolor, si sobrevives, son una forma de belleza.

Debía de ser un diálogo de uno de sus libretos, su literatura cursi activa la había informado, como la radio había formado más que deformado el carácter de la criadita que inventó el amor radial.

-¿Recibiste mi telegrama?

-Sí, lo recibí.

-¿Qué te pareció?

¿Qué quería? ¿Una crítica literaria? ¿O una evaluación sentimental?

-Muy tuyo -fue lo que le dije, esquivando con esa frase cualquier opinión.

-Quería verte -me dijo, y aquí hizo una gran pausa, como si se hubiera olvidado para qué quería verme. Pero no se había olvidado-. Por última vez. Me voy mañana.

-Ah sí -le dije, que es una expresión que repito a menudo, falta de ruido y de furor que significa todo.

-Sí, salgo rumbo a Caracas. Pero antes quería decirte una cosa. ¿Recuerdas aquel día que nos acompañaste al médico?

-¿Al abortólogo?

-Bueno, sí, si tú lo llamas así. Es en realidad un médico muy bueno, muy dedicado a su profesión, muy comprensivo.

No dije nada. Ante ese elogio de un experto en curetajes como si fuera el Dr. Schweitzer entre sus nativos no tenía nada que decir. Pero no pude evitar imaginar al abortólogo tocando el órgano por las noches. Pequeñas aborturas.

-Lo que yo quería decirte es difícil de decir y yo no quería decírtelo, pero creo que en definitiva debes saberlo.

Hizo otra pausa.

-No fue mi hermana quien se hizo un aborto ese día sino yo.

Hizo otra pausa que debiera llamar preñada pero no quiero ser brutal. Ella estaba sin duda esperando mi reacción -que fue por supuesto de última sorpresa.

-¿Tú?

-Sí, era un hijo tuyo. Era también la primera vez en mi vida que me hacía un aborto. Es la primera vez que he quedado en estado de alguien. Ese coágulo de sangre pudo haber sido tu hijo mío.

No pude evitar recordar una canción que dice: «Pensar que ese hijo tuyo / pudo haber sido mío», a pesar de la seriedad de la situación. Ella había hecho otra pausa, esta vez no dramática como las anteriores sino trágica, visible el sentimiento bajo su maquillaje. ¿Qué podía decirle? En realidad me parecía terrible pero también me resistía a crearlo.

-Creí mi deber decírtelo -me dijo. Estaba a punto de llorar. Afortunadamente sólo agregé:

-Eso es todo. Adiós y que te vaya bien.

Nada separa tanto como un pasado común. Dio media vuelta y caminó rumbo a su casa, mientras yo me quedaba parado en la esquina, viéndola irse. Esta vez no pude separar ninguna de las partes de su cuerpo para componer un recuerdo: ella era un todo que se iba -aparentemente. Ésa fue la última vez que la vi pero no la última vez que la oí, porque ella, como en una versión radiofónica de sí misma, se despidió con su voz. Volví a casa más triste pero más libre, pensando en el camino que la revelación de Margarita hacia mi vida demasiado simétrica -ausencia de amor que produce una hija con ojos verdes, amor de ojos verdes que culmina en un aborto- y que tenía que haber una nota asimétrica, la disonancia que resolviera tan cabal armonía y llegué a la conclusión de que Margarita mentía. No sería la primera vez que me mintió y hasta su relato sáfico acabó por parecer pura invención. Pero no estaba seguro del todo. Quería tener una segunda opinión. Consulté a mis amigos como si fueran oráculos -pero resultaron esfinges. Pero ¿para qué son los amigos sino para traducir nuestras vidas para leerlas traicionándolas? Margarita para los cuerdos. Le conté a Rine la historia de su supuesto aborto y lo encontró una falsa preñez. «Es una actriz», fue su dictamen. «Ahora no me cabe duda de que hace teatro.» Lo iba a corregir diciéndole que más bien ella hacía televisión, pero preferí su veredicto de dos. Sin embargo le conté a Silvio Rigor su cuento de su encuentro con su amiga, la cama compartida, el viaje de ambas a Bayamo. «No es una invención. Es la versión de una inversión», me dijo Silvio, y luego con Rigor mortis: «Ritmo de habaneras: las que no son livianas son lesbianas». Margarita para los cerdos.

Una noche -no recuerdo si una semana o dos días después- estaba en mi casa, sentado en la sala con mi madre y mi mujer. Ya habíamos comido y mi hermano se había ido al cine y mi padre había desaparecido en el balcón oscuro. Como no teníamos televisión todavía, habíamos perdido el hábito de oír radio, y el tocadiscos, como todos los objetos eléctricos de la casa, estaba descompuesto, nos refugiábamos en la conversación, que más que arte era entre nosotros artesanía primitiva. A mi madre le gustaba conversar, mi mujer, residuo conventual, recitaba a veces letanías y yo (que conversaba mucho con mis amigos, practicando una suerte de jaijai verbal, más bien un juego de tenis oral, y solía hablar con las muchachas charlatanas, con las mujeres conversadoras, con ancianas anotadoras) perdida la costumbre de la reunión familiar desde que empecé a tener reuniones intelectuales, oí cómo mi madre y mi mujer entablaban un largo diálogo sobre las virtudes de cierta clase de pañales y el roce con la piel tierna de un bebé y la virtud del talco Mennen para las quemazones -cuando sonó el teléfono. Me levanté a contestarlo bruscamente y antes de oír la voz del otro lado supe que era ella. Hubo un breve silencio y en ese momento me pregunté cómo había sabido ella mi número de teléfono, que era privado, que no estaba en ninguna guía, que yo nunca le había dado: de eso estaba seguro: tal vez ella supiera mi dirección pero no mi teléfono y la compañía que había sido tan reservada que se

negó inclusive a dar mi dirección a la policía dos años antes no iba a darle a ella mi número ahora. Pero era ella, no me cabía duda: el mismo silencio que siguió a mi «Hola» habitual la delataba. Por fin habló:

-Quiero verte -hizo una pausa y por un momento pensé que estaba borracha: en realidad había estado llorando, lloraba todavía-. Tengo que verte. Déjame verte. Necesito hablarte.

Ella bordeaba una vez más las letras de distintos boleros pero no caía exactamente en ninguna y había cierta dignidad no sólo en su tono sino en su repetición:

-Tenemos que vernos, que hablar, esta misma noche.

Después de mi respuesta-saludo no había dicho nada más y observé, bajo la luz intensa, tensa de la sala, a mi madre sentada en el sofá verde oscuro y a mi mujer en un sillón, justo al lado del que yo habla abandonado para contestar el teléfono. Se veían absurdamente irreales, como de cera vieja. El Museo de Madame Twosome. Pero ambas me miraban con curiosidad ante la antinatural forma de comportarme al teléfono: yo no había dicho más que «Hola» y después respondía a mi interlocutor con el silencio. Ella siguió:

-Quiero, necesito verte esta noche.

Era evidente que acumulando verbos no lograría más que con su enunciación individual al principio. Por fin le dije:

-No puedo.

-Por favor. Te lo suplico.

-Me es absolutamente imposible.

-Quiero decirte que mi amiga está conmigo y si no fuera por ella habría cometido una barbaridad.

No me explicó en qué consistiría su acto bárbaro pero pensé en el suicidio vagamente y luego con horror preciso -lo recuerdo claramente-, en aparecerse en casa.

-Lo siento pero no puedo esta noche.

-Me voy mañana. No nos veremos más, tú lo sabes, pero quiero verte por última vez. Nunca le he rogado a un hombre.

Se me ocurrió que la respuesta apropiada para ella era: «¿Y a una mujer?». Cantar estrofas sáficas. Estofa de Safo. Pero volví a insistir.

-No puedo. Hasta luego.

Ella, ya sin rastro de llanto, dijo una última palabra:

Adiós.

Creo que colgamos los dos al mismo tiempo. Ésa fue la última vez que la oí, pero lo que mejor recuerdo de esa noche es que mi mujer no me preguntó nunca quién llamó.

Semanas después, tal vez un mes más tarde, solo, sentado a la barra de un bar olvidado, sin nombre memorable, me emborraché pensando en Margarita, en su esplendor sexual, en sus ojos verdes ardientes y también en la falla en su belleza, en la mácula mamaria, en el seno que le faltaba y que hacía del otro seno una rara perfección única: el cuerno precioso del unicornio. Recordé la primera visión deslumbrante en el sótano teatral y la larga persecución por los años y por las calles de La Habana, y el encuentro, el desencuentro y mi torpe ardid que fue sin embargo eficaz. Pensé cómo la había ganado y perdido y cómo su posesión había sido una suerte de educación, un aprendizaje -aunque no supe exactamente para qué. Todo esto lo pensaba en el bar o en la calle, caminando ya de noche, y me encontré en la odiada San Lázaro, que nunca aprendí a apreciar, y luego estaba en la amada y ahora sombría Soledad, enfilando hacia el callejón sin salida, ciego por la tapia del cementerio de metáforas muertas, y llegué a su puerta, a la puerta de entrada sin puerta, y subí los escalones que había subido antes, que ella había subido conmigo, los que le vi subir sola, yo espectador de su cuerpo de espaldas, hasta las piernas, las pantorrillas, los pies que nunca le alabé, hablándole solamente de sus otras perfecciones: los ojos verdes, la boca escarlata, deteniéndome antes de seguir, temeroso de insultarla con el elogio del seno que no podía más que ser singular. Toqué a la puerta. Enseguida, antes de tener tiempo de darme cuenta de lo que hacía ebrio y de arrepentirme sobrio, se abrió la hoja y ahí estaba Margarita. No se había ido como había sospechado. Me lo había imaginado. Margarita, más alta ahora pero más ancha, con los pómulos bien arriba y los ojos más rasgados. Me reconoció y me dijo:

-Hola, qué tal. Pasa.

Pero ésa no era su voz educada, baja, acariciante: era la voz de su hermana: era su hermana -Tatiana, Sebastiana, como rayos se llamara con tantos nombres falsos. No era Margarita pero entré al ser invitado. Me hizo sentar en uno de los sillones forrados en nylon verde chartreuse, entre panteras y flamencos, y antes de saber qué hacía yo en ese zoológico fantástico me encontré llorando. Ella, como se llame, me cogió por una mano, ya sentada en el otro sillón forrado en nylon verde chartreuse y yo me dejé arrastrar hasta el piso, donde me tumbé llorando, con mi cabeza a la altura de sus rodillas. Ella me acarició el pelo y me dijo:

-Estás llorando por ella. Ya sé.

Dejé de llorar en cuanto ella mencionó el llanto por Margarita, pero no quité la cabeza de entre aquellas piernas pulcras. Lo que hice después fue de una audacia absurda: le acaricié una pierna, suave al tacto, pero ella no retiró mi mano ni su pierna. Su piel era pálida.

-Sabes -me dijo-, tienes un pelo muy fino. Como de bebé.

No respondí, no dije nada, sólo seguí acariciando su pierna, a lo largo, del tobillo a la rodilla. Estaba más borracho de lo que creía porque ahora subía mi mano por entre sus rodillas y acariciaba sus muslos. Ella me cogió una mano pero no la que la acariciaba, la otra, creo que era la izquierda, y pasó sus dedos por ella, como yo la otra mano por

sus piernas.

-¿Y esa cicatriz? -me preguntó. Por un momento no supe de qué hablaba. Yo no tenía cicatrices, nunca había sido herido. Pero la vi señalando mi mano y miré y en ella, visible blanco en mi piel oscura, más arriba del pulgar, entre este dedo y el índice, estaba el arañazo profundo de Margarita convertido en una marca indeleble. Curioso: lo había olvidado. Ahora recordé el momento en que lo hizo, por qué me marcó, pero no pude recordar sus palabras. Las cicatrices duran más que las palabras.

-No es nada-le dije-. Un accidente de manicura.

Mentirla si dijera que no recordaba a Margarita. La recordaba, sí, pero ella estaba ausente, ida, era el pasado. El presente era su hermana, con su extraña belleza, que recordaba a Margarita y al mismo tiempo la hacía olvidar. Ella era como una versión morena de Gene Tierney, mi más cara máscara, más irreal que la Gene Tierney de sombras del cine, versión de la vida. Laura, que el cielo me juzgue con el filo de la navaja barbera. Me levanté y levanté a la hermana para acostarnos. Todo el tiempo no pensé en Margarita, en esta traición trapeera, sino que estaba en la cama con una de las versiones de la aversión sexual para mí: una viuda y me veta acuchillado como su marido muerto por Pepe por poseer aquella mujer no más preciosa que su hermana desaparecida pero sí más peligrosa. Cuando terminamos (esta vez no hubo maratón sexual ni conteo amoroso, ni siquiera recuerdo cómo era ella desnuda: nunca supe cuál era su defecto que era su mayor virtud) y me fui de su cuarto y de la sala zoológica y de la casa verde chartreuse y dando tumbos, todavía borracho, llegué a la esquina de Espada (estas calles de La Habana, todas símbolos en sus nombres) y me miré la mano en un movimiento reflejo: a la luz del farol inequívoco pude ver, pálida, la cicatriz entre mi piel y pensé que yo había sido acuchillado retroactivo en aras de su hermana: fue la propia Margarita, bella y alevosa, armada amada, mi amazona, quien me clavó el puñal.

## Epilogo

---



## Función continua

---

La vi, la volví a ver años después, cuando era aparentemente demasiado tarde porque ella estaba ya dentro del lobby. No había entrado todavía, creo -nada hay tan ilusorio como la luz malva del crepúsculo en La Habana. Pero aunque ella tenía intención de entrar sin duda al cine estaba aún comprando su boleto: una mano desmembrada y epicena le ofrecía la entrada al paraíso mientras ella tanteaba monedas de plata en su cartera. No, me parece que ella estaba buscando el dinero dentro de la quincalla que era su bolso, dando de lado de momento al ticket tentador. Pero, pensándolo bien, bien podía ya haber pagado y ahora estaba solamente devolviendo el vuelto a su monedero, el tique (así lo llamaría ella, habanera popular que debía de ser) tomado, ticketeniente. Esos eran meros detalles. Lo trascendente es que antes me dio la espalda pero ahora me había mirado de reojo, de medio lado, al sesgo: al estilo de las vampiresas del cine silente, pero la única manera en que una mujer puede mirar a un hombre desconocido en esa Arabia apodada Feliz donde debía vivir, sus sábanas su tienda. Me miró oblicuamente mientras exhibía su perfil (antes sólo me mostró su espalda), luego el cálido creciente de su cara canela se levantó ligeramente por sobre el horizonte oscuro del habitáculo o cubículo de la taquilla haciendo lucir su calmada barbilla altanera, rasgando sus ojos como vírgulas y contrastando la mancha amarilla de su pelo (rizado creo, melena me parece, oxigenado estoy seguro) que enmarcaba sus perfectas facciones bañadas en tintura de yodo, de la misma manera minuciosa que la negra caja cuadrada resaltaba su largo, lánguido cuello: un medallón de bronce exhibido en terciopelo, tantalizante.

Me miró de nuevo por un instante (apenas veinticuatro veces en un segundo) y luego bajó los párpados púdicos y sonrió en secreto, invitante y sin embargo sin dirigirse a nadie. Por supuesto que era una franca invitación al vals de la vida, tal vez al cine y es posible que fuera hecha para mí. Aunque podría estar dirigida a otra persona. No sabría decir: las hembras de La Habana habían pasado de la voz pasiva a la activa al conjugar el verbo amar en pocos tiempos. No me quedó otro remedio que volverme a mi alumno Fausto y darle en pleno Prado una duradera lección de arte angélico:

Te dejo Fausto por el fausto -queriendo decir el Fausto porque ella se movía más allá de las puertas vaivén y dentro de la sala a oscuras, también llamada Fausto, Teatro Fausto, el cine Fausto para ella. Él, mi afín, al fin dijo entre dientes: -¡Mierda -dijo Fausto: -¡Es una mierda -y añadió todavía: -¡Vete a la mierda -usando esa palabra que tanto gusta a los habaneros que han llegado a crear un cenador de caca, el comemierda. En ese momento resultaba yo un mal Mefistófeles para un falso Fausto y abandonando su auto, tan usado por mí, el blanco convertible raudo, le dije, respondiendo a sus frases frustradas con mi felicidad: -Me voy a la miel -dando a entender que perseguía, que seguía aquella dulzura, bombón o caramelo que entró en ese recinto encantado que es un cine. Y, con la condenación de Fausto, me bajé de su carro del todo que ya cruzaba ignorante los costurones que quedaban de las líneas del tranvía en la calle Colón, vestigios de una civilización desaparecida que nunca conoció, y casi corría paseo del Prado arriba para dar de lado al poeta fusilado con su musa mórbida, eternizados en su momento, su monumento, bronce que penetra al mármol y dejar detrás al parque de los mártires del amor, perdiéndose en el Malecón del mar y del recuerdo. Cortado está el vástago que podría tirar derecho.

Debí de comprar la entrada y meterme en el cine a la velocidad de la luz por la puerta vaivén bajo el letrero que advertía «Infantes no admitidos», porque cuando la oscuridad de dentro, siempre en contraste con la claridad de afuera, fuera natural o artificial, me golpeó como una pared gaseosa pude ver, entre un destello de la pantalla (que abrió en ese momento una grieta en el muro negro) y el vacío de la oscuridad, vi su vestido blanco que se alzaba espectral para sentarse ella sin estrujar la falda, ni hacer un acordeón de las crinolinas que llevaba bajo del vestido, sayuelas sucesivas, esclava ella de la moda. No tuve que correr para alcanzar su imagen y tranquilamente me senté detrás de ella primero, luego, sin pretexto visible (sólo había sombras en el cine, inmóviles en la platea, móviles en la pantalla), me levanté para sentarme en su fila, después cambié de asiento una vez más y vine a posarme a su lado, técnica que era experiencia adquirida en días y noches en el cine buscando el amor a oscuras como un iluminado. Si el sexo santificara hacía rato que habría sido santo. Pero ella no miró nunca para mí y llegué a pensar que me había equivocado no de asiento sino de mujer, que la mirada de afuera era sólo una mirada más al final del día, vacía de ojos y frenesí que significaba nada. No le dije una palabra. Ninguna introducción, presentación de credenciales o mero saludo. Ni siquiera el rudo ritual que se quería fino y fácil: -¿Está ocupado este asiento? -antes de sentarme, que además salía sobrando a esa hora en ese cine. No le dirigí la palabra, solamente miradas. La miré al principio como si me asombrara de que ella estuviera a mi lado, con tantas lunetas vacías alrededor. Después la volví a mirar como si la reconociera, preguntándome dónde había visto antes esa cara color de yodo entre ondas oxigenadas. Me puse a mirarla durante más tiempo, de reojo, luego fijamente de frente, aprendiéndome su perfil perfecto de memoria, su

perfilm eterno, su perfil, y concluí que veía un camafeo más que una medalla. Al mismo tiempo, mientras miraba, pensé en todas las connotaciones del camafeo, desde el perdurable perfil hasta su división en sílabas gratas o ingratas: cama para ella, feo para mí. Pero dejé de mirar su cara para mirar su rodilla que se veía fosforescente en la media penumbra de sus piernas (es asombrosa la cantidad de cosas que se pueden ver a la intermitente medialuz del cine, una vez acostumbrados los ojos al parpadeo luminoso de las imágenes), cabalgando una pierna sobre la otra, moviéndose alternas pero dejando siempre una rodilla a flote de la oscuridad, como la décima parte de un cálido iceberg de carne que navegaba inmóvil en la sombra promisoría. Miré tanto su rodilla que empecé a pensar en la palabra rodilla, en sus siete letras mágicas, en que lo mismo podía llamarse redondilla, en por qué se llamaría rodilla y no peñón o domo de yodo o balón sólido, pensé en la rodilla platónica y en las veces que había encarnado en muchedumbre de mujeres muertas, en multitud de muchachas vivas, en la rodilla metafísica y finalmente regresé feliz a la rodilla física, a aquella rodilla, a su dueña, en ella y en mi mano y su rodilla, mi mano en la rodilla, y de pronto pasé de la teoría a la práctica y le puse una mano en la rodilla, mi mano en su rodilla y ella no dijo nada. Había seguido el viejo, olvidado por sabido consejo de Ovidio: sólo que en vez de una romana en el circo ella era una habanera en el cine. Ella por toda reacción me miró solamente y aunque ahora no distinguí bien sus facciones porque en la película debía de ocurrir una de esas noches blancas del cine en que la luna de mediodía produce sombras a medianoche y aunque mis ojos estaban fijos en la visión de su rodilla, ahora eclipsada por mi mano, supe que ella me miraba, como me miró afuera en la tarde vernal. Quitó la mano de la rodilla porque mano y rodilla estaban húmedas, resbaladizas con el sudor de mi ansiedad y de mis palmas tropicales, y antes de pensar qué hacer con mi mano mojada me vi colocarla (mi mano se había hecho autónoma, independiente de su autor) sobre uno de sus senos -o sobre la tela sobre su teta. Ella se río, no se sonrió, se río a carcajadas que la sacudían, incluyendo a mi mano en su temblor de teta. Pero no se reía de mi acto sino de una acción que ocurría frente a ella allá en la pantalla. (Era un cartón de Pluto más allá de un abismo, en el aire, ingrávito.) Se río más, se río un rato y cuando terminó de reírse, como en una extensión del fin de la carcajada, me quitó la mano de sobre su seno y la devolvió a donde estaba primero, que era mi rodilla, flaca y vestida. Vi mi mano reflejando la luz de la pantalla salir de entre sus senos y posarse sobre mi pantalón, escoltada en parte del viaje por su mano. Luego pude presenciar cómo su mano volaba hasta mi mano, la atrapaba de nuevo entre sus dedos desnudos y volvió a colocarla donde estuvo después, que era su rodilla, blanda, verdaderamente muelle. Eso fue lo que hizo. Cuando quitó mi mano de sobre su seno creí que iba a protestar, a decirme algo, que su mano viajaría veloz de mi rodilla a mi cara, que me clavaría las uñas, alfileres, dagas, que armaría un escándalo, que hasta llamaría al acomodador ausente, al portero formidable, aun al taquillero sin sexo. Pero no hizo más que lo que hizo -o tal vez un poco más. Me palmeó mi mano dos veces, ambas manos sobre su rodilla, mi mano como una lasca de jamón húmeda en el sandwich de su carne amable.

Lo extraño no fue mi miedo seguido de mi júbilo sino la posición de los dos en el espacio mientras discurríamos en el tiempo acelerado de la película y el tiempo demorado del cine. Estoy seguro de que al entrar me senté a su izquierda pero la mano que ahora ella ponía sobre su rodilla era mi mano izquierda, maniobra que no pudo realizar tan fácilmente si yo hubiera estado sentado a su izquierda. De manera que debía de estar sentado a su derecha en este momento, aunque puedo jurar que unos pocos minutos antes ella estaba sentada a mi derecha. Nunca pude explicarme este cambio sino como una transfiguración. Pero para cualquier propósito práctico se debe considerar que yo estaba sentado a su derecha y tenía mi mano (colocada por su mano) izquierda húmeda sobre su tensa rodilla derecha, su pierna visible y palpable montada sobre su pierna en la sombra, impalpada, las dos piernas situadas en las zonas llamadas umbra y penumbra por los selenólogos. Al depositar mi mano sobre su rodilla (cualquiera que ésta fuese) ella se río de nuevo, sin mirarme, por lo que de nuevo debió de reírse de algo que ocurría no en tres sino en dos dimensiones y allá arriba -o tenla cosquillas. Casi enseguida después de esta risa o risita desmontó la pierna y mi mano bajó con su rodilla, convertidos brazo (Mío) y pierna (suya) en un solo miembro móvil. Mi mano se desplazó con su rodilla hasta que mis dedos tocaron con la yema la piel estirada de su otra rodilla, ahora a idéntico nivel que su rodilla primera (izquierda o derecha) y mi mano (también indiferenciable por la confusión de posiciones). Entonces ella comenzó a juntar sus rodillas, como hacen las niñas bien y muchas mujeres malas que no quieren mostrar las entrepiernas, de manera que no sólo las yemas sino también las uñas y los nudillos y sus articulaciones y la piel sobre ellos (que constituían mi mano, con falanges, falanginas, falangetas, etc., según la lección de anatomía de la doctora Miranda) tocaban su rodilla otra, se clavaban en su carne, se aplastaban contra sus huesos (que sentí por primera vez: antes todo había sido suavidad y blandura) y ella juntó todavía más las rodillas y apretó la mano entre ellas y siguió haciendo presión hasta que mi mano estuvo en contacto con ella como la nuez con el cascanueces y me hizo daño y me dolió de veras, tanto que casi grito, alarido que hubieran ahogado las risas del cine. Con mucho esfuerzo pude escurrir la mano de entre sus rótulas casi rota. Es decir, retiré los dedos pero no saqué la palma sudada ni quité la mano tullida. Ella se río a carcajadas y debió de ser de Pluto una vez más, sus hazañas invisibles para mí (porque yo ahora estaba mirando sus senos que subían y bajaban demasiadas veces seguidas para ser efecto de su respiración -y tampoco era su risa. Fue entonces que abrió las piernas. Sé que abrió las piernas porque no las abrió una vez sino varias veces y sus muslos hicieron fuelle y el aire que se escapó de entre sus piernas sopló sobre mi mano como un vaho benigno, un monzón milagroso. No moví la mano. Estaba bien allí adherida por capilaridad a su rodilla y balanceada y fresca en su verano carnal ahora. Al menos eso creí yo -pero no era lo que pensaba mi mano, Frankenstein femenino.

Vi que ella (mi mano) se movió sola por sobre las ligas (curioso que no notara hasta ahora, hasta el cambio de piel

de la rodilla al muslo, que ella llevaba medias de nylon, tan toscas al tacto, que solamente sintiera esta viscosidad seca al pasar sobre el camellón de sus ligas antiguas baratas apretadas enrolladas casi sobre la choquezuela, fea palabra) y sentí sus muslos fríos, no realmente fríos sino frescos, pulidos, tersos, suaves, blandos, que comenzaron, mientras mi mano reptaba autómatamente por ellos, sin escapárseme como peces sorprendidos ya que eran carne avisada y comenzaron a hacerse tibios cálidos calientes ardiente quemante calcinante mientras mi mano (debía haber dicho siempre la mano) empezó a luchar por separarlos sin darse cuenta ella (la mano) de que allí eran ya inseparables, que era su cuerpo lo que debía abrir si quería encontrar la meta: fue entonces que descubrí, debajo de tanto tul y ningún nylon, su desnudez íntima. Ahora ella se convirtió en una cajita peluda de música de olores -¿o fue en la caja mágica?

No habíamos hablado, yo no había tratado de hablar con ella antes (donde sobran los gestos, no nacen las palabras) pero en ese momento yo traté de hablarle, yo le hablaba, le hablo todavía, pero ella no respondió. Nada más que se reía, mueca de Mona Lisa demente. Traté de hablarle otra vez y no me dejó: no me tapó la boca ni me puso un dedo sobre los labios ni me chistó. No hizo nada para que yo no le hablara, pero era tan evidente que no quería más que mirar a la pantalla que, nada más de abrir la boca, hice una O o una A -y la cerré de nuevo. Pero *tenía* que hablarle, no quedaba otro remedio, era importante, imperioso, imprescindible. Yo no podía regresar a casa *sin* mi anillo.

-Mi anillo de compromiso...

Era mi voz al fin -o al principio. Pero no me hizo caso.

-Mi alianza. (Es galicismo.)

Hablé más alto pero todavía no hizo caso. Hablé tan alto ahora que estaba gritando cuando me mandaron a callar, que alguien silbó chis, sonado inusitado viniendo del público. Saqué mi mano del todo por entre ojo, labios, pelos, viniendo de la otra cara. Me senté correctamente. Me pasé, higiénico, la mano mancillada por la pierna derecha de mis pantalones. Miré a la pantalla -y no vi nada.

-¿Qué pasa?

Era ella, que hablaba por primera vez, pero no me miraba. Casi creí que hablaba con Pluto. Tan cerca estábamos -no el uno del otro ahora sino siempre los dos de la pantalla.

-¿Qué pasó?

Ni me miraba de reojo, su mirada fascinante en el crepúsculo (palabra obscena) de La Habana.

-¿Qué te detuvo?

La miré bien pero ella seguía de perfil, atenta a la acción, al movimiento, al tránsito de Pluto.

Mi anillo.

-¿Qué cosa?

-Se me perdió mi anillo...

Ella se ríe ahora. Se ríe más y después miró para mí por primera vez desde que entramos al cine.

... de bodas. Se me cayó.

Ella se ríe aún más y más que nunca se ríe con los motivos de Pluto.

-Dentro -dije bajo.

-Ya lo sé, bobo.

Se ríe, se reta, se reirá para siempre, como una muñeca de carnaval.

-¿Qué hago ahora? -dije en un lamento que expresaba la lástima de volver a casa sin mi anillo de bodas y enfrentar a mi mujer con mi afrenta. Además estaba mi madre, juez severo.

-Búscalos.

Me quedé pasmado, sin saber qué hacer ni qué decir. Pero ella me llevó de la mano -es decir, transportó mi mano por entre medias de nylon, ligas anticuadas, sayuelas a la moda y sus muslos macizos, de mármol miel.

-Anda, búscalos.

Al hacerlo, al obedecerla, o un momento antes, la miré y vi que estaba otra vez dentro de la pantalla, concentrada en la contemplación y la fiesta. Me di a mi tarea grata. Busqué bien por los costados, los dedos resbalando por entre bordes húmedos. Al tacto sentí el cambio de ambiente, de piel, de cuerpo. Metí una mano exploradora y los bordes me apretaron la muñeca, tanto como las rodillas me habían atrapado la mano antes. Probé y podía mover los dedos. Busqué hacia el fondo y di con un obstáculo o un tope. Pero el anillo no aparecía por ninguna parte. Volví a buscar por todas partes. Nada. Busqué más. Ni rastro de mi anillo y era el que me unía en sagrado matrimonio. Molesto saqué la mano bruscamente y la muñeca se enganchó en un saliente.

-¡Maldita sea!

-¿Qué pasó ahora?

Ella había dejado de mirar la pantalla del todo. Aun al claroscuro del cine se veía que estaba molesta.

-Se me zafó el reloj.

-Bueno, ¿y qué?

-¿Cómo que y qué? Se me desprendió de la muñeca con manilla y todo y no quiero perderlo. Es un regalo de mi padre.

Mentía para que sonara no como un reloj sino como un objeto de valor sentimental. Se dará una recompensa a quien lo devuelva.

Agáchate y recógelo.

-¿Recogerlo? Pero si se me cayó donde mismo perdí el anillo.

Ve y búscalos.

Tal vez no oí bien.

-¿Ir...?

Pero ella regresó a la pantalla, no sin antes hacer un gesto de fastidio.

-Eso si tú quieres. A mí me da igual.

Maldije (en voz baja) mi suerte. Ahora no sólo tenía que buscar mi anillo de bodas sino el reloj de mi padre. ¡Qué lata, los objetos de familia! Mientras tanto en la pantalla ella se reía espasmódica. Parece fácil encontrar un reloj donde antes se ha perdido un anillo, pero no lo es, en absoluto. Empecé a buscar, tanteando y reconociendo al tacto los sitios por donde había buscado anteriormente. No había nada. Nada nada. Pero nada. Además ya me dolía la columna vertebral por la posición y el brazo de su luneta que se me clavaba en una costilla. Decidí bajar hasta el suelo. Me metí como pude entre el espaldar de la fila de delante y mi asiento y, evitando sus rótulas distantes pero peligrosas, me agaché despacio para no molestarla. Estaba incómodo realmente en cuclillas y me arrodillé. Al hacerlo planté mi rodilla -sobre uno de sus pies.

-¡Ay! Pero chico, ¿qué es lo que pasa ahora?

Levanté la cabeza y empecé a tratar de explicarle en susurros, pero desde abajo se veía todavía más furiosa, imponente, su pelo amarillo casi llameante. La mía no era una buena posición para ser convincente, de hinojos, farfullando, atrapado entre sus piernas y la fila delantera de lunetas.

-Se trata de...

-¿Quieres dejarme ver la película, quieres?

Estuve a punto de corregirla, de explicarle que no era una película pero era mejor aclarar mi posición:

-Es que es mi reloj. Primero mi anillo y ahora mi reloj...

-¡Ay hijo, pero qué posesivo que eres! Mi reloj, mi anillo. ¿Quién te manda?

¿Qué responder a la retórica del dialecto? Decidí que lo mejor era concentrarme en la búsqueda evitando su cuerpo. (Si no hay lógica en mi narración es porque había locura en mi método.) Metí bien la mano pero no encontraba nada.

Nada-nada. ¿Dónde habrían ido a parar mi reloj y mi anillo? Ella debía saber. Le toqué un brazo para llamar su atención pero no atendía. Lo único que le interesaba era el maldito espectáculo -y así me encontré blasfemando al maldecir el cine en un cine. Me quedé paralizado por el terror religioso. Pero al cabo del rato, y viendo que desde la pantalla no caía un rayo de luz que me cegaba, reuní suficiente ánimo para moverme y la toqué de nuevo. Pero ella no atendía nada que no fuera Pluto, por lo que estiré el brazo a todo lo que daba para que lo viera, traté de colocarlo entre ella y la pantalla, interrumpiendo su línea de visión. Pero el brazo no me alcanzó para llegar a sus ojos y aunque moví los dedos era evidente que no me veía. Cansado, empecé a bajar el brazo cuando mi mano tropezó accidentalmente con uno de sus senos. Saltó como si fuera una afrenta.

-¿Qué carajo es ahora?

Detesto a las mujeres que dicen malas palabras pero no estaba en una posición para mostrarle mi aversión. Además, no la habría visto.

-¿Puedo... puedo...?

Lo que me salió fue pena, que es una combinación cubana de dolor y de vergüenza.

-¿Qué es lo que es?

-¿Puedo... con la otra... mano?

-Claro que puedes, siempre que no me toques.

-Pero para buscar tengo que tocar.

-No digo ahí abajo, digo en otras partes.

Me parecía absurdo pero no confuso. Ahora, a mi propósito.

-¿Puedo con las dos manos?

-¡Acaba ya de hacerlo!

Era una orden y la acaté. Busqué con las dos manos ansiosamente, extensamente, minuciosamente también y sólo encontré mi pasmo. Me asombró que costara tan poco trabajo esta operación exploratoria. Metódico que era primero busqué el lado izquierdo con la mano derecha y el lado derecho con la mano izquierda, palmo a palmo -o centímetro a centímetro, empleando el sistema decimal. No encontré nada. Nada nada. Decidí cruzar las manos y hacer que la izquierda buscara a la izquierda y viceversa, siguiendo a la antipatía de los contrarios, la simpatía de los semejantes. ¡Nada! Rastree toda la zona, rastrellé el terreno, escarbé y nada que estás en la nada fue lo que encontré. Saqué mis manos espeleólogas y suspiré -aspiré con fuera pero espiré con mayor fuerza aún porque el olor se hizo dolor: reacción ante el esmegma, estigma fétido.

-¿Te quieres callar? -era ella arriba como una diosa tronante.

-Pero si no dije nada-dije humilde.

-De hacer todos esos ruidos. Van a creer otra cosa y nos van a sacar de aquí. ¡O todavía peor!

Ella no dejaba de tener razón pero yo había dejado de tener anillo y reloj, de un golpe de Dédalo que no abolirá el bazar.

-¿Y yo qué hago ahora? -la consulté.

-No sé, pero hazlo en silencio.

-Ni anillo ni reloj.

En desespero dramático me llevé las manos a la cabeza, usando su secreción secreta como vaselina y vi -las mangas de mi camisa, *sueltas*, al paio más allá del borde marino de mi chaqueta.

-¡Mis yugos!!!

Mandaban a callar de todas partes del cine, en un comportamiento extraordinario, como si estuviéramos en una iglesia y todos los congregados fueran feligreses feroces -¡yo era el pagano en el templo!

-¡Está bueno ya!

Era ella, no el cine, enojada conmigo, contra mí, furiosa, hecha una furia ahora. Mejor, era una hidra con todas estas cabezas vociferantes -megera, harpía, erinnia, Gorgona, Salomé, Mesalina, Agripina, bruja de Macbeth, Catalina de Médicis, Catalina Grandísima, Eva Perón, Ilse Koch y, finalmente, adelantada a su tiempo, Madame Mao -de mujeres múltiples inclinadas hacia mí terribles. Pero por su color de yodo, aumentado en contraste con su pelo oxigenado, era Kali manoteante, en una de sus cuatro manos una espada fulgurante. Silbaba como una olla de presión:

-¡Ssssiteinteresssssasssenesssssassscosasss entra a buscarlassss de una sssssantísssavesss!

-¿CÓMO?

Pero no respondió. No abrió su boca sino su cartera y la espulgaba.

-¡Toma!

Me tendía algo metálico. ¿Su espada? ¿El cáliz de Kali? ¿Una cuchara?

-¿Qué cosa es esto? -pregunté antes de tomar aquel objeto ofrenda.

-¡Mi linterna, qué va a ser!

Me la dejó en la mano golpeando con ella la palma, duro, y al mismo tiempo abrió las piernas todo lo que pudo, colocando cada corva en los brazos opuestos de su asiento. Sentí que la cabeza se me alargaba hacia atrás, que mis espejuelos tenían aro de carey, que me crecía un bigote siniestro. ¡Ah, las cosas que se podían hacer en los cines de La Habana! Vi que ella me había dejado de prestar atención para concentrarse una vez más en lo que ocurría en la tela blanca poluta. Encendí la linterna que abrió un hoyo de luz blanca donde anteriormente era todo tacto. Antes de asomarme tuve un ataque de presciencia y desatando el cordón de uno de los zapatos amarré bien las patas de mis quevedos por detrás de mi cabeza y entre las orejas. Avancé decidido. A mi espalda rugió un león -o tal vez fueron tres leopardos al unísono.

En el momento que metí la cabeza toda sensación cesó -ruidos, texturas, olores, sabor amargo. Todo menos la visión que proyectaba mi, su, linterna, que alumbraba bastante aunque no era mucho más grande que la Pelikan en mi bolsillo -¿en mi bolsillo?- sí, en mi bolsillo de la chaqueta sempiterna firmemente prendida estaba. (Esta construcción gramatical era una influencia alemana de mi pluma, evidentemente.) Hice bien en meter la linterna primero pero hice mal en llevar los brazos por delante. Al levantar la cabeza entraron también (involuntariamente) mis hombros estrechos y al tratar de sacarlos por temor a quedarme trabado hice un movimiento de palanca -para conseguir exactamente lo contrario al efecto deseado. (Doppler.) Caí resbalando hacia adentro. Pero no perdí la linterna.

Me levanté para saber que cojeaba de mi pie que siempre se mostraba independiente, con vida propia. Pero lo sentí mojado, pegajoso. ¿Me habría herido? Alumbré mis pies y vi que me faltaba un zapato, el izquierdo, el otro estaba bien atado. Antes de empezar a buscar mi zapato me entretuve mirando lo bien que se veta la media gris haciendo contraste con el suelo rojo y rociado. Olvidando mi esteticismo súbito dirigí la linterna hacia las paredes primero, que brillaron rosadas, coralinas o reflejando puntos de color escarlata. Hacia el fondo la luz se perdió en una curva morada. Alumbré la entrada pero el zapato no se veía por ningún lado. ¿Sería posible que lo hubiera perdido fuera? Gateé como pude por la rampa mucosa hasta el orificio por el que había caído y traté de mirar hacia el exterior. Solamente vi un vestíbulo a oscuras con una campana malva arriba y unas colgaduras moradas a los lados. Iba a trasponer el umbral cuando de pronto hubo como un temblor -¿de tierra?- y resbalé hacia dentro, casi hasta el fondo del salón. Pero no perdí la linterna.

Me puse en pie de nuevo y traté de encontrar la rampa de entrada, a la que ya no podía llamar La Rampa, invisible ahora. Era evidente que había resbalado hasta otro ámbito. Eché a andar en la dirección que me pareció más exacta hacia la salida y enseguida me di cuenta de que en vez de salir iba hacia adentro. Alumbré paredes, techo y rincones por igual, minucioso, y tomé nota mental de lo que parecía una morada morada. Aunque el color variaba a veces del púrpura oscuro al rosa pálido y el suelo se hizo primero granuloso y luego estriado, siempre estuve en una cueva blanda. Ni el anillo ni el reloj ni los yugos aparecieron. Pero al recorrer el salón paso a paso y trazar su topografía supe que estaba en una pieza en forma de pera. Mi éxito será mi salida.

Llegué a una bifurcación y siguiendo el consejo campesino que recomienda no dejar trocha por aprocha decidí coger el camino de la derecha, que se veía más amplio. Caminé unos diez pasos -aunque no puedo decir cuántos pasos había desde la entrada era evidente que estaba en el recinto del espacio perdido- y me di de manos a boca, lugar común, con una pared lisa toda rojo cardenal. ¿Sería ésta una capilla? Pero una inspección detenida mostró que por las paredes bajaban largas rayas rojas, irregulares y finas. No había nada allí, ni rastros de los objetos a encontrar. Di la vuelta mirando siempre al suelo húmedo, la vista fija en la roletas de luz que eran mi adelantado. Al regresar a la horqueta, a la izquierda, vi como una mota blanca que desapareció en la curva. Parecía -me da horror decir-

lo- una pata de conejo animada —o tal vez su rabo raudo. Corrí hasta la esquina pero no vi rastro ni rabo. ¿Sería una alucinación? Nadie respondió a mi pregunta y descubrí que estaba solo. O casi solo: tenía a mi linterna por compañía: cuando uno está solo hasta la luz de una linterna es alma amiga. Torcí la esquina para encontrarme con otra bifurcación. Me hallaba en un laberinto, sin duda, y siguiendo una regla que establecí en ese momento, desdeñé el camino ancho por el estrecho. A los pocos pasos de andar por esta vereda me encontré con un cul-de-sac. (También llamado blind alley y callejón sin salida en el exterior.) ¿Estaría perdido? ¡Imposible! El que se ha encontrado nunca se pierde. La salida está ahí a la derecha. ¿A la derecha? ¿Es a la derecha o a la izquierda que está la salida a la realidad del cine? Iba a buscar una moneda para tomarla como brújula y decidir mi rumbo a cara o cruz, cuando de nuevo tembló la tierra, toda la caverna se sacudió y me vi empujado por movimientos cada vez más sísmicos -hacia el fondo- ¿o hacia el frente? Esta ocasión logré mantener un equilibrio precario y tampoco solté mi linterna acompañante. Patiné a regular velocidad hasta un saloncito color vino agrio y justo en medio cesaron los temblores como habían comenzado, de golpe. ¿Dónde estaría ahora? El cul-de-sac, blind alley o callejón sin salida había pasado por mi lado empujado por muros color violeta y mucosas columnas enfermas y modulores blandos. Decidí reflexionar sobre mi situación y mi derrotero -más que nada porque tenía miedo a moverme de allí. Derrotero suena más a derrota que a ruta y derrotado hice lo que hacen todos los vencidos que no creen en el cielo: miré al suelo. Allí, tan inesperada aparición como la desaparición de mis objetos y mi pérdida, había un libro, más bien un librito. Lo tomé como un signo: siempre había creído en la salvación por los libros. Me incliné a recogerlo y a la luz de la linterna, que me pareció de pronto mágica, pude ver que estaba encuadernado en piel y era un tomo antiguo. En su portada habla una inscripción en latín, que es para mí griego, que decía: *Ovarium, corpus luteus, labium majus, tubae Falloppi, matrix* -no entendía una palabra o tal vez entendía una, la última, que sin duda se refería a la imprenta. ¡Era un libro sobre libros! Pero debajo de esta inscripción habla dos iniciales: AS, aparentemente las siglas del autor, desconocido o demasiado conocido para poner su nombre. Compuse una breve lista de autores posibles al preguntarme quién podía ser. ¿Adolphe Sax? No me parecía un tomo de instrumentos musicales, a pesar de la tuba latina. Tenía la impresión de que la solución era simple. ¿Askenazis y Sefardíes? ¿Sophonisba Angusciola invertida? ¿Ánima Sola? ¡Ah qué enigma entrambaspiernas! Desesperaba pero esperaba. ¿Esas iniciales no serían acaso...? ¡Claro! ¡Eso era! ¡Ábrete, Sésamo! La A y la S eran una indicación de Arriba la Salida. Abrí el librito para comprobar la certeza de mi acierto o aserto -y lo que encontré fueron fragmentos escogidos de un diario o cuaderno de bitácora, que nunca se sabe con las notas de abordó.

Domingo, 16 de agosto. Nada nuevo. Mismo tiempo. Vientos ligeramente frescos. Cuando desperté, mi primer pensamiento fue para observar la intensidad de la luz. Vivo en el temor de que la luz se atenúe y desaparezca del todo.

Mis piernas temblaban. Al principio pensé que eran mis nervios pero luego caí en cuenta de que temblaba el suelo bajo mis pies.

Tuve que regresar a la lectura de las notas del pobre narrador con luz escasa.

Mi tío echó sondas varias veces, atando uno de los picos más pesados al final de una cuerda que dejó caer a doscientas brazas. No hay fondo. Tuvimos dificultad en subir la sonda. Cuando el pico estuvo de nuevo a bordo, Hans me mostró unas huellas profundas en su superficie. Era como si la pieza de hierro hubiera sido comprimida entre dos cuerpos duros.

Miré al guía.

"Tánder", dijo.

No entendí y me volví hacia mi tío, sumido en sus cálculos. Decidí no molestarlo y regresé al islandés, quien abriendo y cerrando su boca varias veces me hizo comprender. "¡Dientes!", dije atónito, mirando detenidamente a la barra de hierro.

Sí, eran definitivamente marcas de dientes, impresas en el metal. Las quijadas que los contienen deben de ser increíblemente poderosas. ¿Serían los dientes de un monstruo de una especie prehistórica que vive allá abajo, un monstruo mucho más voraz que el tiburón, más formidable que la ballena?

Trataba de alumbrar el papel y leer al mismo tiempo pero (los que han intentado esta forma de lectura lo saben muy bien) era prácticamente imposible, con el suelo tan resbaladizo, irregular y sometido de cuando en cuando a ligeros temblores. Además las pilas debían de estar cediendo porque la luz era más débil ahora. Decidí, para mejor ver, sostener la linterna entre mis dientes y acercar el diario de a bordo a la boca.

Miércoles, 19 de agosto. Afortunadamente, los vientos que soplan fuerte nos permitieron alejarnos del escenario de la batalla.

Jueves, 20 de agosto. Vientos variables Nor?Nordeste. Temperatura elevada. Velocidad, nueve nudos.

Hacia el mediodía oímos ruidos distantes, un rugido continuo que no pudimos identificar...

Transcurrieron tres horas. El rugir parecía el de una cascada distante. Se lo dije a mi tío, que movió su cabeza negativamente, pero yo estaba seguro de tener razón y me pregunté si no estaríamos navegando hacia alguna catarata que nos hundiría en el abismo. No dudaba que este método de descenso le gustaría a mi tío, porque sería vertical, pero por mi parte...

De todas maneras, definitivamente había un fenómeno sonoro a unas millas mar afuera, porque el sonido rugiente se hizo claramente audible...

Miré hacia arriba, hacia los vapores suspendidos en la atmósfera y traté de penetrar su interior...

Luego examiné el horizonte, que aparecía ininterrumpido y libre de niebla. Su apariencia no había cambiado en absoluto. Pero si el ruido venía de una caída de agua, de una catarata, si toda el agua caía en una fosa interior, si ese ruido era producido por el sonido del agua al caer, entonces debía haber corrientes, y su creciente velocidad me daría la medida del peligro que nos amenazaba. Consulté la corriente: ninguna. Eché una botella vacía al agua: no se movió...

«Ha visto algo», dijo mi tío.

«Sí, creo que sí.»

Hans bajó del mástil y tendió su brazo hacia el horizonte.

«*Der nere.*»

«Hacia allá?», repitió mi tío.

Tomando su telescopio oteó el horizonte detenidamente por un minuto que me pareció una eternidad.

«¡Sí, sí!», gritó.

«¿Qué se ve?»

«Un gran chorro de agua que se levanta sobre las ondas.»

«¿Otro monstruo marino?»

«Tal vez.»

«Entonces debemos poner proa más al Oeste, ¡porque ya sabemos lo peligrosos que pueden ser estos monstruos prehistóricos!»

«No, sigamos adelante», dijo mi tío.

Me volví a Hans, pero él sostenía el timón con inflexible determinación. Pero si a la distancia que nos separaba del animal -que estimé por lo menos en treinta millas náuticas- podíamos ver la columna de agua que expelía, entonces debía ser de dimensiones sobrenaturales. La más ordinaria prudencia habría aconsejado la huida, pero no habíamos venido tan adentro a ser prudentes.

Nos apresuramos, por tanto. Mientras más nos acercábamos al chorro, más grande parecía. ¿Qué monstruo, nos preguntamos, podía coger tal cantidad de agua y soltarla a chorros sin un momento de interrupción?

A las ocho de la noche estábamos a menos de cinco millas. Su enorme, oscuro, escarpado cuerpo surgía del mar como una

isla. Ilusión óptica o miedo, pero me daba la impresión de que tenía más de una milla de largo. ¿Qué podría ser este cetáceo que ni Cuvier ni Brumenbach sabían de él? Estaba inmóvil y aparentemente dormido: el mar parecía incapaz de moverlo y las olas eran las que rompían contra sus costados. La columna de agua, lanzada hasta una altura de unos quinientos pies, caía en forma de lluvia como un rugido ensordecedor. Y aquí estábamos nosotros, apresurándonos como lunáticos hacia este poderoso monstruo que ni cien ballenas al día serían suficientes para dejarlo satisfecho!

Domingo, 23 de agosto. ¿Dónde estamos? Hemos sido arrastrados con increíble rapidez.

¿Adónde vamos?

Hace cada vez más calor. Miré el termómetro, registraba (*el número es ilegible*).

Lunes, 24 de agosto. ¿No terminará esto nunca? ¿Esta densa atmósfera, ahora que ha cambiado, va a mantenerse en esta condición?

Durante tres días no hemos podido cruzar palabra. Abríamos la boca y movíamos los labios pero no salía sonido alguno. No podíamos hacernos oír ni gritando en los oídos... Mi tío se acercó y pronunció unas cuantas palabras. Creo que dijo, «Estamos perdidos, pero no estoy seguro... Apenas habíamos levantado su cabeza cuando una bola de fuego apareció...

El miedo nos paralizó. La bola de fuego, mitad blanca, mitad azul y del tamaño de una concha de diez pulgadas, se movía lentamente...

Un hedor de gas nitroso llenó el aire entrando en las gargantas y colmando los pulmones hasta sofocarnos... De pronto hubo un fagonazo. La bola había estallado y estábamos cubiertos por innumerables lenguas de fuego. Todo se hizo oscuro. Apenas tuve tiempo de ver a mi tío tumbado sobre la balsa y a Hans al timón pero «escupiendo fuego»

bajo la influencia de la electricidad que lo saturaba.

¿Adónde vamos? ¿Adónde vamos?

Martes, 25 de agosto. He salido de un largo sopor... Puedo oír un nuevo rugido. ¡Seguramente es el agua rompiendo contra las rocas! Pero entonces...

Aquí no pude seguir leyendo los fragmentos fantásticos no porque fuera interrumpido por los elementos sino porque el librito se acabó, *editio brevis*. Nunca me enteré de la naturaleza del monstruo: ¿animal, vegetal o mineral? ¿Quiénes eran estos viajeros en esa balsa sobre la laguna, lago o laguito? ¿De dónde venía ese aire azufrado? Misterios del texto. Tampoco pude descifrar las iniciales en la tapa. La A bien pudo significar Ariadna y tal vez me ayudara a salir de esta trampa teatral el tomo. Pero ¿y la S qué significaba? ¿Sodoma, sonda, solo? ¡Ah, qué enigma fétido! Fue en este soliloquio que hubo otra sacudida sísmica, mayor que las anteriores. ¿Sería una ola de Love? ¿Cuánto mediría el péndulo de La Coste ahora? ¿Vendría la discontinuidad del punto moho? ¿Habríamos llegado al grado 9 de la Escala (modificada) de Mercalli? ¿Cuántos richters de magnitud alcanzaría el seísmo? Ninguna de estas preguntas pudo ser contestada porque una sacudida como de 10 puntos Fumagalli me hizo perder el equilibrio y caer al suelo, sísmico pero siempre suave. Otro temblor todavía mayor me acostó sobre una alfombra acogedora. Luego hubo otro espasmo en la caverna y otro y otro más, cada vez más fuertes. ¡Era un cataclismo! Mi cuerpo (y yo con él) comenzó a moverse, a desplazarse sobre el suelo, primero a la derecha, luego a la izquierda, después volvimos a su centro para resbalar enseguida hacia adelante y finalmente salir despedidos con fuerza de despegue -¡hacia atrás! ¡Santos cielos!, ¿adónde iremos a parar? ¿Adónde? Viajaba ahora a mayor velocidad sobre el suelo encharcado, a veces deslizándome como un trineo, otras navegaba sobre un colchón de aire como un hovercraft anacrónico, otras volaba en una alfombra mágica. Ahora rodaba, pegaba contra las paredes pálidas, dando nuevos tumbos contra columnas cálidas, contra muros muelles, para luego torcer una esquina redonda y volver a deslizarme, a correr, a volar a velocidad vertiginosa. Nunca había soltado la linterna, que era la luz, pero fue precisamente en este momento en que perdí el libro. Empecé a girar en un torbellino sin centro. Stop! Luego hubo como un choque en una falla, un estertor en la espelunca y caí libremente en un abismo horizontal. Aquí llegamos.

Londres, 1975-1978



<i>Prólogo</i> .....	2
La casa de las transfiguraciones .....	6
Amor propio .....	51
Amor trompero .....	52
<i>La plus que lente</i> .....	69
Todo vence al amor .....	74
Mi último fracaso .....	93
La muchacha más linda del mundo .....	98
La visión del mirón miope .....	117
Falsos amores con una ballarina .....	123
Casuales encuentros forzados .....	143
La amazona .....	155
Epílogo .....	203
Función continua .....	204